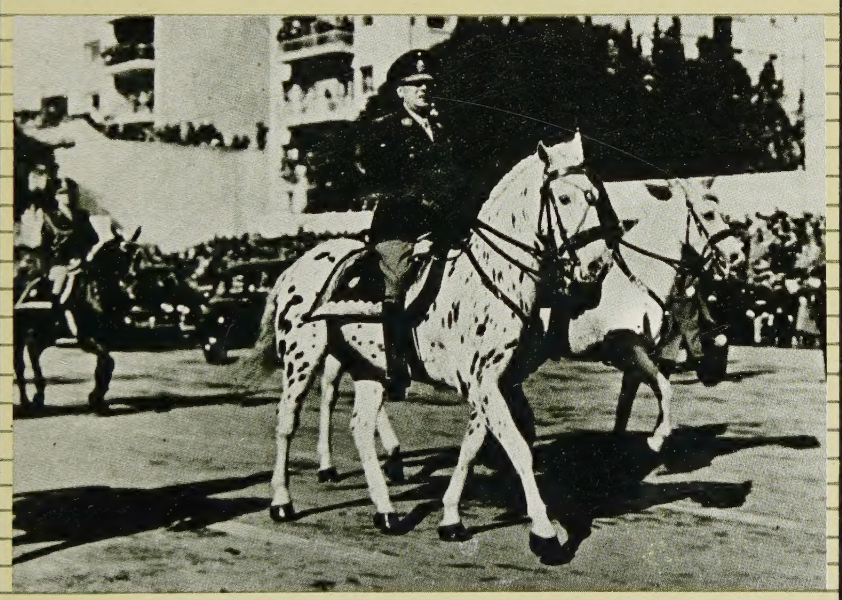
# Félix Luna

# Perón y su tiempo

## II • La comunidad organizada



1950 - 1952

Editorial Sudamericana

# PERÓN
# Y SU TIEMPO

FÉLIX LUNA

# PERÓN Y SU TIEMPO

## II. *La comunidad organizada* 1950 - 1952

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

PRIMERA EDICION
*Octubre de 1985*

SEGUNDA EDICION
*Marzo de 1986*

IMPRESO EN LA ARGENTINA



ISBN 950-07-0313-0

# PRIMERA PARTE

## EL AÑO DEL LIBERTADOR

# I. LA REPÚBLICA DEMOLIDA

Además de ser, como suele ocurrir, el primer día del año, el 1º de enero de 1950 fue la primera jornada del que la Argentina dedicaría a conmemorar la figura y la trayectoria del general José de San Martín, en el centenario de su desaparición.

Una ley sancionada en 1949 había previsto una serie de actos y homenajes para exaltar el recuerdo del máximo prócer nacional y, entre otras cosas, había dispuesto que todos los documentos, instrumentos públicos e impresos debían llevar, a lo largo de esos 365 días, la leyenda "Año del Libertador General San Martín" a continuación del lugar y la data. Era una obligación un tanto molesta, pero inocua. Nadie hubiera sospechado que ese tributo sería utilizado como un torniquete más para apretar las clavijas y mecanismos de "la comunidad organizada".

## *El Libertador y la libertad*

El encargado de hacerlo fue el diputado José Emilio Visca, del que ya se habló en el anterior volumen de esta obra. Presidía Visca la comisión parlamentaria encargada de investigar las torturas reiteradamente denunciadas por la oposición. Pero la Comisión Visca —como en seguida dio en llamarse— olvidó los motivos de su constitución y encontró en el texto de la ley sanmartiniana el pretexto para barrer una cantidad de publicaciones opositoras e independientes. Ya había evidenciado su vocación en noviembre de 1949 y desde entonces los representantes que la integraban por la minoría no concurrieron a sus reuniones, dejando sentada su protesta.

Hacia fines de año la Comisión Visca había allanado la administración de los diarios *La Prensa*, *La Nación* y *Clarín* y las oficinas de United Press y Associated Press; semanas más tarde intervino la contabilidad del Banco de Londres y América del

Sud, el Jockey Club, el Automóvil Club Argentino y el Banco Francés del Río de la Plata. Al filo del nuevo año, la comisión ordenó la clausura definitiva de *El Intransigente* de Salta, cuyas penurias ya hemos relatado; su director, David Michel Torino, permanecía en la cárcel.

Con el comienzo del Año del Libertador, la Comisión Visca definió su objetivo fundamental. Empezó ordenando la clausura del diario comunista *La Hora.* Fundaba su decisión en que el órgano había omitido la leyenda ordenada por la ley, lo que evidenciaba —decía la resolución— "una vez más, su condición de diario órgano de la Unidad Democrática, cuyas actividades antiargentinas se complementan con reiterados hechos y actitudes de deformación de la verdad". La dirección de *La Hora* explicó que la omisión de la frase se había debido a la inadvertencia de un diagramador, y recordó que en la edición del 31 de diciembre el editorial se había dedicado, precisamente, a honrar a San Martín. De nada sirvió la palinodia; menos todavía cuando la CGT emitió un terrorífico comunicado reclamando "para los culpables la sanción ejemplarizadora que corresponde a su delito infamante". Poco después quedó clausurada *Orientación*, de la misma tendencia.

Pareció entonces que la actividad de Visca se dirigiría a intimidar a los escasos y semiclandestinos periódicos comunistas, pero no era así. Se trataba de una sistemática razzia contra todo órgano periodístico independiente. El 3 de enero la Comisión ordenó la clausura de *La Nueva Provincia*, el tradicional diario de Bahía Blanca, *La Verdad* de Quilmes y *La Unión* de Lomas de Zamora; después vendrían medidas similares contra *El Tiempo* de Concordia, *Castellanos* de Rafaela, *El Diario* de Paraná, *La Capital* y *Tribuna* de Rosario, *Los Principios* y *Córdoba* de Córdoba, *Los Andes* de Mendoza, *El Liberal* de Santiago del Estero, *La Opinión* de Pergamino, *Nueva Era* y *Tribuna* de Tandil, *El Orden* de Nueve de Julio, *El Imparcial* de Coronel Suárez y *Democracia* de Junín, que dirigía Moisés Lebehnson. Unos setenta diarios cayeron, entre enero y febrero de 1950, bajo los rayos de Visca; su guadaña afectó publicaciones de la Capital Federal, Buenos Aires, San Luis, Corrientes, Entre Ríos, Córdoba, Santiago del Estero, La Pampa, Mendoza, La Rioja, Misiones y Salta. Algunos eran antiguos diarios, identificados con su región

desde décadas atrás y de buen nivel periodístico; otros eran las clásicas hojas lugareñas, esas heroicas y obstinadas publicaciones locales que imprimen carácter y personalidad a los pueblos donde aparecen. Además de publicaciones periódicas del tipo que decimos, también fue clausurada *Veritas*, un órgano de finanzas y negocios, y *La Tierra*, el viejo vocero de la Federación Agraria Argentina.

No sólo en diarios metió Visca su larga mano; en ese verano de 1950 ordenó la clausura de la Federación Juvenil Comunista y la Asociación de Abogados de Buenos Aires, intervino la Bodega Arizu en Mendoza, Radio Belgrano de la Capital Federal y allanó en Santa Fe el domicilio de Luciano Molinas. Era un poder arbitrario y versátil dentro del Estado; podía hacer cualquier cosa, adoptar cualquier medida, lanzar cualquier castigo. *La Nación* y *La Prensa* publicaban la repercusión que estos hechos tenían en otros países; Visca contestó con un comunicado que empezaba declarando que resultaba "un tanto risible" la crítica de diarios foráneos que pertenecían a capitales extranjeros... Cuando emitió este comunicado, no había impresor en el país que no memorizara hasta en sueños la famosa leyenda del Libertador... Pero ahora Visca había encontrado otro pretexto: las existencias de papel.

En febrero y marzo la Comisión Visca fue interviniendo el stock de papel de diario en existencia, aunque los únicos que disponían de volúmenes importantes eran *La Nación* y *La Prensa*. Algunos diarios del interior que no habían sido clausurados dejaron de aparecer ahora por falta de papel. Para evitar que ocurriera semejante desgracia (en Santiago del Estero, por ejemplo, no hubo diarios durante varias semanas) el Poder Ejecutivo expropió por decreto todo el papel de diario existente en el país. El año anterior se había adoptado una medida similar con el mismo pretexto: regular las ediciones de la prensa en forma equitativa, en vista de la escasez de importaciones derivadas de la falta de divisas. En los hechos, todos sabían que la expropiación significaba atar, de un modo cada vez más asfixiante, el dogal que apretaba el cuello de la prensa no oficial.

Entonces, la Comisión Visca asumió su nuevo rol: se convirtió en dispensadora de la preciosa materia prima. Diariamente libraba órdenes para permitir la provisión de papel a tal o cual

diario, obligando a sus editores a un calvario humillante y angustioso. Algunos de los órganos clausurados fueron reapareciendo progresivamente, después de suplicar a Visca la orden correspondiente y, sin duda, dar garantías sobre su futuro comportamiento. Otros no volvieron a salir hasta después de la caída de Perón. El problema del papel continuó todo el año y aún siguió más tarde: en noviembre de 1950 debió reducirse el 20 % del tiraje y los diarios porteños de la tarde suspendieron su sexta edición; en febrero de 1951 *La Nación* debió reducir un 40 % más su consumo y *Clarín*, que por ser tabloid consumía menos papel, debió bajar sus páginas de 23 a 18. Editar un diario en esas condiciones era una hazaña no pequeña: la penuria de espacio empobrecía la presentación, achicaba los tipos de letra, obligaba a publicar lo imprescindible y olvidar fotografías o viñetas...

Hacia abril de 1950 la Comisión Visca, de uno u otro modo, había cumplido con su propósito. Clausurados unos, reaparecidos otros, flacos y macilentos, todos los diarios que no pertenecieran al oficialismo o estuvieran totalmente en su línea sabían que estaban con la guillotina al cuello. Lo cual no impidió que el 22 de abril, en un reportaje efectuado por un periodista brasileño, Perón afirmara con toda seriedad que en la Argentina "la prensa es absolutamente libre, no existiendo ningún órgano de dirección que no sea el de los propios diarios". Se le preguntó sobre la actividad de la Comisión Visca y el presidente afirmó que era un acto cumplido "por el Poder Legislativo Federal, que constitucionalmente tiene derecho a hacerlo". De todos modos, añadió, era necesario establecer si existían ingerencias foráneas en algunos diarios argentinos y si era verdad que ciertos órganos periodísticos eran los responsables de la escasez de papel de diario y los causantes de "la bolsa negra" de esta mercadería.

Estos temas serían, exactamente, las nuevas líneas de ataque del gobierno peronista: en los próximos meses se concentrarían sobre *La Prensa*. Y esta intención no se ocultaba: a principios de junio de 1950 Visca y Decker, en virtud de la renovación de las comisiones de la Cámara de Diputados, fueron reemplazados. No dejó de causar cierta sorpresa el relevo de Visca de una función que había sido tan útil al régimen. El diputado se apresuró a emitir una declaración: "La primera etapa ha sido cumplida, y ahora viene la segunda. A otros corresponderá cumplirla. Puedo

decir que las miserias ya están al descubierto. Falta sólo extirparlas, en homenaje a la moral y a la tranquilidad de la República".

Así es como *La Prensa* y *La Nación* se dispusieron a esperar la segunda etapa, que acaso incluiría sus propias extirpaciones del escenario periodístico nacional.

## *La arbitrariedad de las leyes*

En el anterior volumen de esta obra se ha relatado la coacción que debieron sufrir algunos opositores desde el principio del gobierno de Perón. Parece evidente, sin embargo, que fue a lo largo de 1950 cuando las formas coactivas y compulsivas se organizaron metódica y ordenadamente sobre la base de leyes regularmente aprobadas por el Congreso.

Que era un montaje minuciosamente preparado, lo demuestra la sanción de normas cuya aplicación implicaba multas, clausuras o prisiones. La ley 13.569 sobre desacato (1949) permitía imponer condenas graves a cualquiera que ofendiera la dignidad de los funcionarios públicos, considerando ofensas las críticas a su gestión. La ley 13.985, sobre espionaje, sabotaje y traición (1950) completaba la anterior definiendo de modo muy impreciso aquellos delitos e incluyendo como conducta punible la difusión de datos económicos, políticos, militares, financieros o industriales que no estuvieran destinados a publicarse, aunque no fueran secretos ni reservados. Estas normas, más la ley 13.945 sobre tenencia de armas y explosivos (1950) y una catarata de decretos reglamentarios, significaban una espesa tela de araña de la que era difícil escapar cuando existía la intención de aniquilar a un opositor o cerrar una institución. El procesado quedaba en virtual estado de indefensión frente a estas normas que una justicia federal complaciente con el Poder Ejecutivo aplicaba en la forma que de ella se esperaba. Después de la purga de 1949, si quedaban jueces independientes en los fueros comunes y en las administraciones provinciales de justicia, los magistrados federales, empezando por los ministros de la Corte Suprema de la Nación, eran incondicionales al régimen, con raras excepciones.

Pero tampoco tenían necesidad de torturar la letra de las leyes, porque eran las leyes mismas las que hacían posible diversas

formas de coacción, a partir de conductas descriptas con tanta amplitud que hacían posible encasillar a casi todo el mundo en los delitos previstos.

No siempre, a pesar de todo, las leyes cubrían la totalidad de las posibilidades. De pronto aparecían actitudes, rebeldías o desesperaciones frente a las cuales el gobierno demostraba tener rápidos reflejos y una decisión que superaba cualquier obstáculo. Casi todos los meses del Año del Libertador están jalonados con algún episodio de éstos, sin contar con otros muchos que se han perdido en la memoria colectiva, ya que raramente han quedado registrados.

A mediados de mayo, por ejemplo, se difunde la prohibición de que las radios difundan programas "de preguntas y respuestas". Eran audiciones instructivas y emocionantes, que atraían enormes audiencias en el seguimiento de esos fenómenos que contestaban sobre determinados temas con una erudición apabullante, buscando los fabulosos "pozos" acrecentados con cada respuesta. ¿A qué se debía la prohibición? Aconteció que el ganador de uno de estos concursos, al preguntársele ante el micrófono qué destino daría al dinero, contestó:

—Pienso donarlo a...

La palabra "donación" estaba tan asociada a la Fundación Eva Perón, que pareció increíble que la frase terminara así:

—...a la comisión de ayuda a los presos políticos del Partido Socialista.

¡Y se acabaron las audiciones de preguntas y respuestas!

A fines de julio apareció súbitamente un decreto que "relevaba" al coronel (R.) Bartolomé Descalzo de su cargo de presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano. ¿Qué había ocurrido para destituir a Descalzo justamente en vísperas de la culminación, en agosto, del Año del Libertador? El militar relevado era muy prestigioso en el Ejército, había sido profesor de Perón y éste, en 1931, siendo capitán, le dedicó su trabajo sobre la batalla de los lagos Masurianos: "A mi primer Capitán Teniente-coronel de Infantería D. Bartolomé Descalzo, como una pequeña amortización de mi gran deuda de gratitud", rezaba la dedicatoria impresa en la segunda página de la publicación.

Ni el prestigio ni la gratitud le valieron a Descalzo cuando Evita exigió su destitución. Ocurría que las actividades del Insti-

tuto se habían dedicado —¡qué error!— a exaltar la figura del Libertador, y no la del presidente... Además, parece que al pronunciar una conferencia sobre Doña Remedios de Escalada, el coronel Descalzo dijo enfáticamente, golpeando el puño sobre la mesa, que ella "nunca se hizo llamar Generala...". El ministro de Educación habló con el presidente y éste firmó un decreto dando por existente una renuncia que Descalzo no había presentado; además, el viejo profesor de Perón fue "renunciado" de su cargo de director en la Dirección de Energía. De inmediato se aceptaron las dimisiones de los miembros del Instituto, reemplazados por funcionarios del área de Educación encabezados por José Castiñeiras de Dios, que ejerció la presidencia de la institución sanmartiniana hasta mediados de 1952.

En realidad, Perón había concebido el Año del Libertador como una celebración de su propio régimen, *voire*, de su propia persona. Las comparaciones surgían a cada momento: si San Martín había sido el Emancipador, Perón era el Libertador; si aquél había sido un conductor militar, éste era el conductor político. "El general se hace; el conductor nace —diría Perón el último día del año en Mendoza, cerrando los actos sanmartinianos. Y agregaba—: El general es un técnico, el conductor es un artista." Más claramente todavía, en el mismo acto habría de decir Evita: "La historia ha retomado el viejo camino de San Martín, el viejo camino del pueblo... Hablo en nombre de las mujeres y de los trabajadores, e invoco la plenipotencia de esa representación para decir lo que ellos sienten; y ellos hoy sienten que Perón es el heredero directo de la misión del pueblo y el espíritu de San Martín. ¡Ellos sienten hoy que la misión de San Martín no se entiende si no se la contempla desde la Argentina justa, libre y soberana de Perón!".

El coronel Descalzo había entendido la misión de San Martín desde la Argentina, simplemente; no desde la Argentina peronista. Y esto era inaceptable...

A fines de agosto se anunció que los empleados públicos podrían afiliarse "a partidos políticos". El plural era una circunlocución: los empleados públicos sólo podrían afiliarse a un partido... Era difícil ya ingresar a la Administración Pública sin el aval de un dirigente oficialista y sin presentar la ficha de afiliación al Partido Peronista. La obligación era implícita, pero no por ello

menos exigente. Se solicitaba a los postulantes en las empresas del Estado y ni un peón entraba a Ferrocarriles Argentinos sin este requisito. El ingeniero Alberto J. Iturbe, gobernador de Jujuy entre 1946 y 1950, recordaba años después las afiliaciones compulsivas diciendo que "no había legislación, pero había que tomarlo como una norma". Y agregaba:

—Era una cosa sin sentido, pero efectivamente se practicó. Se practicó mucho, especialmente en las reparticiones nacionales, donde no había forma de hacer designaciones sin la garantía de una persona políticamente conocida que avalara la afiliación del futuro empleado...

Ahora, con el derecho que graciosamente se concedía a los empleados públicos de inscribirse en "alguno" de los partidos políticos, la coacción quedaba institucionalizada. En ese mismo mes de agosto hubo una ola de cesantías en distintas áreas del Ministerio de Educación: Méndez San Martín no perdía tiempo en demostrar que impondría la "lealtad" a toda costa.

Hacia finales de septiembre cesó sus actividades el Instituto Popular de Conferencias, la tradicional tribuna del diario *La Prensa*, donde periódicamente exponían diversas personalidades sobre temas variados. Raramente se hacía desde allí una oposición directa pero es claro que los conferencistas distaban mucho de ser oficialistas. De todos modos, la repercusión de lo que allí se decía era muy limitada. Sucedió que un general retirado pronunció en el mes de agosto una disertación sobre "San Martín, primer soldado de la libertad": semanas más tarde, la policía hizo saber a los directivos del Instituto que cada una de las reuniones debía ser autorizada, en adelante, por la Policía Federal. De inmediato, el Instituto Popular de Conferencias clausuró sus actividades.

En octubre, un antiguo laboratorio químico, el Instituto Massone, fue clausurado por las autoridades municipales. Una inspección había encontrado productos en mal estado. Era cierto, pero lo que no decía la información municipal era que días antes se había cortado misteriosamente la energía eléctrica que alimentaba el laboratorio, sin que dieran resultado las gestiones que hizo la empresa para restablecerla; días más tarde la oportuna inspección comprobó que diversos elementos químicos que debían mantenerse a bajas temperaturas, se habían echado a perder. Acta, entonces, y clausura... El dueño del laboratorio era Ar-

noldo Massone, presidente por entonces de la Cámara de Comercio y crítico permanente de la política económica del régimen, que se había negado a hacer una de las donaciones que habitualmente solicitaba la Fundación Eva Perón. Después de la clausura se detuvo al gerente de la empresa; Massone había huido al Uruguay en el yate de un amigo. Semanas después las autoridades municipales fulminaron con una intervención al Yacht Club Argentino, ¡ese nido de oligarcas! El hermoso edificio del Laboratorio Massone fue usado más tarde para albergar a la Comisión Nacional de Energía Atómica y este caso, como antes el de la fábrica modelo de las galletitas Mu-Mu, repercutió vastamente en los sectores empresarios de Estados Unidos, donde no podían entender estos ataques al derecho de propiedad.

Como se habrá advertido, cada mes del Año del Libertador brindaba alguno de estos hechos para castigar, ejemplificar, intimidar, torcer un poco más el torniquete. Y aquí tenemos que volver a rozar el tema que varias veces ha aparecido en el primer volumen de esta obra y sin duda seguirá asomando hasta el final de nuestra crónica: ¿Por qué Perón se empeñó en cercar a sus opositores? ¿Era una mentalidad autoritaria, fascista, que no admitía disidencias? ¿Era el cálculo de un gobernante que intuía la necesidad de desarticular a sus enemigos para neutralizarlos cuando las cosas se pusieran difíciles? ¿Creía sinceramente que su gestión era tan revolucionaria que no podía dejar margen a ninguna discrepancia? ¿Fue una escalada de reacciones puntuales frente a ataques que consideraba injustos —y en algunos casos ciertamente lo fueron—? ¿Se dejó llevar por la obsecuencia de sus laderos y le pareció conveniente dejar el campo raso de antagonistas?

Ya lo hemos dicho anteriormente: la respuesta no es única y probablemente se compone de variadas cuotas de estos interrogantes. Pero no hay duda que era un proceso sin retorno: cuanto más agredía a la oposición más encono provocaba, y por consiguiente más difícil se hacía la posibilidad de crear territorios para una convivencia. Entonces todo se fue haciendo más absoluto, drástico y primitivo, y en consecuencia menos solucionable en términos de política racional.

Sin embargo, el episodio más espectacular y resonante de los actos represivos que jalonan el Año del Libertador fue uno que finalmente obligó a Perón a volver sobre lo hecho y rectificar las medidas adoptadas. Porque la sanción a Ricardo Balbín empezó como una sanción y terminó en un dolor de cabeza, y sus saldos fueron innegablemente negativos para el régimen.

## *Balbín preso*

Después de haber sido despojado de sus fueros en septiembre de 1949, Balbín continuó su actividad política habitual. Tenía la sensación de que podía ser detenido en cualquier momento, puesto que cualquier juez, en cualquiera de los múltiples procesos por desacato que se le seguían, podía dictar su prisión preventiva. En marzo de 1950 debían realizarse elecciones de gobernador en la provincia de Buenos Aires y Balbín fue designado candidato por su partido. Su situación legal era ambigua: seguía siendo diputado nacional sin fueros que lo ampararan; de hecho, estaba separado de su actividad parlamentaria.

La campaña electoral radical fue intensa, aunque interferida por dificultades: prohibición para realizar actos en determinados lugares, escaso espacio en los diarios independientes y nulo en los oficialistas, imposibilidad de acceder a las radios, agresiones eventuales de elementos espontáneos o enviados especialmente. No es raro que estos obstáculos llevaran a los dirigentes más temperamentales a reaccionar verbalmente; y aunque los discursos de Balbín no están registrados más que en el recuerdo de algún admirador memorioso, seguramente el orador, excitado por los reclamos de públicos que se solazaban en escuchar ataques al gobierno que en ningún otro lugar podían oír, habrá incurrido en algún exceso de palabra. Al fin era eso, la palabra, lo único que estaba quedando a la oposición.

El 12 de marzo, Balbín votó en La Plata; a la salida del comicio, agentes de la Policía Federal y provincial lo detuvieron, lo metieron en un auto y partieron con rumbo que fue, en un primer momento, desconocido. Casi contemporáneamente, el ministro de Gobierno de Mercante daba seguridades a algunos diputados radicales de que la libertad del candidato radical no

corría peligro. . . Es posible que en esferas del gobierno platense se ignorara la decisión de detenerlo, evidentemente emanada del Ministerio del Interior.

Balbín fue llevado a Rosario para declarar ante el juez que había iniciado el primer proceso; luego lo trasladaron a San Nicolás. Sus amigos seguían cuidadosamente su itinerario y algunos de sus compañeros de bancada pudieron verlo. Un mes y medio después, López Serrot denunciaba en la Cámara de Diputados:

—Ricardo Balbín, diputado nacional con la plena vigencia de sus fueros (. . .) ha tenido que compartir con noventa y tantos condenados, el mismo régimen en la celda, con sus tarimas, su camastro, su tacho para comer, sus utensilios de madera, su trapo para limpiar la celda, según se lo impone la dirección de la cárcel (. . .) Yo lo he visto con la absoluta resignación del hombre que sabe servir un ideal. . .

Frente a los jueces de Rosario, San Nicolás y La Plata, Balbín siguió jugando su papel político: se negó a retractarse y manifestó que no creía en la justicia tal como era ejercida en ese momento en el país. Sus defensores, Amílcar Mercader y Frondizi, también hicieron del proceso un envite político. "Antes, los dirigentes y los candidatos hablaban una sola vez, porque entonces su discurso-programa o su arenga era reproducido por toda la prensa, o difundido por radiotelefonía; además, podía ser impreso sin riesgo y distribuido normalmente por el servicio de Correos." Pero ahora, alegaba Mercader, el Estado niega sistemáticamente esas posibilidades; los talleres son clausurados por orden administrativa o se incendian *por casualidad* cuando imprimen algún material opositor. "Es por eso que Balbín se ha visto en la obligación de pronunciar 187 discursos, y es por eso que en tantas oportunidades aludiese a conceptos idénticos."

El diputado radical fue finalmente alojado en la cárcel de Olmos, cerca de La Plata. No gozaba de ninguna preferencia especial: compartía sus días con los "querusas" del penal, comía la comida habitual y gozaba de las salidas al patio de rutina. Pero su régimen de visitas era necesariamente distinto, porque sus correligionarios organizaban excursiones en ómnibus para verlo y pronto fue una obligación, para todo radical metropolitano o bonaerense, llegar hasta allí: eran pequeñas multitudes las que

se agolpaban en los portones de Olmos. Frondizi lo visitaba todos los fines de semana y lo informaba de las actividades del bloque parlamentario, del que Balbín seguía siendo, en teoría, presidente. El radicalismo hizo de la libertad de Balbín una bandera de lucha; durante los meses de su reclusión se realizaron centenares de actos públicos con ese motivo y ningún discurso terminaba sin una alusión al "cautivo de Olmos". Sus compañeros de bancada aprovechaban todas las oportunidades para denunciar la arbitrariedad que se cometía con su presidente. Se había fraguado una fotografía de Balbín con un aire solo y melancólico sobre un fondo de ominosas rejas, y este grabado fue pegado en obleas sobre paredes, ascensores, puertas, vehículos de transporte. "Balbín está preso por su libertad; ¿qué hace usted por la libertad de Balbín?", rezaba la leyenda.

El destinatario de tantos esfuerzos tomaba su estadía en Olmos con cierto humor, aunque a medida que pasaban las semanas no dejaba de sentir la soledad y la incertidumbre. Político de raza como era, extrañaba la frecuentación humana del comité, la vecindad del gentío, la charla con los amigos y el trapicheo partidario. Sabía que esta cárcel le significaría, antes o después, un redituable capital político; pero pasaba el otoño, avanzó el invierno, la primavera verdeó los bosques de Olmos . . . y seguía preso. Dice Mario Monteverde que "los empleados tenían para con él algunas pequeñas atenciones que contribuían a hacer menos penosa su situación. La enfermería del penal contaba con varios médicos y estudiantes de medicina que simpatizaban secretamente con el dirigente preso, y con el pretexto de atenderlo le llevaban frecuentemente a sus instalaciones, donde tenía más comodidad para higienizarse". Quien no ha estado preso, no tiene idea de la importancia que pueden tener estos pequeños favores . . .

A fines de noviembre de 1950 se conoció el fallo del juez federal de La Plata, doctor Francisco Meneghazzi, que había acumulado todos los procesos contra Balbín: cinco años de prisión por desacatos reiterados; el fiscal había pedido doce años. Los defensores apelaron inmediatamente, sin ninguna ilusión: el problema no era jurídico sino político, y tuvo un desenlace político, como no podía ser de otra manera. Balbín preso constituía una acusación permanente contra Perón, en un año caracterizado —como ya veremos— por un principio de entendimiento con Esta-

dos Unidos. Además, los meses de confinamiento habían hecho que Balbín, ingresado a la cárcel como un dirigente pero nada más que eso, ahora se estuviera convirtiendo en un símbolo emocional, y no solamente para los radicales. Por otra parte, la prisión no lo había quebrado, no lo había hecho incurrir en ninguna claudicación. Perón ya no sabía qué hacer con ese hombre cuya presencia silenciosa desmentía todas sus monsergas sobre la libertad que reinaba en el país en el Año del Libertador...

El 2 de enero de 1951 apareció un decreto indultando a Balbín. Sus considerandos aludían solamente a que "no ha recaído aún sentencia definitiva" en la causa que se le seguía, retardo de justicia que el Poder Ejecutivo no podía permitir. En ese momento Perón estaba viajando a Buenos Aires en automóvil desde Mendoza, donde había cerrado los actos del año sanmartiniano. El decreto, pues, había sido firmado antes de finalizar el año, para ser publicado en el momento en que empezaba la feria judicial en todo el país.

El mismo día, Balbín quedó en libertad, después de rechazar el indulto y pedir que continuara su proceso —compadrada que desde luego no se tomó en cuenta—. A la noche, centenares de radicales se agolpaban en La Plata en la calle 48 entre 5 y 6, festejando su libertad. Todo el aparato de difusión presentó el indulto como un acto de magnanimidad: uno de los diarios oficiales, *El Líder*, tituló así la noticia en primera página: "Perón perdonó a Balbín".

Sin quererlo, el titular acertaba con la significación profunda del episodio: más allá de haber perdonado a un opositor o haberse sacado de encima un problema, Perón y Balbín estaban colocados ahora en paridad, se convertían en antagonistas parejos. Como si aquél, jefe omnipotente del Estado y dueño del amor de las grandes mayorías y éste, uno de los dirigentes minoritarios cercado de dificultades y limitaciones, estuvieran ahora en igualdad de condiciones. De alguna manera —y desde luego sin proponérselo— Perón había inventado a Balbín, lo había convertido en su interlocutor. Aunque la locución entre esos dos argentinos, adversarios irreconciliables en ese momento, tuviera que demorar veintidós años en concretarse.

## La Prensa *silenciada*

Cuando Balbín salía en libertad, se estaba en vísperas de la puesta en marcha de un plan dirigido a aplastar una de las voces opositoras más constantes y, para el gobierno, más insoportables. Era una operación de cierto riesgo político por las consecuencias que podía aparejar a la imagen internacional del régimen. Pero *La Prensa* no era un caso que el presidente pudiera considerar en términos políticos: lo irritaba, lo sacaba de quicio.

Desde el principio de su gobierno había hostilizado a *La Prensa* y *La Nación*, verbalmente o de hecho. Muchas veces había aludido irónicamente a "los grandes diarios" sugiriendo que estaban orientados desde el exterior y afirmando que hacían enormes ganancias al margen de la actividad periodística. El Banco Central les había enviado inspecciones contables que, después de prolijas investigaciones, no habían encontrado nada irregular. La Comisión Visca había metido las narices en su administración, como se ha visto. Y desde el gobierno o la CGT se había instado a no comprar esos diarios, y a las empresas, a no anunciar en sus páginas. No eran, el periódico de los Paz y el de los Mitre, los únicos voceros independientes que molestaban al régimen; pero eran los más conocidos y prestigiosos, en el país y en el exterior. Y de los dos órganos, *La Prensa* era más atacable porque nunca había sido un diario simpático a los grandes públicos que, no obstante, antes de 1946 hacían de su lectura un hábito cotidiano y tenían a su información como algo de cuya veracidad no podía dudarse. Los radicales no perdonaban a *La Prensa* su implacable oposición contra Yrigoyen, y era común recordar la mezquina necrología que había hecho del caudillo en 1933.

*La Prensa* había sido irreductiblemente opositora al gobierno de facto de 1943/46 y seguía siéndolo con Perón. Documentaba y editorializaba cada acto de gobierno que consideraba criticable, marcaba prolijamente los errores económicos, registraba todos los abusos y excesos que se venían cometiendo contra las libertades públicas como si estuviera levantando actas para la historia. A lo largo de 1950 había sufrido la reducción de sus ediciones, la expropiación del papel que tenía como stock, la suspensión del armado de su nueva rotativa, además de las mencionadas inspec-

ciones contables y administrativas, que no pudieron comprobar ninguna irregularidad ni mucho menos una vinculación con centros foráneos de poder como se venía repitiendo desde todos los canales de la propaganda oficial. Ninguna de las medidas gubernativas lograron torcer la línea ideológica de *La Prensa*. Podía no compartirse ésta, podía hallarse anacrónica e irrealista su posición, pero no podía dejar de admirarse la entereza con que sus directivos se mantenían fieles a la trayectoria del diario.

En el momento que decimos, el tiraje de *La Prensa*, al igual que el de *La Nación*, se había reducido mucho, como consecuencia de las hostilidades que soportaban. El correo no distribuía sus ejemplares a los suscriptores, el papel escaseaba, los puestos de distribuidores recibían menos números de los que el público reclamaba; leer una edición de *La Prensa* era una hazaña que sólo podían cumplir quienes tuvieran vista de lince, ya que para hacer entrar todo el material, la diagramación debía realizarse con tipos de letra minúsculos. Así, pues, la influencia de *La Prensa* se limitaba a los sectores rabiosamente antiperonistas. Solía pasar de mano en mano, pero así y todo su incidencia era casi simbólica; las grandes masas de lectores compraban los diarios oficiales, con más información, más ágiles en su presentación y sin problemas de distribución; o en todo caso *Clarín*, que hacía equilibrios para no aparecer demasiado oficialista. Podía ser un testigo molesto, pero de ningún modo era *La Prensa* un peligro para el régimen peronista.

Sin embargo, la decisión de liquidarla, que pocos años antes hubiera parecido tan improbable como demoler la Pirámide de Mayo, ya estaba tomada en las altas esferas gubernativas. Era casi una cuestión personal entre Perón y Evita por un lado, y el diario de los Paz por el otro. Y todo se precipitó en la tercera semana de enero de 1951, cuando el gobierno vivía una situación difícil con motivo de la huelga ferroviaria, a la que nos referiremos en su momento. El presidente había despedido al ministro de Transportes y pronunciado un discurso lleno de rabia y frustración contra los obreros del riel; Evita había sufrido el primer fracaso de su vida política, al exhortar sin éxito el retorno al trabajo.

Fue una operación sucia y violenta. El 19 de enero Evita se entrevistó con dirigentes del sindicato que agrupaba a los canillitas; seis días después, la dirección de *La Prensa* recibía una nota

encabezada así: "Napoleón Sollazo, secretario general del Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, interpretando el malestar que afecta la tranquilidad de mi gremio con los procedimientos que pone en práctica ese diario..." y seguía una serie de exigencias virtualmente imposibles de cumplir. Sollazo pedía que *La Prensa* suprimiera todas sus agencias, cancelara el servicio de suscripciones y derivara a "la obra de asistencia social" del sindicato, el 20 % del producido de los avisos clasificados; todo ello en el término de 48 horas, plazo que de todos modos estaba vencido pues la nota se había antedatado en dos días. Esa noche, piquetes del sindicato rodearon los talleres, y la edición de *La Prensa* que se estaba cerrando, no pudo entregarse: fue la última del diario de los Paz hasta después de la caída de Perón. A lo largo de los restantes días de enero y casi todo febrero, la situación permaneció sin variantes: *La Prensa* no salía. Anoticiaba *La Nación* cotidianamente: "Hoy tampoco apareció *La Prensa*".

Era una situación kafkiana. Los empleados y obreros querían seguir trabajando y no tenían ningún conflicto con los editores del diario; pero el diario no salía porque grupos armados cercaban el taller. Recurrieron al Ministerio de Trabajo: se les contestó que al no haber conflicto laboral, el organismo no podía inmiscuirse. Se presentó una queja al Círculo de la Prensa, que la rechazó porque no se trataba de un reclamo periodístico —respuesta pilatuna que motivó la renuncia de una parte de la comisión directiva de la entidad gremial de los hombres de prensa—. Cuando el personal de *La Prensa* recurrió al Ministerio del Interior para pedir garantías a su voluntad de trabajar, impedida de realizarse por un acto de fuerza, Borlenghi les contestó: "en realidad, ustedes están solicitando la presencia de la policía para que actúe como rompehuelgas...". Pero ¡no había ninguna huelga sino matones armados que no dejaban ir a trabajar! Los empleados, que todos los días seguían concurriendo a la redacción, distribuían volantes a los transeúntes de la Avenida de Mayo aclarando lo que ocurría; se detuvo a varios de ellos.

Después de un mes de paralización, el personal reunido en asamblea decidió dirigirse a los talleres de Chile y Azopardo para reanudar sus actividades. Anunciaron su decisión por telegrama al presidente, al jefe de policía y a las agencias de noticias. Parece que los efectivos policiales que se encontraban en los

alrededores del taller autorizaron a que se acercaran en pequeños grupos. Fue una emboscada: sujetos armados se desplegaron en abanico sobre Azopardo y dispararon a mansalva. Roberto Núñez, un obrero de la sección expedición, no alcanzó a llegar al hospital: sus compañeros lo transportaron exánime, pidiendo por favor al conductor de un automóvil que no lo dejara morir en la calle. Catorce trabajadores resultaron heridos, algunos graves. Fue una agresión fría y cobarde, sin que los trabajadores tuvieran la menor posibilidad de defenderse; el asesino fue individualizado, con el tiempo, pero en ese momento no sufrió la menor molestia. Y todavía hubo una secuela miserable: a Núñez se lo veló en el *hall* de *La Prensa*, pero la policía interrumpió el cortejo que lo llevaba a la Chacarita y obligó a activar el trámite de la inhumación, para evitar que se convirtiera en un acto de protesta.

Como consecuencia del tiroteo, un juez instruyó un sumario cuya primera medida fue clausurar los talleres. Cuando se levantó la disposición judicial, la policía procedió a clausurarlos nuevamente, cumpliendo el mandamiento de otro juez que seguía al diario un proceso por delitos contra la seguridad del Estado. A esta altura de los acontecimientos, era evidente que *La Prensa* ya no aparecería más. Pero era necesario dar forma jurídica a eso que hasta entonces no era más que un manotazo; y sobre todo, había que aprovechar su capacidad instalada. Se barajaron varias ideas pero finalmente, a iniciativa del diputado Colom, la cámara joven decidió el 16 de marzo designar una comisión bicameral encargada de tomar posesión del diario. Así se hizo y la comisión ordenó la detención del doctor Alberto Gainza Paz, su director, que en conocimiento de ello se había trasladado a Colonia (Uruguay) y luego a Montevideo, desde donde se dirigió a Nueva York; allí residió hasta después de la caída de Perón, activando la causa del diario del que había sido despojada su familia.

Faltaba el final: la expropiación y la entrega. A mediados de abril se discutió el breve articulado de la que sería ley 14.021, que autorizaba al Poder Ejecutivo a expropiar *La Prensa* y transferirla a la persona u organismo que creyera conveniente. Ya se sabía que la beneficiaria sería la CGT, cuya aspiración de contar con un órgano periodístico de gran tiraje ahora se podía ver satisfecha.

Es imposible resumir siquiera la discusión parlamentaria, pero hay que decir que en las tesis sostenidas en aquella oportunidad por los dos bloques adversarios se cifraban las ideologías sustanciales del peronismo y el radicalismo —al menos en ese momento— en relación con el tema de la libertad. Vocero del grupo mayoritario fue John William Cooke, maduro en su pensamiento después de cinco años de brillante actividad parlamentaria. Para Cooke, el diario podía estar "perfectamente a salvo en el aspecto legal, podía haber cuidado las formas en todas sus actividades"; pero a su juicio, *La Prensa* tenía contraída con el pueblo de la República "la deuda de sus grandes pecados". Sostenía que "diarios de esta clase son los que han minado las bases de la nacionalidad". Expropiarlos, entonces, era un acto revolucionario.

El bloque radical se expidió a través de Santander y Frondizi. Este último empezó diciendo que no se enjuiciaba a *La Prensa* sino al concepto de libertad de prensa. No obstante, parte de su exposición se dedicó a demostrar que las inspecciones contables al diario de los Paz no había encontrado ninguna irregularidad, lo que hacía arbitraria la medida que se iba a tomar. Pero insistió en que, cualquiera fuera la línea ideológica seguida históricamente por *La Prensa*, su clausura y expropiación no eran más que otro episodio en la sistemática organización de un estado despótico.

El relato de este episodio debe concluir señalando que en junio de 1951 la Fundación Eva Perón pagó los sueldos atrasados del personal de *La Prensa*, y la propia Evita tuvo la satisfacción de subrayar la dádiva aludiendo a la explotación de que habían sido víctimas esos trabajadores durante la era de los Paz... En diciembre volvió a aparecer *La Prensa*; la nueva empresa se regía por un directorio que presidía Espejo, el secretario general de la CGT. Mantenía el nuevo diario su diagramación tradicional, y en sus suplementos dominicales ofrecía numerosas notas inclinadas a temas folklóricos, patrióticos y costumbristas; por lo demás, no se distinguió mayormente del resto de las publicaciones oficialistas ni alcanzó una identidad periodística destacable durante el resto de su existencia, hasta después de la caída de Perón.

Tales son los hechos: ahora corresponde preguntarse si el proceso contra *La Prensa* fue un acto revolucionario, como sostuvo Cooke, o un atentado más contra la libertad de expresión,

como afirmó Frondizi. Es sugestivo señalar que Cooke destacó, para probar su aserto, unas declaraciones del subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos Edward Miller, en el sentido de que el tema de *La Prensa* creaba tensiones en la relación entre Estados Unidos y la Argentina. Para el dirigente peronista, si Miller defendía *La Prensa* era porque *La Prensa* era, de algún modo, servidora de los intereses norteamericanos. Ignoraba Cooke que el 15 de marzo, en un documento de trabajo preparado por el Departamento de Estado sobre la base de los informes de Miller y el embajador norteamericano en la Argentina, se había resuelto no tomar ninguna iniciativa al respecto. Estaba próxima la reunión de cancilleres americanos, de la que ya hablaremos, y el Departamento de Estado decidió reservadamente no adoptar ninguna posición en defensa de *La Prensa* ni permitir que otro país introdujera ese tema en el orden del día; a lo más, la delegación norteamericana apoyaría una declaración general sobre libertad de prensa en el continente. "La USA no apoyará ninguna resolución planteada por otro país que específicamente ataque al régimen de Perón y su actitud en la disputa de *La Prensa* (. . .) Sería poco prudente que la USA apoyara una moción de otra república para introducir el tema de *La Prensa* en la agenda como un ítem particular": tales eran las conclusiones de los expertos del Departamento de Estado. Para la diplomacia norteamericana, empeñada en asegurar el éxito de la reunión de cancilleres, el problema de *La Prensa* no era relevante. Así, el argumento de Cooke caía por su base.

Pero tampoco fue un acto revolucionario por sus consecuencias. Para haberlo sido el régimen peronista debió haber adoptado una medida similar con *La Nación*, que mediante modalidades propias sustentaba posiciones no muy diferentes a las de su colega sancionado. En junio de 1950 Perón había declarado a un periodista chileno: "Jamás he suspendido la publicación de estos diarios (se refería a *La Prensa* y *La Nación*). Publican todos los días los artículos que quieren, atacándome . . . Deseo que haya oposición y deseo que estos diarios continúen apareciendo con toda libertad. Aún más: considero indispensable la libre crítica periodística". Si Perón abolía toda expresión opositora, entonces sí cambiaba revolucionariamente la esencia de su sistema. No lo hizo: prefirió mantener las formas, escudándose en la legalidad

que infundía al régimen el apoyo popular. Se limitó a golpear al diario que más le molestaba, y tolerar a *La Nación* como una prueba de que seguía respetando "la libre crítica periodística".

La liquidación de *La Prensa* despertó reacciones adversas al gobierno argentino en todo el mundo occidental y en el continente americano —donde el diario de los Paz era casi un mito en ciertos círculos políticos e intelectuales— y por supuesto en Estados Unidos. No obstante, Perón siguió adelante con el mecanismo que en tres meses culminaría con la expropiación; aparentemente no le importó el precio pagado en forma de una imagen dictatorial que desde entonces no pudo disociar de su persona. Años más tarde, Hipólito J. Paz, canciller por entonces, recordaba que "la expropiación por el Congreso, entendíamos con el general Lucero entre otros, era un error táctico, porque la oposición de *La Prensa*, era una oposición en tiempo de vals, como la de *La Nación*...".

¿Valió la pena el esfuerzo? El silenciamiento de *La Prensa* no amenguó la oposición existente y, por el contrario, exacerbó el antiperonismo de sus enemigos. Muchos empezaron a pensar que no había otra salida que el derrocamiento de Perón por la fuerza. Un diario que se cierra es una cosa triste. Por los trabajadores que ven cancelada su fuente de tareas, por los lectores que son despojados de una costumbre que forma parte de su vida, por el espíritu o el estilo, cualquiera sea su calidad, consustanciados con el órgano que desaparece. Lo de *La Prensa* tuvo un alto costo para Perón en los años posteriores; en todos sus intentos de acercamiento a Estados Unidos y de convocatoria a sus capitales, aparecía el fantasma del diario expropiado. Fue un acto arbitrario, caprichoso, que formaba parte de una tendencia destinada a coaccionar a la oposición pero no tenía lógica en una política racional medida en términos de costos y ganancias. Por otra parte, los medios utilizados terminaron de ensuciar el objetivo: fue un revoltillo de hipocresía y duplicidad, de argumentos especiosos y hechos falsos, en procura de algo que no cambiaba nada importante en el panorama general del país.

Y ahora tengo que decir lo mío: es cierto que *La Prensa* expresó muchas veces posiciones que pueden no compartirse, y es aquí donde reside el quid de la cuestión, la que refiere a la disyuntiva entre imponer una ideología por cualquier medio o

respetar las opiniones ajenas aunque no se compartan. Se puede pensar, como sostenía Cooke, que las opiniones que uno considera condenables justifican la aniquilación de quien las expresa. Yo prefiero suscribir la manida frase de Voltaire, no por conocida menos admirable: "Estoy totalmente en contra de lo que vos decís, pero daría mi vida por defender vuestro derecho a decirlo...". Vieja frase del más viejo liberalismo, es cierto, pero vivificada a la vuelta de los años por tantos avatares argentinos donde estuvo involucrada esa libertad sin la cual uno se ahoga: la de expresarse por medio de la prensa.

La expropiación de *La Prensa* cerró el proceso iniciado en 1947/48 con la adquisición por parte del gobierno de algunos de los periódicos de mayor circulación, y profundizado con la actuación de la Comisión Visca. Sólo en 1955, con motivo del conflicto con la Iglesia, el régimen peronista volvió a clausurar diarios o editoriales. Por ahora el panorama quedaba uniformado, y una pareja oferta de noticias, comentarios y lenguaje campeaba sobre el periodismo argentino. Subsistían hojas para consumo interno de los partidos, como *Nuevas Bases*, dirigida por Nicolás Repetto, aparecida a mediados de 1950, o *Parlamento Libre* dirigida por Walter Constanza y Guillermo Korn, a finales del mismo año. Los radicales contaban con *¡Adelante!*, que dirigía Balbín, y algunas hojitas parroquiales. Los comunistas circulaban *Orientación* y, a partir de octubre de 1951, *Propósitos*, primero sin director conocido —lo era Ernesto Giúdici— y luego con la dirección de Leónidas Barletta.

En cuanto a los diarios, *La Nación* pasaba a convertirse, en el último tercio de 1951, en una magra publicación de seis páginas que sus lectores se pasaban por riguroso turno, tratando de desentrañar en su material algún indicio que rompiera la monotonía de la prensa oficialista. En el interior habían reaparecido, como se ha dicho, muchos de los diarios cerrados por Visca, pero escuálidos e intimidados.

Por fin, la prensa ya era un elemento integrado a los mecanismos de "la comunidad organizada". En septiembre de 1951 se realizó en la Facultad de Derecho de Buenos Aires un Congreso Nacional de Periodistas al que asistieron Perón y Evita. Se habló

de ética y técnica periodística, de previsión social para los hombres de prensa, de agremiación y papel de diario: en ninguna de sus deliberaciones se hizo alusión a los periódicos cerrados por Visca ni mucho menos a *La Prensa*. En vísperas de la triunfal reelección de Perón, la virtual totalidad de los periódicos argentinos era una rueda más del sistema.

## *El "caso Bravo"*

El sometimiento de la casi totalidad de los medios escritos a los dictados del gobierno se hizo dramáticamente notorio en mayo/junio de 1951, apenas sancionada la ley de expropiación de *La Prensa*, cuando un episodio policial conmovió a la opinión pública y movilizó al estudiantado de Buenos Aires, Rosario y Santa Fe. En un país cuyas instituciones funcionaran normalmente, el "caso Bravo" hubiera provocado un grave escándalo y una ulterior delimitación de responsabilidades. En la Argentina de la época, el asunto se borroneó con un alud de mentiras y desinformaciones. Peor aun, el "caso Bravo" demostró que el régimen peronista era incapaz de formular su propia crítica o crear anticuerpos que le permitieran expulsar a sus elementos más indeseables. Aunque ocurrió en el año siguiente al del Libertador, conviene incluirlo en el presente capítulo.

El 17 de mayo de 1951 el estudiante de química Ernesto Mario Bravo fue sacado de su casa por la policía, y durante casi un mes nada se supo de él. Bravo era militante comunista; de inmediato sus camaradas, temiendo por su vida, se movilizaron y lograron transmitir su inquietud al estudiantado de la Universidad de Buenos Aires. Asambleas, paros simbólicos, "volanteadas" lograron, a principios de junio, alterar el hasta entonces pacífico panorama universitario. Los centros de FUBA basaban su campaña en la probable muerte de Bravo: en aquellos tiempos, un estudiante muerto era algo grave...

Al mismo tiempo, la madre del desaparecido planteaba un recurso de *hábeas corpus* —que no prosperó— y una denuncia por violación de domicilio y detención ilegal, esta última ante un juez de instrucción llamado Conrado Sadi Massué, quien tomó el asunto con seriedad. Avanzaban los días y seguía ignorándose la

suerte del estudiante. La inquietud desbordaba la universidad, se trasladaba a los colegios secundarios y pasaba a Rosario y Santa Fe. El 12 de junio, el rector de la Universidad de Buenos Aires, arquitecto Julio V. Otaola, emitió un comunicado. Aseguraba que "por los informes fidedignos que se han recogido, cabe destacar que el movimiento iniciado tiene un carácter netamente político y comunista... se trata de una maniobra meditada y planeada hace más de dos meses". Subrayaba que "el motivo central utilizado para justificar esa perturbación" era Bravo, sindicado como comunista y prontuariado en la Sección Especial, "sobre quien se ha tejido una historia afirmando que ha desaparecido misteriosamente". Terminaba el comunicado del rector con unas líneas que llevaron cierta esperanza a los medios estudiantiles: como una "sugerencia aclaratoria", el Consejo Superior Universitario había solicitado al ministro del Interior que interesara a alguna autoridad "a fin de esclarecer la antojadiza versión antedicha, que llega a pretender que el estudiante Bravo ha desaparecido". El ministro había impartido instrucciones a la Policía Federal para agotar todos los medios y dar con el paradero del "presunto desaparecido".

En ese momento, los alborotos universitarios eran ya incontrolables. FUBA había declarado una huelga por dos días y había indicios de que lo mismo harían los estudiantes secundarios. La recién nacida Confederación General Universitaria (CGU), cuya creación promovía el régimen para ganar a la FUBA el favor del estudiantado, se revelaba impotente para contener las manifestaciones. Las cosas estaban a punto de ebullición: la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia salió también al frente con un comunicado más burdo aun que el del rector: como "el movimiento estudiantil gestado por la Central comunista que lo venía preparando hace dos meses ha fracasado en la universidad" y como al estudiante en cuestión "lo mantienen oculto ellos mismos", se prevenía a los chicos de la secundaria que aquellos que faltaran a clase en esos días perderían irremisiblemente el año.

Pero la huelga de dos días se cumplió. Y en la noche de la segunda jornada, la policía encontró a Bravo. Según el comunicado policial, en la noche del 13 de junio un patrullero que andaba por Villa Devoto vio a tres personas sospechosas; se intentó interrogarlos, partieron disparos del grupo, dos de los sospecho-

sos escaparon, el tercero se entregó detenido y resultó ser, ¡oh sorpresa!, Ernesto Mario Bravo, "a quien se daba por muerto". Ignorando este milagro, una manifestación estudiantil se agolpó sorpresivamente frente al Congreso Nacional exigiendo la aparición con vida de Bravo, el cual en ese momento estaba alojado en la comisaría 45, detenido por portación de armas.

Al otro día se distribuyeron a la prensa fotografías para probar que Bravo estaba bien, y que todo había sido una patraña comunista. Basta reproducir los títulos de la primera y segunda página de *Noticias Gráficas* —"una voz argentina, clara y valiente"— para imaginar la orquestación de la prensa oficial frente a la aparición del estudiante: "Bravo, que no estuvo Muerto ni Detenido, se Tirotea con la Policía". A este cabezal seguían los recuadros encabezados así: "Quedó Destruida la Torpe Maniobra de Explotar un Suceso que Nunca Existió", "Que Diga Ahora la Oposición Todo lo que Expresó Saber", "Todo el Pueblo Argentino Está en Pie contra sus Traidores". El mismo día la CGT aportó su granito de arena, denunciando "las absurdas mentiras y la siniestra mascarada de un estudiante secretario de la sección juvenil del partido Comunista, al que se pretende hacer aparecer como víctima de un supuesto atentado, para luego ser hallado por la policía, sano y salvo". Hubo paros en varias fábricas para afirmar estas manifestaciones y repudiar la "conjura" que se habría urdido tras el "caso Bravo".

Naturalmente, se tenía la impresión cierta de que Bravo había sido secuestrado y corrido grave peligro. Pero a fin de cuentas, estaba vivo. En la Cámara de Diputados los legisladores oficialistas se burlaban de las denuncias formuladas por los diputados radicales sobre el caso. Todo parecía que iba a quedar en eso. Pero el juez Sadi Massué seguía investigando.

Primero habló con Bravo en la comisaría donde estaba detenido y luego le tomó declaración en su juzgado. El estudiante confirmó la denuncia de su madre; había sido detenido en su casa el 17 de mayo; se lo había torturado reiteradamente con picana eléctrica, cachiporras y duchas de agua helada; había perdido el conocimiento mucho tiempo. El 27 lo llevaron a una casa de algún lugar suburbano, donde se lo atendió. El 13 de junio lo hicieron bañar, le dieron ropa limpia y lo llevaron a la comisaría donde ahora estaba. El juez ordenó que los médicos forenses lo

revisaran: le encontraron rastros de lesiones recientes. Emir Mercader, diputado radical y médico, también pudo revisarlo con el mismo resultado. Dispuso entonces Sadi Massué un careo entre Bravo y empleados de la Sección Especial, Lombilla, Amoresano, De Leo y otro, a quienes el estudiante había señalado como autores de las torturas. Los policías negaron la versión del estudiante; insistieron en que lo habían encontrado en una calle de Villa Devoto. El juez registró las dependencias de la Sección Especial, pero era poco lo que podía hacer frente a las negativas de los policías.

Fue a esta altura de los acontecimientos cuando se produjo un hecho sensacional: el diputado radical Miguel A. Zavala Ortiz presenta un escrito al juez, firmado por el médico Alberto Caride. Era una larga declaración en relación con los hechos investigados. Relataba el doctor Caride que en la madrugada del 18 de mayo fue llamado telefónicamente por Amoresano, a quien conocía ocasionalmente: le dijo que necesitaba sus servicios con urgencia, le envió un automóvil, y al poco rato el médico se encontró en la Sección Especial. Allí le pidieron que atendiera a un detenido. "Se les había ido la mano...", dijeron. Era un joven en estado de coma, con conmoción cerebral y múltiples contusiones. El médico hizo lo que pudo, ordenó determinadas prescripciones y se fue. Al otro día lo buscaron nuevamente: el detenido no había mejorado y sus instrucciones no se habían cumplido. El doctor Caride se negó a aceptar la responsabilidad del caso, pero los policías le prometieron que llevarían al preso a un lugar tranquilo, para que se repusiera: si no mejoraba —manifestaron— no faltaría un accidente de tránsito para terminar con el molesto asunto. El doctor Caride continuó entonces asistiendo a Bravo en una quinta de Paso del Rey, hasta que los policías juzgaron que había mejorado y se lo llevaron. El exponente abundaba en detalles sobre la Sección Especial y mencionaba por sus nombres a los policías con quienes había hablado. Estos le habían dicho en algún momento que recurrieron a él porque si llamaban a un médico forense habría un informe legal. Terminaba el doctor Caride su exposición diciendo que, considerándose sin garantías, entregaba su declaración al diputado Zavala Ortiz. Se supo que el médico había huido al Uruguay; volvería a Buenos Aires después de la caída de Perón. En diez líneas que eran un prodigio de síntesis

periodística insertadas en la habitualmente aburrida "Sección Tribunales", informó *La Nación* de la presentación de Caride: eso bastó para que la opinión pública se enterara de la verdad de lo ocurrido en el "caso Bravo", atravesando la espesa niebla de las declaraciones oficiales y las falsedades de la policía.

Sadi Massué no vaciló: tenía el caso servido y una clara conciencia de sus deberes como magistrado. Decretó la libertad de Bravo, allanó la Sección Especial reconociendo los lugares descriptos por el estudiante y el médico, estuvo en la quinta de Paso del Rey donde halló indicios que Bravo había dejado a propósito. Entonces ordenó la prisión preventiva de los cuatro policías imputados. El 1º de agosto, la Cámara de Apelaciones dispuso la libertad de Lombilla, Amoresano y los otros dos torturadores: según el tribunal, no había evidencias de torturas ya que Caride "no había presenciado el hecho".

Pasó el tiempo y el "caso Bravo" fue deslizándose al olvido. Hechos espectaculares reclamaron la atención de los argentinos: la creciente candidatura de Evita, el "Cabildo Abierto" y otros acontecimientos que se relatarán a su debido tiempo. Pero el "caso Bravo" fue y sigue siendo un elemento importante para destacar la esencia represiva del régimen peronista. Es claro que no era necesario un suceso como éste para saber que se torturaba impunemente: como se ha contado en el primer volumen de esta obra, el bloque radical y los partidos opositores lo venían denunciando desde 1947 y se conocían nombres y lugares con toda certeza. Pero en este caso, lo importante consistía en que el régimen no había demostrado la menor voluntad de separarse de los personajes que usaban habitualmente la tortura con los presos políticos.

Hay una ley implícita en ciertos regímenes: alguien tiene que hacer los trabajos sucios, pero cuando éstos salen mal, el régimen se salva y los chambones pierden. A ellos se los carga con todas las culpas. Y bien: el régimen de Perón ni siquiera se atuvo a esta ley, tan cínica como servicial. Negó la desaparición de Bravo, negó las torturas, denunció todo como una maniobra opositora y hasta el Consejo Superior del Partido Peronista insistió que el episodio entero había sido "una confabulación con el propósito de subvertir el orden". Y cuando la decisión judicial hizo innegable todo lo que se había negado, ajustó los tornillos de

los medios periodísticos para echar sobre el tema una espesa vaharada de desinformación y movió a los magistrados necesarios para exculpar a los torturadores. Al defenderlos, hizo suyas sus culpas, las endosó, lo que revela la tremenda insensibilidad que se había instalado en las estructuras oficiales. Maltratar a un ciudadano era perdonable; si por añadidura era un comunista, entonces era un servicio a premiar. Pues —no hace falta decirlo— Lombilla y sus colaboradores regresaron a sus puestos y fueron ascendidos, como correspondía...

## *Organizando a empresarios y estudiantes*

Los episodios que se vienen relatando en este capítulo tendían a silenciar o intimidar a la oposición. Pero paralelamente se desplegaba una línea de acción oficial destinada a promover la organización de la comunidad, según las ideas reiteradamente expuestas por Perón. Reducidas al mínimo las expresiones opositoras, estructuradas las corporaciones que debían representar a los diversos sectores de la sociedad, el ideal de "la comunidad organizada" quedaría realizado por todo "el siglo peroniano", como solía decir Evita.

Ya estaba la CGT, que después de las operaciones de 1947 —defenestración de Gay por rebelde, sustitución de Hernández por inservible— en mayo de 1950 se había proclamado, como se verá, la tercera rama del movimiento peronista. El presidente podía sentirse orgulloso de este logro, que había implicado vencer la tradicional postura apolítica de la central obrera. "Yo, un tremendo tirano según dicen en algunos países, he conseguido que el gobierno y la parte más representativa del pueblo marchen de acuerdo perfectamente en acciones paralelas", decía el 17 de julio de 1950 ante la delegación obrera que concurriera a la XXXIII Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra. "Dos fuerzas perfectamente organizadas: el gobierno y la clase trabajadora", insistió.

Este mismo Año del Libertador nacerían dos iniciativas que debían complementar la organización de la comunidad ya abierta con la CGT: una se concretó ese mismo año, la otra demoraría un poco más.

No ignoraba Perón que la CGT necesitaba su interlocutor natural, un organismo que representara a los empresarios industriales. Una central obrera y una central empresaria harían el necesario contrapunto para un armonioso entendimiento laboral. Pero en los círculos industriales había desconfianza. A pesar de la política de Miranda, que había protegido en toda forma la industria, muchos empresarios no perdonaban a Perón la intervención en 1946 de la Unión Industrial Argentina, la vieja entidad patronal que había sido uno de sus más empecinados oponentes. Ciertos industriales que habían pertenecido a esta entidad comprendían, sin embargo, que sus intereses no podían carecer de una voz representativa. Con algunos miembros de la Bolsa de Comercio y de la Sociedad Rural, ambas rabiosamente antiperonistas, constituyeron la Confederación Económica Argentina (CEA). Atrajeron las iras de sus colegas en esas entidades, que los calificaron de entregados a Perón, y el propio presidente advirtió que la CEA no era la gran organización empresarial que aspiraba tener a un costado: pero al menos era un paso adelante. En la medida que el régimen peronista demostraba su solidez y también la impunidad con que podía hundir a cualquier empresa que revelara rebeldías molestas —así lo demostrarían los casos de la fábrica de galletitas Mu-Mu y del Instituto Massone—, otros industriales se fueron sumando a la CEA. El desplazamiento de Miranda facilitó estas adhesiones y un refuerzo inesperado apareció en el escenario patronal cuando un empresario de origen polaco, con intereses en las provincias del Noroeste, empezó a reunir a dueños de pequeñas fábricas del interior, comerciantes de alguna relevancia, empresarios agropecuarios y mineros. Se llamaba José B. Gelbard y sus esfuerzos culminaron en mayo de 1950 en una asamblea realizada en Catamarca. En el acta correspondiente se anunció el nacimiento de la Confederación Argentina de la Producción, la Industria y el Comercio (CAPIC), que tomó contacto con la CEA con vistas a unificarse en un organismo de vigencia nacional que pudiera en el futuro asumir la representación, no sólo de la industria, sino de la producción y el comercio.

A lo largo del año 1951 hubo conversaciones para estudiar la posibilidad de fusionar CEA y CAPIC. Pero a pesar del empuje de Gelbard y el interés del gobierno, las comisiones directivas de las distintas confederaciones que habrían de confluir en la pro-

yectada organización de tercer grado —incluyendo los productores ganaderos agrupados en la Sociedad Rural— no se constituyeron hasta diciembre. Cuando estuviera organizada la Confederación General Económica (CGE) —lo que ocurriría a mediados de 1953— Perón estaría en condiciones de anotarse un gran triunfo. Pero esta historia corresponde al último volumen de esta obra; por ahora, en los años 1950 y 1951, el Año del Libertador y el año de la reelección de Perón, sólo se estaba poniendo en marcha ese importante elemento de "la comunidad organizada", el obligado *partenaire*, la entidad que facilitaría al gobierno el avance en la nueva etapa económica.

La otra iniciativa a que nos referimos fue de concreción más rápida porque no precisaba más que un gran apoyo oficial. Se trataba de una organización de estudiantes universitarios que pudiera reemplazar a la Federación Universitaria Argentina (FUA), manejada en aquella época por radicales y socialistas, con minoría comunista en algunas federaciones y centros.

Perón no era popular en las aulas universitarias. La mayoría de los estudiantes, provenientes de las clases medias y herederos de las luchas antiperonistas de 1945, habían vivido con pesar desde 1946 las cesantías de respetables profesores y su reemplazo, en muchos casos, por mediocridades. Todo esto se ha visto en el volumen anterior de esta obra, como se ha visto también la recíproca indiferencia en las relaciones entre alumnos y autoridades universitarias. Pero ahora se trataba de peronizar al estudiantado. Este fue el objetivo señalado a la Confederación General Universitaria (CGU), a lo largo de 1950.

Ese año, en casi todas las facultades del país, empezaron a florecer unos locales limpios y confortables: eran las sedes de la nueva entidad. Eran muy pocos los centros pertenecientes a la FUA que quedaban en los edificios universitarios: los que aún existían fueron desalojados, como ocurrió con el benemérito Centro de Estudiantes de Ingeniería, que llevaba décadas publicando una revista de alto nivel científico.

Pero la CGU no tuvo éxito, aunque gozaba del total apoyo de las autoridades universitarias. Los retratos de Perón y Evita no invitaban a aproximarse a los *contreras* ni atraían a los indecisos. Además, sus dirigentes eran, casi en su totalidad, empleados de

las respectivas facultades; y ya se sabe: los estudiantes pueden aceptar muchas cosas, pero repugnan de la venalidad. Preferían los centros pobres y destartalados donde se sentían libres, generalmente en sótanos o piecitas ruinosas cercanas a los edificios universitarios. Libres, aunque fueran obligadas las periódicas visitas de los policías de Orden Gremial, los *tiras*, que a veces terminaban haciéndose amigos de los muchachos y anoticiándolos de la posibilidad de allanamientos o detenciones...

Por otra parte, la CGU nutrió sus filas con estudiantes venidos del catolicismo de derecha o del nacionalismo, muchos de ellos furiosamente antisemitas. Este perfil, sumado a la condición rentada de sus dirigentes, no contribuyó a popularizar la nueva organización en Buenos Aires, La Plata y Santa Fe. En las facultades del interior, no obstante, sobre todo en Córdoba, atrajo a cierto porcentaje de la población estudiantil con sus ediciones de apuntes, facilidades para ejercer deportes y participar en campeonatos nacionales, o alimentarse barato en los comedores estudiantiles.

El 29 de noviembre de 1950 se realizó en el teatro Colón el primer congreso nacional de la CGU. Trenes y ómnibus generosamente fletados habían traído varios centenares de estudiantes de Córdoba, Mendoza, Santa Fe y Tucumán.

Perón y Evita asistieron al acto. Se entonó "Los Muchachos Peronistas" y hubo discursos de los dirigentes de la nueva organización: reclamaron cátedras... de política justicialista y, de paso, comedores y alojamiento para estudiantes. El presidente definió a la CGU como un sindicato y valorizó el papel de las organizaciones gremiales en la vida de las naciones. "El sindicalismo constituye una fuerza poderosa que debe estar al servicio del Estado", puntualizó. Según él, la diferencia entre sindicatos y partidos políticos residía en las fuerzas respectivas: "¿Quién mueve el piso a los gobiernos en cualquier parte del mundo? Los partidos políticos, no; ellos están arreglados entre sí. Son los sindicatos los que comienzan a producir los terremotos que se observan de uno y otro lado".

Fue una reunión divertida y bullanguera. Evita hizo anunciar que transferiría algunas de sus colonias de vacaciones a los estudiantes, y todo terminó con canciones, estribillos y aclamaciones a la pareja presidencial. Pero el esfuerzo de movilizar a los

estudiantes no se tradujo, en los siguientes meses, en una correspondiente representatividad de la CGU. La FUA seguía siendo, en su semiclandestinidad, la única fuerza capaz de mover al estudiantado: lo probó seis meses más tarde, cuando el "caso Bravo". Frente a la conmoción estudiantil, la CGU no produjo una palabra ni un hecho que pudiera contrarrestar la agitación producida en torno a la desaparición del estudiante comunista, y fue de los centros de FUA de donde salió el impulso para rescatar al compañero desaparecido.

A Perón no le importaba. A sabiendas o mal informado, a veces se quedaba con las formas y desdeñaba los contenidos. Seguía teniendo la mentalidad de un oficial de Estado Mayor: diez regimientos en el mapa son diez regimientos en el campo de batalla, aunque suele ocurrir que algunos o todos los regimientos se encuentren diezmados, hambrientos o desmoralizados. No importa: son diez . . . La CGU era un regimiento así. Aparentemente, una organización que representaba a los estudiantes universitarios, en la realidad una dependencia oficial, con dirigentes a sueldo y un núcleo minoritario de alumnos privilegiados que eran los regalones de los profesores "flor de ceibo". De todos modos servía a Perón para aparentar que, también en el campo estudiantil, todo estaba organizado y "al servicio del Estado", como corresponde a un sindicato *comme il faut*. . .

No serían la CGT, la CGU y la futura CGE los únicos apoyos de "la comunidad organizada". También estaban las Fuerzas Armadas, de las que se hablará más adelante. Por ahora baste decir que el discurso dirigido a los jefes y oficiales de las tres armas en julio de 1950 —una alocución casi obsesionada por el tema del anticomunismo, lo que era lógico en el momento más candente del conflicto de Corea— contenía la ubicación que daba Perón a las mismas en su concepción: "Dentro de la comunidad organizada, las Fuerzas Armadas de la Nación son algo así como la columna vertebral que sostiene la vertical de todo el organismo, formando parte de la unidad nacional pero no como una parte inerte sino como un órgano integrante de todos e integrado por todos los demás".

## *Sin embargo, la Democracia*

Así pues, el Año del Libertador y el siguiente continuaron asistiendo a una progresiva asfixia de las libertades públicas, a la sistemática demolición de la República en sus formas y esencias básicas, a través de los episodios que se han evocado en este capítulo y las secuencias de aquellos que se relataron en el primer volumen de esta obra. En términos de la evolución democrática del país, se estaba retrocediendo a una suerte de edad de piedra política. La tesis, más bien la consigna impuesta desde el aparato oficial, era que no ser peronista equivalía a ser un mal argentino. ¿No había dicho Perón a mediados de 1950 que "actualmente, para un ciudadano argentino, ser peronista debe ser un orgullo"? Y agregaba: "Debemos grabar estos sentimientos y nuestras ideas en los niños, en los jóvenes, en las mujeres, en los hombres y en todos los elementos que actúan dentro de nuestro país. No lo hacemos por política; lo hacemos por un sentido nacional, porque estamos persuadidos que nuestras ideas son las que salvan al país". A estas palabras de Perón hacían eco, en la reunión de gobernadores de julio de 1950, las de Evita: "Vamos a llevar el peronismo al alma del niño argentino, pues nos reservamos el derecho de que la niñez argentina aprenda a amar a la Patria y a Perón desde su cuna. El cebollita porteño, el coyita de Jujuy, los changuitos y todos los niños del país, antes de decir 'papá' deben aprender a decir 'Perón' ".

Meses más tarde, en el verano de 1951, la CGT completaría estos postulados con su consecuencia lógica: hacer política a favor de Perón no era hacer política sino luchar por una causa nacional. Por consiguiente, todo el que no estuviera con esa causa estaba a favor de lo antinacional: serían cipayos y vendepatrias, comunistas y oligarcas. De aquí a la imposición de una doctrina única de adhesión obligatoria, no había más que una breve distancia: se salvó en poco tiempo, como ya se verá.

Y sin embargo...

A pesar de este primitivismo político que excluía toda tolerancia y negaba cualquier intento de comprensión de los motivos del adversario, un proceso profundo y silencioso de democratiza-

ción fluía y se enriquecía en el país. No se daba en el plano de las instituciones, cada vez más sometidas al Estado, ni menos en el terreno de la política o el sindicalismo. La democratización era un fenómeno que aparecía en los aspectos menos visibles de la vida cotidiana, en los hábitos de convivencia, en el trato recíproco, en la visión que los argentinos tenían de su propio país y la participación que esperaban tener en la elaboración de su destino.

La política social de Perón había limado las diferencias irritantes que antes existían, creando un respeto por la dignidad del trabajo y de los trabajadores mismos, que desde entonces formaría parte del mundo de valores de la comunidad nacional. Aunque los privilegiados de siempre rezongaran por compartir lo que antes les era exclusivo —el turismo, los espectáculos, la indumentaria, por caso— la realidad creada por el nuevo bienestar de los sectores menos beneficiados les imponía una actitud más igualitaria, lo quisieran o no. El empleado, el obrero, el peón, el servidor, no pertenecían ahora a una napa social cuya suerte podía serles indiferentes: eran personas a las que había que tratar con deferencia, hasta con cortesía. Hombres, mujeres y chicos conocían nuevas felicidades: las que habían sido rutina en la vida de las clases superiores, y entonces las grietas de la separación de clases se achicaban. Se olvidaba el temor reverencial frente al patrón, al capataz, al jefe y todo tendía a nivelarse. El *cabecita* ya no era un extraño en la ciudad: la habitaba, trabajaba en ella y gastaba su dinero en lo que quería; se sentía igual al hombre del asfalto, y no un recién llegado ajeno y marginado.

El proceso al que nos referimos se alimentaba de muchas vertientes. Una de ellas fue destacada por Perón en su mensaje al Congreso de mayo de 1951, cuando dijo: "En 1946 no votaban las mujeres, que ahora votan; en 1946 no votaban los suboficiales de las Fuerzas Armadas, que ahora votan; en 1946 las gobernaciones no elegían a sus gobernadores, y lo harán ya en lo sucesivo. Estas tres inyecciones en la vida cívica nacional, y sobre todo la fundamental incorporación de la mujer, han puesto a todo el pueblo en contacto con la vida nacional". Efectivamente, esas integraciones al cuerpo cívico de la Nación también contribuían a democratizar la sociedad. Iban creando, acaso muy lentamente, el proceso de formación de una conciencia cívica más

extensa e integrada y formas de participación más amplias y perfeccionadas.

Lo destacamos: florecían las condiciones para que alguna vez la democracia fuera una realidad en todos los aspectos, incluso en aquellos que el régimen degradaba ahora. Ya se sabe: no hay democracia posible sin las libertades que permiten vivificarla y una tolerancia que haga posible la convivencia entre vencedores y derrotados. Pero tampoco puede haberla si una parte de la ciudadanía se siente desamparada y librada a su propia suerte, o desdeñada por los que pueden gozar de bienes que a ella le son negados. Aunque el régimen peronista reprimiera las libertades y redujera a límites intolerables los campos de la convivencia cívica, los efectos profundos de su acción tendían a modelar una sociedad más equilibrada, atravesada de menos injusticias, con más respeto por el hombre común y más resguardos para su vida y sus esperanzas, más integrada y con una mayor representatividad. Estaba empujando hacia la formación de un pueblo visceralmente democrático, fundamento indispensable que algún día habría de completarse con una política que expresara esa realidad del espíritu. Pero ¿podría ser Perón el animador de este perfeccionamiento de su obra? La dureza de su actitud hacia los opositores ¿no terminaría por deformar sus reflejos e impedirle toda rectificación en este aspecto? ¿Habría que esperar su final, fuera cual fuere, para que otro coronara su obra con la democracia política que completara la democracia profunda que había promovido? ¿O concretada su reelección dejaría atrás la etapa de las persecuciones y las hostilidades para convocar a todos los argentinos a una política menos mezquina, más elevada?

# II. GREMIOS QUE MOLESTAN

Generalmente ajenas o indiferentes a estos episodios, las grandes mayorías y especialmente los trabajadores vivían todavía en el Año del Libertador los tiempos de la euforia económica, sin advertir que pronto se sentirían los efectos de la clausura de la *fiesta*.

En el volumen anterior de esta obra se ha relatado la manera como la CGT fue haciendo suyo el concepto de "lealtad" a partir de la defenestración de Gay. Después de la breve gestión de su reemplazante, el secretariado general quedó en manos de José Espejo, quien llevó a la central obrera a convertirse en la tercera rama del movimiento peronista, a la par de los partidos peronistas masculino y femenino.

## *La tercera rama*

Es interesante recoger el fundamento en que se apoyó el Congreso Extraordinario de la CGT realizado los días 16, 17 y 18 de abril de 1950, para dar este paso político. "Después de haber sido una clase desposeída y sometida —decía la resolución correspondiente— los obreros se han convertido en líderes, participando directamente en el gobierno del General Perón, en el cual ocupan Ministerios, Gobernaciones, cargos legislativos, puestos importantes en los directorios de las industrias nacionalizadas y en todas las reparticiones del Estado. La Confederación General del Trabajo y los sindicatos han adquirido un peso indiscutible en todos los aspectos de la actividad nacional, haciendo realidad el concepto de que, con el impulso del trabajo y la actividad del Líder de los Trabajadores Argentinos, General Juan Perón, la República Argentina se ha convertido en una nación libre, justa y soberana, gobernada por los trabajadores."

A partir de tal realidad, la CGT expresaba "su apoyo inque-

brantable al Líder, Su Excelencia el señor Presidente de la República, General Juan Perón, y su decisión de apoyarlo en su patriótica misión con lo mejor de su fuerza moral y física para asegurarle la continuidad y permanencia del trabajo iniciado y llevado a cabo por el General Perón". Y además, "manifestar su deseo vehemente de que el General Perón sea reelecto Presidente de la República Argentina, a fin de asegurar la prosecución de su trabajo histórico en favor del país y de las masas trabajadoras".

El Estatuto aprobado en aquella oportunidad tenía un largo preámbulo que refirmaba esos principios y manifestaba que la "Doctrina Peronista, magistralmente expuesta por su creador, el General Juan Perón, define y sintetiza las aspiraciones fundamentales de los trabajadores argentinos y les señala la verdadera doctrina, con raíz y sentido nacional, cuya amplia y leal aplicación ha de forjar una patria justa, libre y soberana". Como un tributo retórico a los antecedentes ideológicos de algunos dirigentes, se destacaba que "el proceso de realizaciones hacia la gradual socialización de los medios de producción y de cambio, impone al proletariado el deber de participar y gravitar desde el terreno sindical para afianzar las conquistas de la Revolución Peronista . . .".

Curiosamente, el art. 4º del Estatuto declaraba que "la Confederación General del Trabajo es independiente de todo partido político o tendencia ideológica . . ." aunque precisaba que "atendiendo a los supremos e irrenunciables derechos de los trabajadores que la CGT representa, reivindica el derecho de intervenir o gravitar en forma directa en la solución de los problemas políticos, sociales, económicos e institucionales en beneficio de los trabajadores". Del mismo modo, el art. 60 reconocía a las organizaciones adheridas "plena autonomía administrativa" y la "más amplia independencia para la acción" pudiendo "decidir sin autorización de la Confederación General del Trabajo toda actividad que consideren útil"; pero siete artículos más adelante se facultaba a la dirección de la central obrera a intervenir a cualquier organización si ocurrieran "hechos graves que configuren la desnaturalización de la función gremial específica" o si "la indisciplina amenace romper la armonía que debe existir entre dirigentes y afiliados". Esta facultad de intervención, que anteriormente no tenía la CGT, sería usada varias veces en el futuro, como ya se verá.

Así recogía la central obrera el sentimiento mayoritario de los trabajadores y lo volcaba en una adhesión total a Perón y su régimen, ajustando de paso los mecanismos que le permitirían un control total del movimiento sindical. Y no se trataba de una actitud declamatoria: cuatro meses más tarde, el 7 de agosto de 1950 el Comité Confederal resolvía descontar del aguinaldo de todos los trabajadores el equivalente de tres días de jornal a beneficio de la Fundación Eva Perón. Hay que señalar que ese mismo mes se había sancionado la ley 13.982, que encomendaba a la Fundación la atención de las disposiciones del decreto 33.302/45 y las actividades que en el mismo se establecían: es decir que la Fundación se hacía cargo del turismo social, administrando los fondos destinados a ese fin, procedentes de los descuentos de salarios. Esta ley, declarada "de orden público y de interés nacional", así como la resolución de la CGT, ponían una inmensa masa de dinero a disposición de la entidad fundada por Evita. Tal vez por esta razón o simplemente porque pareció a muchos obreros una exacción exagerada la confiscación de tres días de sus salarios, el caso es que un ambiente de malestar se evidenció en la mayoría de los gremios. Después de un proceso bastante largo, Evita se vio precisada a declinar la donación de la CGT y finalmente se resolvió que la Fundación recibiría solamente los jornales que debían cobrarse los días 1º de mayo y 12 de octubre, que no eran laborables.

Ese malestar, que no alcanzó a expresarse públicamente, advertía a los dirigentes sindicales que la adhesión de los trabajadores al régimen peronista, sincera y entusiasta como era, podía estar condicionada a realidades económicas y emocionales que no podían soslayarse. No era, entonces, una adhesión tan incondicional como el Comité Confederal proclamaba. Y en situaciones especiales podía transformarse en movimientos con un claro sentido antiperonista, como ocurrió en 1950 y en el primer mes de 1951. Como se verá enseguida, estos movimientos fueron duramente reprimidos mediante una gradación de presiones que Walter Little describe así: "La respuesta coercitiva del Estado se canalizaba en general a través del poder institucional de la CGT o de la Secretaría de Trabajo. En ciertas ocasiones, la Fundación Eva Perón u otro organismo oficial era el encargado de aplicar la presión. Sin embargo, a veces el propio Perón intervenía públi-

camente. Era una última instancia que sólo se utilizaba en disputas particularmente incontrolables, como las que hubo con los ferroviarios y los azucareros".

Y todos estos matices se dieron en los conflictos que molestaron al régimen en 1950 y 1951, como se verá a continuación.

## *Los de la carne, los marítimos, los bancarios*

A lo largo del Año del Libertador se suscitaron conflictos importantes, pero localizados. En marzo y abril se sucedieron expresiones de malestar en el gremio de la carne con motivo de despidos de personal que fueron aceptados por el Ministerio de Trabajo, por el cierre de algunos frigoríficos. La Federación de la Carne declaró la huelga el 5 de mayo. La reacción oficial fue doble: por un lado declaró ilegal el movimiento y se detuvo a varios dirigentes. Por otra parte se apoyó a FATICA, una organización disidente de la Federación, formada por el personal de los frigoríficos chicos; esta nueva entidad obtuvo el respaldo de la CGT, consiguió el levantamiento de la huelga el 12 del mismo mes y fue beneficiaria de la intervención de la Federación. Así desapareció la organización que había sido escenario de las luchas de Cipriano Reyes.

En el mismo mes de mayo, la Confederación General de Gremios Marítimos y Afines declara una huelga, que inmediatamente es declarada ilegal. Después de la caída de Perón, el secretario general de Obreros de la Construcción Naval relataría a un diario: "Llegó 1950 con relativa tranquilidad. Entonces se planteó el conflicto de los gremios marítimos, en defensa de sus conquistas y de su autonomía. Nosotros adherimos al movimiento y también lo hicieron las seccionales de Rosario y Campana. El conflicto fue largo: 72 días duró la huelga de los marítimos, sofocada finalmente por la fuerza y la persecución, y nosotros resistimos otro mes más. Mientras tanto, la CGT y la patronal maniobraban conjuntamente para crear un sindicato con gente adicta dispuesta a romper la huelga (. . .) Treinta y seis militantes fueron detenidos y alojados en Villa Devoto. Ante el hambre y la presión policial, agravadas por la soledad en que nos debatíamos, los afiliados se vieron obligados a pasar al otro sindicato y volver al trabajo . . .".

Así ocurrió. Primero fueron paros, los días 4 y 5 de abril, al que adhirieron no menos de 40.000 trabajadores, que dejaron inactivo el puerto de Buenos Aires. El 4 de mayo volvió a parar el gremio. Al día siguiente, mientras el movimiento continuaba, el director de Acción Social del Ministerio de Trabajo llegó a un principio de solución con los dirigentes de la huelga; pero cuando éstos se dirigían a hablar con sus compañeros, escucharon que Radio del Estado anunciaba la declaración de ilegalidad del movimiento. ¿Qué había ocurrido? Espejo había exigido al ministerio la medida para evitar la consolidación de la Confederación de Gremios Marítimos porque apoyaba la creación de la Asociación Marítima Argentina para sustituir al sindicato tradicional, cuyos antecedentes anarquistas lo convertían en desconfiable. De allí en adelante vinieron las detenciones y las amenazas de aplicar la ley de residencia a los extranjeros, que eran muchos entre los marítimos. Finalmente el movimiento se quebró; muchos de los dirigentes estuvieron impedidos de embarcar durante bastante tiempo, en represalia por su actitud durante la huelga.

A principios de julio (1950) estalló otro movimiento no menos espectacular. Un grupo de bancarios decidió solicitar un reajuste de sueldos y pedir la normalización de la entidad gremial, pues la Asociación Bancaria estaba intervenida por la CGT desde la huelga larga de 1947 de la que se habló en el anterior volumen de esta obra. Hubo asambleas en diversos bancos y la policía detuvo a dos de los promotores de las reuniones.

El hecho bastó para que los empleados del Banco Español, Francés y de Italia paralizaran sus actividades, exigiendo la libertad de sus compañeros. El 6 de julio un camión celular depositó a los detenidos frente al Banco Español: hubo una explosión de júbilo detrás de mostradores y ventanillas cuando los empleados los reconocieron. Triunfantes, resolvieron constituir el "Movimiento Popular Bancario", que durante una semana logró paralizar la actividad bancaria en demanda de mejores sueldos. La huelga fue declarada ilegal. Hubo despidos masivos, detenciones en Villa Devoto y rápida sustitución de los cesantes por empleados públicos seleccionados por la CGT, que mal o bien trataron de hacer el trabajo de los huelguistas. Más de 2000 bancarios fueron despedidos: nunca fueron reincorporados durante el gobierno de Perón. Cuando los huelguistas advirtieron que las autoridades no cederían,

como tres años atrás, fueron regresando cabizbajos a sus tareas. Fue una derrota del gremio, que emparejó con la victoria que habían cobrado en 1947. Desde entonces, los bancarios se quedaron quietos hasta el fin del régimen peronista.

## *Ingratos ferroviarios*

Pero estos conflictos fueron poca cosa al lado del que llevaron adelante los ferroviarios en los últimos meses de 1950 y primeros del año siguiente. Fue así porque tuvo repercusión política y demostró hasta qué grado de dureza podía llegar Perón en la represión de movimientos gremiales que no contaran con su aprobación. Constituyó, además, una exigente prueba para Perón, que en la emergencia debió despedir a un ministro y pronunció palabras cargadas de furia contra los obreros del riel; y una frustrante experiencia para Evita, que pese a su valiente actitud fracasó en el intento de hacer retornar al trabajo a los huelguistas. Demostró, además, la torpeza de Espejo al frente de la CGT y de los directivos de la Unión Ferroviaria. Más aun: este movimiento debe conectarse directamente con los motivos inmediatos de la clausura de *La Prensa* y, de modo indirecto, con el golpe militar de septiembre de 1951.

El gremio —recordemos— estaba sindicado en la Unión Ferroviaria; en La Fraternidad se agrupaba el personal de maquinistas y sus ayudantes y, aunque no tuvo participación directa en el movimiento, sufrió sus consecuencias, como ya se verá. Gremio antiguo, combativo, organizado, junto a una gran mayoría peronista que agradecía los muchos beneficios recibidos desde 1944 había obreros de origen socialista, comunista y aun anarquista que no tenían gravitación en la conducción del sindicato pero sí algún predicamento en ciertas seccionales, particularmente en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, y en la seccional Barracas Sur de la Capital.

Todo empezó el 19 de noviembre de 1950 con un paro en el Ferrocarril Roca, en demanda de aumentos salariales para las categorías inferiores. Días atrás habían corrido versiones sobre malestar en el ambiente ferroviario, y el secretario general de la Unión Ferroviaria, Pablo Carnero López, publicó un comunicado

denunciando a "elementos contrarios al justicialismo" que trataban de sembrar la inquietud. Fue en esta oportunidad cuando el comité ejecutivo de la Unión Ferroviaria acuñó aquella frase que ha quedado como una manifestación insuperable de primitivismo político: "Cualquier intento de turbar la vida interna del gremio ferroviario es un ataque a la Patria, al Justicialismo y al General Perón".

Cuando se inició el paro en el Roca pareció que se trataba de un conflicto circunscripto a los peones y guardabarreras de la línea. Al día siguiente se anunciaron cesantías, pero ya se habían adherido los cambistas. Las barreras fueron abandonadas por el personal; en las localidades suburbanas se pudo asistir al curioso espectáculo que ofrecían los policías de las comisarías cercanas atendiendo las barreras: el propio comisario de Banfield se hizo cargo de una de ellas...

Los huelguistas reclamaban un sueldo mínimo de $ 550 y afirmaban que los peones recibían un salario neto de $ 340. La respuesta de la Unión Ferroviaria fue apelar al peronismo de los trabajadores, exhortando a que "los compañeros disciplinados que interpretan de corazón al justicialismo peronista" dieran el ejemplo de retornar al trabajo. Pero en las primeras horas del día 21 se registraron pequeños sabotajes en los servicios de señales, cambios de vías y algunos trenes. El Ministerio de Transportes facultó entonces a las autoridades ferroviarias a cesantear más de cien peones y guardabarreras: el anuncio volcó a los guardas, que también se plegaron al movimiento. Ese mismo día los huelguistas hicieron una asamblea en la seccional de Barracas. Fue una reunión fervorosa y un poco anárquica.

—¿Quién debe presidir la asamblea? —preguntó alguien.

—¡Cualquiera! —fue la respuesta unánime.

Durante el transcurso de la reunión, el tema central fue la exigencia de renuncia de Carnero López, el secretario general de la Unión Ferroviaria, sobre cuyo apellido se hicieron obvios juegos de palabras. "En lugar de atender los intereses del gremio pasan una vida cómoda y regalada..." se dijo. Un delegado del Ferrocarril Sarmiento afirmó:

—He escuchado por radio una noticia que afirma que la política se ha infiltrado en esta huelga... ¡y no se dan cuenta que lo único infiltrado es el hambre en nuestras casas!

La reacción de los directivos de la Unión Ferroviaria y la

CGT fue de idéntico contenido: los huelguistas eran "elementos de la Unión Democrática y bradenistas". La Subsecretaría de Informaciones emitía comunicados definiendo a los dirigentes del movimiento como "elementos de definido corte filocomunista". Pero estas reacciones contrastaban con el anuncio del Ministerio de Transportes, mucho más sereno, que se limitó a informar que estaba en estudio una nueva escala de sueldos para peones. Por su parte, la Comisión Ferroviaria de Emergencia, que tenía a su cargo la responsabilidad del movimiento, rechazaba toda imputación política y acusaba de insensibilidad a los directivos de la Unión Ferroviaria. "Nuestro movimiento no lo es contra las autoridades nacionales ni del transporte, con los cuales nos hallamos plenamente identificados." Días más tarde insistirían los huelguistas: "Es un problema puramente gremial, por bajos sueldos. Se pretende insistir con el gastado estribillo de que nos guían oscuros propósitos. Esto ya no puede confundir a nadie. Nosotros queremos dejar aclarado que no somos políticos ni hacemos política de derecha o de izquierda, y sólo pretendemos, como obreros disciplinados, que se atiendan nuestros pedidos".

El 23 de noviembre la situación continuaba igual. Entonces la Unión Ferroviaria realizó un acto en las cercanías de la Estación Presidente Perón (Retiro), transmitiendo las voces de los oradores por altoparlante, aunque ellos mismos no aparecieron. Carnero López fue silbado; Espejo afirmó que la huelga formaba parte de un plan comunista; el único aplaudido fue el coronel Juan F. Castro, Ministro de Transportes, quien aseguró que los servicios ferroviarios se reanudarían "cueste lo que cueste y caiga quien caiga". Horas más tarde, otra asamblea se realizaba en Gerli; allí, más de 2000 obreros en huelga recibieron el informe de la Comisión de Emergencia. Se habían entrevistado con "las autoridades" y conseguido aceptaran la escala de sueldos exigida. No habría represalias. No habían logrado el desplazamiento de los directivos de la Unión Ferroviaria "porque como es lógico, es la actividad sindical la que debe decidir al respecto". La asamblea coreó por largo rato la consigna "¡que renuncien!" y resolvió levantar el movimiento a las 0 horas. Con lo que quedaba claro que el ministro de Transportes se había entrevistado con los dirigentes huelguistas y aceptado sus demandas: sería el principio del fin del coronel Castro.

El episodio, aparentemente terminado, era una derrota para la conducción de la Unión Ferroviaria, desairada tanto por los huelguistas como por el Ministerio de Transportes. Sólo el presidente la sostuvo, diciendo días después de la finalización del movimiento: "Declaro públicamente que la comisión directiva de la Unión Ferroviaria es una de las más fieles peronistas que en este momento existen".

Pero, por peronista que fuera, si no servía había que removerla. Por otra parte, el acuerdo molestaba a Perón: había sido un golpe a su criterio de autoridad. Además, aunque los huelguistas hicieran profesión de fe peronista, no podía ignorar el presidente que entre sus animadores había socialistas y comunistas; y de todos modos, el hecho de que se hubiera apelado inútilmente a la mágica "lealtad", demostraba que eran peronistas renuentes a la disciplina, o sea, malos peronistas...

En los primeros días de diciembre, la Unión Ferroviaria intervino seis de las seccionales más comprometidas con el movimiento del mes anterior. Una semana más tarde, el gobierno rescindió el acuerdo, redujo los aumentos concedidos e hizo detener a varios de los dirigentes del movimiento. Era una provocación con toda la barba: el 16 de diciembre los trabajadores volvieron a la huelga, pese a los volantes que repartió la Unión Ferroviaria: "Si es patriota y peronista, demuéstrelo trabajando". Pero esta vez no se trataba solamente del Ferrocarril Roca sino también del Sarmiento, el Mitre, el Belgrano y el San Martín. Cuatro días después, nuevo acuerdo. Se restituían los aumentos prometidos en noviembre ("de 500 a 700 volvemos al trabajo bajo la palabra de Perón", coreaban los trabajadores del riel) pero ahora sí, caía la conducción de la Unión Ferroviaria, intervenida por la CGT.

Esto aparejó un nuevo problema. La intervención estaba constituida por un triunvirato, ninguno de cuyos integrantes pertenecía al gremio ferroviario, lo que motivó la protesta de La Fraternidad, que cuestionaba las facultades intervencionistas de la CGT y pedía que la ingerencia durara el menor tiempo posible. Pero las detenciones continuaban, y también continuaba la clausura de las seccionales donde había predominado la posición huelguista. Y ahora todo se complicaba, porque a las reivindicaciones salariales, se sumaba una nueva bandera de lucha: la opo-

sición contra los interventores, acusados de estar preparando un gigantesco fraude en las elecciones del nuevo comité ejecutivo de la Unión Ferroviaria. Se impedían asambleas, se presionaba a los afiliados. El 16 de enero desaparece un posible factor de conciliación: renuncia el coronel Castro, aunque Perón, en un discurso posterior, hablaría sin eufemismos de su despido.

Ese mismo día la Comisión de Emergencia convoca a delegados de las distintas líneas. La reunión acuerda dar una suerte de ultimátum a la intervención: sesenta días para normalizar el sindicato, amplia libertad sindical, realización sin trabas de asambleas, levantamiento de las clausuras de las seccionales, anulación de las sanciones dispuestas por la anterior conducción de la Unión Ferroviaria. Al final de la declaración se expresa "la adhesión a la posición del gremio, de apoyo a la política justicialista de Perón". La concesión no borra el carácter de la resolución, un verdadero desafío contra la CGT. Se le da a la intervención cinco días para cumplimentar estas demandas: "Si en el término de ese plazo no se han satisfecho las aspiraciones del gremio, la Comisión de Emergencia adoptará las medidas que considere necesarias".

No hubo respuesta, salvo el habitual coro de invectivas de la prensa oficialista. Entonces, en la noche del 19 de enero de 1951, la Comisión de Emergencia anuncia que "el gremio se considera desligado a partir de las 6 de hoy, del compromiso que contrajo el 17 último al levantar el paro" y que ha dispuesto "la adopción de medidas de defensa del gremio". El 23 se anuncia la iniciación del paro en el Ferrocarril Roca por tiempo indeterminado, "que no será levantado mientras haya un solo compañero cesante, castigado o privado de su libertad".

Fue uno de los momentos más difíciles que vivió Perón a lo largo de sus dos presidencias. Debía enfrentar a uno de los gremios más numerosos, con presencia en todo el país, solidario y, además, vital para la actividad general. ¡Esos ingratos!, habrá bramado el presidente. ¡Pensar que en los inicios de su carrera, allá por enero de 1944, fueron ellos los que lo proclamaron "el Primer Trabajador"! Tres semanas antes, el presidente había devuelto la libertad a Balbín; muchos creyeron que era un signo de debilidad. ¿Podía ser débil de nuevo? ¿Debía acometer contra el gremio entero y arriesgarse a hacerse odioso a los ferroviarios? O por el contrario, ¿no era preferible decapitar al demasiado

torpe Espejo, así como había degollado al demasiado avisado Castro? Además, ¡esos diarios oligarcas que dan una insoportable cobertura al conflicto!

Perón optó por golpear fuerte. Primero, declaración de ilegalidad del paro por el Ministerio de Trabajo. En seguida, emplazamiento del Ministerio de Transportes —a cargo del ingeniero Juan Maggi en reemplazo de Castro— de reintegrarse a sus tareas bajo amenaza de exoneración y, desde luego, despido inmediato de la Comisión de Emergencia. Por ahora, esto; si persisten, habrá otras medidas.

Evita también resuelve actuar. Como primera medida, el 19 ha tenido una conversación con Napoleón Sollazo, el "capo" de los canillitas: él se encargaría de *La Prensa*. Y el 23 a medianoche, cuando comienza el paro en el Roca, en un impulso militante se larga a recorrer las estaciones de la línea del Sur. La acompañan Espejo, Isaías Santín y un pequeño séquito. Inspecciona las estaciones de Banfield, Lanús, Temperley y Remedios de Escalada. En todas, el mismo panorama: desiertas y casi en penumbra. Pregunta por el jefe: no está. En alguno de estos lugares encara a un par de obreros, que no pueden creer lo que ven, esa mujer cuyo retrato sonriente es una presencia cotidiana en todos lados, ahora en carne y hueso pero tensa, arrolladora.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no trabajan? ¿Por qué es la huelga?

—Vea, señora, la huelga la decretó el gremio... Yo no estoy muy de acuerdo... pero la decretó el gremio...

El otro murmura que han clausurado la seccional de la Unión Ferroviaria, "y eso está mal, disculpe..."

Evita se vuelve a Espejo:

—Che, ¿no han abierto las seccionales? ¿Siguen cerradas?

—Creo que no, señora... Creo que ya las abrieron de nuevo...

No había mucho que hacer allí. Evita y su cortejo vuelven a Buenos Aires. Al pasar por Constitución vuelve a bajar. En el *hall* central hay un grupo de ferroviarios. Se acercan, la rodean, la saludan. Ahora sí, Evita está en su salsa. Les dirige una pequeña arenga y luego regresa a la residencia de Avenida del Libertador. Tal vez frustrada, pero al menos con la sensación de

haber hecho algo por Perón. En *La razón de mi vida*, aparecido ocho meses después, Evita relata esta excursión en un capítulo titulado "Una semana de amargura": "...yo no concibo que pueda haber en mi país un solo obrero que no haya comprendido ya lo que es Perón y todo lo que ha hecho Perón por los trabajadores argentinos. Aunque los huelguistas sean muy pocos, me duele lo mismo que si fueran todos. ¡No lo puedo entender! Por eso salí antes de ayer a la calle. Quería saber si los obreros sabían lo que estaban haciendo. Pero cuando me di cuenta que no sabían, tampoco me alegré: pensé que aún quedaba mucho por hacer...".

Todo el peso del Estado cayó sobre los huelguistas. Había que detener ese peligroso efecto de demostración. Para ello, Perón debió hacer uno de los más eficaces *shows* de su vida. Fue el 24 de enero. Reunió a un centenar de dirigentes sindicales y altos funcionarios en la Casa de Gobierno y les endilgó uno de esos discursos admirables, mezcla de verdades y mentiras, llenos de matices que iban desde la furia hasta el desdén, que constituía su mejor especialidad oratoria. La tesis general: el movimiento ferroviario estaba manejado desde el exterior y formaba parte de un plan comunista urdido en Europa para desarticular los transportes, marítimos y terrestres, en varios países "se produjeron las grandes huelgas en ferrocarriles y vapores, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, lo que obligó en este último país a movilizar a los ferroviarios. Eso mismo ha ocurrido en Chile, en Brasil y en varios países americanos".

Después, el tono lastimado. "Yo no creí, porque en las reuniones de los ferroviarios he oído gritar muchas veces 'la vida por Perón', no creí jamás, repito, que llegara a producirse en nuestros ferrocarriles una cosa como la que se está produciendo." ¿Los culpables? Mil o dos mil afiliados, y 148.000 indecisos. Conectó el paro del riel con el de los marítimos, en mayo del año anterior, "que lógicamente, por ser una huelga injusta, fracasó como va a fracasar esta también". Calificó de comunistas a los integrantes de la Comisión de Emergencia y dijo que el ministro de Transportes había sido reemplazado por haber tratado con ellos.

—No hay ningún obrero ferroviario a quien se le haya preguntado, que sepa contestar por qué está en huelga —aquí

recogía, indudablemente, la información que Evita le había traído esa misma mañana. Y a continuación derramó con absoluta impavidez estos delirios:

—Bandas de radicales, comunistas y socialistas andan por las distintas partes castigando a las mujeres y niños de los ferroviarios que quieren trabajar... ¡Hay varios obreros lastimados por haber intentado trabajar!

Aquí la emoción del público llega al clímax.

—¡Hay que darles leña, general!

—Han cometido, compañeros, todos los abusos que se pueden cometer, desde provocar descarrilamientos, arrancando los cambios y sacando las agujas —en realidad, en el primer paro, el de octubre, se habían encontrado piedras obstruyendo algunos cambios, y cortados los cables de algunas agujas, nada más.

—¿Qué están haciendo, bendito sea Dios, los trabajadores, para echarse en contra a la opinión pública? Recibo llamados de todas partes preguntándome qué espero yo para tomar alguna medida y poner en su lugar a estos señores radicales, comunistas, socialistas, que son los provocadores... Antes de tomar ninguna medida, compañeros, he querido provocar esta reunión. Porque cuando la tome, no vuelvo atrás ¡así vengan degollando!

De nuevo el público pide "¡leña!".

—Yo les voy a aplicar la leña...

Y entonces, después de haber llevado la emoción del auditorio al punto más alto, hace el anuncio. Es un anuncio feo para un gobierno que se apoya en la clase obrera: militarizar el gremio ferroviario.

—Voy a decretar la movilización de todo ese personal que se niega a concurrir a sus tareas. Decretando la movilización, el que concurre a su trabajo está movilizado en él; el que no concurre, tendrá que ser procesado e irá a los cuarteles, se incorporará bajo el régimen militar y será juzgado por el código de justicia militar. Ya han sido exonerados los que componen la Comisión de Emergencia, porque todos esos tienen antecedentes extremistas. Los demás que no concurrieron serán separados de sus puestos. Yo seré absolutamente inflexible: me iré a casa antes de reincorporar a uno solo de esos hombres.

Perón había llamado a ese acto reunión de consulta, y "pidió autorización" a los presentes para tomar las medidas que anunció.

A partir de ese momento se desató la represión. Las reformas al Código Penal sancionadas en 1950 imponían penas de prisión de seis meses a tres años, a quienes promovieran la declaración de huelga en reparticiones oficiales o empresas semioficiales: en esta norma se basó el decreto 1473/51 firmado por Perón al día siguiente de su discurso, que ponía a todos los obreros ferroviarios en estado militar, como si la Nación estuviera en guerra. En la noche de la misma jornada, 25 de enero, los piquetes de Sollazo impedían que saliera *La Prensa*. Y todos esos días se detuvo a centenares de afiliados socialistas y comunistas, algunos radicales y no menos de 2000 obreros ferroviarios.

El Partido Socialista negó haber promovido o dirigido la huelga. Era cierto. Pero también era cierto que algunos de los miembros de la Comisión de Emergencia eran socialistas y mantenían informados a los dirigentes de su partido sobre la evolución del movimiento, y es de descontar que éstos los alentaron. Cayeron militantes que nada tenían que ver y, en la volteada, también activistas de los marítimos, los bancarios y otros gremios que habían molestado el año anterior. Jacinto Oddone, el estudioso del régimen de la propiedad de la tierra argentina, fue detenido: en realidad, los burócratas de la CGT vengaban con su prisión la jugarreta que Oddone les había hecho dos años antes, en Ginebra, al denunciar ante la Federación Sindical Mundial el carácter politizado del movimiento sindical argentino, dejando en el aire a los delegados de la CGT, entre ellos Espejo. Otro socialista, Tomás Ratto Valerga, protagonizó un caso curioso: estaba preso desde hacía tres meses, no obstante lo cual también fue procesado, como los restantes, por atentar contra la seguridad del Estado.

En muchas ciudades y pueblos de Buenos Aires y Santa Fe los sospechosos fueron sacados de sus casas o lugares de trabajo y llevados a Villa Devoto y otros depósitos. Los jueces despacharon autos de prisión en los últimos días de enero y primeros de febrero; dos mujeres fueron detenidas por haber llevado volantes que les habían dado sus maridos. Fue una razzia total: los activistas de la Unión Ferroviaria, perseguidos en todos lados, tuvieron que enfrentar la prensa oficial, la legislación represiva, la radio, los jueces, la policía. Si alguien había supuesto que Perón podía caer bajo la embestida de la huelga ferroviaria se equivocó de medio a medio: en tres días fue derrotado el

movimiento y destruida su organización. El 27 de enero empezaban a normalizarse las tareas, mientras un par de miles de obreros eran trasladados de un lado a otro y la oposición, privada en ese momento de la información de *La Prensa*, intuía que había sufrido la derrota más grave desde que Perón era gobierno. Aunque en estas cosas nunca se sabe quién es el último derrotado.

## *Ahora los fraternales*

El ejemplo de lo que había acontecido con la Unión Ferroviaria, bastó. A lo largo de 1951 no se registraron conflictos gremiales significativos. La campaña por la reelección de Perón obró, además, como un factor de presión para unificar el movimiento obrero detrás de la CGT, que ya a mediados de febrero de este año se convirtió en vanguardia de la reconducción presidencial.

Este tema fue usado, de paso, para cancelar la autonomía del único sindicato importante que mantenía una posición independiente: La Fraternidad. Era la asociación gremial más antigua del país, un modelo de seriedad y eficacia; reunía a los conductores de locomotoras y sus ayudantes, por lo que solía considerársela como la aristocracia de los trabajadores del riel.

Desde 1945, La Fraternidad se había mantenido en una posición relativamente aislada del resto del movimiento sindical, aunque estaba integrada a la CGT. Pero su peculiar modalidad apolítica contrastaba con la creciente politización de la central obrera: por ejemplo, al comentar los "Derechos del Trabajador" incluidos en la Constitución de 1949, se atrevió a lamentar que el decálogo no hubiera incluido el derecho de huelga. Pero esta independencia empezó a ser sitiada en 1950. Los delegados fraternales al Congreso Extraordinario de la CGT de abril de ese año criticaron en el seno de su organización la manera inconsulta en que la central obrera había aprobado el apoyo incondicional al gobierno y a la reelección de Perón. En agosto, el Consejo Ejecutivo de La Fraternidad vaciló en aceptar la obligación de donar los tres días de sueldo destinados a la Fundación. Ya se ha visto que en enero de 1951 los fraternales criticaron la intervención de la CGT a la Unión Ferroviaria. Un mes más tarde, derrotada la huelga ferroviaria, la CGT comenzó a apretar el cerco.

Fue cuando Espejo se dirigió al Consejo Ejecutivo de La Fraternidad pidiendo el envío de delegados para cooperar en la campaña electoral peronista, conforme se había resuelto en el Congreso Extraordinario de abril del año anterior. Los fraternales contestan que sus estatutos no permiten que la entidad desarrolle actividades políticas: esta respuesta fue debatida en el seno del Consejo Ejecutivo y algunos miembros propusieron aceptar el pedido de la CGT, pero la mayoría optó por mantener la posición tradicional. El 20 de marzo Espejo envía a la organización ferroviaria un verdadero ultimátum y, a la vez, una puntualización de lo que era la política según la concepción de los dirigentes cegetistas. "El General Perón no es un político para la clase obrera, sino que es considerado como uno de los grandes hombres que hasta ahora ha interpretado los sentimientos de la clase obrera . . ." "Perón no representa un sector político sino una causa (. . .) Por eso parece extraño que una organización de trabajadores como La Fraternidad, que lleva el título de decana del movimiento obrero organizado, acepte no reconocer las conquistas morales y materiales que Perón trajo con su doctrina."

La intimación de Espejo motivó un arduo debate en el Consejo Ejecutivo. Finalmente, por 9 votos contra 4 se resolvió mantener el apoliticismo adoptado. Y para responder a la CGT con palabras del propio Perón, la nota fraternal recordaba "el sabio consejo que el primer magistrado de la Nación dio a los trabajadores en toda oportunidad, de no introducir la política dentro de los sindicatos".

La ruptura era un hecho y, en la relación de fuerzas existente, La Fraternidad tenía que perder frente al poder de la CGT. Cuando el Comité Confederal de la central obrera recibió la contestación fraternal, la declaración que emitió dejaba adivinar lo que pasaría: manifestaba "su repudio más enérgico a la mayoría accidental del presente ejecutivo de La Fraternidad" y "su apoyo y solidaridad con aquellas ramas de La Fraternidad que fielmente acatan la decisión de la CGT". El 16 de mayo de 1951 los cuatro integrantes del Comité Ejecutivo que habían votado por la aceptación del planteo de Espejo, apoyados por afiliados peronistas de La Fraternidad y un numeroso grupo de empleados de la Fundación, tomaron la sede del sindicato y obligaron a renunciar a la mayoría. Contemporáneamente, la seccional de Rosario sufría

un procedimiento similar, pero en este caso con la intervención de efectivos policiales. Inmediatamente la CGT reconoció a la nueva comisión.

El copamiento de La Fraternidad tuvo, meses más tarde, una derivación final en las bombas que estallaron en algunas estaciones ferroviarias el 1º de agosto, acompañadas por volantes que denunciaban el avasallamiento del viejo sindicato. Ya hablaremos de esto, pero lo cierto es que hacia fines de ese año, la liquidación de los núcleos no peronistas en el gremio ferroviario, era total.

Y así quedó unificado el campo obrero. El costo había sido grande pero ahora la CGT, prolongación del Estado en la esfera sindical, podía garantizar que el año previo a las elecciones no presentaría alborotos ni movimientos inoportunos. Pues aunque todavía no se había fijado fecha para las elecciones generales, suponíase que habrían de realizarse en febrero o marzo de 1952, ya que el nuevo período presidencial debía iniciarse el 4 de junio de ese año.

Perón pudo darse el gusto de ser moderadamente magnánimo, después de derrotar la huelga, movilizar a los rebeldes y copar La Fraternidad: hacia fines de mayo (1951) empezó a conceder indultos a los ferroviarios detenidos, no así a los afiliados socialistas y comunistas que habrían colaborado con el movimiento. Desde octubre del Año del Libertador, la CGT estaba instalada en su nueva sede de la calle Azopardo; en el local anterior de la calle Moreno funcionaba una escuela sindical para la formación de los nuevos dirigentes. Había costado rabietas y medidas extremas, pero también en este sector de la vida del país "la comunidad organizada" era una realidad sólida y estable. Perón podía descansar también en la CGT, la última pata del trípode político sobre el que asentaba su régimen.

# III. LA GUERRA BIENVENIDA

El 9 de febrero de 1950 el subsecretario de Estado ("Asistant Secretary of State") Edward Miller, se reunió en Washington con el presidente del Exinbank. El banquero quería información sobre la política norteamericana en relación con la Argentina, ya que en principio —dijo— la Secretaría de Estado había dado "luz verde" para conceder un crédito a nuestro país. Las aflicciones derivadas de la escasez de divisas continuaban en la Argentina y el equipo a cargo de la economía después del despido de Miranda consideraba indispensable hacer un esfuerzo para pagar la deuda de los bancos con los acreedores norteamericanos.

En conversación con el autor explica Gómez Morales:

—Nosotros estábamos dispuestos a pagar depositando el 20 % de la deuda por empezar. Pero vino entonces el embajador norteamericano y nos dijo: "Puede haber una forma menos dolorosa; pueden obtener un crédito del Exinbank a un interés moderado". Yo le dije que esa no era deuda directa del Banco Central ni menos de la Tesorería; era una deuda contraída por los bancos argentinos, y los bancos argentinos la pagarían, claro que avalándola nosotros. A Perón no le costó mucho aceptar esa forma de pago. El había dicho, cierto, que se cortaría una mano antes de aceptar un empréstito, pero para él eso no era un empréstito sino una forma de pagar. En realidad, cuando dijo aquello de cortarse la mano, Perón pensaba en los empréstitos tradicionales, de esos para obras públicas... Así es que eso se resolvió de forma incruenta: Perón, lo que quería siempre, eran soluciones.

Esto había sido decidido a fines de 1949 y ahora había que implementar el crédito, empréstito, forma de pago o lo que fuere. De ahí la pregunta del presidente del Exinbank. Miller confirmó que no había objeciones políticas contra el gobierno argentino, pero aclaró que el Departamento de Estado todavía esperaba obtener soluciones satisfactorias a diversos problemas pendientes. Eran tan complejas las relaciones entre Estados

Unidos y la Argentina —afirmó— que sería aconsejable consultar con el embajador en Buenos Aires, Stanton Griffis, durante su próximo viaje y antes que se iniciaran formalmente las conversaciones entre el Exinbank y la Embajada Argentina en Washington.

## *Miller y Perón*

En efecto, sólo faltaban diez días para que Miller llegara a Buenos Aires, y el subsecretario de Estado no pensaba hacer una *tournée* placentera sino preguntar varias cosas a Perón. En primer lugar, cuándo se ratificaría el Tratado de Asistencia Recíproca TIAR, firmado en Río de Janeiro en 1947, que todavía debía aprobarse en Diputados, pues la cámara alta ya lo había hecho en julio de 1948.

La gira de Miller había sido planeada con prolijidad. Hablaba pasablemente español y esta ventaja sería usada para conversar franca y abiertamente. Por otra parte, un minucioso memorándum del embajador Griffis le permitía recordar los puntos más importantes a discutir. En relación con el TIAR, el diplomático decía que "dos veces he planteado al canciller Paz la urgente sugestión de que el presidente Perón haga un anuncio público de que apoya y apoyará personalmente, durante la próxima reunión del Congreso, la ratificación del pacto de Río". Pero agregaba: "no creo que el canciller Paz haya llevado esto al presidente". El documento se refería largamente a la situación de los frigoríficos Swift, Armour y Wilson, cuyas subvenciones estaban siendo retaceadas; a la importación de películas norteamericanas; a la necesidad de aclarar la situación de las subsidiarias de Standard Oil en nuestro país; y a los problemas cambiarios de las compañías Pan Am y Panagra. En el último punto, el memorándum de Griffis advertía a Miller sobre una treta usual de Perón: escapar de cualquiera de estos temas para hablar del problema del comunismo en América Latina: "es difícil, sino imposible, sacarlo de este tema y hacer retornar su atención a cualquier otro, económico o no".

Los técnicos argentinos también habían hecho sus previsiones sobre la visita de Miller. En un informe a Perón del 31 de enero de 1950 el Consejo Económico Nacional señalaba la deuda de aproximadamente u$s 200 millones y la posibilidad abierta por el

Exinbank; preveía que Miller habría de plantear la necesidad de precisar, por medio de alguna ley, los alcances del artículo 40 de la Constitución como "condición esencial para poder lograr la incorporación de capitales estadounidenses al país"; y que el subsecretario podría sugerir la incorporación argentina a la Organización Internacional de Agricultura (FAO), al Fondo Monetario Internacional (FMI) y a la Carta de La Habana sobre comercio. El Consejo no hacía objeciones a la incorporación a la FAO, pero señalaba que la integración al FMI "significaría desconocer lo que ha venido sustentando reiteradamente el gobierno argentino en el sentido que una adhesión de esta índole lesionaría su libertad de acción".

Miller no habló del FMI ni de la FAO ni de la Carta de La Habana; ni siquiera del artículo 40. A él le preocupaban cosas más concretas: la ratificación del Tratado de Río y la situación de las empresas norteamericanas radicadas en la Argentina. Llegó el 19 de febrero, fue agasajado y anduvo de un lado a otro cumpliendo un ceñido programa. Al abandonar el país agradeció las atenciones que había recibido del presidente y de Evita, "su encantadora colaboradora", algunas de cuyas realizaciones había visto. La información posterior del embajador Griffis al Departamento de Estado confirmó que las entrevistas con Perón habían sido cordiales y relató algunos detalles.

Cuando Miller preguntó a Perón sobre la ratificación del Tratado de Río, el presidente se mostró contradictorio. Primero dijo que no era prudente forzar a la Cámara de Diputados. Al otro día, en una conversación más privada, expresó que creía posible lograr la ratificación durante el período de sesiones que empezaba en mayo, y afirmó que se esforzaría en lograrlo. El relato del embajador reproduce los argumentos de Perón.

—En la Cámara de Diputados, cerca del 30 % de los miembros pertenecen al partido opositor, que critica el tratado. El presidente de la cámara ha sondeado la opinión de los diputados y encontró que el bloque peronista no está enteramente a favor de la ratificación (. . .) Atribuye a que en el pensamiento de muchos diputados, el tratado está conectado con el embajador Braden. Puntualizó que muchos de los diputados son de origen humilde; lucharon contra Braden y John Griffiths, y no pueden sacárselos de la cabeza. Expresó que no deseaba forzar la rati-

ficación del Tratado de Río, pero que sin duda lo sacaría en tiempo.

Perón exageraba deliberadamente cuando se refería a la resistencia de los diputados oficialistas; en el bloque peronista ya habían desaparecido las anteriores resistencias, y lo ocurrido en 1946, cuando un grupo de legisladores mayoritarios votó en contra de Chapultepec, no se repetiría en 1950. Pero el presidente hacía su juego: el TIAR era una baraja que había que tirar en el momento oportuno como prenda de negociación, para obtener todo lo posible de los gringos...

Miller y Perón hablaron sobre el comunismo. En esto, el presidente argentino fue más enérgico que el enviado de Truman. Días antes del viaje del subsecretario de Estado, había denunciado en un discurso "un peligro que amenaza voltear la organización del mundo entero, que es el comunismo... un cataclismo económico y social... un cataclismo total e integral del que nadie puede salvarse". Habrá repetido estos conceptos ante Miller, pero agregó, además, que los pactos militares debían proveer a la defensa del continente y a la vez buscar la adopción de medidas comunes, por todos los países, para combatir al comunismo. Miller le explicó que la política de Estados Unidos consistía en preservar la paz y, respecto de los países subdesarrollados, promover un mejoramiento del nivel de vida de sus pueblos, más que combatir la influencia comunista.

También se trataron temas comerciales y económicos, después de una exposición de Perón en la que se mostró renuente a aceptar empréstitos pero sí, en cambio, créditos. El informe de la Embajada anunciaba progresos en los problemas que afectaban a las líneas aéreas norteamericanas y afirmaba que Perón había impartido instrucciones a sus colaboradores para que se buscaran soluciones lo antes posible. Miller reiteró una invitación anterior para que el ministro Cereijo viajara a Estados Unidos; se quejó de los ataques de *Democracia* y *La Epoca* contra su país; hizo notar el mal efecto que provocaba en los medios norteamericanos cualquier restricción a la libertad de prensa (era el momento más activo de la Comisión Visca) y prometió hacer todo lo posible para intensificar y mejorar las relaciones recíprocas.

En carta personal enviada al presidente Truman, apenas regresado Miller, el embajador Griffis calificó el viaje de Miller

como un "tremendo éxito". No era para tanto, pero ciertamente marcaba un principio de superación de las malas relaciones entre Washington y Buenos Aires que venían desde los tiempos de Castillo. El subsecretario de Estado no había venido con los planteos que temía el Consejo Económico Nacional. Y en los meses siguientes se fueron resolviendo algunos de los problemas que preocupaban a las empresas yanquis. Se permitió la transferencia de la sede de Swift a Estados Unidos, con la consiguiente transferencia de beneficios; se autorizó a Braniff extender sus vuelos a Buenos Aires, y a Pan Am una mayor frecuencia de viajes; se permitió la libre importación de películas norteamericanas, de cuyas utilidades podrían remesarse hasta un 50 % en dólares; se habló de la posibilidad de revisar el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación de 1853, para reemplazarlo por un instrumento más actualizado; se prometió arreglar los problemas pendientes con la American & Foreign Power por la nacionalización de varias usinas pertenecientes al holding ANSEC. Y además, en pocos meses más se concretaría el empréstito del Exinbank y no pasaría el mes de junio sin que la Cámara de Diputados aprobara el Tratado de Río de Janeiro.

Pero el marco de estos hechos no sería el contexto más o menos pacífico que había vivido el mundo hasta entonces, sino una circunstancia bélica que por un momento pareció dar la razón a Perón en sus reiteradas profecías sobre la inminencia de una nueva guerra mundial.

## *Cruzando el paralelo*

El 25 de junio de 1950 debió haber sido uno de los días más felices de Perón como gobernante. En la madrugada de esa jornada, tropas de Corea del Norte violaron la frontera provisoria establecida a lo largo del paralelo 38, invadiendo Corea del Sur. La península coreana era una de las regiones políticamente volcánicas del mundo; su artificial división había establecido un régimen pro soviético en la parte norte y un gobierno pro norteamericano en su región sur. Después de un confuso proceso de violencias internas en cada sector, la situación hacía crisis con la invasión. Pero nadie podía llamarse a engaño: más que los habitantes de la

península, quienes allí se enfrentaban eran los rusos y los norteamericanos.

El hecho parecía confirmar la machacona prédica de Perón sobre el próximo estallido de una tercera guerra mundial. Lo había augurado en todos los tonos, casi desde el comienzo de su período presidencial. Poco más de un mes antes del ataque norcoreano, hablando ante profesores de religión y moral, aludía a "la destrucción material que prevemos como consecuencia de la próxima guerra". Días después, el 12 de mayo, en otra de sus habituales alocuciones, planteaba dramáticamente: "¿Qué va a pasar cuando termine la próxima guerra, que ya está en marcha? Las consecuencias las vamos a soportar todos nosotros, porque vamos a estar vivos y peleando. Aunque estamos recién en la nueva preguerra, yo ya estoy pensando en la postguerra...".

Ahora se confirmaban estos vaticinios. Para el presidente, una guerra entre la U.R.S.S. y la U.S.A. era un suceso providencial. Lo llenaba de seguridad en sí mismo y en su sabiduría como estadista. Por eso la recibía como una vieja amiga cuya visita se espera de un momento a otro y a la que se invita a pasar con un ¡hola! familiar y tal vez una guiñada de ojo... La guerra terminaba de aventar cualquier sospecha todavía incrustada sobre su régimen en el Departamento de Estado, sumaba al país a la cruzada mundial anticomunista, permitía pedir todo lo necesario para equipar a las Fuerzas Armadas, le daba mano libre en la política interna. Pues cuando de ganar una guerra se trata, nadie se pone a mirar lo que ocurre en la casa del aliado.

Perón, que había profetizado la guerra tan obstinadamente, sabía bien los beneficios que podía traer al país y, sobre todo, a su propia posición. Sin embargo, como se verá en seguida, mostró en los primeros y decisivos momentos una conducta vacilante. Había pensado mucho en la guerra pero no tenía definido qué haría cuando estallara... Algo, sin embargo, tenía muy claro: ningún dividendo podría obtener de la nueva coyuntura mundial si no producía un acto de alineamiento claro e inequívoco. Había que poner silenciador a sus efusiones sobre la "tercera posición" y demostrar que adhería a una de las dos posiciones que se enfrentaban en Corea.

Veinte días antes de la invasión, hablando con el presidente de la empresa química Squibb & Sons en privado, había repetido

varias veces que en caso de una guerra, en la que creía, la Argentina estaría al lado de Estados Unidos.

—No entiendo cómo puede dudarse de mi sinceridad en este punto —quejóse ante H. A. Arnold— aunque esto no importa, porque de todos modos no habrá forma de eludir la guerra.

Las seguridades de Perón fueron transmitidas por su interlocutor al Departamento de Estado, como también lo fueron las que dio, una semana antes del cruce del paralelo, al embajador de Estados Unidos, en presencia del canciller Paz. El embajador Griffis, que no se caracterizaba por su tacto, había preguntado abruptamente al presidente si el TIAR sería ratificado. Perón le explicó que el instrumento, ya aprobado por el Senado, estaba ahora en Diputados. Anteriormente —dijo— en la cámara había una minoría vociferante, con peso suficiente para hacer un escandaloso barullo si el Tratado entraba por la ventana. Ahora, el peso de la oposición se había reducido mucho (en efecto, la mitad del bloque radical había renunciado, como ya se relatará) y el Tratado estaba incluido en el Orden del Día, de modo que no tenía dudas de que se aprobaría. Agregó el presidente que no sería prudente sacar el tema del Orden del Día y meterlo de improviso, porque entonces la oposición tendría la oportunidad de clamar que la ratificación era la condición de la ayuda financiera norteamericana, es decir, el empréstito del Exinbank.

Entonces, con su grueso humorismo, Griffis anunció que si el Tratado no se aprobaba, tendría que presentar su renuncia y debería aceptar un cargo de embajador de Perón: bien lo merecía por haber trabajado tanto en favor de los intereses argentinos. La salida de Griffis provocó la reiteración de lo dicho: el TIAR se ratificaría antes de la terminación del año parlamentario, es decir, antes del 30 de septiembre.

Esto se dijo con anterioridad al estallido. Ahora, ya atravesado el paralelo 38 Perón no podía darse el lujo de gambetear las seguridades dadas al subsecretario Miller y al embajador Griffis. Tres días después de la invasión, el embajador cablegrafiaba al Departamento de Estado informando que el canciller Paz le había hecho saber que ese mismo día la Cámara de Diputados ratificaría el Tratado. "La ratificación será urgida ahora", aseguraba. Stanton Griffis no tendría necesidad de pedir un puesto a Perón porque efectivamente, el 28 de junio, mientras

se estaban tratando asuntos de rutina, el diputado Angel Miel Asquía, presidente del bloque peronista, hizo una moción de orden: que se considerara el despacho de la Comisión de Relaciones Exteriores sobre el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca.

Después de todo, el asunto entraría "por la ventana", "urgido" y fuera del Orden del Día.

La discusión fue, por momentos, tempestuosa. Los radicales se opusieron a que se tratara sobre tablas un asunto tan trascendente, que imponía al país obligaciones internacionales en el terreno militar; no había habido anuncio previo ni publicidad, ni debate en la opinión pública sobre el TIAR, que desde hacía dos años dormía en la comisión respectiva. Pero la moción de orden fue aprobada y el cuerpo entró a considerar el tema.

Díaz de Vivar, que en 1946 había encabezado la disidencia peronista contra Chapultepec, ahora expuso la posición favorable de su bloque sobre Río de Janeiro. Frondizi y Dellepiane fueron los encargados de atacarlo. Frondizi, sobre todo, cargó las tintas sobre sus implicancias: denunció que era un instrumento de dominación militar de Estados Unidos y vaticinó que, según sus términos, la Argentina tendría que pelear en defensa de los intereses norteamericanos en cualquier parte del mundo. Formalmente fue un gran discurso: su contenido, en cambio, estaba plagado de exageraciones y prejuicios aislacionistas, en la profundización de una línea de pensamiento virtualmente utópica en materia internacional que era fervorosamente sostenida por el Movimiento de Intransigencia y Renovación de la UCR.

La discusión no fue muy prolongada. Una nueva moción de orden, esta vez de Visca, cerró abruptamente el debate. Cuando se estaba votando, voces apocalípticas y sarcásticas partieron de la bancada minoritaria.

—¿Dónde están aquellos de "Soberanía o Muerte"? —prorrumpió Frondizi.

—Tercera posición... ¡rodilla en tierra! —gritó Gil Flood.

—Podrían apagar la luz para votar este tratado —exclamó Emir Mercader. Y de nuevo Frondizi:

—Por petróleo y dólares, ¡van a morir muchachos argentinos!

Pero más allá del escándalo, la votación fue significativa. Pastor, el único representante conservador, sumó su voto al del bloque oficialista. Los radicales unionistas se retiraron del recinto para no evidenciar la división del bloque, pues estaban también a favor de la ratificación. Así es que sólo ocho votos, los del sector intransigente del grupo parlamentario radical, se opusieron. Es de señalar que días más tarde, el Comité de la Capital de la UCR, dominado por los unionistas, publicó un documento de crítica a la actitud adoptada por el bloque, lo que motivó la réplica de Frondizi, a cargo de la presidencia del grupo en tanto Balbín siguiera preso.

Como quiera que fuere, el TIAR estaba aprobado. Ese mismo día, Perón se apresuró a escribir a Miller: "El gobierno y el pueblo de la Argentina han querido esta vez —cuando los Estados Unidos han adoptado la magnífica decisión de detener a Rusia en sus insidiosas y arteras maniobras— trabajar rápidamente, convirtiendo el Tratado en ley de la República y asegurando, en la medida en que estamos involucrados, la unidad continental y la firme decisión de defenderla en un frente unido y decidido". Pero las cosas empeoraron rápidamente en Corea, y entonces fue cuando Perón comenzó a debatirse en sus vacilaciones.

## *Ir o no ir*

La opinión pública argentina no advirtió en los primeros momentos la gravedad del conflicto; nuestro periférico país tiende a percibir en sordina el fragor de los cataclismos mundiales. Pero cuando las defensas sudcoreanas se desfondaron y las fuerzas norteñas tomaron Seúl y siguieron avanzando vertiginosamente por la península, una sensación de pánico campeó en el mundo occidental y sus ondas alcanzaron, por fin, a la Argentina. El 7 de julio el Consejo de Seguridad de la ONU pidió a los estados miembros que pusieran sus tropas bajo la autoridad de un comando unificado.

El canciller Paz había publicado ya, el 30 de junio, un comunicado expresando el apoyo argentino a la ONU y la solidaridad del país con el resto de América; también se habían hecho públicas las instrucciones al embajador Remorino para que trans-

mitiera al secretario de Estado Acheson que la Argentina apoyaba "con toda decisión" a Estados Unidos. El 3 de julio el canciller dirigió un telegrama al secretario general de la ONU ratificando la voluntad del país de cumplir, en la medida de sus posibilidades, los pactos internacionales suscriptos.

Todo parecía precipitarse hacia una decisión del gobierno de Buenos Aires de participación en la guerra. La gente empezaba a temer seriamente que sus muchachos fueran enviados al matadero asiático y que las agoreras palabras de Frondizi en el Congreso se hicieran ciertas a breve plazo. Para sumar otro hecho inquietante al panorama, el 6 de julio se supo que un cuatrimotor norteamericano, perteneciente a la "United Air Force 5", había hecho un aterrizaje forzoso en un pueblo de Santiago del Estero; el episodio parecía dar la razón a quienes aseguraban que se estaba en vísperas de una movilización de fuerzas en combinación con los norteamericanos.

El 14 de julio el secretario general de la ONU reitera su angustioso pedido de ayuda militar a todos los países miembros y comunica al gobierno argentino, entre otros, que el Comando Unificado tiene urgente necesidad de ayuda efectiva adicional: la circular preguntaba, concretamente, si el gobierno argentino proveería fuerzas combatientes. Tres días después, el canciller Paz contesta esta comunicación manifestando que "de acuerdo con los compromisos contraídos como miembro de las Naciones Unidas, (el gobierno) aguarda que el Comando Unificado entre en consulta directa con el gobierno argentino". La información periodística de esta comunicación agregaba a continuación un cable de Asociated Press desde Washington, ponderando la satisfacción de medios diplomáticos norteamericanos por la reacción argentina.

Fue el momento más dramático. Ese mismo día 17 se produjeron manifestaciones y tumultos en Rosario, que empezaron muy temprano en la mañana en los talleres del Ferrocarril Mitre, en Pérez. Allí, los obreros ferroviarios resolvieron parar sus tareas y dirigirse al centro de la ciudad. Otros grupos se fueron adhiriendo y algunos fueron al local de la Unión Ferroviaria. Entonaban consignas contra la guerra y repudiaban cualquier envío de tropas a Corea. Había muchas mujeres, que no eran las menos expresivas de los manifestantes. Hacia el mediodía llegó la columna a la plaza San Martín; la policía los fue disolviendo sin

violencia, aunque en algún momento tuvieron que venir los bomberos y apurar el desalojo con chorros de agua.

Un documento secreto del Departamento de Estado, redactado más de un año después, sugería que acaso del propio Perón habría estimulado esa manifestación. No parece haber sido así. El presidente debe haber sentido muy a lo vivo este movimiento en uno de sus gremios más adictos, porque dos semanas más tarde, ante una delegación de ferroviarios, rezongaba: "Yo no sé si podrá ser inteligente o de alguna utilidad, que cuatro dirigentes infiltrados en alguna organización peronista saquen con engaños a la calle a algunos incautos y los hagan servir a sus intereses. Pero sí estoy seguro que cuando esos incautos conozcan las causas que mueven a esos dirigentes, y sepan por qué los sacan a la calle, esos dirigentes tendrán que disparar... ¡y muy rápidamente!". El año siguiente, como hemos visto, el gremio ferroviario depararía a Perón sobresaltos peores, y a Evita, "una semana de amargura".

Por otra parte, no podía complacer a Perón la reacción antibélica, porque él estaba resuelto a mandar fuerzas argentinas a Corea. Según Juan Archibaldo Lanús, en ese momento (17 de julio de 1950), ya estaba decidido el envío de un contingente. Sería un grupo voluntario y la decisión había sido tomada días atrás por Perón, en conversación con el canciller Paz. "En el Ministerio de Relaciones Exteriores se formó una comisión integrada por varios funcionarios, que preparó todos los documentos que requería el anuncio de tropas voluntarias: un comunicado destinado a la prensa y una nota al secretario general de las Naciones Unidas."

Pero los sucesos de Rosario advirtieron a Perón que iba por un camino peligroso. En la emergencia demostró no solamente olfato político sino también una excelente información, porque el movimiento de los ferroviarios rosarinos, peronistas en su inmensa mayoría, parecía extenderse a la Capital Federal y Buenos Aires, donde corrían rumores de convocatoria de las clases de reserva. Entonces, en la noche del 17 al 18 de julio, Perón desistió de la idea. Ya en la tarde del 17, hablando ante la delegación que había concurrido a la XXXIII Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra, había dicho que ese mismo día le habían preguntado qué actitud adoptaría en una importante cuestión internacional. "En

esto haré lo que el pueblo quiera que haga", habría sido su respuesta.

Había acuñado una de sus frases más efectivas, reiterada después en muchas oportunidades. Haría lo que quisiera el pueblo; y el pueblo no quería que ningún argentino fuera a Corea. No hay duda de que a Perón le hubiera encantado enviar un contingente. Sellaría así la renovada amistad con Estados Unidos, tendría derecho a pedir equipos y armamentos para las Fuerzas Armadas y, de paso, una buena oportunidad para hacer llegar a sus aliados esos consejos de estrategia y geopolítica a los que era tan afecto... Pero no sucumbió a esta tentación y fue leal, no solamente al sentir mayoritario, sino también a los intereses permanentes del país: en realidad, confirmaba actitudes que en su época habían tenido el radical Yrigoyen y el conservador Castillo. Decepciones aparte, el 18 de julio un comunicado de la Cancillería precisó los alcances de la respuesta enviada al secretario general de la ONU, aclarando que de ningún modo implicaba el envío de tropas. Y cuando la CGT emitió a su vez una declaración aconsejando a la clase trabajadora esperar antes de hacer manifestaciones en ningún sentido, quedó claro que el presidente había modificado la actitud original.

Es posible, como sugiere Lanús, que el general Humberto Sosa Molina y algunos altos mandos hayan planteado al presidente su posición contraria al envío de tropas; es seguro, asimismo, que Perón haya percibido con su sexto sentido político —eso que Hitler llamaba *fingerspitzengefühl*, "la sensación de la punta de los dedos"— que un envío de combatientes argentinos provocaría un rechazo popular tal vez violento. Sea como sea, una cosa es cierta: a partir de la irrupción norcoreana, Perón promovió decididamente una secuencia de manifestaciones públicas, actos privados y hechos políticos, que debían desembocar lógicamente en el envío de tropas al teatro de operaciones. Como también es cierto de toda certeza que Perón resolvió echarse atrás en el momento decisivo, interpretando los sentimientos generales del país.

## *"No morder la mano..."*

La ausencia argentina no molestó demasiado en Washington: en esos momentos, la totalidad de la defensa de Corea del Sur estaba a cargo de las fuerzas norteamericanas, y los aportes extranjeros eran más un estorbo que una ayuda. Con el tiempo, de los países latinoamericanos sólo Colombia mandó a la península un grupo de 1000 hombres. Pero lo que sí molestó en el Departamento de Estado fue la duplicidad del mandatario argentino en las semanas posteriores, que presentó su viraje del 17/18 de julio como una aplicación natural de su "tercera posición". Para Miller y los suyos, Perón estaba en vísperas de ser favorecido con un importante empréstito y en vías de arreglar negocios de recíproca conveniencia; no podían justificar, aun concediendo las exigencias de la política interna, que Perón siguiera alardeando de su actitud con palabras que les recordaban los peores momentos de las relaciones argentino-norteamericanas de los últimos años. La "tercera posición" implicaba poner en pie de igualdad el sistema occidental y el sistema comunista, rechazando ambos. Pero ¿no había hecho Perón aprobar a rajatabla el Tratado de Río de Janeiro? ¿No había reiterado en público y en privado que en caso de guerra la Argentina estaría al lado de Estados Unidos?

En efecto, Perón seguía difundiendo sus consignas terceristas en las muchas alocuciones que pronunció esas semanas. Lo hizo el 4 de agosto frente a médicos de todo el mundo congregados en el VII Congreso Internacional de Cirujía; lo reiteró cinco días después en la residencia de Olivos, donde había sesionado el Comité Confederal de la CGT. Y después de la pausa impuesta por los homenajes a San Martín en la semana de su centenario, el 29 de agosto volvió a valorizar su posición internacional ante el XV Congreso de la Confederación de Empleados de Comercio. Allí dijo que "después de la guerra debemos esperar la reacción capitalista, que tratará de avasallar al mundo justicialista. Por eso es que debemos estar preparados con organizaciones poderosas, porque la lucha se hará más bien en el campo económico...", aunque aseguró que "será difícil abatir al estado justicialista".

El embajador norteamericano se hartó. Aprovechó a fines de agosto que el embajador Remorino había sido llamado a Buenos

Aires en consulta, y lo invitó a almorzar. Estaba Griffis ansioso por saber qué clase de ayuda brindaría la Argentina a su país en el momento más difícil de la lucha en Corea, cuando Mac Arthur preparaba en riguroso secreto su desembarco en Inchón. Durante el ágape, Griffis adoptó deliberadamente un aire deprimido. Cuando Remorino le preguntó qué le ocurría, el diplomático le dijo que Perón estaba arruinando todo el buen trabajo que él, Griffis, en Buenos Aires, y Remorino en Washington, habían llevado a cabo durante un año. Señaló que comprendía las cosas que decía el presidente para consumo interno, pero destacó que todo eso se conocía en Estados Unidos. Y si Perón quería contar con la cooperación y la amistad norteamericanas, había dos temas que debía eludir: los ataques al llamado capitalismo y los ataques a la prensa independiente. Agregó Griffis:

—Me importa un pito lo que diga, mientras se limite a hablar de problemas locales, de comunismo, de agricultura y aún a meter las narices en la política brasileña. Pero ¡que no muerda la mano que le da de comer!

La nota de Griffis a Miller relatando este almuerzo concluye con una apreciación amarga: "Perón, simplemente, perdió sus nervios y no encontró nada mejor que poner atrás a su país y seguir la vieja teoría de que el ataque es la mejor defensa". Agregaba, "escribiendo con más tristeza que ira", que el Perón real era aquel que en cualquier crisis se ponía primero, para huir después como un ciervo y colocarse detrás de la ventana cuando las cosas se ponían mal. "No quiero destruir el gentil idealismo de un distinguido joven subsecretario de Estado frente a un *gran*, [sic] estadista, pero de todos modos, a juzgar por sus notas recientes [de Miller] creo que esa imagen ya está destruida."

No es probable que Remorino haya transmitido al presidente la brutal intimación de Griffis: el embajador argentino en Washington regresó a su destino pocos días más tarde, y el propio Griffis también, para no retornar a Buenos Aires, donde la embajada de su país quedó sin titular hasta febrero de 1951. Pero el episodio, aun descontando lo que haya podido tener de jactancia exagerada por parte del representante de Truman, marca una abismal diferencia con lo ocurrido cinco años atrás, también con un embajador norteamericano. En aquella oportunidad, en la célebre "entrevista del sombrero" que hemos relatado en otro libro, Spruille

Braden sugirió a Perón el arreglo de varias cuestiones económicas pendientes entre los dos países como condición de entendimiento con el entonces hombre fuerte del gobierno *de facto*. La respuesta de Perón fue un tajante rechazo, usando palabras desconocidas en el lenguaje diplomático. Ahora, en 1950, el embajador de Estados Unidos se permitía prevenir al presidente argentino de que no se atreviera a morder la mano que le daba de comer...

Es que en la primera mitad del Año del Libertador, Perón había tenido que tragar dos gruesos sapos: el empréstito del Exinbank —finalmente suscripto a principios de noviembre— y la ratificación del TIAR. Curiosamente, no parece que Perón haya tenido que librar batallas de conciencia por estas horcas caudinas que la cruda realidad había impuesto a sus alardes. Todos los gobernantes argentinos de la segunda mitad de este siglo han tenido que avenirse en mayor o menor medida a hacer cosas que no deseaban, aceptar hechos que anteriormente habían tenido como inaceptables; y siempre tradujeron, de algún modo, el desgarramiento que en la intimidad del espíritu aparejaban estas concesiones. En el Perón de la época que decimos, no hay nada parecido. Insistía en que el empréstito no era un empréstito sino un crédito que reflejaba la confianza que merecía el país; y que la "tercera posición" era una vía de salvación para el mundo entero, atacada por capitalistas y comunistas de consuno. Perón nunca reconocía sus errores y no puede reprochársele esta modalidad, habitual en el juego político. Pero sí puede reprocharse al líder justicialista el tiempo que perdió, las oportunidades que dilapidó y los errores mismos, que en la medida que no eran asumidos resultaban más difíciles de reparar.

El empréstito del Exinbank no era una operación perjudicial para el país, sino un recurso común en el juego financiero internacional, al que se echó mano debido a la escasez de divisas. La Argentina no formaba parte del campo socialista y por consiguiente no tenía por qué rechazar este manejo financiero. Pero tanto había galleado Perón con que se cortaría una mano antes de firmar un empréstito, que el solo reconocimiento del hecho parecía una derrota vergonzosa. La ratificación del TIAR era ineludible y el apoyo a la ONU (a Estados Unidos, en los hechos) en el conflicto de Corea, inevitable en el contexto del enfrentamiento de las dos superpotencias. Pero la exaltación de la "tercera

posición" hacía aparecer aquella ratificación y este apoyo, como declinaciones e incoherencias.

Súmese a esto el deterioro de la situación económica al que nos referiremos más adelante, y el toque de atención de los sucesos de Rosario: la adición de todos estos factores no podían conducir a otra cosa que a un ajuste del aparato represivo. Las voces opositoras aprovechaban las aparentes derrotas y las supuestas declinaciones para denunciar inconsecuencias que con un poco menos de soberbia no hubieran aparecido como tales sino como lo que realmente eran: rectificaciones prudentes y oportunas a una política que no podía mantenerse, la de la euforia y la dilapidación, la del aislacionismo insostenible. Entonces, esa "comunidad organizada" que en los comienzos del gobierno de Perón sólo era un brumoso objetivo, ahora se convertía en una necesidad política que conllevaba la asfixia de la oposición, el silenciamiento de las expresiones independientes, el sometimiento de las instituciones, la intolerancia, la exclusión de todo el que no pensara como desde el Estado se ordenaba: la suma, en fin, del proceso que hemos reseñado en el primer capítulo de este volumen.

## *Una posición independiente*

En los siguientes meses de 1950 y primeros de 1951, lo de Corea tuvo alternativas diplomáticas que seguían los acontecimientos militares en el teatro de operaciones. Pero a medida que pasaba el tiempo y pese a las complicaciones del conflicto, fue dable advertir una mayor firmeza y coherencia en el manejo del problema por parte del gobierno argentino.

A fines de septiembre de 1950, consolidado el éxito del desembarco de Inchón, la Asamblea General de la ONU, donde el bloque occidental disponía de una mayoría cómoda, aprobó una resolución que autorizaba a las fuerzas de la organización mundial a ocupar el territorio de Corea del Norte, traspasando el paralelo 38 en sentido inverso a la invasión que había desencadenado el conflicto. La delegación de nuestro país se abstuvo en la votación. También se abstuvo en la que aprobó una resolución que significaba pasar por encima del Consejo de Seguridad en caso de que este organismo "dejara de cumplir con su misión primordial de mantener la paz y la seguridad internacionales".

Esta iniciativa era una expresión más del enfrentamiento de los dos bloques mundiales, ya que tendía a prescindir del Consejo de Seguridad, donde la U.R.S.S. bloqueaba con su veto toda iniciativa que pudiera afectar a sus aliados. Pero era una flagrante violación a la Carta de la ONU, que establecía claramente las facultades de cada órgano de la entidad mundial. Durante el debate, la delegación argentina puntualizó el riesgo de la resolución y declaró que era necesario que la ONU adoptara sus decisiones "con arreglo a la estructura jurídica delimitada por las normas consagradas en la Carta", o por el contrario, reformarla. La votación fue abrumadoramente mayoritaria a favor de la iniciativa pro occidental y puso de resalto la abstención argentina, acompañada solamente por la India. Esta actitud era, ahora sí, una auténtica manifestación de la "tercera posición"; y más importante aun, una expresión de respeto a la juridicidad de la ONU como garantía de su eficacia.

Entretanto, en noviembre y diciembre de 1950 el conflicto coreano volvía a tornarse peligroso. La intervención de China provocaba el endurecimiento correspondiente de algunos sectores militares norteamericanos; fue cuando Mac Arthur planteó la posibilidad de usar armas atómicas. La confusión y el miedo campeaban por el mundo en los finales de ese año que, en nuestro país, había sido consagrado al Libertador. El 18 de diciembre, el encargado de negocios norteamericano en Buenos Aires presentó al canciller Paz dos memorándum que, en síntesis, comunicaban que Washington pedía una reunión de cancilleres en el marco de la OEA, con el fin de consultar sobre la cooperación necesaria para enfrentar la emergencia provocada por la agresiva política del comunismo internacional. El temario sugerido debía incluir diversos rubros en torno a la solicitada cooperación, para poner en vigor la resolución de la Asamblea General de la ONU a la que, un mes antes, nuestro país había desasistido con su abstención. Esa conferencia —la IV Reunión de Consulta de Cancilleres, realizada en Washington en marzo/abril de 1951— habría de poner a prueba, una vez más, la aptitud de la diplomacia argentina y la fidelidad de Perón a la línea tradicional de nuestro país en su política exterior.

En su libro *De Chapultepec al Beagle*, Juan Archibaldo Lanús ha dado a conocer la estrategia que en esa oportunidad

recomendó el área política de nuestra Cancillería. En la reunión de consulta, la Argentina no debía "sumarse" a los países que acompañaban a Estados Unidos. Se aconsejaba postular la colaboración de la OEA con la ONU, pero no con algún grupo del organismo mundial. No debían tomarse compromisos militares que pudieran supeditar el empleo de fuerzas argentinas bajo las directivas de la OEA o la ONU. La Argentina adoptaría medidas internas de represión del comunismo, pero sin la intervención de organismo internacional alguno; y esta lucha debía apoyarse en una ayuda previa de Estados Unidos para fortalecer las economías de las repúblicas americanas. Sobre estas bases fueron redactadas las instrucciones a la delegación argentina, con la inclusión de un punto muy concreto: no debía votarse ninguna resolución tendiente a "prevenir" algún peligro, puesto que después sería muy difícil distinguir entre una lucha a favor de la ONU o de Occidente, y una lucha a favor de los intereses de Estados Unidos.

De cualquier forma, la iniciativa de una reunión de cancilleres no debe haber hecho gracia a Perón, porque la posición que adoptaría la delegación argentina podía llevar a nuestro país al aislamiento; seguramente recordaría lo ocurrido en los sombríos años 1944/45, cuando la Argentina fue segregada de la comunidad americana y tuvo que remontar penosamente el camino de su reintegración. Lograr mantener una postura autónoma sin, al mismo tiempo, enfriar las relaciones con Estados Unidos, sería un arduo desafío.

Lo que Perón no sabía entonces —y sabemos hoy por la publicación de los documentos del Departamento de Estado— era que también los funcionarios norteamericanos deseaban, en general, minimizar las diferencias con el gobierno argentino y buscar acuerdos permanentes en todos los terrenos posibles. Para ello contaban con la buena disposición del canciller Paz y del embajador Remorino y, asombrosamente (pues lo descubrieron en la oportunidad que se dirá), también con el apoyo de Evita.

En busca de entendimientos antes de la reunión que debía realizarse en Washington, dos visitas importantes llegaron a Buenos Aires en enero y febrero de 1951. La primera fue la del ex embajador George Messersmith.

Como ya se ha relatado en el volumen anterior de esta obra, Messersmith había hecho buenas migas con Perón durante su

gestión diplomática en la capital argentina. Retirado del servicio exterior, había aceptado la presidencia de una empresa de electricidad vinculada al mismo *holding* que controlaba la CADE, empresa que, como también se ha dicho, mantenía excelentes relaciones con Perón. Como suele ocurrir con los hombres públicos norteamericanos, aun después de abandonar sus funciones oficiales Messersmith estaba dispuesto a prestar servicios a su país. Llegó a la Argentina como un vocero oficioso del Departamento de Estado.

Perón y Messersmith conversaron largamente en Olivos y el ex embajador adelantó algunas de las posiciones que el Departamento de Estado mantendría durante la reunión de cancilleres. Tranquilizó al presidente sobre las intenciones de su país: de ningún modo se pensaba colocar a la Argentina en una posición embarazosa. Pero sugería, eso sí, que una y otra parte trataran de disipar prejuicios y preconceptos que solían traducirse en el lenguaje periodístico de los dos países y obstaculizaban las buenas relaciones. En realidad, ésta era una sugerencia con un solo destinatario, pues Messersmith no podía comprometerse a controlar los ataques de la prensa norteamericana a Perón, y el presidente, en cambio, con una sola orden, podía terminar con las críticas y pullas antiyanquis que florecían en el aparato oficial de diarios y radios. Agregó Messersmith que el reciente indulto a Balbín había tenido buen eco en la prensa de su país. Esperaba, asimismo, que la Argentina se alineara "pública e inequívocamente" con Occidente en el presente conflicto; las referencias a la "tercera posición" no se comprendían en Estados Unidos e inducían a la confusión. El Departamento de Estado comprendía los problemas políticos y constitucionales de la Argentina —y también de otros países latinoamericanos— para hacer efectiva una cooperación militar en Corea. En este tema, trataría de facilitar la actuación de la delegación argentina. En cuanto a la represión interna del comunismo, Washington no pensaba proponer una ruptura de relaciones con la U.R.S.S. o medidas similares; sólo pedía que se vigilaran discretamente los movimientos de posibles agentes comunistas y se protegieran las instalaciones consideradas estratégicas.

Perón debe haber escuchado con alivio estos moderados planteos. En el momento en que debía enfrentar al gremio ferro-

viario y movilizar militarmente a los obreros díscolos, una presión hacia la cooperación en el plano bélico podía volver a reeditar, aumentados, los alborotos de Rosario. La prensa peronista había vuelto a batir el parche en enero sobre los "oscuros intereses" que habrían estado detrás de los paros de la Unión Ferroviaria y Perón, acaso, temía que Messersmith lo intimara a que cesara sus ataques a Estados Unidos, tal vez no con la brutalidad del ex embajador Griffis, pero con una energía que hubiera podido traer problemas. Todo esto no había ocurrido, y el presidente pudo esperar con tranquilidad la otra visita.

Llegó a fines de febrero (1951). La estadía de Miller el año anterior le había permitido establecer cierta relación amistosa con Perón: ahora esperaba hablar a solas con él, para plantearle abiertamente los temas que le preocupaban. Pero el presidente eludió toda charla privada, y cuando el 2 de marzo lo invitó a almorzar en la residencia de Avenida del Libertador, estaban presentes el canciller Paz, el ministro Cereijo y Evita, entre otros comensales. Perón divagó sobre varios puntos, entre ellos los prodigiosos experimentos que estaba haciendo un sabio alemán en Bariloche, pero no se expidió sobre nada concreto. A tal punto que tres días más tarde, cuando Miller fue a despedirse, se disculpó débilmente por no haber podido hablar a fondo.

Informando a sus superiores sobre la visita de Miller, el encargado de negocios norteamericano en Buenos Aires explicaba que el presidente, en esos días, estaba preocupado. "Está muy claro que en estos días no es un hombre feliz." De varias fuentes diferentes se había indicado al encargado de negocios y también a Miller que no mencionaran el asunto de *La Prensa* —que en ese momento llegaba a su crisis final—. "Se supone que la situación es demasiado urticante para él, que se le ha ido de las manos, y que Perón ha agarrado al toro por la cola y no sabe qué hacer."

Parece evidente que, pese a las seguridades dadas por Messersmith, Perón no quería definir su posición ante Miller y prefirió eludirlo. Sin embargo, el subsecretario de Estado volvió a su país con la sensación de que la delegación argentina no sería díscola en la Reunión de Consulta. Regresaba, además, con la seguridad de tener una importante baraja a favor del mejoramiento de las relaciones argentino-norteamericanas: Evita. En el

informe sobre el viaje de Miller redactado por el encargado de negocios en Buenos Aires, se anoticia lo siguiente: "Evita surge como la grande y buena amiga de Estados Unidos. Esto es muy diferente a lo del año pasado, cuando durante toda la estadía de Mr. Miller ella no tuvo una sola palabra de aprobación hacia nosotros. Ahora pasa por ser la gran admiradora de Estados Unidos, particularmente por la actitud tomada en defensa de la libertad [se refiere al conflicto de Corea, F.L.]. Indicó su convicción de la necesidad de que la Argentina coopere con Estados Unidos. Expresó nuevamente su deseo de visitar nuestro país, pero entendía que ir ahora sería políticamente desaconsejable. Expresó su esperanza de que algún día, cuando fuera nuevamente una ciudadana común, pudiera hacer este viaje".

Finalmente, la reunión de consulta de Washington no presentó aristas ásperas para la delegación argentina, que cargaba con dos handicaps adicionales: la persecución contra *La Prensa*, que había despertado la solidaridad de toda la prensa de Estados Unidos, y el anuncio formulado en esos días por Perón sobre las reacciones termonucleares obtenidas en Bariloche, que provocó en un primer momento el escepticismo de los medios científicos y luego la burla de los diarios y la prensa de todo el mundo occidental. El segundo tema no fue, desde luego, tema de discusión en Washington. Tampoco lo fue el primero: como ya se ha visto, el Departamento de Estado resolvió, a mediados de marzo, es decir en vísperas de la Reunión de Consulta, no propiciar ninguna declaración de apoyo a *La Prensa* y, en el más extremo de los casos, adherir a alguna declaración general sobre libertad de prensa en el continente.

Así, lo que había parecido una difícil prueba se convirtió en un foro propicio para que el canciller Paz sentara la posición de la Argentina con el decoro y la independencia que había deseado. Los temas de la Reunión se habían limitado, finalmente, a la defensa continental, la seguridad interna de los países del hemisferio y diversas sugestiones planteadas por varias delegaciones sobre ayuda económica. La resolución más importante fue la que recomendaba a los países americanos contribuir al esfuerzo de las Naciones Unidas y preparar parte o todas sus fuerzas armadas para ser útiles a la defensa continental.

Esta resolución se había originado en un proyecto de Estados

Unidos, Brasil y otros países, que pretendía autorizar a la Junta Interamericana de Defensa a proponer a los gobiernos planes de defensa del hemisferio mediante el entrenamiento de sus fuerzas armadas. El proyecto fue atacado por la Argentina, acompañada por México y Guatemala —país cuya presidencia asumía en ese momento el coronel Jacobo Arbenz—. La transacción entre el proyecto de Estados Unidos y Brasil por una parte, y por otra parte las críticas argentinas, mexicanas y guatemaltecas, fue la chirle resolución finalmente aprobada.

Pero en esta oportunidad el canciller Paz dejó claramente expuesto que todo empleo de fuerzas argentinas, tanto en el orden mundial como en el continental, estaba condicionado a la decisión del Congreso Nacional. Agregaba el jefe de la delegación argentina que en este orden de cosas, su gobierno "no tomará ninguna determinación sin la expresa consulta y decisión del pueblo argentino, por tratarse de un ejercicio propio de la soberanía y de un atributo intransferible del pueblo".

La posición hacía honor a la tradición internacional del país y reflejaba los sentimientos mayoritarios de la opinión pública. Fue un triunfo de Perón y la evidencia de su evolución desde las vacilaciones de julio del año anterior. Pero hay que poner las cosas en su lugar: el Departamento de Estado se había abstenido de enfrentar la posición argentina por la simple razón de que el conflicto de Corea había empezado a perder su virulencia, y los motivos que le habían inducido en diciembre a convocar la Reunión de Consulta ahora se estaban diluyendo.

El 11 de abril trascendió la decisión del presidente Truman de relevar a Mac Arthur y pronto quedó claro que la misma había interpretado los anhelos del pueblo norteamericano por la paz. Mac Arthur proponía aniquilar al enemigo y obtener una victoria definitiva; Truman, en cambio, deseaba crear las condiciones para terminar con el conflicto, aunque esto implicara un virtual empate. Tres meses después del relevo de Mac Arthur empezaron las conversaciones de paz en el marco de un cese del fuego que se mantuvo hasta la conclusión del tratado de Pan Mun Jon, dos años más tarde. Tanto Truman como Stalin y Mao habían terminado por comprender que un endurecimiento del conflicto podía arrastrar a todos a un holocausto atómico. Así, la fuerza de las cosas había lubricado las ruedas de una reunión hemisférica

que pudo ser uno de los tantos matches librados por Estados Unidos y la Argentina a través de un siglo de conflictivas relaciones, pero que los hechos convirtieron en una conferencia inoperante y sin mayores alternativas.

## *Territorios que se achican*

Corea y sus secuelas fueron la parte más difícil de la política argentina en 1950 y primeros meses de 1951. Pero no agotaban los temas pendientes con Estados Unidos.

El Departamento de Estado sentía perplejidad y a veces irritación frente a lo que consideraba un incomprensible "penduleo" de las posiciones del presidente argentino. No entendían los funcionarios norteamericanos que en privado Perón asegurara su simpatía por Estados Unidos y su propósito de allanar todas las dificultades, y en público saliera vociferando contra Wall Street, el sistema capitalista o "los oscuros intereses" que según él movían a la oposición. En este sentido hay un documento significativo proveniente de Miller, de fines de diciembre de 1951. Escribía el subsecretario de Estado a Ellsworth Bunker, embajador en Buenos Aires desde marzo de este año. Industrial azucarero y director de líneas de navegación, Bunker se había esforzado por limar asperezas y definir una línea única en el tratamiento hacia la Argentina. Hay que agregar, por vía de digresión, que en la época de la llegada de Bunker a Buenos Aires, algunos miembros de la Embajada de Estados Unidos recomendaban a sus superiores de Washington un tratamiento frío y apenas correcto con el gobierno de Buenos Aires, un juego de dar solamente una cosa a cambio de otra y nada más. Alegaban que era difícil justificar a un régimen que virtualmente había abolido la democracia política y sería un error confiar en un hombre tan impredecible como, a juicio de ellos, era Perón. Pero también en la misma Embajada había funcionarios que opinaban lo contrario. Sostenían que no eran épocas para ponerse delicados y que Perón, pese a sus tiradas públicas, estaba deseoso de entenderse definitivamente con Washington. Además, señalaban, la oposición —sobre todo el radicalismo— decía de los yanquis cosas peores de las que decía Perón y la prensa peronista...

Este verdadero cisma en la Embajada norteamericana, traducido en notas de contenido antagónico remitidas a Miller a lo largo de 1951, se refleja de algún modo en la carta del subsecretario de Estado al embajador Bunker. Aludiendo a sus quejas sobre las dificultades que encontraba en su gestión, decía Miller: "temo que Perón quiera de nosotros algo que no podemos darle. Lo que realmente Perón y su esposa quieren recibir de nuestro país no es tanto empréstitos o equipamiento militar, sino algo mucho más intangible y, para nosotros, más difícil de proveerles: concretamente nuestra aprobación oficial tanto a sus personas como a su régimen, tanto desde nuestro gobierno como desde nuestra prensa. A esta conclusión he arribado desde mis conversaciones con Perón en febrero de 1950, cuando él hablaba sobre 'arreglar mi situación con Estados Unidos' [en español en el original, F. L.] y esto es lo que en mi opinión está en las raíces de toda la campaña de prensa contra nosotros allí".

Agregaba Miller: "Esta es la impresión que tuve almorzando con Perón cuando estuve en la Argentina en el pasado mes de febrero. Cuando se explayaba sobre las virtudes de Eisenhower, Marshall, Bradley y Ridgway, uno casi podía pensar que se consideraba a sí mismo como formando parte de ese gran grupo, aun cuando media hora antes se estaba disculpando por la no participación argentina en Corea debido a exigencias de política interna". Líneas antes y resumiendo su estupefacción, había dicho el subsecretario de Estado: "Aunque Perón nos ataca para atraer la atención sobre sí mismo, es particularmente proclive a ser aceptado como uno de los 'muchachos' ".

Ni Miller, ni Bunker, ni los funcionarios del Departamento de Estado que redactaron en octubre de 1951 un notable documento de trabajo sobre la Argentina * podían entender las actitudes ambiguas o contradictorias de Perón, sus agachadas e inconsecuencias. Tal vez éstas merezcan una explicación más profunda. Pues es posible que respondieran a la intuición del presidente argentino y fueran la única respuesta posible a una debilidad del país cada vez más perceptible. Es probable que Perón, hacia mediados de 1950, haya advertido que el territorio internacional se le estaba achicando cada vez más, en razón directa del deterioro

* Ver Apéndice.

económico que señalaba implacablemente el Consejo Económico Nacional.

Aunque en ese momento el conflicto de Corea pareciera la tercera guerra mundial, lo cierto es que no fue la guerra profetizada por Perón. Y la Argentina no sacó del conflicto ninguna ventaja. Aquí se revelaron equivocadas las especulaciones del presidente. El país no obtuvo ventaja alguna, porque la coyuntura no repetía ni podía repetir lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial y la temprana posguerra, cuando los pueblos de Europa clamaban por nuestros productos agrícolas y ganaderos. Por peligroso y dramático que fuera, lo de Corea no era más que un enfrentamiento de dos grandes potencias; no una conflagración a escala mundial.

Mientras el episodio de Corea iba remitiendo su virulencia, Europa seguía recomponiendo sus economías nacionales, aumentaba su producción rural e industrial, fijaba sus nuevas fronteras y, sobre la parcial reconstrucción de Alemania, establecía un principio de cooperación efectiva entre sus países. Sus pueblos retornaban a la vitalidad y la esperanza, se apoderaban nuevamente del arbitraje de las letras, las artes, la música, la moda. Frente a esta rapidísima recuperación, que nadie previó en la Argentina y Perón menos que nadie, nuestro país no acertaba a definir su rol. Difícilmente hubiera podido hacerlo, dado el primitivo triunfalismo que reinaba en el mundo oficial y la pobreza de debates de fondo en la opinión pública sobre este tema fundamental, el del papel del país en el mundo reconstruido. Pero aunque hubiera podido definir su rol, tampoco hubiera podido desempeñarlo. Si por algún factor impredecible se le hubieran reclamado en ese momento grandes saldos de productos primarios, no habría podido proveerlos: la producción rural argentina había descendido pavorosamente y la industria evidenciaba todas las carencias de la improvisación con que había sido promovida. De modo que, aunque el episodio de Corea hubiera derivado en ese estallido mundial no atómico que Perón acariciaba en sus sueños, nuestro país no estaba en condiciones de atravesar ventajosamente esta situación. La prueba de ello apareció cuando caducó el convenio con Gran Bretaña, en junio de 1950; los negociadores argentinos quisieron aumentar sustancialmente los precios de los productos, especialmente carne, que se venderían a nuestros tradicionales clientes; a los ingleses

les parecieron caros y permanecieron diez meses sin embarcar un kilo de bife... Y cuando finalmente el convenio se renovó, en abril de 1951, sólo fue por un año y colocando 230.000 toneladas de carne, una cifra que no podía compararse con las ventas históricas al Reino Unido.

Es que la Argentina estaba perdiendo la carrera de la competencia internacional. Perón se había dado el gusto de alardear con su "tercera posición" y hacer de las relaciones con Estados Unidos un extenuante tira-y-afloja. Había liquidado la vieja sociedad con Gran Bretaña. Y ahora le quedaba poco margen. La apertura al mundo socialista no había arrojado ninguna utilidad hasta el momento: la U.R.S.S. tenía a Perón por un títere de Estados Unidos y resentía el mal trato que daba el régimen argentino al partido stalinista local. América Latina era sólo una perspectiva, nada más. Todas las soluciones posibles apuntaban ineluctablemente a Estados Unidos. Sólo de allí podían venir los capitales y la tecnología que podían dar la inyección que necesitaba el sistema productivo argentino para revitalizarse y adquirir la dimensión necesaria para expandirse. Pero para radicar en la Argentina capitales frescos y técnicas nuevas, aquellas que Europa todavía no podía proveer y sí, en cambio, Estados Unidos, había una cuestión previa: la confianza.

En este terreno, poco o nada podía hacer el gobierno de Washington, por buena voluntad que tuviera, y todo dependía de los capitalistas y empresarios privados yanquis. Y era aquí donde los pecados políticos de Perón arrojaban consecuencias difíciles de superar. Para la prensa y la opinión pública norteamericanas, Perón era uno de los varios dictadores latinoamericanos, con un poco más de originalidad y una pintoresca figura, la de Evita, a su lado. Lo recordaban como un antiguo coronel pro nazi y estaban más o menos al tanto de su política represiva y escasamente democrática, así como de sus periódicos ataques a Estados Unidos o anécdotas como su desopilante anuncio sobre energía atómica. Los hombres de negocios norteamericanos, en cambio, sabían algo más sobre Perón y su régimen: conocían el episodio de *La Prensa* y lo veían como un injustificable atentado a la propiedad privada. Estaban convencidos de que una empresa extranjera tenía en la Argentina las mismas débiles garantías que las locales y les constaba que algunas fábricas habían sido clausuradas por

haberse negado a hacer donaciones a la esposa del presidente. También sabían que el artículo 40 de la constitución vigente era altamente estatista y nacionalista y significaba una amenaza potencial para cualquier inversión realizada sobre sectores básicos de la economía. Ya se sabe que los capitales norteamericanos son fríos y analíticos y no hacen mucha cuestión de democracia o dictadura; pero sí les importan mucho las seguridades con que puedan contar en los países donde deciden radicarse. La sensación en los medios económicos y financieros de Estados Unidos era que había que disponer de cierto espíritu de aventura para arriesgarse a venir a la Argentina.

Entonces, para Perón, el campo de maniobras en política internacional era reducido. Ya no estaba en el mundo de 1946, que adulaba a la Argentina para conseguir su trigo y su carne. El mundo socialista estaba cerrado; Europa estaba en lo suyo por ahora; América Latina todavía no contaba; Estados Unidos era un muro de reticencia y desconfianza. En 1946 Perón había diseñado una política de virtual autarquía para su país; pero ese sueño se estaba convirtiendo en un aislamiento mezquino y mediocre. Había en la Argentina comida y combustible —este último, cada vez menos para sus necesidades—. Estas dos ventajas permitían alimentar la ilusión de que todo seguía andando. Pero la autarquía argentina era mezquina porque hacía imposible el adelanto tecnológico, la industrialización de base, el mejoramiento de los servicios públicos y la renovación de sus infraestructuras, el avance de la investigación científica, las audacias de una creación cultural libre e imaginativa, la excelencia universitaria: en suma, el progreso sostenido.

La Argentina de 1950/51 retrocedía lentamente. Paso a paso se aislaba del pulso del mundo, complacida con lo que tenía y acunada por una propaganda engañosa. Sólo los más agoreros opositores podían denunciar este proceso, casi imposible de advertir en esos momentos que todavía traían ecos de la *fiesta*. Cualquiera que descubriera la realidad profunda encubierta por las apariencias de la propaganda hubiera sido tomado por un inaguantable *contrera*. ¿No vivía feliz la gente? ¿No comía, vestía, descansaba y se divertía como nunca? ¿No se había facilitado el acceso de las masas a la salud y la educación? ¿Acaso nuestros deportistas no brindaban júbilos inolvidables? ¿No era éste, como se reiteraba a

cada momento a través del aparato oficial de difusión, un pueblo feliz, lleno de amor y fe en su líder y en Evita?

Todo eso era cierto. Pero la Argentina retrocedía. Se notaban algunos signos: se agravaba la escasez de energía eléctrica en todo el país y especialmente en Buenos Aires y su conurbano; el transporte se deterioraba —en los años 1950 y 1951 hubo muchos accidentes ferroviarios, imputables en general a la obsolescencia del material—. Los teléfonos escaseaban, la vivienda era de difícil acceso en todos los niveles, la construcción privada estaba casi paralizada, el parque automotor envejecía y no se renovaba —salvo para algunos privilegiados—. Los artículos importados eran una rareza, como si una muralla china rodeara el contorno argentino. El papel de diario, más allá de las maniobras del gobierno, era de la peor calidad.

La única manera de detener esta progresiva reculada era cambiar la política seguida hasta entonces: archivar las balandronadas y silenciar las consignas, ponerse realistas y prudentes. No confiar más en arbitrios mágicos o coyunturas internacionales salvadoras. Perón era un hombre pragmático y sin duda trataría de hacer rectificaciones, pero ¿hasta qué punto y con qué profundidad? ¿En qué momento encontraría que sus palabras más efectistas y sus realizaciones más caras le bloqueaban las salidas? Y entonces, ¿con qué se quedaría: con las palabras o con la realidad?

# IV. EVITA EN PLENITUD

Seguramente el del Libertador fue el año más feliz de Evita. Si 1946 había asistido a sus primeros escarceos públicos y 1947 fue el del Viaje, el de 1948 quedó marcado con la fundación de la Fundación y el siguiente evidenció sin lugar a equívocos su incontrastable poder, con el desplazamiento de Bramuglia y la inclusión de la reelección en la Constitución reformada.

En el Año del Libertador recogería los frutos de su esfuerzo. Sería el de los honores, los reconocimientos y también el último en que pudo hacer, con su marido o sola, algunos viajes al interior del país. Fue, además, el momento culminante de su poder, cuando un hombre de su confianza ocupó el Ministerio de Educación poniendo bajo su directa influencia toda el área educativa. Y fue también, este de 1950, el último año de buena salud. En esos meses, sus actividades fueron múltiples, su oratoria alcanzó el tono que la identificaría para siempre, su personalidad delineó su definitiva imagen militante y su vigilancia se manifestó en medidas adoptadas con esa rapidez y arbitrariedad que hacían de la suya una figura temible y fascinante.

## *La salud y los viajes*

Sin embargo, el año empezó con un contratiempo. El 9 de enero asistía a la inauguración de la sede del Sindicato de Conductores de Taxi, en Puerto Nuevo. El padre Virgilio Filipo, cura párroco de Belgrano y diputado peronista, bendecía las instalaciones. Evita empezó a sentir un fuerte dolor en la ingle derecha, pero aguantó la ceremonia hasta el final. Ivanissevich, que podía ser un funcionario excéntrico pero era un médico eximio, observó el malestar, le recomendó reposo y después de los exámenes pertinentes dispuso su internación: se trataba de una simple apendicitis. El 12 fue realizada la operación, por el propio ministro

de Educación, en el Instituto del Diagnóstico. No se había dado ninguna noticia sobre la internación ni menos sobre la intervención quirúrgica, así que la novedad de que estaban operando a Evita sacudió a todos los niveles de la población. Pronto se difundió un boletín haciendo saber que el estado de la enferma era normal.

Dos días más tarde, Evita abandonaba el sanatorio en una de las ya muy conocidas ambulancias de la Fundación, pintadas de color celeste. Una multitud de funcionarios había desfilado esos días por los pasillos del instituto, mientras otra multitud, gente de pueblo, se agolpaba en la calle. La inauguración del Hogar de la Empleada, prevista para el 16 de ese mes, tuvo que hacerse sin su presencia. Pero diez días después de su alta, el 24, fue en automóvil a la Casa Rosada para buscar a su marido y regresar con él a la residencia de Avenida del Libertador, y en los días siguientes fue retomando su actividad habitual. El 27 de enero se inauguró la primera unidad básica del Partido Peronista Femenino; estaba ubicada en Mataderos y sería el eslabón inicial de centenares de locales similares distribuidos a lo largo de todo el país.

Aparentemente, la operación no había sido más que un episodio sin importancia; tres años antes, Perón había sido sometido a una intervención idéntica en el mismo instituto, y se lo veía mejor que nunca. También Evita lucía fresca, activa y dinámica. Una gripe que la alejó de sus tareas por unos pocos días en el mes de marzo (1950) tampoco inquietó a nadie. Pero había alguien que no estaba tranquilo. En los análisis efectuados con motivo de la apendicectomía, Ivanissevich había notado una tendencia a la anemia y acaso algo más preocupante. Cada vez que le parecía oportuno, insistía en la conveniencia de que Evita se sometiera a un examen integral. Ella contestaba cualquier cosa o daba largas a ese inoportuno control en el que insistía el ministro de Educación; era tan poco el tiempo disponible para tantas cosas que tenía que hacer... Y Armando Méndez San Martín, uno de los hombres de su intimidad, le deslizaba versiones, ironías, chismes sobre Ivanissevich: no era una persona confiable, tenía rarezas, ni siquiera se lo consideraba un buen médico, quería hacer méritos a costa de la salud de la Señora...

A principios de febrero estaba tan repuesta como para acompañar a su marido en el yate presidencial a visitar Santa Fe, con

motivo de los actos recordatorios de la batalla de San Lorenzo que abrían las ceremonias del año sanmartiniano. A fines de este mes debió atender, y en lo posible seducir, a Edward Miller. Lo llevó a ver algunas de sus realizaciones, tal como hacía implacablemente con los visitantes distinguidos, y si el subsecretario de Estado no quedó prendado de Evita, al menos le dedicó una galantería en el comunicado que difundió al despedirse, como ya se ha visto.

En abril, hacia Semana Santa, un nuevo viaje con Perón, esta vez a Bariloche. Se dio a esta escapada un carácter estrictamente privado; Evita habló allá con alguna delegación, pero se había pedido a los pobladores de los puntos que tocaba el tren, que tanto a la ida como a la vuelta no concurrieran a las estaciones. Un buen matrimonio burgués en vacaciones era lo que parecían el presidente y su mujer en esta breve excursión a los lagos del Sur; una pareja evadida de la rutina para admirar la belleza del Nahuel Huapi en su suntuoso otoño. Finalmente, entre mayo y junio, Evita hizo sin la compañía de su esposo una agobiadora *tournée* de casi veinte días en total, hazaña que no volvería a repetir.

Empezó el 21 de mayo con un viaje en el yate presidencial a Paraná. Iban en la embarcación Perón, ella y un nuevo personaje que surgía como una estrella en el firmamento oficial: el mayor Carlos V. Aloé, secretario administrativo de la Presidencia, el organizador de la cadena oficial de diarios y publicaciones. Llegaron el 23, después de haber pasado frente a Rosario, donde un floreo de pañuelos los saludó desde la costa. Asistieron a la posesión del nuevo gobernador, general Ramón Albariños y zarparon de regreso el 25 a medianoche, lo que hizo que el Te Deum y la velada de gala tradicionales en el festejo de la fecha patria no contaran esta vez con la presencia presidencial.

Apenas llegada a Buenos Aires, Evita partió a Rosario en automóvil, ahora sin su marido. Estaba previsto su regreso inmediatamente, pero la inesperada muerte de Ruperto Godoy el mismo día que iba a asumir su segundo período como gobernador de San Juan la obligó a trasladarse en tren a la provincia cuyana para asistir a sus exequias. El 2 de junio volvió, por el mismo medio, a Buenos Aires, pero al día siguiente volvió a partir: en esta oportunidad se dirigiría al Norte del país. El 3 de junio está

en Córdoba; el 4 pasa por Salta y el 5 llega a Jujuy. De aquí, a Catamarca, siempre en tren. El 9 de junio estaba de vuelta en la residencia presidencial, después de una serie de viajes que, en conjunto, habían abarcado casi veinte días.

Fue algo más que triunfal: fue una gira apoteótica. Recibida con honores de jefe de Estado, acompañada en el convoy por los gobernadores de las provincias que iba recorriendo, honrada con feriados que los gobiernos locales decretaban para que la gente pudiera concurrir a aclamarla —el de La Rioja lo hizo para que el pueblo en masa se trasladara a Catamarca— enmarcada por la presencia y el desborde del afecto popular en todos lados, Evita dejó un recuerdo imborrable por donde pasó. ¡Qué distinto este viaje al de la campaña electoral del verano de 1946, cuando nadie sabía con certeza si la Duarte era la esposa del coronel Perón o una compañera ocasional! Ahora actuaba y se movía como una reina, como un hada. En cada uno de los lugares que tocó inauguraba una escuela, un hogar-escuela, un local sindical o cualquier otra cosa. Su comitiva repartía billetes al voleo entre la gente que se agolpaba en las estaciones. Había pronunciado treinta o cuarenta arengas, siempre parecidas pero siempre distintas, por la fuerza y la convicción que las vertebraban. Fue, en realidad, el principio de su campaña electoral: ya se sabe que en la Argentina las campañas electorales empiezan en las provincias chicas...

Evita resplandecía de felicidad en esos días. Estaba sola, es decir que mostraba su autonomía, la gravitación que había alcanzado por sí misma. Palpaba cálidamente el amor de su pueblo y veía concretadas realizaciones tangibles debidas, la mayoría de ellas, a su iniciativa. Además, su presencia consagraba la asunción de los nuevos gobernadores, como si ella los ungiera soberanamente por encima de los votos que los habían llevado a sus cargos. En los trayectos intermedios conversaba con algunos de los dirigentes de la CGT que la acompañaban o con su pequeña comitiva: peluquero, modisto, secretaria, custodios.

Y como la felicidad de Evita no debía ser solamente la que el destino le brindaba en el plano mayor de la política, ese mes de mayo le había deparado una complacencia menor: su perrita caniche "Boule de Neige de Latour", en criollo "la Negrita", había sido agraciada en la exposición del Kennel Club con el

primer premio de su categoría... Figuraba como expositora la señora María Eva Duarte de Perón: debe haber sido una de las últimas veces que usó este nombre; ya era y seguiría siendo Eva Perón, rotundamente, y su Fundación cambiaría tres meses después su designación anterior por la de "Fundación Eva Perón". Digamos al pasar, ya que de nombres se habla, que Evita inauguró en Jujuy un hogar-escuela que llevaba el del coronel Mercante; también debe haber sido ésta la última vez que el patronímico de "el corazón de Perón" bautizó una institución en el país...

## *Ivanissevich renuncia*

Cuando Evita inició su triunfal periplo por el interior, lo hizo después de haberse asegurado un puesto clave en el gabinete. A principios de mayo se rumoreaba que el ministro de Educación había renunciado; el 17 se anunció oficialmente la dimisión de Ivanissevich "por razones particulares" y poco después, la designación de su reemplazante. Sería Méndez San Martín. Este nombramiento era un nuevo avance del poder de Evita en un área cuyos límites se confundían con las tareas de la Fundación. De allí en adelante el nuevo ministro terminaría con cualquier actitud que pareciera neutral en su jurisdicción. Hubo en agosto una ola masiva de cesantías, los libros de texto debieron ajustarse al más abierto proselitismo peronista, se puso en marcha la Confederación General Universitaria de la que ya hemos hablado.

Los mentideros políticos se asombraron de la renuncia de Ivanissevich, que había acompañado a Perón desde el principio de su carrera, desempeñado con eficacia la embajada en Washington y demostrado al frente de Educación una fresca imaginación, a veces rayana en lo estrambótico pero siempre no convencional y original. Se habló de una pelea entre el ex ministro y Evita. Pocos detalles trascendieron, aunque los chismes aseguraban que ella había asestado una cachetada a quien la había operado cuatro meses antes. Lo único cierto es que Ivanissevich se fue, su nombre fue silenciado y no volvió a tener actuación pública hasta después de la caída de Perón.

En 1967, Ivanissevich reveló a un periodista de la revista *Primera Plana* el motivo real de su renuncia. Durante la operación

de enero había detectado un quiste canceroso en la matriz de la enferma; desde entonces le había pedido que se dejara revisar prolijamente, con vistas a una nueva intervención en el órgano afectado. No era un caso patológico desesperante, ni mucho menos: la misma operación se le había practicado a la madre de Evita poco tiempo antes, con excelente resultado. Pero Evita reaccionó casi histéricamente cuando el cirujano, viendo que el tiempo avanzaba y ella no se decidía, planteó en términos drásticos la necesidad de la operación.

—¡A mí usted no me toca porque yo no tengo nada! —recuerda Ivanissevich que dijo Evita—. ¡Lo que pasa es que me quieren eliminar para que no me meta en política! ¡Y no lo van a conseguir!

No se entiende una reacción tan absurda si el ánimo de Evita no hubiera estado predispuesto contra Ivanissevich. En sus declaraciones de 1967, el médico agregó que "inconscientemente, se suicidó. Pudo haber salvado su vida, de haberme hecho caso". Pero en la vida de Evita todo era desmesurado: su encumbramiento, su derrumbe, su fervor, y también hay que interpretar su actitud de mayo de 1950 como algo fuera de toda medida. La hagiografía peronista suele describir los últimos años de Evita como un deliberado holocausto; en realidad, fueron la consecuencia de un error. Podía haber recurrido a otro galeno si desconfiaba de Ivanissevich, aunque sólo fuera para desmentir con fundamento el diagnóstico que rechazaba. No lo hizo y entonces es fuerza concluir que en el pináculo de su ascenso, borrados todos los que la habían resistido en algún momento, rodeada de un núcleo de incondicionales, adorada por su pueblo, haya nublado su espíritu la droga de la omnipotencia. Como el Quiroga de Borges, habrá pensado que nadie podría con su alma, que estaba bien metida y afirmada en la vida... La sola idea de que pudiera padecer una afección grave era un insulto; una ridiculez inadmisible, una payasada. Los ungidos de los dioses no pueden enfermarse de las cosas que suelen afectar a las gentes comunes.

Le pegó una cachetada, lo hizo reemplazar y se olvidó del tema. No se sabe si Ivanissevich puso en conocimiento de Perón sus inquietudes, como suele hacer cualquier médico con el marido de su paciente y si, de ser así, Perón no planteó el problema médico a su esposa. Tampoco se sabe si Ivanissevich pudo establecer el mal de Evita con absoluta seguridad o sólo lo

presumió. Sea como fuere, ella retomó sus actividades con la intensidad habitual. En los meses siguientes se dedicaría a cumplir, cada vez más fervorosamente, la misión en la que creía. En su biografía de Evita, Marysa Navarro precisa que el 11 de julio de ese año (1950) "batió su propio record, se le hizo las cinco de la mañana en el Ministerio de Trabajo". Sería imposible seguir la agenda de actividades que registran, día a día, los periódicos de la época: recibía delegaciones gremiales, concurría a inauguraciones o actos, atendía a los pedigüeños en su despacho del Ministerio de Trabajo, visitaba las obras de la Fundación, conferenciaba con las "delegadas censistas" del partido femenino y arbitraba sus pequeñas querellas. ¿Cómo, en ese ajetreo que la hacía feliz, podía tener una preocupación sobre su salud? Estaba más hermosa que nunca. Había logrado, finalmente, dibujar su personalidad en la línea que mejor le quedaba. Su nombre era conocido en el mundo entero. Voceaba su fanatismo y su intolerancia como una virtud. Contaba con una corte que la rodeaba permanentemente, los "evitistas", cuya adhesión a Perón era indiscutible pero que, en primera instancia, sólo respondían a ella. Entendámonos: no había funcionario, por importante que fuera, que no acatara sus órdenes, admitiera su tuteo mayestático, cumpliera sus pedidos. Pero en su grupo más íntimo, la mayoría había ascendido a las posiciones que ocupaba gracias a su apoyo y se lo devolvían con una admiración sin límites que excluía cualquier crítica, sugerencia de rectificaciones o desacuerdo, lo que contribuía a que Evita se moviera en una atmósfera irreal, sin contradicciones. Sólo ella, con su aguda intuición, descubría a veces realidades desagradables o distintas a las que describían sus incondicionales.

Formaban el círculo de "evitistas" varios ministros: el de Trabajo, Freire; el flamante de Educación, Méndez San Martín; el de Asuntos Técnicos, Mendé; el de Comunicaciones, Nicolini; el de Hacienda, Cereijo, que unía sus funciones oficiales a las de apoderado de la Fundación. Eran habituales también el mayor Renzi, una suerte de secretario privado informal; el mayor Aloé; el P. Hernán Benítez, cura párroco de Saavedra y profesor de la Universidad de Buenos Aires. Varios dirigentes de la CGT como su secretario general Espejo, Isaías Santín y Florencio Soto formaban también la corte de Evita. Entre éstos y muchos otros se integraba una formidable cuota de poder que, aunque condi-

cionada a la voluntad del presidente, en conjunción con la gravitación de Evita podía disponer de una parte importante del manejo cotidiano de las cosas públicas. Hay que sumar al grupo de Evita el presidente de la Cámara de Diputados, Cámpora, que adelantándose a los desorbitados homenajes que el Congreso le tributaría en el año siguiente, en agosto de 1950 obsequió a la señora, en nombre del bloque peronista, un brazalete con catorce dijes de platino, zafiros, diamantes y rubíes. La ceremonia consistía en la entrega, por parte de Evita, de los diplomas correspondientes a los diputados oficialistas cuyos mandatos habían sido prorrogados por dos años en virtud de las disposiciones transitorias de la Constitución de 1949. Y aunque es un detalle nimio en esta historia, vale la pena inventariar los colgantes del brazalete que Cámpora entregó a la señora, porque son la simbología de su personalidad: la bandera nacional, el escudo peronista, una plaqueta con la fecha del casamiento con Perón, una figura del Descamisado, la fecha del cumpleaños del primer mandatario y la de ella, la paloma de la paz, la perra Negrita ("que con mucho celo cuidó la señora de Perón" acotaba *La Nación*, acaso con mala leche), el escudo nacional, el emblema partidario, el símbolo de la unión, la sigla de la CGT, el nombre de la obsequiada y la fachada del Palacio Legislativo... "Contad si son catorce, y está hecho..."

En círculos concéntricos más alejados había otros grupos que eventualmente frecuentaba, como una tertulia de poetas y escritores que solía reunirse en el Hogar de la Empleada algunos viernes por la noche y a los que, de tiempo en tiempo, Evita condescendía en visitar. Cenaban, los vates recitaban sus producciones en honor de la ilustre concurrente, y después de una charla informal ella se retiraba. Es de sospechar que no estaba muy a gusto entre intelectuales; era demasiado astuta para ponerse en riesgo de descubierto frente a las efusiones culturales de los contertulios, pues Evita no era una intelectual ni jamás pretendió serlo. Era una fuerza surgida del fondo de la miseria y la humillación, y se vengaba de su pasado encauzando sus sentimientos en una misión de ayuda al desposeído y de vindicta hacia el poderoso. Para eso no necesitaba revestir sus vivencias con palabras rebuscadas sino, simplemente, vociferar sus sentimientos tal como le brotaban de adentro. Por eso hay una diferencia notable entre

los discursos que leía y las arengas que pronunciaba a corazón abierto. Y por eso cometió un error cuando pretendió vestir su personalidad con un disfraz de escritora: el resultado fue un libro inauténtico que poco tiene que ver con su personalidad militante y arrasadora.

Pero esto sería al año siguiente. Ahora estamos evocando a la Evita que en el Año del Libertador comparte el poder con su marido y dispone, además, de mecanismos que le son propios, jurisdicciones particulares y exclusivas. La Evita que en agosto vio a su hombre, pintón y machazo sobre su pintado "Mancha", revistando las tropas el día del Libertador, como una imagen de dominación suprema; como si ese soberbio caballo, respondiendo a la presión de sus piernas en los ijares y al toque de sus manos en las riendas, dócil, entregado, orgulloso de ser montado por semejante varón, no fuera otra cosa que la duplicación del país...

## *¿Institucionalizarse?*

El 17 de octubre de ese Año del Libertador fue el último que viviría en plenitud y felicidad. Fue una jornada aun más espléndida que las de años anteriores. Un "día peronista" en su totalidad, embellecido por el resplandor estimulante de un sol que rompía el frío de aquella primavera, iniciada con nieve en muchos puntos del país. Hubo actos artísticos que entretuvieron a la gente hasta el momento en que Perón, Evita y la nomenclatura del régimen apareció en los balcones según el riguroso orden que en los últimos tiempos era indicativo de favores o desgracias cortesanas.

Perón pronunció ese día uno de sus discursos más rutilantes: evocó el 17 de octubre de 1945 y describió "la patria sin pueblo" que habría sido el país en aquella época, esa Argentina llena de hipocresía y formalismos sin contenido humano que el justicialismo había reemplazado con la realidad que ese día se vivía. Como en la jornada de cinco años atrás, dialogó con la multitud, le preguntó si la Argentina de hoy era la que habían esperado, la que deseaban. No atacó específicamente a la oposición, pero al leer las "Veinte Verdades del Justicialismo" que en esta oportunidad presentó al pueblo, lanzó aquel apotegma brutal que luego sería repetido

tantas veces: "Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista".

Por su parte, Evita leyó antes del discurso de su marido una alocución que reseñaba buena parte de su obra. "Este renacer de nuestro espíritu, que la oligarquía no pudo vender como vendió nuestras fuentes de riqueza, trajo consigo la suprema dignidad del trabajo y la definitiva liberación del hombre. Derribamos jubilosamente los oscuros orfanatos para levantar las paredes blancas y alegres de la Ciudad Infantil, de los hogares-escuelas, de los policlínicos, de los hogares de tránsito, de los hogares de la empleada y de ancianos, de la ciudad estudiantil y de la ciudad universitaria, colonias de vacaciones, maternidades, escuelas y comedores populares. Barrimos, con nuestra escoba justicialista, los ranchos y taperas, y elevamos los barrios obreros exigidos por la dignidad social de nuestras masas laboriosas. Desterramos la limosna para exaltar la solidaridad como obra de justicia. Y seguiremos alegremente la lucha, porque su premio es demasiado hermoso y grande para renunciar a él. Este premio es la felicidad, el bienestar y el porvenir de nuestro querido pueblo descamisado."

Leídas ahora, estas frases no pueden transmitir todo lo que Evita les ponía con su voz aguda y desgarrada, su ritmo de galope, el golpeteo de las palabras reiteradas; ni, por supuesto, el marco enamorado de la multitud de la Plaza. Fue una jornada gloriosa y extenuante, que compensó sobradamente los barullos ocurridos en el Luna Park dos días antes, en un acto espiritista al que Perón y Evita habían enviado su adhesión, y que fuera interrumpido por jóvenes católicos al grito de "¡Jesús es Dios!". La policía, tan avara en autorizaciones de actos públicos, había permitido la reunión espiritista cuatro días antes de la llegada al país del legado papal que debía presidir el Congreso Eucarístico Nacional a realizarse en Rosario. Sería este episodio —como ya se verá— un antecedente del conflicto que cuatro años más tarde enfrentaría a Perón con la Iglesia.

El mismo día que llegaba el cardenal Ernesto Ruffini, el matrimonio presidencial se trasladó a la quinta de San Vicente. A Evita no la hacían especialmente feliz estas vacaciones: la naturaleza, estática y lenta, la aburría, y le fastidiaban esos menesteres de *week end* que ejercía gozosamente su marido: el asadito, el cuidado de las plantas, la compañía de perros y caballos. Pero la

escapada a San Vicente, si la sacaba por unos días de su frenesí de trabajo, además de permitirle una intimidad sin interferencias con su marido tenía esta vez una intención política: ausentarse del Congreso Eucarístico para demostrar a la jerarquía eclesiástica el desagrado por los disturbios del Luna Park. Quijano debió reemplazar al presidente en Rosario y, a pesar de su decaída salud, lo hizo con gusto: era un buen católico, aunque a la correntina, con supersticiones propias y un santoral particular...

Pero la vacación de los Perón, prevista hasta el 2 de noviembre, debió interrumpirse. El Congreso Eucarístico tenía un éxito sensacional de público. La ausencia de Perón y Evita se hacía clamorosa y constituía un verdadero desaire. El 29 de octubre el matrimonio se trasladó en automóvil a Rosario; diez días había durado el intervalo bucólico. Finalizada la asamblea católica, Evita trató de disipar cualquier molestia remanente invitando al cardenal Ruffini a visitar algunos locales de la Fundación; el legado lo hizo con aire de disculparse por haber estado también en la obra de Monseñor De Andrea y, sobre todo, por haber sido el pretexto para que jóvenes católicos vocearan frente a su residencia una provocativa consigna: "¡La vida por Jesús!".

Para liquidar del todo el entredicho, el gobierno ofrendó una galantería mariana al decretar asueto administrativo el 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción, que no estaba incluida en los feriados nacionales. De todos modos, si el episodio provocó algún disgusto a los Perón, la compensación vino en seguida: el 4 de noviembre de 1950 la selección argentina abrumó al equipo de Estados Unidos en el campeonato de básquet por 64 a 50: fue un espléndido triunfo y la multitud desbordó las calles coreando la victoria argentina y, por supuesto, al presidente, cuyo apoyo al deporte la había hecho posible... Un mes después, otro tanto argentino sobre Estados Unidos: esta vez fue el equipo de polo de Venado Tuerto, compuesto por los hermanos Cavanagh y Alberdi, el que hizo morder el polvo al conjunto norteamericano en dos encuentros, por 14 a 10 y por 11 a 7.

Entre estas ocurrencias se acercaba el fin del Año del Libertador. No llegaría sin una pequeña parodia en relación con el descuento de los sueldos del día 12 de octubre destinado a la Fundación. Como ya se dijo, el malestar provocado en sectores obreros por los anteriores descuentos llevó a Evita a rechazar

esa inmensa masa de dinero que, por disposición de la ley 13.882, debía incorporarse al patrimonio de la entidad. Entonces, la conducción de la CGT la visitó para rogarle que aceptara: los secretarios generales de los sindicatos más importantes se habían reunido con la dirección de la central obrera e insistían en que los sueldos de los trabajadores correspondientes al Día de la Raza no volvieran al bolsillo de sus afiliados... Accedió Evita, finalmente, a recibir el importe, y el buen humor volvió a cundir en ese fin de año que la pareja presidencial pasaría en Mendoza para clausurar los actos en honor de San Martín.

El 29 de diciembre partieron a la ciudad cuyana en avión, cosa extraña, pues era conocida la aversión que el presidente tenía a ese medio de transporte. En Mendoza presidieron la clausura del Año del Libertador, cuyos primeros meses habían sido marco de la liquidación de la prensa independiente. Regresaron a Buenos Aires en automóvil; aquí los esperaban los momentos difíciles de la rebeldía ferroviaria, en la que ella y él tuvieron la actuación que ya se ha relatado.

Pero su traspié en esta oportunidad fue balanceado por Evita poniendo en marcha la operación que debía silenciar definitivamente a *La Prensa*. Fue ella quien inició las hostilidades al diario de los Paz; Perón, no de muy buena gana, se limitó a aceptar los hechos consumados y aprovechar sus consecuencias. Evita ya era una máquina que arrasaba todo cuanto se le pusiera en el camino. Y casi todo le iba saliendo bien. Cerrar *La Prensa*, que parecía un acto suicida por sus riesgos, había resultado algo simple, no había aparejado ninguna reacción que no fuera desdeñable: ni siquiera Estados Unidos había protestado y Miller no había tocado el tema durante su estadía en Buenos Aires. Ahora, inducida por su propia ambición o empujada por sus turiferarios, Evita empezaba a pensar seriamente si no sería lógico unir su poder enorme, pero informal, a las galas de una representatividad legal. Si no era mejor institucionalizarse; ser no solamente "el arco iris", "el puente de amor", sino algo que pudiera incluirse en el ordenamiento constitucional de la República. Por supuesto, la última palabra la tendría Perón. Pero, por las dudas, su campaña electoral ya había empezado, de hecho, en el Año del Libertador. Los mecanismos de proclamación de una eventual candidatura de Evita estaban prontos; ella estaba en situación de

aspirar a todo, menos a la primera magistratura. Borlenghi declaró a mediados de febrero de 1951 que "en las elecciones generales de 1952, la mujer tendría derecho a elegir y ser elegida". Eran, pues, sus votos —los que ella había convertido en realidad legal— los que pesarían en esa oportunidad: la mitad del electorado era de su propio sexo.

Había tiempo. El mandato de Perón concluía el 4 de junio de 1952, y por consiguiente las elecciones generales se efectuarían —suponíase— en febrero o marzo de ese año. Nadie dudaba que el presidente quería ser reelegido, a pesar de los suspiros que soltaba cuando se rozaba el tema, o sus alusiones a que en el movimiento justicialista había gente más capacitada que él para continuar la tarea. Evita tenía tiempo, pues, para preparar su candidatura, si su marido aceptaba esta posibilidad. O tal vez fuera ella la que tendría que hacerle entender que una mujer podía ejercer el Poder Ejecutivo; que una bastarda, con un oscuro pasado, podía ser presidente; que Evita, en fin, la enemiga de la oligarquía, la mujer que provocaba los odios más profundos y las crispaciones más histéricas en la *contra*, podía sentarse por propio derecho en el sillón de Rivadavia.

# V. AÑORANDO LA *FIESTA*

El 31 de enero de 1949, a pocos días del despido de Miguel Miranda, el Consejo Económico Nacional presidido por Alfredo Gómez Morales presentó a Perón un informe reservado sobre la situación económica del país.

Eran diez escuetas carillas seguidas de otras tantas de cifras: del conjunto surgía la evidencia de una coyuntura preocupante. "Las existencias de oro y divisas extranjeras han descendido a límites inferiores a los compromisos ya adquiridos para futuros pagos en el exterior" —empezaba diciendo el documento, que marcaba un déficit de u$s 377 millones para pago de importaciones imprescindibles que no tenían cobertura prevista—. Sin incurrir en críticas concretas al ex "Zar de las Finanzas", la exposición señalaba en el manejo del IAPI la acumulación de "cuantiosas existencias al paralizarse las ventas, en razón de los precios elevados que impuso para la exportación". Apuntaba como solución "acercar los precios argentinos a los que rigen en el mercado internacional", agregando una reflexión que invalidaba toda la filosofía utilizada durante la *fiesta* en este terreno: "resulta innegable que nuestro país no se halla, de por sí, en condiciones de dictar precios y normas en un mundo que está resolviendo su problema alimenticio y de materias primas agropecuarias". Pero ni siquiera una rebaja de precios brindaba seguridades de colocación de nuestros excedentes. "Debe señalarse que en el caso del aceite de lino, se han acumulado casi tres cosechas sin vender, mientras el resto del mundo ha aumentado sensiblemente su producción. Lo mismo puede suceder en grasas, que se han acumulado en un volumen igual al de trece meses de nuestra producción". Por no haber bajado en su oportunidad el precio de la avena, se habían acumulado dos cosechas y ahora había que vender al mismo precio que se había pagado a los productores; así, el IAPI perdía las utilidades, además de los intereses pagados por los préstamos bancarios y el valor de los stocks perdidos por la mera acción del tiempo.

Las rebajas que ahora había que efectuar en los precios afectarían las utilidades del IAPI y, en consecuencia, su capacidad para sostener las compensaciones y subsidios que el Estado pagaba para mantener el nivel de precios de los productos de consumo popular como el azúcar, el pan, los fideos, el aceite, la carne, etcétera. Y tampoco era solución —seguía diciendo Gómez Morales— disminuir los precios de compra a los productores; sus insumos habían aumentado y una medida así los desalentaría aun más.

De lo que se trataba ahora, era de exportar. "Es el punto básico de partida para poder reestructurar un régimen de importaciones que permita el abastecimiento del país en aquellas materias primas, combustibles, etc., necesarias para mantener la actividad económica interna." El informe postulaba "una severa política de restricciones en materia de importaciones" y llegaba a sugerir que "en un primer momento sólo podrían otorgarse permisos para importar artículos tan esenciales como combustibles y medicinales", y aun esto solamente en el área de las divisas libres. Además, era necesario revisar los permisos de importación ya otorgados, que ascendían a $ 6000 millones; entre éstos, diversas reparticiones públicas tenían en su poder la mitad de los permisos pendientes; de no hacerse esta depuración, la situación de las divisas podría plantear "el problema de la escasez de materias primas de importación, que afectará la actividad de las ramas industriales que dependen del exterior para su abastecimiento".

Gómez Morales admitía que los tipos de cambio vigentes no reflejaban la verdadera relación de los costos y precios argentinos con los del exterior, aunque consideraba conveniente no modificarlos inmediatamente. Pero confesaba algo que la oposición se había cansado de denunciar: la moneda nacional, que a principios de 1947 contaba con un respaldo de divisas del 130 %, ahora, exactamente dos años después, sólo disponía de un 30 % de respaldo. Más grave: reconocía que "se ha apelado a toda clase de arbitrios" para cumplir la ley orgánica del Banco Central, "alterándose en varias ocasiones la forma de practicar el cómputo". También destacaba "el aumento desmesurado del crédito bancario y el fuerte drenaje de reservas metálicas", señalando que al menos deberían disminuirse los medios de pago creados por la intensificación del crédito otorgado por el sistema bancario.

¿Medidas sugeridas? Además de las señaladas, se recomendaba la disminución del gasto público, una política de contención de sueldos y salarios, la liquidación gradual de industrias marginales "que no mejoren su rendimiento en un plazo determinado", la represión del ausentismo obrero y hasta la reducción del período de la conscripción militar.

## *Los años perdidos*

Ni Federico Pinedo hubiera podido hacer una apreciación de la situación económica como la que describía el ministro de Finanzas de Perón. Para los argentinos que hemos vivido en las décadas siguientes, el memorándum del Consejo Económico Social tiene un aire de *deja vu*. Toca todos los puntos flacos que la economía argentina fue presentando, con diversas variantes, en lo que va del siglo desde entonces hasta ahora: escasez de divisas, necesidad de estimular las exportaciones y moderar las importaciones, reducir el gasto público, poner coto al excesivo crédito bancario, frenar el drenaje de divisas... Solamente falta una palabra para que la temática de enero de 1949 resulte de una abrumadora vigencia posterior: la palabra "inflación". Ya llegaría.

El informe del Consejo Económico Nacional no se publicó: circuló como un memorándum reservado en círculos del gobierno. Pero fue el propio presidente quien recogió los temas expuestos en ese documento, y también el que finalmente pronunció la palabra "inflación". Lo hizo seis meses más tarde, en una exposición ante el gabinete nacional; tampoco esta exposición fue publicada, y de ella sólo queda una versión casi taquigráfica.

Perón reconoció, ese 1º de junio de 1949, que había "síntomas de perturbación económica". En la enumeración de sus causas repitió casi textualmente la exposición del Consejo Económico Nacional. Pero agregó la inflación como un elemento tan novedoso como peligroso. Hizo una radiografía casi perfecta de la inflación. En una primera etapa, explicó el presidente, la impresión que producía el fenómeno inflacionario era positiva, porque sólo causaba perjuicios a sectores menores, provocaba plena ocupación y generaba negocios, creaba dinero y brindaba ganancias elevadas. Pero en una segunda etapa producía desajustes entre las diversas

ramas de la economía, hacía desaparecer la estabilidad en los negocios, provocaba crisis de divisas, lanzaba una carrera entre precios y salarios y además relajaba la moral y la confianza. "Es menester estudiar todo —concluía Perón— para poner freno a la inflación."

Hizo un esbozo de las soluciones a adoptar: había que contener los gastos del Estado y ver la manera de aumentar la producción. Recomendó mantener el desarrollo y la expansión ordenada de la industria orientando la masa de importaciones hacia los combustibles, materias primas, maquinarias y repuestos. El crédito oficial debía ir desplazándose hacia el privado, y las reparticiones públicas debían regularizar sus deudas con el IAPI, de modo que a su vez el IAPI pudiera liquidar las suyas con el sistema bancario oficial. En la ocasión, Perón hizo algunas manifestaciones sorprendentes por venir de quien venían. Dijo, por ejemplo, que "cuando la política de subsidios se convierte en un arbitrio de carácter permanente, deriva en un factor de inflación y hay que suprimirla". Expresó que "Trabajo y Previsión debe obrar de acuerdo con directivas precisas del Consejo Económico Nacional: no más retroactividad ni laudos; hay que dar directivas a los jueces de trabajo en materia de despidos y de rendimiento". Mencionó el ausentismo obrero, "las faltas por enfermedades simuladas" y "la industria del despido". En cuanto al Estado, había superabundancia de personal administrativo; no había que tomarlo nuevo y era necesario deshacerse del superfluo. Y las obras públicas debían limitarse a las previstas en el Plan Quinquenal. Recomendó revisar el sistema impositivo, aludió a la conveniencia de fomentar la producción agraria y estimular la repoblación ganadera. Había que estudiar la reimplantación del mercado libre de cambios. Reconoció que el problema de la vivienda se había agravado con la congelación de alquileres y la incertidumbre que generaba sobre el capital invertido en propiedades inmuebles: el Estado debía disminuir la absorción de mano de obra y materiales que implicaba la obra pública no imprescindible, abstenerse de destruir las viviendas ocupadas en superficies afectadas por obras públicas postergables, y garantizar cierto interés mínimo a los capitales que se dedicaran a la construcción.

Imposible concebir un plan de liberalización más vasto y de alcances más trascendentes. Sin embargo, lo que dijo el presidente

aquella tarde de junio de 1949, murió en las cuatro paredes del Salón de Acuerdos. Nada o casi nada de lo propuesto se llevó a cabo. Y con razón: era un plan que contradecía la mayor parte de la política económica y social de la *fiesta*.

Algo se había avanzado, sin embargo. La economía del país no era ya el feudo de los repentismos de Miranda. Ahora había en su reemplazo un equipo de profesionales. A un cuarto de siglo de distancia, recuerda Gómez Morales:

—Pasamos a constituir un verdadero equipo, con distribución de responsabilidades; todos éramos doctores en Ciencias Económicas menos [José Constantino] Barro, que era contador, así que hablábamos el mismo lenguaje. Recuerdo que Perón dijo esta frase: "Con Miranda organizamos el equipo de asalto; ustedes tienen que realizar la operación de aferramiento".

Miranda había sido demasiado personalista:

—Mandaba, disponía, tenía un carácter autoritario. Nosotros tratamos de sistematizarlo todo. Por ejemplo, la cuestión tan polémica de los tipos de cambio; yo establecí un sistema por el cual tomábamos los antecedentes de las importaciones anteriores durante siete años, para evitar los favoritismos en que había incurrido Miranda. En función de esos antecedentes distribuíamos los permisos. Lo mismo en materia de radicaciones; nosotros impusimos un sistema más objetivo, menos personal.

Pero los propósitos de emprolijamiento acariciados por los integrantes del nuevo equipo económico tropezaban, a la hora de la verdad, con un escollo insalvable: el presidente. Atrapado por sus fanfarronadas, enamorado de los triunfos de la etapa anterior, confiado en esquemas que creía infalibles pero que, al menos en el terreno económico, eran simplistas e incompletos, Perón postergaba la decisión de acometer el viraje que mes a mes se hacía más impostergable. Añoraba la *fiesta* y pesaba en su espíritu la preocupación de no permitir que su pueblo dejara de gozarla.

A fines de 1949 la escasez de divisas se tornó tan aguda que, además de obligar a suspender la garantía oro del dinero emitido (ley 13.571), Perón tuvo que autorizar la gestión del empréstito del Exinbank del que ya hemos hablado, que se concretó finalmente en noviembre de 1950. Dicho sea al pasar,

es gracioso el argumento que en mayo de ese mismo año dio Cereijo para negar que fuera un empréstito:

—No tiene el carácter de un empréstito público, porque el gobierno argentino ha manifestado reiteradas veces que no contratará empréstitos...

*La Vanguardia* clandestina comparó esta declaración con la de una señora que compra papas y niega que esté comprando papas, por la simple razón de que ha manifestado reiteradas veces que no comprará papas...

Pero el empréstito fue una solución fugaz; en realidad solucionaba una situación anterior. La escasez de divisas derivaba de un ordenamiento económico, el trazado por Miranda, cuya prolongación provocaba, entre otras cosas, el descenso de la producción agrícola y ganadera. El diputado radical Rudi, hombre de campo, denunciaba en la cámara a mediados de agosto que la cosecha alcanzaría apenas a cuatro millones de toneladas de trigo, de las cuales tres y medio se necesitaban para consumo interno y semillas:

—No tenemos con qué hacer divisas, por la falta de productos agrícolas y ganaderos —concluía Rudi.

Era verdad, aunque no todo era achacable a la política oficial, como sostuvo Rudi a continuación, sino también a una persistente sequía. En ese momento se estaba en el punto más candente del conflicto de Corea, cuando las ilusiones de Perón en una tercera guerra habían revivido el espejismo de un súbito reciclaje económico. Pronto quedaría claro que no andaban por allí las soluciones como ya se ha dicho. En los hechos, el conflicto fue perjudicial para la economía argentina, porque enrareció y encareció la adquisición de productos en el exterior. En el segundo semestre de 1950 buena parte de las preciosas divisas en poder del Banco Central debió volcarse a la compra de productos críticos en el exterior, en previsión de que pudieran faltar en algún momento; como la mayoría de los países hizo lo mismo, los precios mundiales se elevaron, y aunque estas adquisiciones permitieron que los mecanismos básicos de la producción se siguieran moviendo, agravaron los problemas argentinos en materia de balanza de pagos.

En el Año del Libertador aparecían ya al desnudo todas las falencias de la economía peronista. Las exportaciones de este

año equivalieron al 53 % del promedio de exportaciones de 1935/39; dicho de otro modo, bajo Justo, Ortiz y Castillo se exportó el doble que bajo Perón en este año que —es oportuno señalarlo— enmarcó el definitivo desplazamiento de Gran Bretaña como nuestro principal comprador y asistió a la colocación de Estados Unidos como el más importante cliente de la Argentina. Y otro factor alarmante: en 1950 apareció de un modo inocultable la temida y prevista inflación. El costo de la vida aumentó 27,3 % respecto del año anterior: entre 1943 y 1950 el aumento había sido en total, de 231 %.

A los argentinos de la década de 1980, semejante tasa puede parecernos una bendición. Pero en 1950 resultaba descalabrante. Los de aquella época estaban acostumbrados desde siempre a que su dinero tuviera un valor inamovible, y no conocían las mañas que después desarrollaron para defender el poder adquisitivo del peso. No existían mecanismos financieros para paliar la inflación con otras compensaciones y, además, la novedad del fenómeno llevaba al gobierno a negarlo, o en todo caso admitirlo como algo meramente circunstancial y pasajero. Es cierto que durante 1950 los salarios industriales aumentaron un 21 %, lo que reducía bastante los efectos de la inflación, pero hay que tener en cuenta que no todos los gremios se favorecieron con esos ingresos (algunos de los rezagados fueron los que produjeron los paros y huelgas que ya se han visto, como los marítimos y bancarios) y muchos sectores carecían de defensa contra el aumento del costo de la vida: tales, los jubilados, los que percibían ingresos fijos como dueños de bienes de renta o vendedores en cuotas, además de los trabajadores independientes o empleados públicos.

La respuesta de las autoridades era primitiva e ineficaz, aunque efectista. Disponía de varias leyes al efecto: la 12.830 de Precios y Abastecimientos (1948) y sus complementarias, la 12.983 de Represión del Agio y la Especulación y la 13.906 de procedimientos. Este ordenamiento legal y sus disposiciones complementarias establecían en líneas generales tres categorías de productos. La primera categoría incluía los que estaban sujetos a precios máximos establecidos por decreto y comprendía combustibles, energía, neumáticos, algunos comestibles de consumo popular que estaban, en su casi totalidad, subsidiados por el

mismo gobierno, ciertas prendas de vestir, medicamentos, el "menú económico" obligatorio en los restaurantes, y finalmente, los servicios de peluquería y tintorería. En septiembre de 1950 se autorizó por decreto un aumento en los precios de peluquería; un corte de pelo en un establecimiento de primera costaría ahora ¡tres pesos!

La segunda categoría abarcaba artículos sometidos a una limitación de utilidades; a ella estaba incorporada la industria del cemento y diversas prendas de indumentaria. El tercer tipo, finalmente, se encontraba sometido a un régimen de precios congelados según el decreto 24.574, de septiembre de 1949, y anexaba mercaderías de uso doméstico, como las de bazar, menaje, limpieza, muebles y útiles escolares.

Toda esta complejidad estaba manejada, no siempre con prudencia, por la Dirección Nacional de Vigilancia de Precios, y sirvió de poco para sofocar el aumento de precios que se manifestó en el Año del Libertador. El sistema arrastraba un cortejo inevitable de favoritismo, sobornos, arbitrariedades y errores; además y básicamente, actuaba sobre los efectos y no sobre las causas. Era un mecanismo pesado para actualizar precios, pero provocaba el desvío de inversiones productivas a ramas especulativas de la economía que no estaban sujetas a control, desalentaba a empresarios y comerciantes correctos y hacía florecer transgresiones que, en muchos casos, no eran otra cosa que defensas contra una burocracia obtusa y formalista, cuando no coimera. Digamos que en los últimos meses de 1950 la Fundación instaló proveedurías en barrios de la Capital Federal y algunas ciudades del país; vendía artículos más baratos que los almacenes, pero los privilegios que rodeaban a la institución de Evita hacían de esto una hazaña fácil y no constituía una solución de fondo, salvo que todo el comercio minorista fuera reemplazado por las proveedurías de la Fundación.

El brote inflacionario se debía a factores que eran propios de los triunfos y derrotas del sistema económico montado por Miranda, fundamentalmente el alto consumo popular, los déficit de los servicios públicos nacionalizados y la caída de la producción rural y, en consecuencia, de las exportaciones. En enero de 1951, al pronunciar su discurso contra los ferroviarios, que ya hemos glosado, Perón bramaba:

—¡No les dimos la luna porque no la pidieron! Les hemos dado todo. Se han beneficiado con dinero del Estado, con policlínicos, con hospitales... ¡todo se ha construido con dinero del Estado! Evidentemente pedían [los ferroviarios, F. L.] una enormidad que nos lleva a un déficit de mil millones de pesos en los ferrocarriles. ¡Mil millones de pesos que hay que pagarles a esos señores, sacándolos de otros sectores de la economía! ¡Y los ferrocarriles dan cada día mayor déficit!

Eso mismo ocurría en casi todas las empresas estatales. Pero ¿cómo evitarlo? Miranda había sido desplazado, en su lugar actuaba un equipo profesional más prolijo —y sin duda, menos audaz— pero la sustancia del sistema económico de la *fiesta* no se había modificado. Pese a las sugerencias, cada vez más ansiosas, del Consejo Económico Nacional, Perón se resistía a adoptar iniciativas que, en último análisis, equivalían a anular aquello que más lo enorgullecía. En el segundo semestre del Año del Libertador hubo algunas rectificaciones. Por lo pronto se limitaron las facultades del IAPI y además se establecieron tres tipos de cambio: un dólar a $ 5, exclusivamente para importar combustibles; a $ 7,50 para una lista de productos considerados necesarios; el resto de las mercaderías podía importarse al cambio libre que, en ese momento, cotizaba cada dólar a $ 14.

Pero estos ajustes, la acción de la Dirección Nacional de Vigilancia de Precios y la relativa dureza de las autoridades para permitir ese año aumentos de sueldos y salarios no evitaron, como se ha visto, el brote de una inflación que, si venía manifestándose moderadamente desde 1943, ahora adquiría magnitudes alarmantes. Tampoco estas medidas ni las categorizaciones de productos que hemos visto podían solucionar la escasez de divisas, ni menos el empréstito del Exinbank, destinado a pagar deudas anteriores. Así, la tijera de los precios que subían y las divisas que descendían tendía a cortar lo más espectacular de la economía peronista; y aunque las obras públicas previstas en el Plan Quinquenal continuaron, constituyendo fuentes de trabajo y prometiendo instrumentos de mejoramiento social —puesto que muchas de ellas eran escuelas u hospitales— las hojas de la tijera ya se estaban juntando peligrosamente. Lo peor era que se habían perdido dos años después del despido de Miranda: 1949 y 1950. Cada vez era más acuciante la necesidad de rectificaciones

fundamentales, pero subsistía el mismo interrogante: ¿estaba dispuesto Perón a correcciones que, de hacerse a fondo, vaciarían su política económica de todo el contenido original y popular que había sabido infundirle? ¿Lo haría, además, en un año como 1951, que sería la víspera del año electoral?

## *Después de las elecciones, sí*

En este punto tenemos que avanzar más allá del Año del Libertador pues en los primeros meses de 1951 nada pareció haber cambiado mucho en el terreno económico, salvo el lento e implacable aumento de la inflación: en los primeros ocho meses de este año, el costo de la vida aumentó en un 33 % con respecto al mismo lapso del anterior que, como se ha visto, ya había sido inflacionario. Pero en una economía subsidiada y llena de controles, sostenida por un régimen autoritario que silenciaba las críticas y denuncias, la situación podía prolongarse bastante tiempo antes de estallar.

Sin embargo, todos los datos eran preocupantes. En 1950/51 se había sembrado menos maíz, menos trigo, menos lino, menos avena. "Por la sequía", decía el gobierno. "Porque no vale la pena", retrucaban los productores. Fue un verano, cierto, avaro en lluvias, pero también era cierto que los chacareros se habían cansado de trabajar para el IAPI y estaban hartos de las regulaciones laborales que les impedían usar sus propios medios de transporte en la cosecha o hacer trabajar a sus hijos en la siembra y recolección, justamente cuando la emigración a las ciudades hacía escasear la mano de obra rural. También había menos ganadería: el crecimiento de los rodeos que se venía registrando desde 1937, se detuvo en 1951. La sequía tenía parte de culpa, pero también había que computar la falta de trabajadores rurales y la insuficiencia de praderas artificiales, factores estos que eran consecuencia de la política del régimen en relación con el campo. Mala señal: en vez de vacas, había más ovejas... En los mataderos y frigoríficos se faenaban menos reses, y la carestía de carne para consumo, ya notada en el invierno de 1950, acentuábase ahora.

En cuanto a la industria, en los primeros meses de 1951

parecía vivir una cierta recuperación, que la llevaría a tocar de nuevo los índices de 1949, los más altos de su producción en aquellos años. Pero también las exportaciones industriales seguían bajando; su volumen físico había disminuido en los primeros meses de 1951 en un 21 % respecto del mismo lapso del año anterior. Si las cosas seguían así —calculaba el Consejo Económico Nacional en informe reservado del que se han tomado los datos anteriores—, para importar lo mismo que se había importado en 1950, calculando con optimismo los saldos exportables, el saldo del país sería negativo en casi 2000 millones de pesos. Se preveía que, de continuar la tendencia, la masa monetaria argentina tendría a fines de 1952 un porcentaje de respaldo en oro y divisas, de apenas 15 %. Como ya se ha visto, cuatro años antes este respaldo ascendía a 130 %...

El informe reservado del Consejo Económico Nacional de noviembre de 1951 era sombrío en la escueta exposición de cifras y datos. La conclusión general a la que arribaba no daba lugar a equívocos: "La producción nacional, sumada a las reservas de oro y divisas y a las disponibilidades de crédito, resultan insuficientes para atender los requerimientos del consumo del país al elevado nivel actual". Los países no quiebran, pero si esta conclusión se hubiera aplicado a una empresa privada, la palabra adecuada para semejante predicción sería ésta: quiebra.

Frente a la perspectiva enunciada, el organismo presidido por Gómez Morales sugería una cantidad de medidas en todos los campos que, en síntesis, significaban la reversión total de la política de la *fiesta*. Había que estimular la producción agropecuaria, liberar a los productores de las normas que obstaculizaban sus trabajos, intensificar la mecanización rural; había que buscar exportaciones no tradicionales y flexibilizar los tipos de cambio; reducir las importaciones y drásticamente las no indispensables, llegando a la confiscación lisa y llana de existencias que se acumularan con fines especulativos. Había que restringir los créditos y las obras públicas, disminuir las expropiaciones, liberar gradualmente la congelación de alquileres y desregular lo relativo a agio y especulación. Era necesario aumentar las tasas de interés de los bonos hipotecarios para estimular el ahorro y elevar las tarifas de los servicios públicos nacionalizados para aminorar sus déficit. Era aconsejable —seguía enumerando el informe— supri-

mir gradualmente los subsidios a los artículos de consumo y, en materia de salarios, "continuar con la política, ya iniciada, de procurar la mayor estabilidad posible en los salarios mediante la celebración de convenios a largo plazo, no menos de dos años, y generalizar la política ya iniciada —convenio textil y de empleados de comercio— de relacionar la elevación del salario con la asistencia". Nada de aumentos con carácter retroactivo. Además, "debía estudiarse un régimen de estímulo que premie la mayor productividad obrera".

Esta sería la palabra clave del futuro plan. Porque ahora sí estaba elaborándose un plan que tendería a corregir los desaguisados anteriores, dentro de las limitaciones políticas del régimen. En este plan, el incremento de la productividad era un punto fundamental. No el único, desde luego. Durante casi dos años los funcionarios del equipo económico habían acosado a Perón planteándole las rectificaciones de fondo que urgía hacer: terminar con la indisciplina laboral era una de ellas, pero más importantes aun eran dos temas cuya solución podía refrescar sectores clave de una economía a punto de agotarse. Uno de ellos era la necesidad de promover inversiones extranjeras para capitalizar el envejecido aparato industrial y superar el atraso tecnológico que era una de las causas de la escasa productividad; el otro, relacionado con la estrangulante escasez de divisas, era terminar con la sangría que significaba la importación de combustibles, más de u$s 250 millones por año, un déficit que YPF, pese a sus esfuerzos y a la extensión de la red de gas, no había podido reducir.

Cada uno de estos temas rozaba peligrosamente una de las más caras consignas del régimen peronista, el artículo 40 de la Constitución de 1949, que aunque fuera metido de contrabando en el texto —como se explicó en el volumen anterior de esta obra— fue asumido por Perón, haciendo de la necesidad virtud, como una definición emblemática y un punto fundamental del perfil que identificaba a su régimen con la era anterior, la de los "vendepatrias" y "cipayos"... Intimamente, el artículo 40 no era un obstáculo para Perón; ya se habrá visto en el Apéndice del volumen anterior de esta obra que en abril de 1949, apenas jurada la nueva constitución, el presidente pidió al coronel Sosthenes Behn, presidente de la ITT, que preparara una legislación interpretativa del mencionado artículo, para que el Poder Ejecutivo la

hiciera aprobar por el Congreso. Pero para el pueblo peronista era una de las banderas fundamentales del régimen; haría falta persuasión y ablandamiento para introducir modificaciones en esta norma, el chiche de los sectores nacionalistas que apoyaban a Perón.

Precisamente por lo delicado del asunto, ninguno de los dos temas sensitivos formaron parte del viraje del que ya hablaremos, iniciado en febrero de 1952 con el Plan Económico o Plan de Austeridad, y en diciembre del mismo año con el 2º Plan Quinquenal: esos temas se introducirían más adelante. Pero de todos modos, el plan de febrero de 1952 era una rectificación importante. Pudo llevarla a cabo porque las elecciones generales se habían realizado ya, en noviembre de 1951.

Ya veremos los motivos que pudo haber tenido Perón para adelantar los comicios, pero el hecho es que, después de producidos, tenía las manos libres para ajustar, ordenar, hacer producir más, negar aumentos indiscriminados, pedir nuevos empréstitos a Estados Unidos, traer capitales del mismo origen y otorgar concesiones petroleras. Todo lo que no había hecho antes porque no le era fácil justificar semejante cambio, podía hacerlo ahora, después de la elección que consagraba su nuevo mandato. Pragmático y oportunista, a Perón no le quitaba el sueño hacer el revés de lo que antes había sostenido; político astuto y de buen olfato, le importaba mucho hacerlo en el momento debido, no antes ni después.

Por eso, a pesar de que las rectificaciones eran imperiosas y su equipo se las pedía desde principios de 1949, a pesar de que en el Año del Libertador y en 1951 todo se había agravado, Perón esperó que se realizaran las elecciones adelantadas para empezar a poner en marcha las modificaciones a la política económica seguida hasta entonces. En ese momento y sólo en ese momento bajaría definitivamente la persiana que indicaba el final de la *fiesta*, casi con tres años de retraso.

# VI. LA ACOSADA OPOSICIÓN

# LISTA OPOSITORA

## CAPITAL FEDERAL

Tapa de la carpeta con nombres, filiación política, dirección, teléfono y otras precisiones de los opositores de la Capital Federal. Volante adjunto prohibiendo que las personas incluidas en la lista hagan gestiones oficiales.

L I S

( C

I.-

2.-

Las presentes Listas tienen por finalidad hacer conocer a [illegible] los Ministerios y organismos autónomos, las personas [illegible] opositoras activas (A.) o muy activas ( [illegible]

UTILIZACION:

Para una correcta y uniforme utilización de esta Lista, se [illegible] en cuenta lo siguiente:

[illegible] Todas las personas o entidades que se [illegible] misma, quedan totalmente desvinculadas de toda gestión [illegible] oficial (económico, social y político).-

I - DIRIGENTES DE ACTIVA MILITANCIA OPOSITORA

A - PARTIDO RADICAL

a) EN LIBERTAD Y BAJO VIGILANCIA

| Nº | APELLIDO Y NOMBRE | DOMICILIO | TELEFONO | VINCULADO A | CALIFICACION | OBSERV. |
|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 | AMIL ANDRES ALBERTO | Agüero 1238 | 78-9584 | | M.A. | |
| 2 | ANDUJAR GERARDO ANTONIO | Av.San Martín 2072 | 59-0461 | Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras | A. | |
| 3 | ANTON LUIS | Güemes 4022 | | Federación Universitaria Argentina Centro de Estudiantes Derecho y Ciencias Sociales. | A. | |
| 4 | ARIAS JUAN CARLOS | Tomás Liberti 1257 | 23-9125 | | A. | |
| 5 | BALBIN ARMANDO | Rivadavia 882 | 33-9190 | | A. | |
| 6 | BALBIN RICARDO | Calle 49 - Nº 844 La Plata | Rocha 5353 | | M.A. | |
| 7 | BARON BIZA CLOTILDE S.DE | Moreno 260-V.María Córdoba | 676 | | M.A. | Periodista |
| 8 | BASSO GERMINAL | 2 de Febrero 4660 Charcas 929 | 70-5200 | | M.A. | |
| 9 | BLANCO LORENZO | Cangallo 4[illegible] | | | M.A. | |
| 10 | CABICHE ROBERTO | San Martín [illegible] | | Centro Facultad Derecho y Ciencias Sociales. | M.A. | |
| 11 | CALOT ENRIQUE | Pasaje [illegible] Uruguay [illegible] | [illegible] | Centro Facultad Derecho y Ciencias Sociales. Centro Estudiantes Derecho y Ciencias Sociales. | A. | |

Página de la "Lista Opositora", con la nómina de algunos dirigen-

SECRETO CONFIDENCIAL - PERSON/

CAPITAL FEDERAL 18-IV-52

ORDEN GENERAL Nº 1

(Prevención - Represión)

1 PROPIAS FUERZAS Y MISION — La Presidencia de la Nación y sus servicios; ministerios y reparticiones autónomas con sus organismos; la Confederación General del Trabajo, el Partido Peronista Masculino y el Partido Peronista Femenino con sus organismos, los gobiernos provinciales y territoriales con sus fuerzas y los demás contingentes justicialistas, formarán un frente sólido, activo y enérgico con la MISION fundamental de aniquilar a las fuerzas adversarias, dirigentes y perturbadores, con todos los medios y con la mayor energía y decisión, ante cualquier preparativo o intento de alteración del orden público.

- Es función especial de la Policía Federal, Policía Marítima Gendarmería Nacional, Fuerzas Armadas y distintos organismos de seguridad, en los actuales momentos, prevenir y reprimir todo intento subversivo.

2 INTENCION OPOSITORA — El objetivo inicial del adversario sería un atentado personal al Presidente de la Nación luego la toma del poder, la anulación de la Doctrina Justicialista y la destrucción de las conquistas gremiales, sociales y políticas alcanzadas por el pueblo argentino después de ardua lucha contra intereses internos y externos.

3 PROCEDIMIENTOS — A) AL ATENTADO CONTESTAR CON MILES DE ATENTADOS, para lo cual se seguirá el siguiente procedimiento:

- Las organizaciones encargadas de realizar esta acción son las que se detallan:
  - a) Confederación General del Trabajo
  - b) Partido Peronista Masculino
- Para cumplir este propósito se han confeccionado listas de objetivos, de locales y organizaciones extranjeras enemigas de nuestro gobierno que actúan en común con los com-

////

"Orden General Nº 1" del 15 de abril de 1952 con instrucciones para "aniquilar a las fuerzas adversarias… ante cualquier preparativo o intento de alteración del orden público", firmada por Perón

6 ORGANIZACION DE EQUIPOS DE PREVENCION Y REPRESION

Los ministerios y demás organizaciones civiles, como así también las gobernaciones provinciales y territoriales, organizarán un equipo para que colabore y trabaje en estas tareas de información, prevención y represión ante la posibilidad de alteración del orden público.

7 SERVICIO DE INFORMACIONES

Todos los ministerios y organismos civiles deben tener organizado su servicio de informaciones los que deben actuar en íntimo contacto con la Coordinación de Informaciones de Estado. A ellos les corresponde desarrollar ininterrumpidamente las tareas de información e investigacion.

8 COMANDO

La Dirección Superior de esta acción preventiva será ejercida por el Presidente de la Nacion.

9 COMUNICACIONES

Las comunicaciones serán mantenidas por teléfono, telégrafo, radio, hombres de enlace y por contacto personal, entre el Comando Central y las distintas reparticiones públicas, organizaciones gremiales y políticas.

ANEXO 1

INSTRUCCIONES IMPARTIDAS POR EL MOVIMIENTO PERONISTA A SUS ADHERENTES

P E R O N I S T A : La oposición -oscura y enmarañada confabulación del imperialismo capitalista con la oligarquía, las bandas políticas en decadencia y los comunistas a sueldo- planea sabotajes para crear un clima de desorden y evitar que el pueblo se reúna el 22 de agosto.

Los atentados ferroviarios fueron su comienzo, pero no serán los últimos. Se persigue intimidar a la ciudadanía con el fin de disminuir la importancia de los actos programados por los compañeros de la C.G.T.

Ante el hecho que denunciamos públicamente, el Movimiento Peronista, representado por sus organismos partidarios y sindicales, ha resuelto impartir a sus adherentes de todo el país las siguientes directivas:

1º) Cada peronista ha de constituirse en un vigía permanente del Movimiento. En el lugar que se encuentre, donde viva o trabaje, ha de conducirse enérgicamente, de acuerdo a las presentes instrucciones.

2º) Ha de denunciar de inmediato a la autoridad partidaria o policial más cercana de cualquier intento que él conozca tendiente a alterar el orden o perturbar la tranquilidad pública.

3º) Vigilará las actividades de elementos extranjeros caracterizados por su oposición a los intereses del país y los denunciará a la autoridad partidaria.

4º) Hará detener por la autoridad a las personas que distribuyan panfletos incitando al complot y al desorden, tomando nota de la filiación, vehículos que utilizan, etc. Se denunciará a la policía y se remitirá el informe a la autoridad partidaria correspondiente.

5º) Cada Unidad Básica y sindicato del Movimiento organizará por sus medios la vigilancia de los centros vulnerables y apropiados al sabotaje y dará la seguridad inmediata de los mismos.

Anexo a la "Directiva..." anterior, conteniendo "Instrucciones impartidas por el movimiento peronista a sus adherentes".

6º) Cuando se atenta contra los sagrados intereses de la Patria, el pueblo tiene derecho a defenderse con sus propios medios. Cada peronista debe saber que para ello está obligado por el organismo nacional a que pertenece.

7º) El Movimiento Peronista está decidido a luchar pacíficamente dentro del orden legal constituído, pero no dudará un instante en responder a cada acto de violencia con otro de justa defensa y por los mismos medios utilizados por los enemigos del país.

8º) Cada peronista está obligado a defender su Movimiento sin ninguna limitación de tiempo ni lugar y con procedimientos que él estime conveniente. Frente al insulto no pueden caber sino reacciones de hombres y mujeres dignos.

9º) El Movimiento Peronista no se ocupa de las personas de sus enemigos; tiene demasiado que hablar de sus obras y realizaciones. Respeta la libertad de expresión de sus adversarios. Pero no se hace responsable de la reacción de sus hombres cuando las expresiones de la oposición lesionen a la persona de los peronistas.

10º) Que cada uno sepa cumplir con su deber de peronista y de argentino. Ha llegado la hora de aplastar a la canalla ensoberbecida por nuestra tolerancia. Ninguna provocación ha de quedar sin contestar, ningún desmán sin reprimir, ni ningún abuso sin sancionar.

DIRECTIVA PARTICULAR PARA EL MINISTERI

ACCION INMEDIATA

En virtud de la exposición de alto valor informativo formulada por ese Ministerio, se le señalan las siguientes tareas particulares a desarrollar en 1951:

- Agilización de los trámites de los asuntos radicados en la Dirección de Asociaciones Profesionales.
  TERMINO: Mayo 1951.

- Arbitrar los medios indispensables -sin que ello signifique erogación extraordinaria- a fin de acelerar los trámites y resolución de las solicitudes jubilatorias.
  TERMINO: Setiembre 1951.

- Vigilar y controlar si se llevan a la práctica todas aquellas resoluciones dictadas por ese Ministerio, relacionadas con los convenios de trabajo ya suscriptos. Para cumplir este propósito convendrá impartir misiones especiales a los organismos encargados de estos asuntos.
  TERMINO: Año 1951

- Solucionar los problemas gremiales y patronales que se susciten, procurando evitar demoras e inconvenientes.
  TERMINO: Año 1951

- Llevar al día la oferta y demanda de trabajo tratando de prever posibles problemas de desocupación mediante el desplazamiento de la mano de obra para lo cual deben registrarse, la ó las especialidades del personal.
  TERMINO: Año 1951

- Hacer que las delegaciones del Ministerio de Trabajo y Previsión abarquen toda la extensión del país y que conozcan en detalle los problemas del trabajo a fin de estar informado sobre sus inquietudes. Tal actividad deberá desarrollarse en lo posible sobre la base de los medios y recursos actualmente disponibles en ese Departamento de Estado.
  TERMINO: Año 1951

- Prever que
  nios sobre
  sión.
  Para
  tener una
  por lo men
  TERMINO: A

- Ley de Seg
  realizarlo
  de los gre
  TERMINO: J
  COORDINA C

- Racionaliz
  personal d
  TERMINO: A

- Estudiar l
  social y e
  luciones.
  TERMINO: S
  COORDINA C

- Establecer
  que ello s
  fin de pre
  triales o
  sea por co
  Quinquena
  flicto bé
  TERMINO: J
  COORDINA C

- Concretar,
  ria de su
  jo, acord
  los inter
  lo cual s
  rigentes
  que instr
  tudes y e
  momento p
  te patron
  TERMINO:

Directivas particulares al Ministerio de Trabajo y Previsión, en el marco del Plan Político 1951.

SECRETO CONFIDENCIAL - PERSONAL

**PLAN POLITICO** — **AÑO 1952**

**DISPOSICIONES ESPECIALES PARA EL MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISION**
(Prevención-Represión)

1 - El plan de los revolucionarios en lo relacionado con la obra del Ministerio de Trabajo y Previsión según la campaña realizada consiste en:

a) Frenar, obstaculizar y sabotear la acción del Ministerio de Trabajo y Previsión, en la rápida solución de los conflictos de trabajo, por la infiltración de opositores al Gobierno y la intimidación del núcleo leal de funcionarios y empleados.

- Minar la moral del conjunto del personal, mediante una campaña de desalientos, insultos y amenazas dirigidas hacia quienes tuvieron una patriótica y decidida actitud de apoyo al Gobierno, en los sucesos del 28-IX-51.
- Socavar el prestigio de un organismo del Estado eminentemente revolucionario y paralelamente, destruir las conquistas logradas por la clase trabajadora en la era Justicialista, propiciando una regresión manifiesta en lo inherente a las relaciones entre el capital y el trabajo y la protección legal e integral del trabajador.
- Mantener en litigio las relaciones entre las asociaciones profesionales de empleados y trabajadores.
- Propiciar un descenso en los niveles de vida de los trabajadores, argumentando que la existencia de esta Secretaría de Estado, ha desequilibrado la sociedad, ante una supuesta regresión de las otras capas sociales.
- Crítica y acción destructiva de todo hecho o pensamiento que tenga como finalidad, lograr el mejoramiento espiritual, cultural, físico, profesional y social del obrero.
- Negación intencionada a todo trámite tendiente a un pronto despacho de asuntos legales en el Ministerio.
- Boicotear el ahorro, el mutualismo y el cooperativismo.
- Impedir por todos los medios, la orientación y formación profesional de los trabajadores.
- Difamar y desprestigiar al Gobierno con rumores, anónimos y panfletos con el objeto de debilitar y anular la adhesión del personal creando incertidumbre y confusión en el mismo.

/////

Disposiciones especiales para el Ministerio de Trabajo y Previsión para una eventualidad de subversión, en seis hojas, firmada por Perón.

//////

- Propagar dicha situación confusionista en las masas trabajadoras del país, dada la estrecha relación existente entre estas y el personal del Ministerio, en la Capital Federal y delegaciones provinciales y territoriales.
- Separar, dividir y enconar a las masas trabajadoras de las fuerzas-armadas, en lugar de preconizar que ¡éstas son parte constitutiva del pueblo, de cuyo seno provienen, y que en el campo de acción que les compete no buscan sino cimentar el prestigio interno y externo de la Nación.

b) Todo el personal del Ministerio debe conocer claramente que el Movimiento está dirigido por Estados Unidos contra el país. Por lo tanto, quienes se enrolen en el mismo serán considerados y tratados como traidores a la Nación

c) Algunos funcionarios que gozan de la confianza del Gobierno, influyen en apoyo o defensa de elementos desleales y opositores. Deberá responsabilizarse personalmente al que se ocupe de ello, pues no debe aceptarse la deslealtad en el proceder de funcionarios que se deben integramente a la Nación.

2. A este Plan, someramente puntualizado, debe oponérsele uno propio destinado a anular los propósitos enunciados, y formar entre los funcionarios y empleados del Ministerio el verdadero concepto de la disciplina de trabajo, la total defensa de las instituciones y de la Ley, apoyo al Gobierno, unidad con las fuerzas armadas y las fuerzas guardianes del orden y con las instituciones justicialistas.

a) Como temperamento de urgente previsión se deben adoptar las medidas correspondientes a fin de poner en acción los medios ante una situación anormal o de alteración del orden público, en todas sus formas. A tal fin el personal deberá conocer en detalle:

- Su misión.
- Como la cumplirá.
- Medios a su disposición.
- Enlaces que debe mantener.

b) Realizar en el más breve plazo, sin fricciones de ninguna naturaleza, la puesta en ejecución de un plan de reestructuración del personal en sus puestos respectivos, considerando en él al que deberá cumplir misiones especiales de seguridad o de carácter represivo.

En tal sentido continúa en vigencia la Directiva - Memorándum de fecha 20-VII-51 (Exp. 13, Cde. 4.-)

///

c) Con lo expuesto anteriormente, se podrá formar un frente sólido activo y decidido, única forma de enfrentar el trabajo disociador de los enemigos internos y externos y aniquilar a las fuerzas de la antipatria que actúan incansables en la tarea de minar la disciplina en las fuerzas del trabajo y destruir su cohesión.

3. Las promociones del personal deberán ser estudiadas a fin de verificar si ha habido, por parte de los funcionarios responsables, algunas superficialidad o mala intención.
Es menester precaverse ante la sutil infiltración de funcionarios desleales que pueden producir sorpresas desagradables con el personal a sus órdenes. Por otra parte, se deberá afirmar y apoyar a los leales asignándoles los puestos de mayor importancia y responsabilidad, manteniendo la vigilancia sobre los dudosos e indecisos, para sancionarlos con la mayor energía, en caso de comprobarse hechos concretos que pongan en evidencia su oposición al gobierno.

4. Es indispensable adoctrinar a los funcionarios en el concepto de que, habiendo jurado la Constitución Justicialista, cada uno debe constituirse en celoso, enérgico y decidido defensor. Asimismo, cada funcionario y empleado debe ser un conciente defensor de los objetivos fijados por la Constitución: Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía Política. Deberá considerarse falta gravísima hacia la patria y sus instituciones, cualquier actitud opositora o tibia que evidencie falta de decisión y energía en su defensa.

   a) Como primer objetivo, y mientras se adoctrina a la totalidad del personal, es necesario afianzar la cohesión y lealtad, particularmente de los funcionarios y empleados de la zona del Gran Buenos Aires por lo cual será indispensable:
   - Efectuar un reajuste en los cargos directivos comprobando funcionario por funcionario de modo que no queden en loscargos sino hombres de absoluta confianza y lealtad.
   - Impedir la infiltración en el futuro de funcionarios desleales o simplemente desafectos.

   b) El mismo procedimiento deberá realizarse en cada una de las delegaciones regionales del Ministerio, encargando a los funcionarios que desempeñen cargos directivos y a los servicios de informaciones la vigilancia y el contralor del cumplimiento

////

tomando enérgicas medidas cuando se compruebe debilidad e incumplimiento de estas órdenes.

c) No debe aceptarse, que un funcionario o empleado público no sea un decidido partidario del Gobierno que representa el orden y el propio bienestar.

d) Con este criterio deberá investigarse en cada una de las reparticiones y oficinas del Ministerio que existen en el país, cuáles son los opositores para proceder de inmediato a su separación.

e) Por otra parte, deberá ponerse en ejecución un inteligente plan de adoctrinamiento, de los funcionarios de mayor responsabilidad, actividad que deberá ser encargada particularmente por el Señor Ministro.

Aquellos a su vez, completarán el adoctrinamiento del resto de los funcionarios y empleados, tratando de que todos sin excepción participen de estas exposiciones doctrinarias.

f) Debe ser escuela incorruptible en el Ministerio el castigo inflexible a la mentira y a la deslealtad. El funcionario o empleado mentiroso y desleal, deberá ser arrojado de inmediato del ministerio para precaverse de la contaminación del resto.

g) Hallándose el país en "Estado de Guerra Interna", es una obligación ineludible de cada habitante del país, informar al Gobierno cualquier noticia que se tenga sobre la ejecución de actos subversivos. No proceder de esta manera, significa un acto de deslealtad hacia la Nación y sus autoridades y se deberá castigar tal proceder como traición a la patria.

h) Deberá corregirse el falso concepto de que los funcionarios han de ser neutros en su acción y función. El funcionario, como órgano que es del Estado, no puede ser neutral cuando la existencia y orden estatal están en peligro. La existencia y autoridad del funcionario emana del Estado y él antes que nada deberá ser su servidor. El Estado es el Gobierno y sus instituciones, en consecuencia, los funcionarios, empleados y obreros son servidores del Gobierno. Cuando no merezcan la confianza del Gobierno podrán ser separados de sus puestos, sin otro requisito que la disposición discrecional del Poder Ejecutivo

i) En todo el Ministerio ha de trabajarse intensivamente para inculcar la doctrina nacional hasta despertar una verdadera mística en el personal a fin de obtener hombres decididos, a defender contra el enemigo interno o externo los sagrados intereses del país.

5. El personal del Ministerio, debe ser dirigido mediante un adecuado plan de acercamiento a fortalecer su unión con las fuerzas armadas a fin de anular la campaña que trata de llevar la oposición para encaminar al país hacia una guerra civil. Es patriótico deber para cada ciudadano, formar una sóla masa de acción con las fuerzas armadas, frente a los enemigos internos y externos del país. A tal fín, invitaciones para que jefes, oficiales, suboficiales y soldados concurran a visitar establecimientos fabriles y a actos organizados por las entidades representativas de los diferentes sectores del trabajo, así como la concurrencia de obreros y empleados de los mismos a desfiles, formaciones, visitas a cuarteles y establecimientos militares, habrán de constituír sin duda, motivo de especial significación en pos de la unión buscada.
A estos actos se dará amplia publicidad.

6. Toda gestión que se realíce ante autoridades nacionales para la adjudicación de viviendas y otros beneficios, debe ser cuidadosamente revisada a fín de que los mismos recaigan sobre personas indudablemente adictas al Gobierno.
Los casos que dejen traslucir sospechas o dudas deberán ser estudiados para deslindar responsabilidades y aplicar las sanciones a que dé lugar la investigación.
De esta manera quedará anulado el mal efecto que haya podido producir entre los leales, una medida que implicaba una injusticia.

7. Paralelamente a estas medidas, las secciones de propaganda deberá trabajar intensamente para incidir con su actividad específica en beneficio de los fines que se mencionan.
La propaganda disociadora que llega al personal del Ministerio debe ser contrarrestada y superada por la propia. A un panfleto o llamada telefónica, contestar en forma organizada, con decena de panfletos y llamadas telefónicas. Así se dará la sensación al enemigo de la cohesión del personal del Ministerio, del abandono de la pasividad y de la decisión de no cejar en la lucha hasta el aniquilamiento total de los opositores.

//

////

8. Los servicios de informaciones del Ministerio desarrollarán gran actividad en las oficinas, donde por lo general se forman los corrillos y se hacen comentarios que los opositores aprovechan para sembrar la cizaña, la indisciplina y el desorden.
Se deberá ajustar al contralor tomando medidas enérgicas contra los causantes y contra las autoridades que no previeron ni impidieron la realización de tales actividades.
9. Por último, este momento de crisis pone a prueba y en peligro a todas aquellas instituciones que se hallan amenazadas en su propia existencia por las fuerzas de la antipatria.
Es patriótico, luchar por impedir desviaciones que puedan ser funestas para dichas instituciones y para el país.
Cualquier medida que complete estas disposiciones para asegurar la disciplina, el orden y la lealtad en los hombres responsables será de extraordinario valor y deberá ser incluída y ejecutada sin vacilación.-

COMANDO GENERAL
CONTROL DE ESTADO
Casa de Gobierno

PLAN POLITICO COMANDO GENERAL

- JUNIO DE 1952 -

SITUACION GENERAL:

El panorama político y social de la Nación, descripto en situaciones anteriores, no ha experimentado variantes de importancia, a pesar de las tentativas foráneas de preparar un clima de subversión y las intenciones de la oposición interna de alterar el orden.

La intervención de los agentes foráneos en nuestro país y ante la mayoría de los gobiernos de los países latinos americanos, para desacreditar a nuestra nación, ha sufrido sucesivos fracasos. No obstante ello insisten al parecer en sus propósitos iniciales, continuando con su campaña de desprestigio del Gobierno Argentino.

El desarrollo de la acción publicitaria antiargentina en el exterior, no ha tenido la repercusión esperada por los agentes del imperialismo; pues en los países en que se intentó divulgarla, fué convenientemente contrarrestada por la prédica y conocimiento de las verdades justicialistas.

SITUACION PARTICULAR:

El mantenimiento del orden interno ha creado un ambiente de tranquilidad y confianza.

Directiva del "Comando General" en el marco del Plan Político de 1952 (junio de 1952), primera página.

# RESOLUCION

Mantener aprestadas las fuerzas de prevención y represión de los preparativos y actos subversivos, reforzando dicha acción en donde sea necesario, a fin de que los acontecimientos no sorprendan a las propias fuerzas y al gobierno nacional.

PARA ELLO:

1.- Defender la Doctrina Nacional Justicialista, en los países en que ésta y nuestro gobierno son criticados.

2.- Continuar con la tarea de adoctrinamiento, dándole un nuevo impulso, en los cuadros y masas de las Fuerzas Armadas, en los agentes civiles del Estado y en las Organizaciones políticas peronistas.

3.- Considerar que lo más conveniente en el adoctrinamiento de los agentes de la Administración Pública, es que los señores ministros, gobernadores y altos funcionarios seleccionados, dirijan y desarrollen personalmente esta tarea.

4.- Eliminar de la Administración Pública (Nacional y Provincial) toda persona que no esté identificada con la Doctrina Peronista y la orientación política del Gobierno.

5.- Destacar la obligación de todos los peronistas, desde las más altas autoridades gubernamentales y partidarias, hasta el último agente del Estado y adherente, de mantenerse en permanente observación de la actividad de las fuerzas opositoras, vigilando que agentes foráneos y elementos opositores de los distintos sectores políticos, no se infiltren encubiertamente dentro de las fuerzas armadas, fuerzas civiles y en la Administración Pública, con el propósito de sabotear, obtener informaciones y producir la desconfianza y escisión interna.

6.- Mantener en permanente vigilancia y apresto las fuerzas, para prevenir y reprimir inmediatamente cualquier intento de alteración del orden, en todo el territorio de la Nación.

7.- Estrechar más la coordinación de las fuerzas policiales, nacionales y provinciales, en su servicio de vigilancia e información, de manera que se viva la situación al momento, sobre la actividad de agentes del exterior y de dirigentes opositores.

8.- Intensificar con los servicios de información, la búsqueda de noticias, a fin de individualizar a los gestores y dirigentes de nuevos planes y procedimientos subversivos.

9.- Desarrollar una propaganda activa en el medio clerical, a fin de evidenciar el espíritu ampliamente cristiano del Justicialismo y poner de manifiesto la falsa posicion de algunas agrupaciones catolicas.

/////

"Resolución" final de la Directiva anterior, en once puntos.

//////

10.- Seleccionar los dirigentes estudiantiles de la C.G.U. y reforzar su organización con recursos y medios económicos, para que continúe intensamente la prédica Justicialista, su acción proselitista y actitud de vigilancia y apresto, ante los elementos opositores que desarrollan la campaña subversiva contra el orden de las casas de estudio, en conexión con los partidos políticos.

11.- Continuar con la aplicación y difusión, en todo el país, del Plan Económico estructurado por el Excmo. Señor Presidente de la Nación, destacando preferentemente sus beneficios y su gran repercusión en el orden nacional.

En el volumen anterior de esta obra se ha hablado de los perdidosos de 1946. En los años que evocamos ahora, las filas de la oposición no ralearon ni aumentaron sustancialmente, lo que no dejaba de ser una hazaña a medida que avanzaba el tiempo y el régimen se fortalecía. En 1950 y en la primera mitad de 1951 los argentinos antiperonistas sintieron amargamente la *razzia* de la Comisión Visca, la prisión de Balbín, la derrota de los marítimos y los bancarios, la movilización de los ferroviarios y las detenciones masivas que siguieron, y la clausura de *La Prensa*. La imposibilidad de llegar a los grandes públicos a través de medios masivos de comunicación aislaba a los partidos opositores y les infundía una mentalidad claustrófoba que solía revertir sus energías en enconadas luchas internas. Pero estas fisuras se cerraban cuando había que unir fuerzas para luchar contra el régimen que detestaban.

No toda la oposición se sentía representada por los partidos. Ya veremos que en distintos sectores de la sociedad argentina persistía una actitud de rechazo al régimen por distintos motivos y con diferentes características. Hemos dicho que eran como islas, desconectadas entre sí, vinculadas sólo por el común aborrecimiento al sistema vigente y a sus animadores principales. Durante los años a que nos referimos, partidos opositores y grupos antiperonistas padecieron un proceso político que llevaba inexorablemente a un Estado compulsivo y coactivo hasta lo insoportable, paralelamente a la ratificación popular del liderazgo de Perón y la mitificación emocional de Evita.

Fue la etapa más amarga de la oposición durante los nueve años de la capitanía peronista. Entre 1946 y 1949 la *contra* había acariciado la ilusión de que el régimen se desfondara misteriosamente en algún momento; entre 1953 y 1955 los signos del derrumbe se fueron haciendo cada vez más evidentes. Pero en el período que estamos tratando, toda esperanza de una caída de

Perón se había desvanecido y ningún signo que los alentara aparecía en el horizonte. Por el contrario, el régimen daba la idea de una solidez inconmovible y, además, acentuaba su dureza con los disidentes. Para aquellos antiperonistas que eran sinceramente democráticos, todo esto se cargaba con una aflicción más: el proceso que odiaban estaba acompañado de una adhesión popular que desvanecía cualquier esperanza de que las cosas pudieran cambiar por la voluntad del electorado expresada en comicios.

## *Los partidos*

El socialismo, sin representación legislativa, sólo podía entretenerse en la confección de hojitas opositoras que reemplazaran a *La Vanguardia*. Desde mediados de 1950 aparecía *Nuevas Bases*, dirigida por Nicolás Repetto con el mismo cuidado que ponía en todas sus misiones. Ghioldi seguía haciendo una *Vanguardia* que salía a salto de mata y se distribuía casi exclusivamente entre los afiliados. La presencia de los grandes veteranos y la conducción de Juan Antonio Solari y, de hecho, Ghioldi, mantenían una posición que era la misma definida en 1945/46: el peronismo era nazifascismo.

Un pequeño grupo de jóvenes no compartía totalmente esta tesis, que veían incompleta y peligrosa por sus consecuencias. El vocero más caracterizado de este grupo era Julio V. González, hijo de Joaquín V. González, de quien había heredado su innata aristocracia y su pasión por las cosas del país. Era un producto de la Reforma Universitaria y su incorporación al socialismo ocurrió después de la revolución de 1930 como un aporte a la lucha de la civilidad contra la dictadura. González no era, pues, un socialista típico, y esta circunstancia tal vez le permitió ver la situación de su partido con una visión más amplia que la mayoría de sus compañeros.

Las preocupaciones de González se exteriorizaron en el XXI Congreso Ordinario y X Extraordinario del Partido Socialista, realizado en la Casa del Pueblo a principios de noviembre de 1950. Oscar A. Troncoso ha relatado la expectativa que provocó la exposición, nada retórica, dicha en un tono coloquial y pausado, de ese hombre menudo y distinguido. Lo que el público no sabía era que a González "le temblaban las piernas", como confesó

después a uno de sus seguidores: enfrentar a los próceres del socialismo hacía temblar a cualquiera... Más cuando se hacía el proceso de la progresiva decadencia electoral de la agrupación: "La finalidad de todo partido político en una democracia es la conquista del poder por la voluntad mayoritaria de los ciudadanos, manifestada en el sufragio. Si en un tiempo dado no lo consigue, es abandonado por las masas. Ningún partido puede sobrevivir a continuas derrotas o a una posición de invariable minoría". Y seguía diciendo: "¿Cómo y por qué el Partido Socialista, que arrastró en un momento a la clase trabajadora de Buenos Aires en su inmensa mayoría y conseguía penetrar hondamente en la generalidad de las masas desheredadas de toda la República infundiéndoles una mística cuyo recuerdo aún conmueve a los viejos afiliados, vio detenido su proceso ascensional... para cristalizar en un partido minoritario de oposición...? ¿Cómo y por qué cayó en punto muerto?"

En síntesis, González pedía que se examinara con más profundidad el fenómeno peronista; que no se confundiera su estructura, profunda, vertebrada por las masas obreras, con su superestructura autoritaria y demagógica. Señalaba el peligro de perder el rumbo si se insistía en poner el acento exclusivamente en lo político, "en corregir los vicios y malas costumbres políticas de los partidos turnantes en el usufructo del gobierno". Destacaba la existencia de intereses económicos extraños al país, cuya realidad era más importante que las semejanzas formales entre peronismo y nazifascismo. Muchos años después, Alicia Moreau de Justo definía el planteo de González como la necesidad "de que el Partido recobre su identidad, asuma sus errores y reconozca que en el país, algo ha cambiado". Y subrayaba la propuesta de González en la valorización de este párrafo: "Si no se quiere caer en las ambigüedades del justicialismo peronista" era necesario postular "la socialización de los medios de producción y de cambio en la libertad... o la planificación socialista en la economía nacional...".

González fue arrasado. Al igual que su padre, no era buen orador ni echaba mano de los recursos que arrancan aplausos. Su posición, por otra parte, era difícil de explicar, y hubiera necesitado una dialéctica muy sutil para no aparecer defendiendo ese régimen que había clausurado *La Vanguardia*, permitía agresiones

contra los actos partidarios y en ese momento preparaba en la universidad la aparición de la CGU, que los estudiantes socialistas, muchos de los cuales simpatizaban con el orador, detestaban visceralmente.

Su derrota afirmó aun más la línea establecida. González siguió disciplinadamente en el partido. Se limitó a publicar un folleto con sus reflexiones y continuó con su misión de defender a los compañeros presos. Pero un eco de su alerta volvería a oírse un año y medio después: el "punto muerto" que denunciaba sería, en la voz de Enrique Dickmann, "el callejón sin salida". Y Dardo Cúneo, que en general acompañaba las posiciones de González, también recogería algo de sus preocupaciones dos años más tarde, al clamar que se distinguiera la oposición de los socialistas de la de "las señoras que se quejan porque no tienen servicio doméstico", la actitud de los *contras* que odiaban a Perón por causas muy diferentes a las que debían mover a un partido obrero como se consideraba el de la Casa del Pueblo. Pero estas posiciones aparecieron más tarde, y se analizarán cuando corresponda.

El Partido Comunista, por su parte, se mantenía en la tesitura impresa desde 1945 por la conducción de Codovilla. La ratificación del Tratado de Río de Janeiro dio oportunidad a sus dirigentes para disparar andanadas de críticas contra el gobierno. En su libro *Treinta años de historia argentina*, Juan José Real recuerda uno de los editoriales de *Nueva Era*, denunciando que la homologación del pacto "fue la condición aceptada por Cereijo para que se pudiesen iniciar las gestiones del empréstito de 125 millones de dólares. La ratificación del Pacto de Río representa el punto culminante de una política capituladora de los círculos dirigentes del peronismo ante los monopolios yanquis . . . la entrega de la economía de nuestro país, la adaptación de nuestra diplomacia a las exigencias del Departamento de Estado y de las fuerzas armadas argentinas al servicio de los planes bélicos del imperialismo yanqui".

Estas acusaciones fueron ratificadas y aumentadas por Rodolfo Ghioldi en su folleto "Política exterior peronista: de rodillas ante el imperialismo", publicado en 1950: "Cámara servil y genuflexa", "diputado cipayo", "peón del imperialismo", "la Casa Ro-

sada, otrora sede de la dignidad nacional" convertida "en una verdadera orgía de entreguismo, de obsecuencia y de sentimientos colonialistas"; tales, algunas de las expresiones de Ghioldi. Resumía sus tesis con una frase que fue muy repetida en esa época, y no sólo por los comunistas: "En 1946 Perón decía Braden o Perón; en 1950, Braden y Perón".

Es claro que el telón de fondo de estas efusiones era el conflicto de Corea, caracterizado por la U.R.S.S. y los partidos comunistas de todo el mundo como un acto de agresión del imperialismo yanqui. La línea marcada por Codovilla, de cerrado defensismo del poder soviético, se mantendría en estos términos a lo largo del Año del Libertador y el año siguiente, el electoral, donde el propio Ghioldi sería el candidato presidencial comunista. Pero también en las filas del Partido Comunista existía una sorda inquietud respecto de la viabilidad de esta línea. En su momento se verá lo que ocurrió con ella.

En cuanto a los conservadores: en junio del Año del Libertador, el Comité Nacional del Partido Demócrata convocó a la Convención Nacional para diciembre: era la primera vez que se reunía este cuerpo en casi cinco años, lo que indicaba un principio de resurrección. La reunión demoró unos meses más y finalmente se realizó en Córdoba, en marzo/abril de 1951. Fue una asamblea importante, por su número y por los documentos que emitió: una declaración de principios y un programa, ambos de contenido fielmente liberal. Se definía el partido como "una fuerza liberal y progresista que aspira a acelerar la evolución del país pero cree que ningún avance social puede consolidarse y ser fecundo si no se apoya en el reconocimiento de la obra del pasado". Valorizaba la familia y el derecho de propiedad, "sin que ello implique su ejercicio contrario al interés social". El programa reivindicaba el restablecimiento de la Constitución de 1853, "sin perjuicio de su ulterior reforma por los medios legales, para refirmar sus orientaciones".

Presidía la convención el ingeniero Rodolfo Martínez, y el diputado Pastor fue reelegido presidente del Comité Nacional del modo que se dirá. Había hecho un gran esfuerzo para ganar a los radicales de San Luis la banca por minoría, y en efecto Pastor logró ser reelegido.

La elección de Pastor como presidente de su partido parece haberse concretado a través de una diablura. El diputado puntano había propuesto a Benjamín Palacio como presidente del Comité Nacional y logró convencer a éste y a José Aguirre Cámara, íntimo amigo de Palacio, que el conservadorismo cordobés merecía este honor y debía manejar el partido. Pero cuando llegó el momento de la votación en el Comité Nacional, los delegados fueron sufragando por Pastor abrumadoramente. El asombro y la molestia consiguientes de Palacio y Aguirre Cámara desbordaron cuando Pastor sacó del bolsillo el discurso de aceptación que tenía preparado... Desde entonces, Aguirre Cámara guardó una pertinaz inquina contra Pastor, a quien creía capaz de cualquier maniobra, y se consideró titular de una cuenta que alguna vez debía cobrar.

Si lo pensamos bien, los conservadores estaban en una situación más afligente que otros partidos opositores. Con gran trabajo habían logrado reconstituirse orgánicamente, pero campeaba sobre ellos la sensación de carecer de destino político. Desesperadamente minoritarios, constituían el blanco preferido de los ataques del régimen, eran los "oligarcas" por definición, aunque pocos oligarcas auténticos militaran ya en sus raleadas filas. Por su parte, los radicales, especialmente los del ala intransigente, levantaban a cada momento el recuerdo de la "década infame" para diferenciar su posición de éstos, sus aliados objetivos pero inconfesados e indeseados. Los grandes caudillos conservadores habían muerto: Barceló, Moreno; o estaban retirados: Patrón Costas; o exiliados: Santamarina, Lima. El grupo mendocino permanecía en letargo y los cordobeses, con algún arraigo popular —José Antonio Mercado o Aguirre Cámara—, mantenían su tradicional posición independiente frente a la dirección partidaria. Sólo tres hombres importantes quedaban en las filas conservadoras como base para futuras evoluciones: Pastor, que había hecho un buen papel en el Congreso y, como se ha dicho, podría permanecer en su banca hasta 1954; Federico Pinedo, del que muchos de sus correligionarios desconfiaban pero era con mucho el más talentoso del partido; y Lima, instalado en Montevideo desde 1947 para huir de las persecuciones del todopoderoso Román Subiza, cuyo padre había sido su enemigo personal en San Nicolás.

Los radicales podían acariciar la esperanza de ser la única alternativa política de Perón, los reemplazantes obligados; los conservadores no podían ilusionarse ni siquiera con esa fantasía. Entonces, la actitud a adoptar sólo corría por dos vías: conspirar o conciliar. Tratar de voltear a Perón o intentar algún arreglo con él. Los conservadores suelen tener demasiada experiencia política para escoger una sola alternativa cuando pueden recorrer las dos. Pastor conspiró (o al menos alentó a los conspiradores de 1951) pero, como ya veremos, conversó con Perón. Pinedo tuvo una iniciativa de conciliación que documentó en una notable carta dirigida al ministro del Interior Borlenghi, como se verá en el último volumen de esta obra. Y en cuanto a Lima, conspirador desde Montevideo, donde pasaba una vida relativamente holgada en comparación con las penurias de otros exiliados, también intentó un acuerdo con Perón, pero muchos años después.

## *Los radicales*

En la UCR, la fuerza que había sido mayoritaria hasta 1943 y ahora era el partido opositor más vigoroso y el único que disponía de posiciones importantes, la actividad seguía moviéndose en dos direcciones: externamente, la lucha contra el régimen peronista, pese a todas las limitaciones; internamente, el pleito entre intransigentes y unionistas.

El primer presidente intransigente del Comité Nacional, Roberto Parry, había fallecido a mediados de 1949. En julio de 1950 se llenó la vacante con Santiago H. del Castillo, ex gobernador de Córdoba y hombre de la tira de Sabattini. La designación confirmaba la hegemonía del silencioso caudillo de Villa María sobre el radicalismo, pero no satisfizo totalmente a los grupos intransigentes de la Capital Federal y Buenos Aires, que auguraban una conducción quietista y poco imaginativa. En cierto modo era verdad: desde su retiro, don Amadeo soñaba con conspiraciones imposibles, aludía misteriosamente a sus contactos con militares y ungía de fe a los visitantes sobre el inminente derrumbe del gobierno. Pero no infundía una estrategia definida a su partido y distraía a muchos de sus dirigentes con la ilusión revolucionaria.

Meses después de la elección de Del Castillo, el Comité Nacional decidió intervenir el bastión unionista más importante: el Comité de la Capital. Los unionistas no aceptaron la intervención ni reconocieron a su titular, Crisólogo Larralde, quien no quiso romper lanzas con los alzados y prefirió adoptar una actitud conciliadora. Pero la grieta estaba allí, en el distrito metropolitano, más que como una secuela de la anterior puja entre las dos fracciones radicales, como prenuncio de una futura división. Sin embargo, esta situación no trascendía demasiado, porque todo el radicalismo sabía que debía presentar la imagen de una sólida unidad si quería constituirse, como quería, en la alternativa de Perón, el único partido capaz de recoger lo que quedara cuando el líder justicialista desapareciera.

El pensamiento y la estrategia estaban dados —como ya se ha visto en el volumen anterior de esta obra— por el bloque parlamentario. Pero el grupo de diputados radicales sufriría en 1950 una severa pérdida: la mitad de sus hombres. En abril se reunió la Convención Nacional de la UCR y resolvió que veinte diputados radicales abandonaran sus bancas. La decisión resolvía un problema ético y político que venía arrastrándose desde la sanción de la Constitución de 1949. En sus disposiciones transitorias se autorizaba la prórroga de los mandatos de los diputados elegidos en 1946; en vez de cesar en 1950, concluirían en 1952, con el fin de unificar las elecciones nacionales para todos los cargos. Los legisladores peronistas aceptaron encantados el regalo de dos años más de mandato, fueros y dieta. Los radicales, en cambio, se encontraron ante una grave duda: aceptar la prórroga era sustituir la voluntad de sus electores por la voluntad de un texto constitucional que habían criticado. Además, en la concepción de los intransigentes, el cargo de diputado no era una sinecura sino un puesto de lucha: renunciarlo era como desertar. Al mismo tiempo, ¿valía la pena hacer de esto una cuestión ética cuya consecuencia sería la disminución numérica del bloque opositor?

En el fondo de la discusión había un juego político hábilmente manejado por los unionistas. Debilitar el "Bloque de los 44" era, en último análisis, debilitar al Movimiento de Intransigencia y Renovación, que tenía mayoría en el grupo parlamentario y estaba a cargo de su conducción. Pero aunque los intransigentes desea-

ban secretamente que no se adoptara una resolución tan drástica, la Convención Nacional ordenó rechazar la prórroga, dejando en manos de la mesa directiva del bloque la efectivización de la medida.

Así fue como el 28 de abril de 1950, en vísperas de la apertura del año parlamentario, veinte diputados radicales presentaron disciplinadamente su renuncia a las bancas. Para llevar adelante la acción opositora quedaban Balbín —que presentó desde la cárcel de Olmos la renuncia a su cargo de presidente del bloque, la que no fue aceptada por sus compañeros—, Aníbal Dávila, Luis Dellepiane, Frondizi, Mario Gil Flood, Arturo Illia, Oscar López Serrot, Emir Mercader, Federico Monjardín, José Pérez Martín, Francisco Rabanal, Absalón Rojas, Ricardo Rudi, Silvano Santander, Fernando Solá, Raúl Uranga, Alfredo Vítolo, Mauricio Yadarola y Miguel A. Zavala Ortiz. Aunque el número de diputados radicales se había reducido a menos de la mitad, quedaban los más capaces y combativos. Se habían alejado algunos diputados silenciosos, cuyos méritos partidarios radicaban en su fidelidad y en los aportes financieros que habían hecho a lo largo de su vida, como Raúl Rodríguez de la Torre, eterno tesorero del Comité Nacional en tiempos de Alvear; Guillermo Martínez Guerrero, estanciero rico de Buenos Aires o Salvador Córdova, dueño de una gran fábrica textil. Al lado de estas ausencias, no demasiado sentidas, se lamentaba el alejamiento de algunos orientadores doctrinarios como Gabriel del Mazo o Antonio Sobral, o de elementos útiles para cualquier debate como eran Nerio Rojas o Tomás González Funes. De todos modos, lo que quedaba del legendario "Bloque de los 44" mantenía el mismo nivel de capacidad parlamentaria.

No obstante, la merma afectó su capacidad de trabajo. Eran muy pocos esos 18 diputados para hacer frente a la enorme mayoría oficialista, siempre desconcertante e imprevisible, agresiva muchas veces, cada vez más proclive a cerrar todo debate que le resultara molesto. En una cámara, dicho sea de paso, que nuevamente sería presidida, en ese Año del Libertador, por Cámpora, que "antes que presidente se sentía peronista", como dijo al cerrar uno de los debates de este año de 1950 que fue rico en discusiones importantes y, muchas veces, tempestuosas. Los diputados de la minoría se vengaban de la abrumadora mayoría sacando a relucir temas que molestaban a algunos de sus con-

trincantes más detestados: por ejemplo, los estudios del presidente del bloque peronista, Angel Miel Asquía, que estaba cumpliendo una vertiginosa carrera en la Facultad de Derecho rindiendo exámenes que eran, notoriamente, verdaderos regalos. Ofendido, Miel Asquía presentó un certificado del decano de la casa de estudios que acreditaba ¡cómo no! que sus exámenes eran rendidos normalmente; no se decía en el papel que el profesor Rafael Bielsa lo había aplazado en Derecho Administrativo y, para salvar otro tropezón, se había aprovechado una ausencia del viejo jurista rosarino —al que meses después jubilaron de oficio— para integrar una mesa con profesores menos exigentes . . . A Colom le sacaron al sol los trapitos de sus deudas, originadas en los déficit que arrojaba *La Epoca*, su diario, solventadas por los avisos oficiales que conseguía. A Visca le reprocharon en todos los tonos y cada vez que pudieron, su función de verdugo de la prensa. El tema de la prisión de Balbín estuvo presente en casi todas las sesiones; los radicales no perdían oportunidad de denunciar la arbitrariedad de los procesos que lo mantenían recluido en Olmos.

De más está decirlo, tampoco la mayoría fue piadosa con los radicales: en junio de ese año Yadarola fue suspendido por diez sesiones, a Uranga estuvieron a punto de aplicarle una sanción similar o más grave, y uno de los debates fue tan violento, que pudo verse una escena insólita: el diputado Illia perdió la calma . . . Increíblemente, avanzó hacia uno de los legisladores peronistas levantando a su paso una taza de café, como para arrojársela. Era tan ajeno a los hábitos del representante cordobés semejante actitud, que hubo un instante de tensa expectativa en todo el recinto: en realidad, el futuro presidente se había limitado a tomar la taza que estaba sobre una banca, para evitar voltearla a su paso . . .

Un volumen entero podría llenar el relato de estas incidencias, que desde luego no caracterizaron solamente al año que estamos evocando. Pero esos choques no impiden que el historiador, al recorrer los diarios de sesiones o los periódicos de la época —que no obstante la carencia de espacio recogían prolijamente las alternativas de cada sesión— tenga una sensación: que detrás de las pullas, las invectivas y las zancadillas retóricas, entre aquellos hombres existía una última afinidad, una camaradería vergonzante y clandestina. Peronistas y radicales eran, ante todo,

hombres políticos. A tirones y encontronazos, la mayoría de ellos convivía desde cuatro años atrás. Se conocían las mañas, estaban al tanto de sus movimientos y hasta de su vida privada. A veces proferían alusiones cuyas claves se han perdido para siempre, que significaban estocadas por momentos humorísticas, por momentos crueles, contra destinatarios que hoy ignoramos. Podían darse de palos verbales en el recinto, pero fuera de él eran todos profesantes del mismo oficio, la política. Y hasta había a veces simpatías inesperadas entre hombres que en el hemiciclo se habían atacado con todas las armas. Visca, por ejemplo, había urdido una maniobra para facilitar a Rodríguez Araya su huida, en la sesión en que lo expulsaron. Y el propio Frondizi, encontrándose en una oportunidad con Visca, le aconsejó cordialmente que no siguiera sus razzias contra el periodismo.

—Ningún régimen dura muchos años —le dijo— y después hay que pagar las culpas...

Visca le puso una mano en el hombro, lo miró largamente y no dijo nada...

## *Leyes y elecciones*

Todo esto es el sabor picante de una actividad legislativa que también ese año fue prolífica. De lejos, la ley más importante fue la 13.903 que aprobó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca TIAR, del que ya se habló. Hubo otras leyes trascendentes, como la 13.944 que reprime el incumplimiento de los deberes de asistencia familiar; la 13.987 que creó la Dirección de Servicios Sociales para bancarios; la ley 13.981 que creó el Instituto Ganadero Argentino; la 13.995 sobre enajenación y arrendamiento de tierras fiscales; la 13.986 sobre régimen orgánico de las Fuerzas Armadas; la 13.988 sobre organización de la Justicia Nacional, la 14.005 sobre venta de lotes y a plazos. Hubo sanciones de rutina, de esas que dan ocasión para lucirse a los miembros informantes y a los diputados tímidos: tales, varios convenios de comercio y navegación con distintos países, o el establecimiento de relaciones diplomáticas con Líbano, Filipinas y la India. Sancionáronse leyes que merecieron denuncias de la oposición por sus intenciones políticas, como la 13.985 que repri-

mía los delitos contra la seguridad del Estado, privando del derecho a la excarcelación o la libertad condicional a sus procesados; o la 13.945 que castigaba la tenencia de armas y explosivos, o la 14.007 que reorganizaba las academias nacionales. La más urticante para la oposición fue, sin duda, la ley 13.982 que —como ya se ha dicho— encomendaba a la Fundación Eva Perón la atención de los fines sociales enunciados en el decreto 33.302/45, es decir que convertía a Evita en la dispensadora directa de jubilaciones, pensiones, turismo social y otros favores, con el dinero que le proveía el Estado mediante el descuento de sueldos y salarios y las prestaciones patronales. De paso, la misma ley donaba a la Fundación una manzana, propiedad de la Universidad de Buenos Aires, encuadrada entre Paseo Colón, Azopardo, Independencia y Estados Unidos, para construir su sede propia.

No sólo fue un año intensamente legislativo: el del Libertador fue también un año electoral. Entre enero y marzo se habían realizado elecciones de gobernador y legisladores en varias provincias. Vencían algunos mandatos de cuatro años iniciados en 1946, pero en 1949 las legislaturas de todas las provincias, convertidas en constituyentes por imperio de las cláusulas transitorias de la nueva constitución, habían sancionado constituciones locales, que, a imitación de la carta magna nacional, permitían la reelección indefinida de los gobernadores. En este caso, sin embargo, de concretarse el nuevo período, sólo tendría vigencia por dos años más, para que los comicios de 1952 unificaran la elección de todos los cargos.

Estos comicios de 1950 tuvieron lugar en San Juan, Entre Ríos, Buenos Aires, Tucumán y San Luis. En las restantes provincias los mandatos no eran por cuatro años, o diversas intervenciones federales habían alterado el calendario electoral. En todos los casos, salvo San Luis, el único partido que ofreció lucha seria al peronismo fue la UCR. En San Juan fue reelecto Ruperto Godoy. En Entre Ríos no hubo reelección: el candidato oficial fue el general Ramón Albariños, a quien Perón debía buenos favores en la campaña presidencial de 1946, como hemos relatado en otro libro. Después tocó el turno a Buenos Aires, donde el coronel Mercante fue reelecto; en Tucumán Fernando Riera reemplazó a Carlos Domínguez; en San Luis Ricardo Zavala Ortiz continuó sentado en su sillón.

Las elecciones pusieron un poco de alboroto político en el verano del Año del Libertador. Las campañas opositoras fueron esforzadas; el peronismo, por su parte, casi no hizo actos públicos pero el oficialismo abundó en inauguraciones de obras públicas; una de las más concurridas fue la de Avenida Presidente Perón en Avellaneda, presidida por el propio donante del nombre. En cuanto a los resultados electorales, casi todos tuvieron una significación parecida: el peronismo mantenía inmóvil su abrumadora mayoría o bajaba un poco su caudal; el radicalismo aumentaba levemente los resultados anteriores, pero manteniendo amplias diferencias con el partido mayoritario.

En San Juan el peronismo había obtenido 37.000 votos en las elecciones de constituyentes de diciembre de 1948; ahora consiguió 35.000. La UCR, que había acumulado 8.400 votos en aquellos comicios, duplicó ahora su vigencia electoral con 16.200. Se trataba, sin duda, de los antiguos bloquistas que no habían aceptado fusionarse con el peronismo, y de conservadores que preferían acrecer el caudal radical antes que perder su voto con los candidatos propios.

En Entre Ríos, las cifras peronistas de 1946 y las de las dos elecciones posteriores de 1948 eran de 77.000, 86.000 y 98.000; en febrero de 1950 bajaron a 77.000, consecuencia de los conflictos internos que habían desembocado en la no reelección de Héctor Maya. A su vez, los radicales, que habían obtenido 59.000, 45.000 y 48.000 votos en las anteriores convocatorias, reunieron ahora 50.000 sufragios. Los conservadores, que habían sido fuertes otrora en la tierra de Urquiza, consiguieron 9.000 votos.

En Buenos Aires, la progresista administración de Mercante le brindó en marzo de 1950 unas 486.000 boletas; el caudal peronista había descendido ligeramente en relación a los 500.000 votos que acompañaron al "corazón de Perón" cuando fuera elegido primer convencional constituyente un año y tres meses antes. Balbín, su adversario, logró la hazaña de juntar 268.000 voluntades, remontando los 215.000 votos del comicio anterior. Y los conservadores se complacieron con sus 45.000 boletas.

En Tucumán, las diferencias fueron más largas. Riera, cuyo partido había logrado 90.000 votos en noviembre de 1948, bajó esta vez a 77.000: es posible que los ecos de la represión de la huelga de la FOTIA hayan contribuido a esta merma. Pero Celes-

tino Gelsi, el candidato radical, sólo logró 31.000 votos; de todas maneras, eran una decena de miles más de los que el radicalismo había logrado en la elección anterior.

En San Luis, finalmente, la correcta gestión de Ricardo Zavala Ortiz se tradujo en una reelección homologada por una enorme distancia: 15.800 votos sobre 5.000 del conservador Horacio de la Mota y 4.300 del radical Julio Domeniconi.

Y aún podría agregarse a la lista de comicios del Año del Libertador las elecciones legislativas y municipales de Mendoza efectuadas en enero de 1951. Aquí, el peronismo, que en 1948 había obtenido 72.000 votos, redujo un poco su caudal: 68.000. La UCR, cuya anterior performance era de 18.000, la duplicó con 30.000 sufragios; y los conservadores, que lograban en 1948 unos 10.000, los mantuvieron virtualmente idénticos.

Nadie había imaginado, en las tiendas radicales, triunfar en las elecciones provinciales de 1950. Por eso, las cifras les resultaron moderadamente alentadoras. En general, habían aumentado sus votos. Claro que, al ritmo de la progresión que indicaban los números, tardarían treinta años en ganarle al peronismo... Pero la política es un tejido urdido con infinita paciencia. Aquellas campañas misérrimas, con pesitos juntados de a uno, reventando los desvencijados automóviles de los dirigentes; esas andanzas de linyeras recorriendo pueblo a pueblo sus respectivas provincias con auditorios escasos, mala voluntad policial y frecuentes agresiones de espontáneos que no podían tolerar que se hablara mal de Perón, todo eso formaba parte del alto ejercicio de la política. Ni mejores ni peores que sus adversarios pero asediados por todas las desventajas de la condición opositora dentro de un sistema autoritario y a la vez, popular, esos hombres se perfilaban como los futuros términos de referencia en sus comunidades. Se mostraban como alternativas eventuales del régimen. Formaban el elenco del recambio posible. Y con la infinita obstinación que exige la política, iban creciendo, madurando, estableciendo la continuidad de las dirigencias de sus partidos. En suma: se aprestaban a gobernar alguna vez.

Estas elecciones locales habían sido aprontes, ensayos. Los comicios verdaderamente importantes serían los que se suponía habrían de realizarse en febrero o marzo de 1952. Entonces se jugaría la presidencia de la Nación, todas las gobernaciones pro-

vinciales, todas las bancas legislativas nacionales y buena parte de las provinciales, así como varios centenares de intendencias y concejalías. Nadie podía ser tan optimista en los rangos opositores como para creer que Perón podía ser derrotado. Pero esos amplios comicios serían una excelente oportunidad para enjuiciar a su régimen y agrandar tal vez, de acuerdo a la tendencia manifestada en las votaciones de principios de 1950, las bases opositoras en los cuerpos representativos. Ya se verá que ocurrió todo lo contrario. Pero entretanto, la esperanza, novia eterna de los políticos profesionales, seguía sustentando la despareja lucha de éstos.

Entre ellos, los radicales merecen una nota complementaria. Para ellos, el Año del Libertador fue el de la campaña por la libertad de Balbín. Hasta ese momento, sus reclamos por los ataques al sistema republicano se basaban en temas más o menos abstractos: los diarios asfixiados, las radios encadenadas, los diputados expulsados, o análisis engorrosos sobre las crecientes dificultades de la economía. Frente a las realizaciones del régimen de Perón, espectaculares y concretas, sus voces parecían de crítica menor. Incluso la aprobación del Tratado de Río de Janeiro, que a juzgar por los augurios de Frondizi sería seguida por envíos masivos de jóvenes argentinos a Corea, no había tenido las secuelas que muchos temían. Pero ahora, la prisión de Balbín daba a sus correligionarios un tema concreto, personalizado en un hombre que estaba soportando valientemente su ordalía. En este sentido, el "cautivo de Olmos" renovó la temática radical y proveyó a sus activistas de una causa simpática y popular: pues aún en aquella época, la libertad de un argentino preso por sus convicciones cívicas era una motivación que conmovía a todos.

## *Los opositores sueltos*

Como ya se explicó en el anterior volumen de esta obra, sólo una parte de la oposición se expresaba a través de los partidos políticos tradicionales. Lo más grueso de las misma no se canalizaba por estos cauces; en realidad, carecía de ellos. Pero existían opositores en distintos organismos y núcleos, desde la Sociedad Rural o la Bolsa de Comercio hasta los conjuntos

teatrales independientes o los centros estudiantiles. O simplemente vivía como sentimiento, en individualidades que por uno u otro motivo, por convicciones ideológicas o por haber sufrido algún agravio —empleados públicos obligados a afiliarse al partido oficial, maestros constreñidos a enseñar según los textos proselitistas de uso obligatorio, comerciantes multados o detenidos— guardaban un rencor más o menos secreto contra el régimen y sus animadores.

En mayor o menor medida, todos soñaban con una conspiración. Algunos, de un modo totalmente pasivo, esperaban que en determinado momento estallara una revolución que volteara a Perón. Otros, los que tenían posibilidades de contactos personales con militares, lo insinuaban o sugerían, casi invariablemente sin éxito. Nada de esto era demasiado temible para Perón, salvo si la idea llegara a prender entre los hombres de armas. Y aunque la enorme mayoría de los jefes, oficiales y sobre todo suboficiales, sin ser todos necesariamente peronistas, mantenían su lealtad al gobierno constitucional, había grupos dispersos en las tres armas que consideraban desatadas sus obligaciones de obediencia frente a un régimen que, de hecho o de derecho, había virtualmente abolido la vigencia de la vida republicana.

Entre los militares existían otros motivos de descontento que tenían raíces éticas. En abril de 1951 se los incluyó en los beneficios de la compra de automóviles "a precio de lista". El sistema se venía utilizando desde 1949 y consistía en autorizar la importación de vehículos a ciertos concesionarios, con el valor entendido de que éstos entregaran gratuitamente al gobierno la mitad de las unidades que importaban. Por vía de la Secretaría —después ministerio— de Industria y Comercio, estos automóviles se destinaban a los mimados del régimen: legisladores, dirigentes sindicales, altos funcionarios, magistrados judiciales, deportistas destacados, artistas, etc. Los beneficiados pagaban los automóviles a un tipo de cambio muy bajo y podían quedarse con el vehículo, aunque lo común era revenderlo a precio de mercado, lo que equivalía a reembolsarse el doble de lo que habían pagado.

Era, sin vuelta, una forma de corrupción administrada desde el poder. Cuando el general Franklin Lucero, ministro de Ejército, anunció en abril de 1951 que por expresa disposición del presidente se habían asignado 441 automóviles a "precio de lista" para

ser adquiridos por militares, una sensación de indignación cundió en el espíritu de muchos oficiales, sobre todo los más jóvenes. Robert A. Potash comenta que "ni el gobierno que ofrecía la oportunidad ni los oficiales que aprovechaban veían por entonces nada incorrecto en ello". No coincidimos con el historiador norteamericano: aunque es difícil acreditarlo, las respuestas brindadas al autor por militares que tuvieron actuación en esa época hacen pensar que esas dádivas causaron un pésimo efecto en los cuadros jóvenes.

En el volumen anterior de esta obra se ha destacado el reequipamiento de las Fuerzas Armadas logrado por Perón desde 1947. Hay que agregar la ley 13.996, sancionada en septiembre de 1950, que permitía ascensos más rápidos y aumentos en las vacantes de jefes superiores, lo que hacía más incitante la carrera militar. Beneficios sociales de diverso tipo favorecían a los suboficiales —como también se ha visto en el volumen anterior—. Todo esto era difícilmente criticable, como tampoco podían ser criticables los periódicos aumentos de sueldo a los cuadros de las Fuerzas Armadas. Pero la introducción del sistema de ventas de automóviles a "precio de lista" se vio como un soborno por parte de quienes habían abrazado la carrera de las armas como una misión patriótica y de servicio, más que como una profesión cualquiera.

Este factor, sumado al espectáculo de la progresiva asfixia de las libertades públicas y, en especial, la clausura de *La Prensa* y la certidumbre de la reelección de Perón, llevó a algunos militares al plano concreto de la conspiración a principios de 1951. Existía ya algún núcleo activo en la Escuela Superior de Guerra desde 1949, amparado por el coronel Bernardino Labayru, que gozaba de gran prestigio entre sus alumnos. Pero no se establecieron contactos formales entre los posibles cabecillas de un movimiento hasta marzo y abril. Empezó entonces a avanzar lentamente una conjura sin objetivos muy definidos, salvo el derrocamiento de Perón. Casi todos los dirigentes destacados de los partidos fueron advertidos de su existencia; se descontaba el apoyo de los civiles pertenecientes a fuerzas partidarias o a la oposición suelta.

Pero en esos primeros meses de 1951, mientras la CGT iniciaba su campaña pro reelección de Perón y el interrogante de

peronistas y antiperonistas se cifraba en lo que haría Evita. la conspiración militar, aunque en los hechos existiera sólo parecía un cuco usado por el oficialismo, o una remota fantasía del país opositor. Aparentemente, faltaban todavía nueve o diez meses para las elecciones, y muchas variables deberían definirse todavía para saber si se darían las condiciones que hicieran posible un estallido militar.

De todos modos, en las napas opositoras había ocurrido en los últimos tres o cuatro años una variación notable. Perón, que en tantos aspectos fue un extraordinario agente de cambios del país, no advirtió o fingió no advertir que las motivaciones de la *contra* eran diferentes a las que la habían movilizado en 1943/46. En aquellos años, la lucha contra el coronel Perón era un pretexto para ocultar la resistencia a las transformaciones sociales que el "candidato imposible" estaba motorizando desde el gobierno *de facto*. El patrón de estancia que no admitía las imposiciones del estatuto del peón, el dueño de empresa que se negaba a pagar el aguinaldo, el comerciante que lloraba los días de vacaciones pagas que debía conceder, toda la mentalidad de una clase no acostumbrada a lidiar con sindicatos, negociar convenios colectivos o litigar en igualdad de condiciones con sus asalariados: éste era el contenido real de la oposición antiperonista en aquella época, aunque formalmente se justificara con argumentos de otra naturaleza.

Cuatro, cinco años después, esta mentalidad había depuesto su rechazo. Subsistía, es posible, en algunos baluartes de la vieja oligarquía, tal vez algún socio del Jockey Club siguiera añorando los buenos viejos tiempos... Pero en general, ya nadie discutía la poderosa y sólida realidad de la justicia social y la previsión generalizada. Básicamente, porque estaba demostrado que no aparejó ningún cataclismo y, por el contrario, significaba una masa con más poder adquisitivo y aptitud consumista que antes. Si individualmente podía molestar el proceso de igualación que se venía gestando, en lo colectivo nadie podía ignorar que ese pueblo mejor alimentado, mejor vestido, más entretenido, con mayor bienestar, era un factor de estabilidad y también una barrera frente a cualquier brote comunista: el gran miedo de la década de 1950.

La justicia social y su implementación ya no se discutían.

Por otra parte, las clases propietarias podían respirar tranquilas: ninguna de las catástrofes que habían temido al principio se había producido. Ni reforma agraria, ni participación en las ganancias, ni expropiaciones masivas. Por el contrario, desde 1950 Perón no perdía oportunidad de proclamar su respeto por la propiedad privada y pedía a los gobiernos provinciales moderación en materia de expropiaciones. En cuanto a la reforma agraria, la había desestimado explícita y enérgicamente.

Además, la misma instrumentación de la justicia social y la previsión había burocratizado sus mecanismos. Lo que perdía en sentido revolucionario lo ganaba en eficiencia. Reparticiones como Trabajo, Salud Pública, el Instituto Nacional de Previsión, las cajas de jubilaciones, la justicia laboral, las obras sociales sindicales, creaban intereses de todo tipo, vinculaban a su estructura a miles de empleados —no todos peronistas—, se reglamentaban y cobraban el aire respetable de las cosas del Estado. Y todo ello contribuía a acostumbrar, incluso a los más acérrimos antiperonistas, a incorporar la idea de la justicia social al mundo de los valores del país. Así como los conservadores imprimieron el valor del progreso a la comunidad nacional y los radicales legaron la concepción de la sociedad democrática, así también muchos argentinos de la década de 1950 habían aceptado pacíficamente lo que cinco o seis años antes habían rechazado.

Sin dejar de detestar a Perón, la oposición no partidaria tenía ahora motivaciones distintas a la de un lustro antes. Hacia 1950, el discurso antiperonista se fundaba en los métodos políticos del régimen. En cierto modo, esta transición era un triunfo de Perón. Que sus adversarios criticaran el Estado autoritario que había erigido pero no los ajustes sociales que promoviera, demostraba que el país entero había aceptado a la justicia social como un valor vertebrador de la comunidad nacional.

Es cierto que la Argentina nunca presentó las típicas desigualdades latinoamericanas; es cierto también que la labor de los socialistas había logrado, antes de Perón, algunas leyes en beneficio de los sectores obreros; y que Yrigoyen había dado una nueva modalidad al papel de Estado en los conflictos sociales. Pero hasta el advenimiento de Perón no existía una conciencia generalizada de justicia social. La dignificación del trabajo y el trabajador, la aceptación de un Estado decididamente ladeado ha-

cia los humildes, la compasión por los ancianos, los niños y los enfermos, todo lo que Perón y Evita habían hecho realidad, todo eso estaba asumido por los opositores. A regañadientes, cuestionado en sus intenciones, denunciado por sus propósitos supuestamente demagógicos, pero asumido, internalizado, convertido en parte de su propia conciencia y de la conciencia colectiva. Nadie pensaba seriamente en cancelar estas nuevas realidades, incluso si Perón desapareciera de la vida política del país.

Paradójicamente, Perón no quiso ver este cambio profundo. Dice Raymond Aron que "los hombres hacen la historia, pero a veces no saben la historia que están haciendo". Su campaña por la reelección se haría con el mismo tono y los mismos redobles que la de 1946, como si nada hubiera cambiado. El promotor de las grandes transformaciones argentinas en el comedio del siglo XX actuaría como si nada de lo que había logrado fuera una realidad. Como si tuviera que pelear con Braden, la universidad, la prensa, la fuerzas económicas. Este mandatario que a cada momento tenía que hacer concesiones cada vez más penosas a la realidad, se gratificaba fingiendo que regresaba a la etapa más hermosa de su lucha; aquel momento de 1945, cuando salió a la palestra para denunciar el país viejo, llevando a las masas argentinas una esperanza de renovación y un fresco aire de cosa joven.

# SEGUNDA PARTE

## EL AÑO DE LA REELECCIÓN DE PERÓN

Cuando de política se trataba, Perón no tenía inconveniente en incurrir en ciertas picardías si ello podía significarle ganancia. Como gobernante, podía hacer convivir el máximo respeto formal por la letra de la ley con las máximas transgresiones a su espíritu. Esta particularidad quedó evidenciada, una vez más, a principios de julio de 1951, cuando demolió de un solo golpe las esperanzas opositoras cifradas en las futuras elecciones generales de febrero o marzo de 1952. Como ya se ha dicho, los partidos esperaban que la campaña que precedería a esos comicios les abriría oportunidades para hacer oír sus clamores y denuncias; y que las elecciones mismas, continuando con la tendencia reflejada en los comicios provinciales de 1950, acaso permitieran una mayor presencia opositora en el Congreso Nacional y las legislaturas provinciales.

Perón hizo las cosas de modo tal que desarticularía los esfuerzos de sus adversarios y recortaría al mínimo su futura representación.

## *Largar con ventaja*

Esta hazaña estaba contenida en el proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo a la Cámara de Diputados el 4 de julio de 1951 que fue tratado al día siguiente, pese a las protestas de la minoría. Días antes se había dejado trascender que la nueva ley contendría algunas reformas a la Ley Sáenz Peña. En realidad, el proyecto no modificaba el clásico mecanismo del sufragio, con el cuarto oscuro, la presencia de los fiscales, las garantías de secreto para la emisión del voto y la obligatoriedad de hacerlo. Agregaba una innovación (entre otras que ya se dirán) que agilizaba todo el trámite electoral: el escrutinio provisorio se efectuaría inmediatamente después de cerrado el comicio.

Además —y esto era lo importante— fijaba las elecciones generales para el 11 de noviembre de ese mismo año, es decir, dentro de cuatro meses.

Destaquemos esto: el mandato presidencial de Perón vencía el 4 de junio de 1952. Seis años atrás, en 1946, los comicios se habían efectuado el 24 de febrero, y hubo tiempo de sobra para que las juntas electorales realizaran el escrutinio mesa por mesa y distrito por distrito, así como para que se reunieran el colegio electoral que debía designar presidente y vice y las legislaturas provinciales que debían nombrar a los senadores nacionales. Ahora, la Constitución de 1949 establecía el voto directo para elegir presidente, vice y senadores nacionales, es decir que se eliminaba la instancia de doble grado prevista por la Constitución de 1853; el escrutinio provisorio se haría sobre la mesa, lo que implicaba que en la noche de las elecciones ya se conocerían los resultados. Todo el mecanismo, pues, se aceleraba. Y sin embargo, los comicios, en vez de efectuarse tres meses antes de la asunción presidencial, como sería lógico, se adelantaban. Tendrían lugar ¡casi siete meses antes de que asumiera el nuevo presidente!

La intención era obvia. Elecciones dentro de cuatro meses no eran un problema para el oficialismo, que disponía de todos los recursos del Estado y se apoyaba en un partido desprovisto de vida interna, cuyas candidaturas se expedían a través de decisiones secretas de su Consejo Superior. El problema era para los partidos opositores, que tenían que poner en marcha en ese breve plazo sus resortes internos, definir su actitud, conciliar las aspiraciones de sus dirigentes, recaudar fondos, esbozar sus campañas y hacer un esfuerzo que, de todos modos, no tendría muchas compensaciones.

Era una jugarreta genial, la de Perón. Ninguna norma le impedía convocar a elecciones con semejante adelanto, aunque innegablemente era un recurso ventajero. Pero si la intención resultaba evidente, a la luz de la perspectiva histórica no lo son tanto los motivos de fondo que lo llevaron a ese adelanto de las elecciones.

Hay varias hipótesis, y ninguna es excluyente de las otras. Por una parte, largar con ventaja parece ser un motivo suficiente. Pero también es posible suponer que Perón tomó esa decisión porque, promediando el año 1951, resultaba inexcusable producir un viraje en su política económica. Ya se ha visto el diagnóstico

cada vez más sombrío que desde principios de 1949 venían formulando los funcionarios del equipo económico y el Consejo Económico Nacional, así como las crecientes dificultades que debía enfrentar el gobierno en lo relativo a inflación, escasez de divisas y caída de las exportaciones. Cabe entonces conjeturar que el presidente haya aceptado las ansiosas propuestas de los economistas del gobierno, pero para poner en marcha una política que debería abjurar, en mayor o menor medida, de casi todo lo que lo enorgullecía, haya decidido realizar primero las elecciones. Después podía lanzar con comodidad las iniciativas pertinentes. Pues aunque contara con su poder de convencimiento y su inmensa credibilidad, aunque todo el aparato oficial estuviera a su servicio, era de prever que la oposición las denunciaría como una claudicación y la confesión de su derrota. Entonces, ¿para qué exponerse a semejante prueba antes de las elecciones? Las nuevas medidas económicas eran reclamadas por el nuevo equipo económico desde dos años atrás. No se podía retardar mucho tiempo más su implementación: enero o febrero de 1952, a lo sumo. Haciendo las elecciones en noviembre de 1951 y ganando por una amplia mayoría, como esperaba, los meses del verano serían ideales para dar el ineludible golpe de timón.

Otro posible fundamento del adelanto de la fecha electoral podría relacionarse con la salud de Evita. Testimonios recogidos por Marysa Navarro y Joseph Page acreditan que a mediados de 1951 ya era inocultable que la esposa del presidente estaba enferma, aunque no fueran muchos los que conocieran la naturaleza y gravedad de su dolencia. Perón, sin duda, lo sabía. "Los primeros síntomas de la enfermedad de Evita se manifestaron hacia fines de 1949" ha escrito el ex presidente en su libro *Del poder al exilio*. El P. Hernán Benítez, uno de los integrantes más asiduos del *entourage* de Evita, afirmó que ella comenzó a sentir alfilerazos en el bajo vientre en junio de 1951. Concluye Marysa Navarro que "hay acuerdo en que, a mediados de 1951, se había deteriorado visiblemente. También hay acuerdo en que escondía sus malestares y lo que es más, se rehusaba a aceptar la posibilidad de estar seriamente enferma". De todas maneras, basta observar las fotografías y filmes de ese momento para advertir que el rostro de Evita se ha afinado, la piel está más tirante sobre los pómulos y se retrae en los labios: no es aún la

figura exangüe y translúcida de sus últimas apariciones, pero ya hay algo enfermizo en su rostro.

Y bien: frente a esta dolorosa realidad, es lícito presumir que Perón haya adelantado la fecha de las elecciones para poder contar con el concurso de Evita. Como ya se ha dicho, la idea de que la esposa del presidente integrara la fórmula peronista, estaba en el aire. Perón no se había pronunciado sobre el tema y la propia Evita no aludía a su posible candidatura. Sin embargo, la presencia de ella al frente del partido femenino, su vigilancia en la selección de las candidaturas oficialistas, su gravitación en el movimiento sindical y, por sobre todo, su mítica figura, furiosa oratoria y adhesión sin límites al líder, todo eso, sí, le hacía falta. Perón necesitaba una Evita sana; al menos, no muy enferma, y esto sería cada vez más difícil a medida que transcurrieran los meses. Candidata o no, Perón sabía que le sería imposible retener a Evita en quietud y reposo mientras afuera se desarrollara la campaña electoral; entonces habría adelantado la fecha para que no fuera demasiado agotador el esfuerzo que ella habría de hacer.

Repetimos: éstas son conjeturas, y ninguna puede probarse. Pero sea por la necesidad de poner en marcha una corrección de la política económica o por la salud de su esposa o simplemente para asegurarse un triunfo masivo saliendo a la carrera antes que la oposición y confundiendo a ésta con el corrimiento de la fecha cuatro meses antes de lo previsto, es indudable que esta maniobra acrecía las ventajas de que ya disponía Perón. Sin embargo, no eran solamente éstas las que contenía el proyecto de ley electoral que el Congreso sancionó en los primeros días de julio, sin haber pasado casi por el estudio de la comisión respectiva.

El otro aspecto, destinado a minimizar la representación opositora y que virtualmente la excluía del Congreso, se concretaba en la representación por circunscripciones.

## *El recuerdo de Ellbrigde Gerry*

En 1812, un politiquero de Boston llamado Ellbrigde Gerry, inventó un sistema infalible para ganar elecciones. Dividió el distrito en circunscripciones establecidas en tal forma que las zonas donde solían tener mayoría sus adversarios quedaban neutra-

lizadas por aquéllas donde su propia máquina electoral funcionaba a la perfección. El distrito fragmentado con esta intención se representaba en un mapa que parecía un nido de serpientes o de salamandras: de ahí que en el lenguaje político universal este tipo de maniobras se recuerde con el nombre de su creador, designándose como "gerrymandra".

Con la inestimable ayuda de Subiza, secretario de Asuntos Políticos, Perón planeó su propia "gerrymandra". El proyecto de ley electoral sustituía el tradicional sistema de lista incompleta instaurado por la Ley Sáenz Peña, por el de circunscripciones. Cada distrito electoral —la Capital Federal y cada una de las catorce provincias— se dividiría en tantas circunscripciones como diputados eligiera; cada una de estas elegiría un diputado nacional. Así, cada uno de los 28 representantes de la Capital Federal, por ejemplo, sería designado por los ciudadanos de cada una de las veintiocho circunscripciones en que sería dividido el distrito metropolitano, que ya no sería un distrito único como lo era desde 1912.

Hasta aquí, el proyecto del Poder Ejecutivo no era demasiado atacable, aunque el sistema de circunscripciones sólo se había usado en una oportunidad en la Argentina en 1904 y fue inmediatamente desechado. Suele decirse en su defensa que permite una democracia más viva, puesto que el representante no es un nombre perdido en una lista electoral sino una persona de carne y hueso que debe tener contacto con sus electores, en el barrio o la comarca que representa. Pero esto sucede cuando efectivamente los diputados surgen de un barrio determinado —en la Capital Federal— o una región con identidad propia —en las provincias— cuyos intereses y necesidades están bien definidos. Por otra parte, es un sistema que mediatiza la representatividad porque tiende a convertir a los legisladores en comisionistas de sus votantes, lo que tiende a hacerles olvidar los grandes temas nacionales, que resultan preteridos a las pequeñas cuestiones barriales o lugareñas. De todas maneras conviene adelantar que en las elecciones de noviembre de 1951, los ciudadanos de tal o cual barrio de la Capital Federal, de esta o aquella región de determinada provincia, no votaron por un diputado individualizado sino por la lista de un partido en la que supuestamente estaba incluido el nombre de "su" representante; con lo que el argumento de la vivificación de la democracia perdió toda efectividad. Se

aplicó el sistema de elección por circunscripciones, pero en los hechos se votó como distrito único, demostrando claramente —si ello fuera necesario— que la suplantación del sistema de mayoría y minoría no era más que una maniobra tramposa.

Argumentos y contraargumentos teóricos se cambiaron, como era de suponer, en el encrespado debate que rodeó en Diputados la aprobación del proyecto del Poder Ejecutivo. Pero la intención del gobierno al proponer esta reforma no campeaba por abstracciones políticas: su propósito era reducir al mínimo la presencia opositora en la Cámara de Diputados. Dibujando una "gerrymandra" bien ajustada, la oposición —más concretamente, el radicalismo— difícilmente podría lograr una banca en algún distrito. La Ley Sáenz Peña establecía que un tercio de la representación de cada distrito correspondería al partido perdedor, de modo que, volviendo al caso de la Capital Federal, de sus veintiocho diputados, diecinueve serían del partido mayoritario y nueve del que siguiera en número de votos. Con la nueva ley, el manipuleo de las circunscripciones haría que los presumibles votos opositores en ciertos barrios fueran aplastados por los votos peronistas de otras parroquias. El proyecto con su secuela obligada, el dibujo de las circunscripciones por el Poder Ejecutivo, hacía virtualmente imposible que en el Congreso próximo hubiera una sola voz opositora.

Alguien debe haber hecho notar a Perón esta circunstancia a último momento, cuando el proyecto ya había entrado en Diputados. Perón quería pocos, muy pocos opositores, pero necesitaba que hubiera algunos para exhibirlos como prueba de la esencia democrática de su régimen... Así pues, en el curso del debate, un vocero del bloque mayoritario propuso que en la Capital Federal, Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, los dos candidatos que reunieran el mayor número de votos entre los perdedores también ingresaran como diputados. De modo que los nueve diputados por la minoría en el distrito metropolitano según la Ley Sáenz Peña, quedaban reducidos a dos según la nueva ley.

El sistema de circunscripciones aplicado en 1951 fue, sin disculpa, una forma de fraude electoral. Lo fue mucho más en 1954, como se verá en el último volumen de esta obra. Si el corrimiento de la fecha de las elecciones era una picardía, la

modificación del sistema de representación fue, en la forma como se urdió, una maniobra tramposa que cancelaba aquella cara consigna del Perón de la primera época: "La era del fraude ha terminado". En una olvidada tumba del cementerio de Boston, las cenizas de Ellbrigde Gerry deben haberse estremecido de orgullo y satisfacción: "¡Non omnia moriar!".

Como tantas otras medidas represivas promovidas por Perón, también ésta resulta difícil de entender. El "Bloque de los 44" no pudo impedir nunca, entre 1946 y 1950, ninguna iniciativa del Poder Ejecutivo en el Congreso. Jamás su número le permitió obstruir la legislación propiciada por el bloque mayoritario. ¿A qué respondía, entonces, esta manía de recortar al mínimo la voz opositora? El costo político de incurrir en las torpezas de la "gerrymandra" ¿se compensaba acaso con el hecho de disponer en la Cámara de Diputados de una treintena más de bancas oficialistas? Era imposible que la oposición pudiera lograr, en las elecciones de noviembre, un solo senador nacional como lo demostraban las largas diferencias existentes entre los votos peronistas y los de la oposición en las elecciones provinciales del año anterior. Disponiendo, entonces, de la unanimidad del Senado y de una mayoría de dos tercios en Diputados (esa mayoría que, según el viejo dicho parlamentario, permite hacer cualquier cosa menos convertir a un hombre en mujer) ¿qué necesidad tenía Perón de mancharse con una maniobra fraudulenta que no podía mejorar su ya inmejorable situación en el Congreso?

La respuesta sólo puede sugerir algo que se verá más a fondo a medida que avance esta crónica: la creciente omnipotencia de un gobernante que no sólo exigía manejar el país imponiendo su pensamiento como el único posible, sino al que molestaba la más mínima disidencia. Este es un tema que, lamentablemente, deberá tratarse cada vez con mayor frecuencia en las páginas que siguen del presente volumen y en el último de esta obra, cuya respuesta se plantearon muchos argentinos de entonces, más que como un enigma, como una tendencia cada vez más inquietante.

## *Un juego de guerra*

Perón manejó la estrategia de su reelección como si fuera un juego de guerra. Existen documentos clasificados como "Secreto-Confidencial-Personal" cuyo destinatario era un reducido grupo de funcionarios, que evidencian el modo en que fue preparada la batalla electoral desde el más alto nivel del Estado.

Los lineamientos a seguir estaban contenidos en el "plan Político Año 1951/Directivas Generales" complementado por el "Plan Político Año 1951/Orientación a los Señores Gobernadores". Ambos eran folletos impresos, de unas 30 páginas, distribuidos en ejemplares numerados con la marca de "ejemplar secreto" y la prohibición de sacar copias; el ejemplar de que disponemos es el Nº 12, correspondiente al ministro de Trabajo y Previsión. Aunque no tienen fecha, su data debe ser marzo/abril de 1951.

Las "Directivas Generales" estaban divididas en tres capítulos: orientación general, actividades de lucha y de gobierno en situación normal, actividades de lucha y de gobierno en situación anormal. Empezaba por definirse la actividad del año como "una verdadera lucha", que "como tal debemos prepararla". Había que enfrentarse con una "oposición enconada", subrayado en el original, empeñada en su acción proselitista "que aleccionada por sus fracasos anteriores, no reparará en medios, legales o no, para lograr sus fines". Para enfrentarla, "El Comando" planificará y coordinará las acciones. ¿Quién integra "El Comando"? El presidente de la Nación y los Ministerios de Asuntos Políticos, Asuntos Técnicos, Trabajo y Previsión, Interior, además de la CGT, la Policía Federal, el Consejo Económico Nacional y otros organismos como Control de Estado, la Sección Especial de la Policía y el Partido Peronista.

El plan consistirá en actividades proselitistas, acciones preventivas de información y difusión de situaciones anormales como huelga o subversión. Indirectamente se tratará de adoptar medidas "de rápida repercusión favorable", reservando algunas pocas "medidas finales" para lanzar a último momento, es decir, en vísperas de las elecciones. Después de otras consideraciones, el documento subrayaba la necesidad de consolidar orgánicamente al Partido Peronista "buscando las causas que han originado

disminución de votos o pérdida electoral en las últimas elecciones, y subsanándolas en forma drástica y a corto plazo". Se prevén los medios que utilizaría la oposición, desde actos públicos hasta "calumnias (verbales o escritas)", así como los temas que explotará: "carestía de la vida, transportes urbanos y de larga distancia, falta de libertad de prensa, monopolio radial, expropiación de *La Prensa* y amenaza a *La Nación* (tomados como diarios 'independientes'), falta de libertad de reunión, policías, desvalorización del peso, Grupo Económico, IAPI, negociados, enriquecimiento ilícito de funcionarios, escasez de determinados productos, despoblación del campo, viviendas, ataques a la CGT, política internacional".

El catálogo era completo y no faltaba ninguno de los temas sobre los que batía el parche la oposición; frente a esto, "los órganos de lucha" debían prepararse para neutralizarlos con datos concretos y estadísticas. El documento aseguraba que ningún partido aislado ni el conjunto de ellos podían poner en peligro el triunfo peronista en el orden nacional; en el orden provincial, en cambio, había que tomar medidas para evitar sorpresas en Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, Mendoza, algunos partidos de Buenos Aires y Capital Federal.

Venía a continuación una apreciación de los partidos opositores. El radicalismo buscaría la captación de los gremios mediante la infiltración en los sindicatos, los trabajadores rurales y sobre todo, la clase media. El Partido Socialista busca, también, la infiltración en los gremios: "su preponderancia es fundamental en La Fraternidad ferroviaria, como lo evidencia el último conflicto ferroviario". En cuanto al comunismo, "los cuadros directivos y la masa están perfectamente organizados, como lo han demostrado en los movimientos sindicales últimos, marítimos-ferroviarios, con su acción agitadora entre las masas"; hay que evitar su infiltración en los sindicatos: "no deben entrar en ningún cargo directivo por pequeño que sea y deben ser desalojados de inmediato de los que ya ocupen. Deben adoptarse previsiones para la rápida detención de dirigentes, en caso de que esta medida se haga necesaria". El texto alude también a un "Grupo Eslavo", que debe ser "vigilado de cerca", en especial el sector prosoviético del mismo: "La forma de lucha más eficaz contra esta colectividad consiste en mantener el divisionismo entre la llamada fracción prosoviética y la anticomunista de la misma".

Un párrafo se dedica al Partido Peronista, en sus dos ramas. Recomiéndase evitar "toda interferencia de dirigentes políticos masculinos en la rama femenina". Sobre problemas internacionales, "ni el partido ni sus hombres deben comprometer opinión". También hay consigna de mudez "en el tema revisionismo histórico y anti-revisionismo"; las directivas dicen que "son problemas en los que no debe intervenir el partido ni sus miembros hasta que se hayan realizado las elecciones. Se adoptarán medidas para evitar toda posible derivación en este sentido".

El tercer capítulo se refiere a estas actividades en caso de sobrevenir una situación anormal: "se entiende por tal la situación, muy probable, que se producirá cuando el adversario busque alterar el orden público, social o institucional (huelgas, conmoción interna, subversión, etc.) como un medio de aprovechar situaciones ventajosas". Las directivas abundan en recomendaciones para la prevención y represión de tales situaciones. Llegado el caso, "en colaboración con los ministerios, organismos, reparticiones, etc., el partido formará para enfrentar a las correspondientes organizaciones opositoras, grupos de choque para ayudar su acción".

Las instrucciones a los gobernadores sintetizan lo ya dicho en el "Plan Político Año 1951" y hace recomendaciones sobre medidas que deberían adoptarse en las distintas jurisdicciones en materia de política social, viviendas, tierras, trabajo y salarios, educación, ayuda social y salud pública. Se derraman consejos simples y prácticos: "Es contraproducente a los fines de los planes políticos, mantener impagos los salarios, sueldos y deudas de otra naturaleza, debido al ambiente de irritación que ello origina". "Las cargas impositivas no deben ir en aumento." "Existen numerosos problemas viales de poca magnitud que originan mucho descontento; en general se trata de accesos a pueblos, cortas rutas interurbanas, calles de gran tránsito, etc."

Pero donde todavía es más concreto el documento dirigido a los gobernadores es en la sección "Política Partidaria": "Debe prestarse apoyo a las delegadas censistas y a los interventores". "Los conflictos entre los dirigentes del partido repercuten directamente en favor de la oposición." "Debe ser un motivo de constante preocupación difundir los preceptos de la doctrina peronista." En lo que se refiere a los partidos opositores, "los

conflictos partidarios entre los dirigentes de la oposición deben ser registrados a fin de explotarlos... Con el mismo objeto se ficharán sus dirigentes". Asombrosamente, el punto 6 de este rubro encarece: "Las libertades constitucionales deben respetarse escrupulosamente", aunque a continuación agrega: "los procesos por injurias y desacatos deben sustanciarse con retardo, pues interesa exagerar el concepto de que la oposición goza de una legítima libertad de expresión y reunión".

Finalmente, las instrucciones a los gobernadores terminan con directivas para ser aplicadas "en situación anormal" similares a las indicadas en el "Plan Político Año 1951".

Y bien; imposible imaginar una concepción que unifique más cerradamente al Estado con el partido oficial. El lenguaje militar de estos documentos, originados sin duda en el propio presidente, plantea la lucha política como un enfrentamiento donde el entero poder del Estado debe ponerse al servicio del Partido Peronista.

No son los únicos. Hay otros documentos que certifican el modo en que se tendía a poner en práctica esta concepción. En la "Directiva Particular para el Ministerio de Trabajo y Previsión" —clasificado como "Secreto-Confidencial-Personal"— se señalan a esta repartición tareas muy precisas para el año 1951. Por ejemplo, se fija el mes de mayo como plazo máximo para la "agilización de trámites de los asuntos radicados en la Dirección de Asociaciones Profesionales"; el de septiembre para "acelerar los trámites y resolución de las solicitudes jubilatorias". Hacia fines de 1951 no deben quedar "convenios sobre trabajo y retroactividades en discusión" y para ese entonces "todos los gremios deberán tener una obligación firmada con vencimiento, por lo menos, para fines de 1952". Asimismo hay que "preparar ya a los dirigentes gremiales en el sentido indicado, para que instruyan a sus gremios y frenen sus inquietudes y exigencias, que suelen plantear en el momento preelectoral para coaccionar a la parte patronal y al Gobierno".

Ya se ha visto que el "Plan Político Año 1951" preveía la posibilidad de que el gobierno retuviera en la manga algunas "medidas finales" para lanzar en vísperas electorales. Con típico lenguaje castrense, en las directivas al Ministerio de Trabajo y Previsión se menciona como "acción final o de reserva", "estudiar las posibilidades y reacciones de partes interesadas para que el

Excmo. señor Presidente de la Nación, exclusivamente, anuncie la futura aplicación de un régimen sobre la participación de las ganancias". ¡Menuda baraja! La famosa participación en las ganancias, agitada de cuando en cuando para asustar patronos y embelesar trabajadores, anunciada desde 1945 pero jamás aplicada, ni entonces ni después...

Estas directivas se completaban con otras, que estaban dirigidas, como se ha adelantado, a prever el caso de "Situación Anormal", aquello que en las reglamentaciones militares se marca como "Situación AOP, Alteración del Orden Público". Incluían la vigilancia de comunistas, socialistas y opositores en general en el campo gremial, así como los gremios cuyas actividades podían incidir en el bienestar y seguridad de la población —transportes, comunicaciones, energía, alimentación y salud pública—. ¡Por supuesto!: había que "organizar un fichero de dirigentes gremiales, especificando especialmente su gravitación en el medio en que actúa". Por lo visto, la posibilidad de que se produjera una "Situación Anormal" debía preocupar mucho a Perón por aquellos días, según lo trasluce un "Memorándum" del 20 de julio de 1951 producido por el jefe de Control de Estado, coronel Dalmiro Jorge Adaro. Está dirigido al ministro de Trabajo y Previsión "por indicación expresa del Excmo. señor Presidente de la Nación" y es probable que documentos similares se hayan enviado a funcionarios de igual rango. Contenía "directivas para asegurar el normal funcionamiento de los servicios públicos y la reunión del personal en sus puestos de trabajo" para estos casos. Se impartían prolijas normas para mantener las comunicaciones entre funcionarios y empleados, la manera como se debía sustraerlos de los rumores circulantes y hasta la ropa y alimentos que convendría llevar a las oficinas para la eventualidad de que el personal tuviera que "acuartelarse" en ellas...

## *Una bomba para iniciar la campaña*

Esta catarata de planes, directivas y memorándum, así como las cautelas y previsiones adoptadas por el gobierno para limitar al mínimo las posibilidades de un traspié electoral, se comprenden menos si se recuerda que la campaña por la reelección de Perón

se había iniciado de hecho en febrero de 1951, cuando aparentemente todavía faltaba un año para los comicios. En vísperas del aniversario del triunfal suceso electoral de 1946, el Partido Peronista Femenino lanzó una declaración recordando la efemérides y propiciando la reelección del presidente, que surgía como unánime sentimiento —decía— depués de haberse auscultado la opinión de tres mil unidades básicas. "Este será nuestro único objetivo político", afirmaba la declaración femenina. Al otro día se sumó la CGT, que desde entonces empezó a preparar el lanzamiento de la reelección. Luego, a lo largo de marzo y abril, innumerables adhesiones se fueron publicando: los bloques legislativos peronistas de Diputados y el Senado, las legislaturas provinciales, diversos sindicatos, asociaciones y entidades de toda clase.

Pero la auténtica inauguración de la campaña de Perón fue, como solía hacerse en estas ocasiones en los pueblos del interior, una bomba de estruendo. O mejor dicho, un campanazo sensacional, una noticia lanzada a fines de marzo que alborozó a todos los argentinos... que creyeron en su veracidad. Fue un anuncio que parecía consagrar la realidad de esa "Nueva Argentina" que ahora se estaba convirtiendo en una de las consignas más reiteradas del aparato oficial de propaganda; un hecho que confería a Perón la categoría del estadista argentino más grande del siglo.

La bomba se hizo estallar el 24 de marzo de 1951, un sábado a media mañana. Los periodistas habían sido convocados a la Casa de Gobierno —invitación insólita, pues el presidente no solía realizar conferencias de prensa en el sentido tradicional—. Los periodistas oirían una importante información. Con aire eufórico apareció Perón, se disculpó por el madrugón que les había impuesto e hizo leer a continuación un breve comunicado:

—El 16 de febrero de 1951, en la planta piloto de energía atómica, en la isla Huemul de San Carlos de Bariloche, se llevaron a cabo reacciones termonucleares bajo condiciones de control en escala técnica.

A continuación, el presidente leyó una exposición ampliatoria. Recordó que Estados Unidos había desarrollado la bomba atómica y la energía atómica presionada por las necesidades de la guerra, mediante la fisión nuclear. En la posguerra, varios países habían intentado conseguir energía atómica. "La Argentina durante ese período, se dedicó intensamente a establecer si valía la pena

copiar la fisión nuclear con la consiguiente inversión de enormes capitales, o si era preferible correr el riesgo de crear un camino nuevo que condujera a superiores resultados, pero que también podía conducir a un fracaso." Se decidió afrontar el riesgo —señaló Perón— y se hicieron ensayos exitosos, por lo que se resolvió instalar una planta piloto de energía atómica en la isla Huemul. Allí, en oposición con los proyectos extranjeros, los técnicos argentinos trabajaron sobre la base de reacciones termonucleares "que son idénticas a aquéllas por medio de las cuales se libera la energía atómica del sol". Había que encontrar el procedimiento necesario para controlar las reacciones termonucleares en cadena, y este objetivo, "casi inalcanzable", anunció el presidente, se había logrado. Los resultados de éstos y otros ensayos previos condujeron a lograr la liberación controlada de energía atómica producida el 16 de febrero.

Terminó Perón su alocución destacando que "las publicaciones de los más autorizados científicos extranjeros están enormemente lejos de la realidad" en lo relativo a la llamada "bomba de hidrógeno", que había podido estudiarse intensamente en el transcurso de los trabajos efectuados en el sector termonuclear de la isla Huemul. Aseguró que la Argentina estaba decidida a producir y emplear energía atómica exclusivamente en aplicaciones industriales, y terminó diciendo que había querido informar al pueblo de la República de este éxito "con la seriedad y veracidad que es mi costumbre".

Las palabras del presidente, transmitidas por la red oficial de radiodifusión, provocaron un espontáneo aplauso de los periodistas presentes. Sin duda, millones de argentinos que lo oyeron por radio se habrán identificado con esa aclamación. Algo se rumoreaba desde meses atrás sobre misteriosas instalaciones en la isla Huemul, donde estarían trabajando científicos alemanes que, como bien se sabe, siempre son los mejores del mundo... Perón mismo había confiado al subsecretario de Estado Miller, durante sus entrevistas, los promisorios experimentos que estaba realizando un sabio alemán. Pero el público grueso no sabía nada de esto, por lo que el espectáculo de ese sábado de marzo logró un resonante impacto.

Después de la exposición presidencial tomó la palabra un hombre regordete que estaba a su lado. Era el sabio que había

logrado la hazaña. Ronald Richter, que hablaba alemán y se manejaba con un intérprete, ratificó que el camino adoptado era distinto al de la fisión nuclear. Durante largo rato los periodistas le hicieron preguntas y Richter se expidió con locuacidad. Fue una charla para recordar: dijo el profesor, entre otras cosas, que "hace bastante tiempo que la Argentina conoce el secreto de la bomba de hidrógeno; a pesar de ello, el presidente de la Nación nunca solicitó que le construyeran bombas de hidrógeno; por el contrario, siempre encontré la negación, de parte del General Perón, de hacer uso de ese secreto. Esa es la forma argentina de trabajar". Cuando se le preguntó cómo era la explosión bajo control. Richter respondió:

—Yo controlo la explosión. La hago aumentar o disminuir.

No dijo qué material usaba para producir la explosión controlada y el acto terminó con una larga exposición de Richter, en la que metió baza el propio Perón, en algún momento. Varias veces, ante preguntas de los hombres de prensa, el sabio se escudó en el secreto de sus experimentos.

El sensacional anuncio conmocionó al país. Para los peronistas era lo único que faltaba para que su líder quedara elevado a la estatura de genio mundial. Los antiperonistas, sólo por ser Perón quien endosara la hazaña de Richter, invalidaron inmediatamente la noticia y se prepararon a reír largo y fuerte del papelón que, no dudaban, haría el presidente a la corta o a la larga: por lo pronto, rebautizaron la isla Huemul como "la isla huele-a-mula"... Pero unos y otros, curiosamente, no hablaron de energía atómica sino de bomba atómica; aunque tanto Perón como Richter habían puntualizado que lo que se buscaba era solamente energía para aplicaciones pacíficas, el público asoció el tema con la bomba nuclear.

En el mundo, en cambio, tras un instante de asombro, un cerrado escepticismo rodeó el anuncio presidencial. El presidente de la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos, David Lillienthal, aseguró que no existía la más mínima posibilidad de que el anuncio argentino fuera cierto. Agregó irónicamente: "tal vez no sepan nada de la fusión de los elementos más ligeros... pero dominan, ciertamente, los procedimientos de la publicidad norteamericana..." El *New York Times* precisó los motivos del escepticismo: "Para que fuera cierta la afirmación argentina debería

haberse logrado por lo menos tres milagros: la producción de una temperatura de millones de grados, su mantenimiento durante más de una millonésima de segundo y el desarrollo de materiales que no se volatilicen antes de alcanzarla". En Moscú, el barón Manfred von Ardenne, que había trabajado con Richter durante la guerra, aconsejó a los dirigentes del Kremlin que no tomaran en serio el anuncio de Perón: refiriéndose a su antiguo colega, aseguró que la realidad y la fantasía estaban tan mezcladas en su mente, que no podía confiarse en lo que hacía.

Aquí residía, probablemente, el nudo de la cuestión. El método de Richter era teóricamente posible. Pero nadie lo logró entonces, ni lo ha logrado hasta ahora. Se puede conseguir una reacción termonuclear incontrolada, y esto no es otra cosa que la bomba de hidrógeno —la primera estallaría un año y medio después del anuncio de Perón—. Lo que no se ha logrado hasta hoy es controlar semejante reacción en un laboratorio, como Richter afirmaba haber hecho.

Tenía 39 años cuando llegó a la Argentina en 1948. Se había recibido de doctor en Ciencias Naturales en Praga, pues no era alemán, como se decía, sino bohemio. Durante la guerra trabajó en diseño de aviones con Kurt Tank quien, al radicarse en nuestro país después del conflicto, hizo gestiones para traerlo. A los pocos días de llegar lo llevaron a hablar con Perón. Fue entonces cuando Richter planteó la posibilidad de hacer reacciones controladas en cadena. Perón se entusiasmó, le dio carta blanca y lo hizo contratar por la Secretaría de Aeronáutica. Richter trabajó durante un tiempo en Córdoba, en un laboratorio misterioso cuyo incendio lo llevó a exigir un lugar más alejado y susceptible de ser vigilado. Después de largas búsquedas y siempre con el aval del presidente, se decidió instalar al sabio en Bariloche. En julio de 1949 se puso en marcha el "Proyecto Huemul", con una asombrosa disponibilidad de elementos. Ejercía Richter su dirección, con la asistencia de dos técnicos alemanes que importó de Berlín, y unos treinta científicos argentinos, casi todos empleados de la Marina.

Era, no lo olvidemos, la época de la euforia y la dilapidación: parecía que todo, hasta lo imposible, estaba al alcance de las manos de los argentinos. El "sabio alemán" recibió riadas de millones para construir instalaciones, contratar gente y adquirir

material. No obstante, un resto de prudencia llevó a Perón, en mayo de 1950, a crear por decreto la Comisión Nacional de Energía Atómica, tal como lo estaban haciendo por entonces los principales países del mundo. Casi todas estas comisiones estaban dotadas de amplísimos poderes, y generosos presupuestos y una protección casi mágica las amparaba de curiosidades o interferencias. En el caso argentino, el organismo fue puesto bajo la dirección del coronel Enrique P. González, el antiguo rival de Perón durante el gobierno *de facto* y ex conmilitón del GOU, un oficial serio y competente, aunque ignorante de los misterios de la física.

Fue la comisión la que cercó lentamente a Richter con interrogantes y pedidos de explicaciones que, en un proceso que duró un año y medio, terminó por desnudar la verdad de esa aventura. No fue fácil, porque Perón se aferraba a su ilusión de haber conseguido energía atómica fácil y barata. Durante todo ese año de 1951 elogió y mimó a Richter. Un mes y medio después del sensacional anuncio, un decreto del Poder Ejecutivo creaba la Planta Nacional de Energía Atómica de Bariloche y la Dirección Nacional de Energía Atómica, ambas a cargo de la comisión, así como el Laboratorio Nacional de Energía Atómica, que sería feudo exclusivo de Richter, laureado poco antes con el título de "doctor honoris causa" de la Universidad de Buenos Aires, honrado con la medalla peronista y convertido en ciudadano argentino mediante un rápido trámite judicial. Más aun: en el mensaje inaugural al Congreso en mayo (1951) Perón aseguraba que "en dos años habrá usinas atómicas" en el país. A fines de junio, en una entrevista que el presidente concedió a periodistas de la Subsecretaría de Informaciones, hizo un cálido elogio del "sabio alemán". A fines de diciembre, cuando ya estaban casi rotas las relaciones entre Richter y el coronel González y éste insistía ante el presidente para que se hiciera una comprobación definitiva de la seriedad del asunto, el sabio declaró al periodismo que durante la construcción del gran reactor que se estaba edificando en Huemul, había hecho "cosas más inteligentes y astutas": había conseguido descubrir —el 28 de octubre, precisó con germana exactitud— que en el mismo reactor podía producirse cinco o seis veces más cantidad de energía de la que originariamente se había pensado.

En ese momento, fines de 1951, ya se había concretado la reelección de Perón, y el tema de la energía atómica de Huemul había comenzado a asordinarse en el aparato oficial de propaganda. Casi un año más tarde, todo el tinglado de Richter quedaba desmontado y el "sabio alemán" pasaba a un estado de virtual libertad vigilada. Cómo se llegó a eso es un tema que corresponde a otra parte del presente volumen; ahora tenemos que regresar a aquellos eufóricos meses primeros de 1951, cuando el anuncio de Perón confirmaba, ante la inmensa mayoría del pueblo argentino, la reelección del presidente como una necesidad nacional. La bomba de estruendo había estallado y comenzaba su campaña electoral. Pero atípica y singular, como todas sus empresas políticas.

## *La rara campaña*

El mensaje presidencial al Congreso de mayo de 1951 tuvo un tono triunfal. "Este país no tiene problemas económicos —aseguró Perón— y la riqueza nacional es extraordinariamente mayor que en 1946."

El tono se justificaba: en esos días, Perón cabalgaba sobre el anuncio relativo a la energía atómica, la actitud independiente de la delegación argentina en la IV Reunión de Consulta de Washington, el reciente convenio comercial con Gran Bretaña y, podríamos agregar, la liquidación de los últimos resabios de autonomía de La Fraternidad, que permitiría a la CGT actuar sin trabas como principal promotor de la campaña reeleccionista. Para completar, la guerra de Corea, que tantas fricciones había traído con Estados Unidos, estaba empezando a remansarse en largas conversaciones de paz. Y las satisfacciones siguieron llegando a Perón en esos días: a fines de mayo se inauguró la línea férrea que unía las minas de Río Turbio con el puerto de Río Gallegos. Aunque una furiosa nevada impidió que los funcionarios llegaran al yacimiento carbonífero para viajar en el trencito, Perón habló para señalar la significación del riel —bautizado, naturalmente, Presidente Perón— como una de las grandes obras públicas de su administración. Sin duda las cosas del país andaban en general sobre vías menos atormentadas que las del extremo sur patagónico; a

tal punto que días después el presidente se dio el lujo de indultar a varios centenares de los obreros ferroviarios detenidos desde enero.

Sobre el filo de esta medida, la CGT empezó su campaña. "Es la primera vez en la historia del movimiento sindical argentino que se da el caso de que los trabajadores salgan a la calle para levantar tribunas y pedir a un gobernante que acepte ser electo para la Presidencia de la Nación. El hecho, que para algunos podría parecer el quebrantamiento de la línea sindical para pasar al terreno político, tiene un alto significado social y sindical que deseamos dejar bien establecido."

Era una rara campaña electoral esta que promovía no un partido político sino el movimiento sindical. La CGT organizaba actos en fábricas y zonas industriales; el Partido Peronista estaba inactivo, esperando la definición de los candidatos que debía hacer el Consejo Superior a su debido tiempo. El peso de la propaganda lo llevaba la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, que llenaba de carteles el país proclamando las realizaciones del gobierno, y mechaba slogans y frases efectistas en todos los programas radiales. De estos aportes, el más recordable es, a no dudar, el que hizo a lo largo de ese año Enrique Santos Discépolo. Merece un párrafo porque fue una forma de propaganda inteligente y entradora, un modelo de persuasión política a través de un lenguaje popular pero no chabacano, irónico pero no agresivo, con una sabia dosificación de recuerdos del pasado y exaltación de la realidad presente. Estaban integradas a un ciclo titulado "Pienso y Digo lo que Pienso" transmitido todos los días a las 20:30 por la red oficial de radiodifusión, en el que habían intervenido diversos artistas conocidos, leyendo los libretos preparados por la Subsecretaría de Difusión.

También "Discepolín" se limitó a leer los libretos. Pero les infundió un tono tan propio que parecían expresar exactamente lo que sentía. Fueron casi cuarenta charlas, que virtualmente tocaron todos los temas sobre los cuales cabía un comentario. Eran diálogos donde el interlocutor, un típico opositor, "Mordisquito" —el nombre apareció al promediar el ciclo— no hablaba nunca. Discépolo repetía sus rezongos, los refutaba, le hacía bromas y no perdía la esperanza de que, finalmente, ese obstinado negador de todo lo bueno que estaba haciendo el gobierno renunciara a

sus agorerías y se uniera a las filas de un pueblo feliz y redimido. Minimizaba sus críticas: "Te pasaste la vida tomando mate cocido pero ahora me planteás un problema de Estado porque no hay té. Claro, ahora la flota es tuya, ahora los teléfonos son tuyos, ahora los ferrocarriles son tuyos, ahora el gas es tuyo, pero... ¡no hay té!". Hacía de los tiempos anteriores una pesadilla superada: "Llamás carestía de la vida al hecho de que valga $ 500 un traje que antes valía $ 200. Pero... ¿te era fácil reunir esos doscientos? Vos decís que la vida está imposible porque el peceto ya no te cuesta un peso cincuenta; imposible porque los diarios y los boletos del subte antes eran de diez y ahora son de veinte. ¡Mirá qué lástima! ¿Y como le llamás al hecho de que el empleado de comercio que hacía equilibrios con 50, 80 ó 100 pesos por mes, gane cinco, ocho o diez veces más?". Nunca nombró a Perón o a Evita. Todos los monólogos terminaban con un latiguillo como rúbrica: "¡A mí no me la vas a contar!".

Las charlas de Discépolo tuvieron un efecto enorme. Era lo mismo que reiteraba Perón, lo mismo que machacaba el aparato oficial de propaganda, pero en un nivel coloquial, amistoso, sin amenazas ni desplantes; la charla de café entre dos amigos, uno peronista, el otro *contrera*, que a pesar de todo siguen siendo amigos. Se ha dicho que Discépolo fue presionado para hacer este ciclo; si fue así, no traslució ningún disgusto en sus actuaciones que, por el contrario, tenían el indefinible toque de lo espontáneo y disfrutado. Sus escoliastas suelen repetir que las charlas constituyeron un sacrificio en aras de su fidelidad política y retrajeron a buena parte de su público, gente de clase media que rechazaba este proselitismo peronista; y aun agregan que la tristeza producida por esta reacción habría acelerado su muerte, ocurrida en diciembre del mismo año.

Es difícil saber si esto fue así, pero lo que realmente molestó a muchos admiradores de "Discepolín" fue que su voz no tuviera respuesta: "Mordisquito" no podía hablar. Nadie de la oposición tenía la más mínima posibilidad de disponer de un aparato de difusión con el incontrastable alcance del que llevaba las charlas del autor de "Cambalache" a todos los rincones del país. Lo que disgustó no fue tanto el contenido de los monólogos ni la actuación del gran compositor, sino el hecho de que se prestara a jugar en un juego desparejo, donde el personaje que encarnaba estaba

programado para ganar siempre. Pero a fin de cuentas ¿no era esto lo que ocurría en el escenario general del país?

Pues la inusual campaña oficialista siguió desarrollándose con un bien administrado *crescendo* durante los meses de mayo y junio. Las alteraciones universitarias provocadas por el "caso Bravo" —del que, desde luego, no habló Discépolo— no la afectaron. Pero cuando a principios de julio se sancionó la nueva ley electoral y quedó claro que los comicios tendrían lugar a cuatro meses vista, empezaron a surgir algunos interrogantes, hasta entonces latentes.

Nadie dudaba que el candidato a presidente sería Perón. Mas ¿quién lo acompañaría? Hasta ese momento, la CGT reiteraba su campaña sobre el lema de la reelección de Perón y "el apoyo a la obra que realiza Eva Perón". Cierto, eran muchos los personajes y grupos que dentro del partido oficial, la central obrera o los distintos niveles del Estado adelantaban la fórmula Perón-Perón: el primero, se dice, un pintoresco "puntero" del barrio de Montserrat que había adoptado el título de "el Perón de la 13". Pero no existía aún un indicio seguro que diera vía libre a la postulación de la esposa del presidente. Sin que nadie lo dijera públicamente, muchos pensaban en la reacción de los hombres de armas. ¿Consentirían a Evita como vicepresidenta? El machismo militar, los prejuicios antifeministas, las versiones sobre el pasado de Evita, su personalidad avasallante, todo lo que ella significaba como expresión de fanatismo incontrolable ¿sería tolerada por unas Fuerzas Armadas que habían sido mimadas por el régimen pero tal vez no estuvieran dispuestas a tragar semejante sapo?

Pero de no ser ella, ¿quién? En cinco años, el presidente había borrado a toda personalidad que pudiera arrimarse a su nivel. Hasta 1950, el más lógico acompañante había parecido ser Mercante; pero ya se sabía que el gobernador de Buenos Aires no volvería a sentarse en el sillón de Dardo Rocha, y su nombre había sido silenciado por la prensa oficial. Cuenta Gómez Morales que Perón admitía todo, menos la competencia política:

—Eso de que le cercenaran el liderazgo, no lo admitía. Ahí no había concesiones. En lo demás era terriblemente pragmático. Pero lo político... ¡eso era para él! Solía decir: "en política, *io sono io...*".

El vacío que había creado a su alrededor parecía llevar inexorablemente a la candidatura de su esposa, hecho político riesgoso pero que iba creciendo como aspiración en los sindicatos y en los sectores populares más humildes, aquellos que habían sentido los beneficios de la Fundación. Casi todos los días de esos meses de junio y julio el presidente recibía las delegaciones más diversas que pedían su reelección: Perón pronunciaba entonces esas alocuciones intimistas en las que era maestro; a veces eran recibidos por el presidente y Evita y, en dos o tres oportunidades, fue ella la que habló en reemplazo del presidente debido a alguna afonía de éste o circunstancial ausencia. Pero entre tanta charla, pasaba el mes de julio y Perón no decía una sola palabra sobre la candidatura de su esposa.

¿Estaba acaso sondeando la opinión de las Fuerzas Armadas? Su discurso en la cena anual de camaradería había sido, del principio al fin, una tirada anticomunista, acaso para persuadir a sus conmilitones de que debían aceptar cualquier costo político en aras de evitar el crecimiento de las ideologías de izquierda en el pueblo. Cualquier costo podía significar, por supuesto, la candidatura de Evita. Pero el 12 de julio la CGT proclamó formalmente la reelección de Perón; en cuanto a Evita, se apoyaba fervorosamente su obra. Entonces —dedújose— todavía no había luz verde para la vicepresidencia. Todas las conjeturas giraban en torno a lo que haría Evita. Muchos *contras* deseaban que se concretara su nominación, suponiendo que sería la gota que desbordaría la copa del acatamiento militar. No estaban muy descaminados, porque en ese momento se conspiraba intensamente, aunque en forma desordenada e inconexa.

Algunos indicios eran inocultables. El 22 del mes anterior el Ministerio de Ejército anunció que se había descubierto "un plan de confusionismo que con antipatrióticos fines de perturbación del orden se gestaba por elementos disociadores". Agregaba el comunicado que el capitán Francisco Figueroa de la Vega y cuatro tenientes habían reconocido su participación en ese plan.

El hecho era real, pero las detenciones habían sido un palo de ciego. El capitán Figueroa de la Vega, adscripto a la Dirección General de Sanidad a cuyo frente estaba el general Pedro Eugenio Aramburu, había aceptado intervenir en un movimiento al que estaban vinculados unos tenientes de la Escuela de Mecánica del

Ejército. Suponían que la conspiración estaba dirigida por un alto jefe, pero la organización celular de la conjura les impedía saber nada más. Los motivos de su actitud radicaban en los habituales agravios a la oposición, y particularmente la repartija de automóviles "a precio de lista", a lo que se sumaba en los últimos meses la posible candidatura de Evita. La misión del pequeño grupo consistía en apoderarse de la Casa de Gobierno, dada la relativa cercanía de la unidad en que revistaban y la cantidad de vehículos disponibles. Pero un camarada fingió adherirse, consiguió reunirlos en un departamento y allí grabó sus conversaciones. Fueron detenidos. A principios de julio se apresó a otros oficiales, casi todos artilleros, unos diez o doce, también sospechosos de conspiración, entre ellos el teniente coronel Carlos Toranzo Montero. No hubo comunicado oficial sobre estas últimas detenciones. Todos fueron bien tratados y su prisión los salvó de participar en el golpe de septiembre.

Las noticias de las detenciones de junio se completaron el 2 de julio con la publicación de una sentencia del juez federal declarándose incompetente en el proceso que seguía por subversión al teniente coronel (R.) José Francisco Suárez, derivado en consecuencia a la justicia militar. Así se enteró la opinión pública de la existencia de otro abortado complot. Suárez era un oficial de infantería retirado en 1945, furiosamente antiperonista: su casa había sido allanada quince veces y él mismo fue detenido en siete oportunidades. En abril de 1951 fue arrestado nuevamente: en ese momento alardeaba de tener a punto un operativo para derrocar a Perón. A él también la prisión le ahorró participar en el golpe de septiembre; se enteró del mismo en la cárcel de Villa Devoto. Recuperó su libertad un poco más tarde, se escondió y tornó a conspirar. Ya veremos el final de sus empeños.

Ninguno de los hechos conocidos por el público en la última semana de junio y primera de julio era relevante en sí, pero todos ellos revelaban la parte superior de un iceberg que sí existía. Pues ciertamente había malestar en los niveles jóvenes de las Fuerzas Armadas y se hablaba casi abiertamente de movimientos revolucionarios que se prepararían en el Ejército sobre la base de la Escuela de Guerra y el arma de Caballería. Lo curioso es que no se coincidía en el nombre de su jefe: unos decían que era el general Eduardo Lonardi, jefe del 1er. Cuerpo

de Ejército con asiento en Rosario, mientras otros aseguraban que la cabeza de la conjura era un general retirado, Benjamín Menéndez. Todo era vago y poco claro. Pero que había algunas tensiones en el Ejército y Aeronáutica, como en algunas unidades de la Marina, era innegable. Perón no podía desconocerlo.

Una evidencia de esta situación saltó a la vista en la noche del 1º al 2 de agosto, cuando estallaron bombas en algunos puntos de las líneas ferroviarias de la Capital Federal y sus alrededores: Paternal, Villa Lugano, Belgrano, Florida y otras estaciones de la provincia. No hubo víctimas y los daños fueron escasos, pero esa madrugada se notó un gran ausentismo de obreros ferroviarios y, en las cercanías de las estaciones, gran cantidad de volantes declarando la huelga y reclamando la devolución de La Fraternidad a sus legítimas autoridades. De inmediato la policía inició investigaciones y preventivamente detuvo a cierto número de ferroviarios, algunos de los cuales habían estado presos desde enero y habían sido indultados un par de meses antes: sólo en Córdoba se apresó a casi un centenar. Días más tarde cayeron algunos estudiantes de FUBA, acusados de haber preparado las bombas o distribuido los volantes. La investigación no llegó más allá proque las presuntas vinculaciones de los estudiantes fubistas y los ferroviarios fraternales con dirigentes de la oposición no pudieron probarse: en este caso, la picana eléctrica no sirvió de nada, ya que los ejecutores de los atentados sólo tenían conexión con una persona que huyó al Uruguay al enterarse de las detenciones.

Pero las vinculaciones habían existido. Dos días antes, el 30 de julio, en una quinta suburbana, el general Menéndez se había reunido con Frondizi, Pastor, Américo Ghioldi y Horacio Thedy para hacerles conocer la existencia de la conspiración en la que participaba. No mencionó a Lonardi y manejó la reunión como único cabecilla del futuro movimiento. Aseguró su vocación democrática y pidió apoyo a los partidos que integraban sus interlocutores; estos ofrecieron colaboración al futuro gobierno revolucionario. Fue entonces cuando Ghioldi, con buenas relaciones con los fraternales, reveló que pronto iban a estallar bombas en los ferrocarriles y habría una huelga; preguntó a Menéndez si no era posible adelantar la fecha del estallido. No, no era posible, se le contestó, porque todavía no se contaba con los elementos

necesarios. Cuando terminó la reunión, Ghioldi intentó tomar contacto con los responsables del operativo ferroviario para suspenderlo, pero no pudo localizarlos.

La esperada huelga ferroviaria fracasó y las bombas no tuvieron otro efecto que alterar por una horas el movimiento de trenes. A su vez, las detenciones efectuadas no permitieron al gobierno asir ningún hilo importante. El episodio era, simplemente, otra prueba de un malestar que aún no podía atribuirse a ningún sector concreto. Borlenghi, que esperaba anotarse un buen tanto descubriendo la conspiración que se desarrollaba detrás de la protesta de La Fraternidad, tuvo que limitarse a publicar un comunicado de insólito lenguaje: impartía una "seria advertencia" a los grupos "Capitalistas e imperialistas" que intentaban crear un clima de intranquilidad, y atribuía la responsabilidad del sabotaje en los ferrocarriles a dirigentes "del aburguesado Partido Socialista, la caótica Unión Cívica Radical, los oligarcas del Partido Conservador financiado por los capitales imperialistas, no faltando algunos sectores comunistas". Era demasiado heterogénea esa ensalada para significar algo. En realidad, tranquilizó a los conspiradores civiles y militares: semejante galimatías quería decir que el gobierno seguía dando palos de ciego.

Pero ellos mismos se movían también dentro de una espesa malla de confusiones, desconexiones y equívocos. Era poco claro lo que ocurría en ese territorio clandestino en el que se movían dirigentes políticos que anhelaban una revolución pero no se animaban a apoyarla directamente, oficiales que estaban resueltos a hacerla pero ignoraban qué jefe los conduciría, estudiantes y sindicalistas que ponían el hombro para advertir después que el movimiento en que estaban involucrados era indefinido y peligrosamente inepto. La participación de Frondizi en la conspiración es, por caso, bastante representativa. Balbín se había enterado de la existencia de los trabajos de Menéndez por un joven oficial; puso en conocimiento de Frondizi esta novedad y, cuando se los invitó a conversar con Menéndez, resolvieron de común acuerdo que solamente iría Frondizi y que no comprometería al partido, pero trataría de seguir informado de lo que ocurría. Con esta actitud, el diputado radical concurrió a la reunión del 31 de julio y posteriormente se entrevistó otra vez con Menéndez. Pero su información —nos cuenta ahora— no era completa, y los propios

conjurados le ocultaron la fecha del estallido, por lo cual, la víspera del golpe se encontraba en Saladillo, en un acto partidario junto a Balbín y otros dirigentes. En general, la posición de los dirigentes intransigentes del radicalismo era de desconfianza respecto de ésta y otras conspiraciones, anteriores y posteriores; pero al mismo tiempo deseaban estar al tanto de los acontecimientos y esto era, fundamentalmente, lo que los llevaba a mantener contacto con militares.

Entretanto continuaban las formalidades de esa campaña electoral enmarcada en tan raras condiciones, y se iban despejando algunas incógnitas. La más importante, Evita. El 2 de agosto, mientras la gente comentaba las bombas en los ferrocarriles, el Comité Confederal de la CGT resolvió lanzar públicamente la fórmula presidencial que apoyaría: Juan Perón-Eva Perón. Y anunció que veinte días después se haría un enorme acto con la denominación de "Cabildo Abierto" para pedir a sus integrantes que aceptaran las candidaturas. Cuatro días más tarde, el 6 de agosto, la Convención Nacional de la UCR proclamaba el binomio radical: Balbín-Frondizi.

## *Los esfuerzos opositores*

Aunque la fórmula radical fue apoyada por 119 votos sobre 122 delegados presentes de los 196 que componían la Convención Nacional reunida en Avellaneda, esta virtual unanimidad no era tal, y la elección del binomio fue el resultado final de dos enfrentamientos internos nada fáciles.

En primer lugar, los nombres de Balbín y de Frondizi habían tenido que imponerse a Sabattini quien, después de declinar la candidatura presidencial que le ofrecieron los dirigentes del Movimiento de Intransigencia y Renovación, sugirió que Frondizi ocupara el primer puesto de la fórmula. El líder cordobés no tenía plena confianza en el ex presidente del "Bloque de los 44"; prefería al diputado por la Capital Federal. Pero Frondizi entendía que las condiciones políticas del país hacían aconsejable levantar como bandera a Balbín, cuya prisión estaba fresca en el recuerdo de todos. El movimiento realizó entonces una consulta entre sus hombres destacados, y la mayoría coincidió en propiciar como

candidatos a quienes resultaron finalmente designados. Pero como consecuencia de esta discrepancia, la delegación cordobesa se retiró de la Convención.

El otro enfrentamiento tenía implicancias más trascendentes y se libró con el sector unionista. Los animadores de esta vertiente interna estaban persuadidos por Zavala Ortiz de que una revolución estallaría de un momento a otro; en todo caso, antes de las elecciones nacionales, y sin ninguna duda si Evita integraba la fórmula oficialista. Como una manera de ayudar al estallido, los unionistas propiciaban la abstención de la UCR en los comicios de noviembre; esta actitud sería imitada por los restantes partidos opositores y entonces la reelección aparecería como una farsa que las Fuerzas Armadas no convalidarían. La posición no fue aceptada por los intransigentes: ni había seguridad en la revolución ni podía condicionarse la estrategia partidaria a una eventualidad militar. Además, una abstención de todos los partidos abriría un peligroso vacío político y se parecería demasiado a la Unión Democrática que los intransigentes seguían culpando como factor importante en la derrota de 1946. Entonces los unionistas propusieron que la UCR no elaborara ninguna plataforma y se limitara a sostener en la campaña electoral la defensa de las libertades públicas como único punto programático. Tampoco esta tesis fue aceptada por la mayoría intransigente: a juicio de Balbín, Frondizi, Lebenhson, Larralde y otros, la lucha preelectoral debía ser una oportunidad más para que el radicalismo expusiera su doctrina y se presentara como una alternativa seria y orgánica al régimen peronista. Había que difundir los motivos de las actitudes adoptadas por el radicalismo en el Congreso y aprovechar hasta el mínimo resquicio de legalidad para identificar a la UCR como una fuerza renovada en su pensamiento y sus hombres. El triunfo de esta posición motivó el retiro del sector unionista de la Convención.

Las deserciones de sabattinistas y unionistas se llenaron con suplentes en la medida que se pudo, y así se aprobó una plataforma tan avanzada en sus postulados como vaga en la formulación de sus instrumentos. En su libro *Frondizi, de la oposición al gobierno*, Nicolás Babini la califica de "casi ornamental". No podía ser otra cosa la de un partido que no tenía la más mínima posibilidad de triunfar y veía lógico insertar puntos como "Reforma agraria inmediata y profunda" o "Nacionalización de los servicios

públicos, los frigoríficos y los monopolios, y entrega de su administración y dirección a los productores, obreros, empleados, técnicos, consumidores y usuarios". Era un país ideal engarzado en una utopía perfecta el que dibujaba la plataforma radical: el tiempo mostraría a sus inspiradores, en pocos años, el terrible precio de prometer realizaciones inalcanzables. Más pragmáticos, menos doctrinarios, los unionistas, en cambio, se curaban poco de propuestas teóricas y ponían el acento exclusivamente en el derrocamiento de Perón.

Los roces internos no trascendieron mucho. No era una "caótica UCR", como diría Borlenghi, la que se lanzaba a la liza electoral. Era un partido histórico en el que convivían realidades idelógicas y humanas diferentes que debían conciliarse para presentar al electorado la imagen de una fuerza unida y orgánica. No dejó de contribuir a ello la actuación de Larralde, que logró semanas más tarde un acuerdo con los unionistas de la Capital Federal: las 28 candidaturas a diputado se repartirían por partes iguales entre intransigentes y unionistas, y el Comité Nacional presidido por el sabattinista Del Castillo regresaría a su sede natural, la Casa Radical de la calle Tucumán, de donde había emigrado al haberse desacatado la intervención al distrito metropolitano. Y fue así como la UCR, disimulando sus íntimas divisiones, sacando pecho a las circunstancias adversas y con esa inagotable fe que suele tener en la virtud curativa de los comicios, a mediados de agosto ya estaba en condiciones de lanzarse a la lucha.

Las otras fuerzas opositoras demoraron un poco más, pero todas lograron proclamar sus respectivos binomios. En todas hubo, como en la UCR, ciertas vacilaciones antes de decidir la concurrencia a elecciones. Pero finalmente triunfó la idea de que era un aporte cívico que no podía rehuirse, pese a las presiones que, se sabía, habrían de limitar su esfuerzo. En todas campeaba una visión muy realista, y por consiguiente muy pesimista, de los resultados que podían obtener; no sólo por la imposibilidad de hacer una lucha pareja al aparato oficial, sino porque tenían la sensación de que el opositor independiente y aun el simpatizante de estos partidos optaría por dar su voto al radicalismo como la fuerza con mayores perspectivas electorales. Por otra parte, las colectividades políticas se veían obligadas a presentarse a elec-

ciones bajo la amenaza de retiro de su personería política y posterior disolución, en virtud de las disposiciones de la nueva ley electoral que, dicho sea de paso, también prohibía alianzas o coaliciones entre partidos.

De este modo, casi un mes después de los radicales, los demócratas designaron a Pastor candidato a presidente, con Lima integrando la fórmula casi simbólicamente, pues el dirigente nicoleño se encontraba en Montevideo desde 1947, como ya se ha dicho. A mediados de septiembre el Partido Socialista nominó a Alfredo Palacios y Américo Ghioldi: era la fórmula más netamente antiperonista. Ghioldi, director clandestino de *La Vanguardia*, llevaba desde la huelga ferroviaria de enero una vida de escondites y evasiones permanentes. En cuanto a Palacios, su nombre en la boleta socialista era casi una provocación: Perón y Palacios se detestaban cordialmente, tal vez porque ambos eran igualmente histriónicos y espectaculares. Pero además, Palacios había acuñado, medio siglo atrás, la expresión "justicia social" y fue el primer promotor de las leyes obreras, y a Perón no le gustaba tener antepasados. Por su parte, el dirigente socialista se sentía robado por Perón, que le había confiscado la justicia social y las leyes obreras... Ya veremos en pocas páginas más cómo Palacios, harto de las presiones impuestas por el régimen a su partido, renunció a su candidatura en un desplante propio de su leonina personalidad.

También el Partido Demócrata Progresista presentó sus postulantes: el ex gobernador de Santa Fe Luciano Molinas, y J. J. Díaz Arana. Finalmente, el Partido Comunista proclamó un binomio que, por primera vez en nuestra historia, incluía una mujer, Alcira de la Peña, como candidata a la vicepresidencia; la encabezaba Rodolfo Ghioldi, el más respetado de los teóricos del partido de Codovilla. Y si se quiere tener un panorama completo de las tarjetas partidarias que se presentaron a la elección de noviembre de 1951, habría que incluir a dos pintorescos personajes que ya eran elementos folklóricos en la política argentina: José F. Penelón con su Concentración Obrera y Genaro Giacobini del partido Salud Pública, ambos de una conmovedora constancia en postularse a la presidencia de la Nación desde la década del 30, siempre con un saldo de pocos centenares de sufragios.

Nadie faltaría a la cita de noviembre, pues. Pero cuando las

fórmulas de estas fuerzas quedaron definidas, se había producido ya un hecho fundamental en el escenario político de la Nación: definitivamente, Evita no sería candidata.

## *Agosto: de la exaltación al renunciamiento*

Los episodios que finalizaron con la renuncia de Evita a su candidatura ("el renunciamiento", como lo prefiere la hagiografía peronista) mostraron en Perón una conducta aparentemente vacilante. Después de la proclamación de la fórmula Perón-Perón por la CGT y su confirmación, al día siguiente, por el Partido Peronista Femenino, la pareja presidencial aceptó implícitamente los homenajes y reiteraciones de adhesión que se multiplicaron a lo largo del mes de agosto. Un torrente de declaraciones florecieron como hongos después de la lluvia en pro de Perón-Perón: desde instituciones sociales y deportivas hasta sindicatos, agrupaciones y reparticiones públicas, la colectividad libanesa, los representantes del comercio, la industria y la producción, los docentes —que el 10 de agosto hicieron un acto en la plaza del Congreso—, los estudiantes secundarios. Un humilde trabajador tucumano vino caminando desde su provincia portando un cartel: "Perón Presidente 1952-1958". Un matrimonio hizo la caminata desde la ciudad de Santa Fe con igual intención. Los hermanos Gálvez realizaron un raid automovilístico de 14.000 kilómetros con el mismo lema: las fotografías de la época muestran al secretario general de la CGT dando la orden de largada.

El 17 tuvo lugar en el Luna Park una concentración organizada por la revista *Mundo Infantil*, de la cadena oficial de publicaciones. Miles de chicos llegaron en ómnibus, camiones y medios de transporte colectivo. El diario *La Razón* aseguró que habían concurrido medio millón de niños, una andaluzada propia del tono que usaban por entonces los órganos oficialistas. Es divertido comprobar que la crónica del vespertino registra que "millares de voces infantiles" cantaron "Evita Capitana" y "Los Muchachos Peronistas" y "expresaron su deseo de que el general Perón acepte ser reelegido para un nuevo período presidencial"; pero a continuación rechaza con indignación "el comentario malévolo, deslizado subrepticiamente" que le asignó a la fiesta motivos políticos. "Nadie pensaba hacer proselitismo con los niños —pun-

tualizaba *La Razón*— por la sencilla razón de que ellos no votan. No hace falta, pues, atraerlos con promesas." Perón y Evita estuvieron en el Luna Park, asistieron al reparto de cuarenta mil juguetes —no proselitistas, faltaba más— y se retiraron mientras la fiesta continuaba.

La valoración de este acto da la medida de la irreductible división en que vivían los argentinos. Para los opositores fue un infame manipuleo de la niñez, sobornada por juguetes y regalos, obligada a encauzar su alegría natural en un acto político del tono más burdo y primitivo. "Discepolín", en cambio, defendió en su inimitable estilo el acto del Luna Park: "¿A qué le llamás política? ¿A gente que da las gracias? Porque los chicos de hoy fueron a devolver con su presencia lo que han recibido en privilegios. ¿O no sabés que en tu patria primero están los niños... después los niños... y después otra vez los niños...?".

El acto que culminaría esta sucesión de manifestaciones tendría lugar el miércoles 22 de agosto. Su escenario: la inmensa Avenida 9 de Julio, entre Belgrano y Corrientes. Su núcleo central: un gran palco levantando a la altura del Ministerio de Obras Públicas, dando la espalda al edificio. Su lema: el del gran cartelón que lo decoraba, con la consigna "Perón-Eva Perón la fórmula de la Patria" y la sigla de la CGT. Su marco: un millón de personas —según se dijo—. Para la concreción del "Cabildo Abierto" no se movilizó un partido ni tampoco la CGT. Fue el Estado, lisa y llanamente, el que puso en juego todos sus recursos, empezando por el transporte. Esa jornada no se trabajaría en todo el país. Desde los puntos más alejados del interior se fletaron trenes donde podían viajar gratuitamente todos los que desearan hacerlo; otros medios completaban el traslado de enormes contingentes de personas, muchas de las cuales no habían visto nunca la capital de la Nación. Las radios del aparato oficial de difusión, es decir la totalidad de las emisoras del país, golpearon el parche con consignas y anuncios desde varios días antes. Diversas reparticiones públicas se hicieron cargo de aspectos vinculados a la prevención de accidentes, auxilio de enfermos, orientación de los concurrentes, alimentación y hasta diversiones, pues se habían previsto espectáculos gratuitos en todos los teatros después de la concentración. Se había logrado, en suma, que el "Cabildo Abierto" fuera una expresión más de la "comunidad

organizada", donde el movimiento mayoritario y el Estado se confundían en un esfuerzo convergente.

Esto no era todo. Con la debida antelación, Control de Estado había distribuido 66 ejemplares de una "Directiva para la Prevención y Represión de posibles Actos de Perturbación o Alteración del Orden Público en la Semana de Represión (13 al 18 del corriente mes)". Cada ministerio, la policía de todas las provincias y gobernadores nacionales, la CGT, la Prefectura Nacional Marítima, el Partido Peronista en sus dos ramas y otros organismos estatales habían recibido una copia de este documento, numerado y marcado como "estrictamente confidencial y secreto". En su texto se impartían directivas para "anular toda acción de perturbación o alteración del orden público" en la semana previa al "Cabildo Abierto". Cada organismo estatal y el Partido Peronista tenían asignada su misión. La policía, por ejemplo, debía "seguir la investigación de los atentados y detener a todos los implicados directa o indirectamente en ellos"; debía "extremar la vigilancia general y especialmente sobre locales comunistas, socialistas y radicales" y "la represión contra los circuladores de panfletos y rumores. Detenerlos sin más y procesarlos". Las directivas a la policía finalizaban con una virtual piedra-libre: "La situación y el clima permiten cualquier medida policial; aprovecharlos para accionar con firmeza y decisión". La Gendarmería Nacional debía controlar el tráfico fronterizo; la Prefectura tenía que establecer "una estricta vigilancia del Río de la Plata entre la Ensenada de Samborombón y el Delta, hasta el Arroyo Ceibo, sobre el río Uruguay". En cuanto a la CGT y las dos ramas del Partido Peronista, su misión era hacer saber que "en esta semana deben todos ponerse en acción contra los opositores". "Cada peronista o trabajador debe convertirse en un centinela y vigía. Actuar sin más contra cualquier opositor que realice actos contra el orden, que perturbe o que públicamente se alce contra el gobierno o las autoridades." "Se trata de aplastar toda conjuración para la alteración del orden y la tranquilidad pública."

Cada ejemplar adjuntaba como Anexo Nº 3 las "Instrucciones impartidas por el Movimiento Peronista a sus adherentes". * La lectura de estas instrucciones vale por sí misma; en plena campaña

* Ver Apéndice.

electoral, implicaban la indefensión total de las expresiones opositoras. Es de destacar que este documento, como los que se han glosado páginas atrás, por las ideas que contiene, el lenguaje que usa y hasta por estar dividido en diez partes —esos decálogos a los que era Perón tan aficionado— delata la inconfundible autoría del presidente.

Así, la "Semana de Represión" (¿habrá leído Perón a George Orwell?) precedía el acto más numeroso que registra la memoria de los argentinos. No podía ser de otro modo dadas las condiciones de su preparación, pero además el pueblo respondió a la convocatoria de la CGT con un fervoroso entusiasmo y una alegría de día de fiesta. Era natural: venían a pagar a Perón y a Evita la gratitud que les debían por la vida mejor que estaban viviendo; a mostrar que la dignidad que ahora los jerarquizaba tenía un precio político que estaban, de buena gana, dispuestos a pagar.

Los filmes obtenidos por la Subsecretaría de Informaciones nos permiten reconstruir en detalle las alternativas de la jornada del 22 de agosto. A media tarde llegó Perón al palco, con los directivos de la CGT y otros funcionarios. Empezó entonces una pequeña farsa: Espejo leyó enfáticamente un discurso que, en un momento dado, hacía notar la ausencia de Evita: con el permiso del general, irían a buscarla, porque no era posible que no estuviera presente. La ausente no se hizo esperar: en un minuto apareció en la tribuna, fresca y distendida, vistiendo un sencillo traje sastre de género cuadrillé, dos grandes aros subrayándole las orejas. Después de las aclamaciones del público y la continuación del discurso de Espejo pidiendo a Perón que siguiera en el gobierno y a ella que integrara la fórmula, llegó su turno.

En general, los discursos importantes de Evita eran leídos, y aunque disponía de escribas para el caso, había logrado tanta unidad de estilo y los decía con tanta profesionalidad, que parecían improvisados. El doctor Pedro Ara, médico español radicado en Córdoba que tendría a su cargo, un año más tarde, la conservación del cadáver de Evita, relata la manera perfecta con que ella regulaba los párrafos, las pausas y el ritmo de la lectura. "Como experta actriz que había sido en su primera juventud, la señora de Perón leía tan perfectamente y con tal soltura ante el micrófono, matizando frases y clamores con tan adecuados tonos, que quien no la viera leer podía imaginársela improvisando su proclama

con inusitada y natural elocuencia de popular tribuno. Pero yo estaba allí, yo la había visto avanzar tranquila y sonriente; mantenía en su izquierda el libreto, mientras su diestra se alzaba y agitaba pidiendo a la multitud el silencio que al fin logró." Y continúa Ara: "...no solamente no daba muestras de fatiga, sino que con voces y ademanes rogaba que no la interrumpiesen, que la dejaran continuar. Y así los párrafos iban sucediéndose cada vez más rotundos y violentos, cada vez más clamorosamente respaldados. Siempre igual, la señora seguía respirando normalmente, sin disnea ni la menor señal de fatiga, mandando callar a la gente durante las interminables ovaciones que a cada período acompañaban".

Esta descripción corresponde al 17 de octubre de 1948. En el Cabildo Abierto de 1951 Evita no leyó: ya tenía un dominio de la oratoria que le permitía manejarse sin libreto. Empezó complicándose en la inocente farsa de Espejo: dijo que le sorprendía la fórmula proclamada, que no estaba preparada para esto... ¡cuando hacía semanas que el país entero no hablaba más que de su candidatura! A continuación desarrolló los temas de siempre: Perón la oligarquía, los vendepatrias, los descamisados. Diecisiete veces ovacionó la multitud los párrafos más redondos. "Yo siempre haré lo que diga el pueblo —terminó—. Pero yo les digo que así como hace cinco años he dicho que prefería ser Evita antes que la mujer del presidente, si esa 'Evita' era dicho para aliviar algún dolor de mi Patria, ahora digo que sigo prefiriendo ser Evita. Yo, mi general, con la plenipotencia espiritual que me dan los descamisados, os proclamo, antes que el pueblo os vote el 11 de noviembre, presidente de todos los argentinos. ¡La Patria está salvada porque la gobierna el General Perón!"

Nada había dicho sobre su candidatura. Y nada dijo Perón, que a continuación leyó un extenso discurso reseñando su obra de gobierno. Ya era de noche. Enormes reflectores paseaban por ese negro mar constelado de banderas y pancartas. Aparentemente, el acto había terminado. Entonces deliberada o involuntariamente, Espejo desencadenó un proceso dramático y lleno de tensión. Se adelantó al micrófono e hizo notar que Evita no había dado aún "la respuesta que todos esperamos". Anunció que el Cabildo Abierto pasaba a un cuarto intermedio "hasta mañana"; la CGT le solicitaría entonces la contestación a Evita y todos se

volverían a reunir en el mismo lugar para reanudar el acto "y cerrar con un broche de oro esta jornada inolvidable".

En este instante, lo inesperado. Sea por cansancio, porque muchos deseaban regresar a sus casas, o por la impaciencia de contar ya con la respuesta afirmativa, el caso es que la multitud, en vez de aceptar la propuesta de Espejo —que implicaba velar veinticuatro horas a cielo abierto— empezó a gritar:

—¡No! ¡No! ¡Ahora! ¡Que conteste ahora!

Era un hecho nuevo. Empezaba a anudarse una imprevista antífona entre Evita y la multitud. Ella volvió al micrófono:

—Mis queridos descamisados: Yo les pido que no me hagan hacer lo que nunca quise hacer [es posible que la transcripción periodística equivoque las palabras y Evita haya dicho "no me hagan ser lo que nunca quise ser", F. L.]. Por el cariño que nos une, para una decisión tan trascendental en la vida de esta humilde mujer, les pido que me den, por lo menos, cuatro días para pensarlo...

De abajo vuelve a brotar el rechazo: ¡Ahora! ¡Ahora! Cuatro veces impetra Evita "¡compañeros!" para imponer silencio. Al fin vuelve a hablar, ostensiblemente conmovida.

—Compañeros, yo no renuncio a mi puesto de lucha: renuncio a los honores. Yo me guardo, como Alejandro, la esperanza por la gloria y el cariño de ustedes y del general Perón...

—¡Ahora! ¡Ahora!

Ella, casi asustada, acosada por el bramido de ese fondo negro extendido a lo largo de cuadras y cuadras, a punto de entregarse pero consciente de que no debía aceptar, que no era eso lo previsto ni lo que Perón quería.

—Compañeros, se lanzó por el mundo que yo era una mujer egoísta y ambiciosa. ¡Ustedes saben muy bien que no es así! Yo no quiero que mañana un trabajador de mi Patria se quede sin argumentos cuando los resentidos, los mediocres que aún no me comprenden, creyendo que todo lo que hago es por intereses mezquinos...

No pudo completar la frase:

—¡No! ¡No!

El diálogo era ahora más acelerado, casi acezante. Evita, de ordinario tan segura, estaba desconcertada, indefensa. Enfrente, un millón de almas acorralándola; a su lado, el grupo de íntimos

con aire embelesado, sin saber qué hacer ni cómo salir del enredo; un poco atrás, el propio Perón, con una sonrisa estereotipada en el rostro, como ajeno a lo que ocurría. Y el pueblo que seguía bramando. Y Evita que, tal vez involuntariamente, destapa el sentido de toda esa cosa incomprensible que estaba pasando con su candidatura. Entrecortadamente, alcanza a decir:

—¡Esto me toma de sorpresa! Hace mucho que yo sabía que mi nombre se mencionaba con insistencia y no lo he desmentido; lo hice por el pueblo y por Perón... porque no había ningún hombre que podía acercarse a la distancia sideral de él... por ustedes... porque así podían conocer a los hombres con vocación de caudillos... y el general, con mi nombre... momentáneamente... se podía amparar de las disensiones partidarias... pero jamás, en mi corazón de humilde argentina... ¡jamás pensé que yo podía aceptar este puesto!

Y, como para poner fin a una situación que ya estaba escapando a todo control, propone:

—Esta noche...

—¡No! ¡No! ¡Ahora!

—Compañeros, son las siete y media... por favor, a las nueve y media contestaré por radio...

—¡No! ¡No! ¡Ahora!

—Denme dos horas, ¡nada más!

Ya era penoso. Se advertía abiertamente la conmoción y el desconcierto de esa mujer a la que dejaban sola, en medio de la multitud, para tomar la decisión correcta, que ciertamente no era la que la multitud reclamaba. Finalmente el autor de todo el desbarro, Espejo, toma el micrófono y logra salvar la situación:

—La compañera Evita nos pide dos horas. Nosotros esperaremos aquí su resolución. ¡No nos moveremos hasta que nos dé una respuesta favorable a los deseos del pueblo trabajador!

Una ovación rubricó las palabras del secretario general de la CGT pero nadie, ni él mismo, tomó al pie de la letra aquello de quedarse hasta que llegara la respuesta. En el palco empezó un movimiento de desconcentración. Evita, como si se sintiera descolocada, retornó al micrófono para decir una frase que aparentemente confirmó su aceptación:

—Compañeros, como dijo el general Perón, yo haré lo que quiera el pueblo...

Ahora la aclamación fue compacta y prolongada. Realmente, el acto había terminado. Perón dijo la última palabra: recomendó desconcentrarse lentamente porque había muchas señoras y niños, les deseó felicidad, les agradeció "y que les vaya bien".

Para quien conociera el significado real de las liturgias y formalidades del régimen, Evita no sería candidata; para el millón de almas que se fue dispersando gozosamente, continuando sus cantos y estribillos y dispuesta a aprovechar el feriado decretado para el día siguiente, la fórmula Perón-Perón era un hecho.

Al día siguiente al mediodía, Evita recibió al secretariado de la CGT en la residencia presidencial. El clímax había pasado y ahora se podía conversar serenamente. Evita fue terminante y no abundó en explicaciones: no podía aceptar porque no era correcto que un matrimonio integrara la fórmula presidencial. El vicepresidente debía ser Quijano, para reiterar el binomio triunfante de 1946. La noticia trascendió en los círculos palaciegos pero, mientras no se confirmara oficialmente, la fórmula seguiría siendo Perón-Perón: así lo proclamó el Consejo Superior del Partido Peronista el 27 de agosto, dando la sensación a oficialistas y opositores de que el Cabildo Abierto había impuesto su voluntad. Pero ya estaba decidido que no sería así. El 31 de agosto, en un discurso transmitido por radio, Evita anunció la declinación de su candidatura. "En primer lugar, declaro que esta decisión surge de lo más íntimo de mi conciencia, y por eso es totalmente libre y surge de mi voluntad."

Hubo que recurrir a Quijano, ya muy enfermo. La propia Evita insistió para que aceptara y tomó su palabra al vuelo: era un recurso grotesco; el vicepresidente murió siete meses más tarde, sin alcanzar a recibirse por segunda vez en su cargo. Pero su nombre sacaba del pantano a la fórmula oficialista. Y Evita fue abrumada con una serie de honores: una sesión especial del Congreso como tributo especial, la gran medalla peronista en grado extraordinario otorgada por Perón, la dedicación del próximo 17 de octubre decretada por la CGT y la fijación anual del 31 de agosto como "Día del Renunciamiento".

Pero las tensiones de esas jornadas hicieron crisis en su organismo y a lo largo del mes de septiembre su salud fue decayendo, ahora de manera inocultable.

## *Los motivos de un No*

Todo el proceso corrido entre la proclamación de Evita, a principios de agosto, hasta los últimos días de este mes con el discurso de su renuncia, trasunta —al menos para quien esto escribe— un inmenso desgaste inútil.

Si Perón consideraba inviable la candidatura de su esposa, una palabra al servicial Espejo le hubiera bastado para parar el movimiento insinuado en febrero, afirmado en junio con la campaña de la CGT y definido el 2 de agosto con la proclamación formal realizada por dos de las tres ramas del Movimiento Peronista. Por el contrario, el presidente dejó que la postulación surgiera, se generalizara y se convirtiera en clamor popular el 22 de agosto, para cancelarla el 31. Permitió que todo el país antiperonista se erizara con la perspectiva de Evita compartiendo la presidencia con su consorte; posibilitó que militares legalistas se unieran a la reacción castrense dispuesta a oponerse a semejante posibilidad. Pudo Perón hacer deslizar a los dirigentes de la CGT una oportuna confidencia sobre la salud de su esposa. Nada de esto hizo. Se abstuvo de tomar ninguna iniciativa, como si hubiera dado un paso atrás. Dejó que la máquina puesta en marcha siguiera su curso, asistió como un ajeno al estallido de los sentimientos colectivos en el ancho campo de la Avenida 9 de Julio. Luego, la ilusión que el pueblo había creado, estalló apagadamente como una pompa de jabón.

Un inmenso desgaste inútil. El alivio que sintieron los antiperonistas cuando Evita declinó su candidatura no compensó la sensación de horror que los había invadido. No necesitaba Perón esos nueve días extendidos desde el Cabildo Abierto hasta el discurso del "renunciamiento" para comprobar que la candidatura de Evita era inútil, provocativa e inaceptable para una parte significativa del país. Agregarla al binomio que él debía encabezar, era inútil: ella no aportaba nada que el mismo Perón no tuviera. Además, ¿quién podía prever los virajes y maniobras que Perón se vería obligado a hacer en el futuro? ¿No llegaría Evita a ser una presencia molesta? Como en el soneto de Miguel Hernández, podía convertirse en un "perro fiel a su amo aunque importuno"... Evita no era una política; era una mística. Ignoraba las concesio-

nes y flexibilidades que conlleva toda política. Cuando las circunstancias se tornan difíciles, la política es más necesaria que nunca; el misticismo, no.

No podía ignorar Perón todo esto, desde el principio. Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió con ese episodio que tantas conjeturas suscitó entonces y después? Es muy simple y, como ya se ha destacado, ella lo dejó entrever en el diálogo que tuvo con el pueblo durante el Cabildo Abierto. Su candidatura había sido una maniobra implícita o expresamente convenida entre ella y Perón para taponar un puesto que, de quedar vacante algunos meses, suscitaría esas pujas internas que el presidente detestaba. No había olvidado aquel verano de 1945/46, cuando las ambiciones de sus partidarios convirtieron en un caos su naciente movimiento y le hicieron perder el control de varias provincias. Dejar abierta la competencia por la candidatura vicepresidencial era exponerse a convertir el peronismo en una bolsa de gatos, por reprimida que estuviera la vida interna del partido. En cambio, congelando el segundo cargo de la República con el nombre de Evita, el peligro quedaba bloqueado y Perón podía imponer a último momento el hombre que quisiera, el más irrelevante, como era Quijano: "en política, *io sono io*...". No sería ésta la última vez que el líder justicialista usaría este recurso a lo largo de su dilatada trayectoria.

Evita confesó el enjuague en la emoción de la noche del 22 de agosto: "lo hice por el pueblo y por Perón, porque no había ningún hombre que podía acercarse a la distancia sideral de él..."; "porque así podían conocer (ustedes) a los hombres con vocación de caudillos..."

Hay que aclarar que "caudillos", en el lenguaje peronista de la época, era una palabra usada peyorativamente para indicar a los pequeños mandones, los ambiciosos. Perón muchas veces distinguió entre el "caudillo" y el "conductor"; el primero se deja llevar por los acontecimientos, el segundo los conduce él. El Consejo Superior del Partido Peronista, la víspera de las elecciones del 11 de noviembre, recordaría que "ni los patrones ni los doctores ni los caudillos son peronistas". Todo lo que asociara con el viejo comité, como el "caudillo", era repudiable, y hasta Discépolo en sus charlas hablaba mal de las empanadas, como un resabio despreciable de la vieja política. De modo que Evita

estaba confesando que su nombre había sido lanzado para frenar a los ambiciosos "con vocación de caudillos". Y a continuación fue todavía más explícita: "...el general, con mi nombre, momentáneamente, se podía amparar de las disensiones partidarias"; es decir, podía cubrirse y defenderse de las pujas que podían suscitarse en torno a la integración de la fórmula.

En síntesis, para Perón la candidatura de Evita fue sólo una maniobra. Raúl Margueirat, jefe de Ceremonial de la Presidencia y uno de los íntimos de la pareja presidencial, afirmó años después que la candidatura de Evita "fue una chifladura de Espejo que ella nunca aceptó. Evita era muy centrada y se daba cuenta que eso era muy irritativo". Pero la iniciativa fue creciendo por sí sola, adquirió fuerza, la CGT la motorizó, encantados sus dirigentes de institucionalizar a quien era su permanente apoyo, y lo que había sido un gambito de distracción cobró de pronto una poderosa realidad popular, se convirtió, a lo largo del Cabildo Abierto, en un tremendo problema con la insistencia del pueblo y la vacilación de ella, halagada por la reiterada aclamación pero sabedora de que no podía seguir adelante el juego. De ahí las contradicciones de esa noche y la abrupta declinación formulada ante Espejo al día siguiente.

No hubo presión militar, como algunos han creído. Existía, ya se ha dicho, malestar e irritación en sectores castrenses, frente a la posibilidad de que "esa mujer" fuera vicepresidente, pero no hubo planteos concretos ni insinuaciones oblicuas. Ya sabían los militares cercanos a Perón la suerte que habían corrido otros colegas que formularon sugestiones parecidas sobre Evita, en años anteriores. El ex ministro Lucero afirmó, en sus memorias, que antes del "renunciamiento" él había transmitido al general Lonardi la seguridad de que Evita no sería candidata. Perón sabía que no podía serlo por muchas razones, tanto políticas como personales, pero planeó todo en función de los posibles problemas internos de su partido. De pronto, en la noche del 22 de agosto, encontró que el movimiento no podía pararse. Finalmente clausuró el episodio, llenando de halagos a su esposa: buena chica, había cumplido bien su papel. Los peronistas nunca entendieron lo que pasó; no advirtieron que, simplemente, él había usado una vez más a Evita para sus fines políticos.

Pero si el juego de la candidatura de Evita la había llevado a

un punto emocional casi insoportable, si el mismo juego acariciado por el pueblo peronista había terminado en la amarga desilusión del 31 de agosto, ese juego justificaba la conspiración que en ese momento llegaba a su etapa decisiva. Más allá del "renunciamiento", el rechazo de los sectores antiperonistas por la inclusión de Evita en la fórmula continuaba en ciertos núcleos de las tres armas y articulaba las arduas conversaciones de algunos militares, aeronáuticos y marinos, en los finales de agosto y principios del mes de septiembre.

## *Vísperas de golpe*

Con cierto simplismo y basándose en la información de primera mano brindada por el coronel Juan V. Orona en su libro *La dictadura de Perón*, el historiador francés Alain Rouquié afirma que en 1951 "se habían estado preparando tres conspiraciones simultáneas en torno al coronel José Francisco Suárez y a los generales Lonardi y Menéndez". En realidad y dejando aparte el caso de Suárez, que se cortaba solo y estaba demasiado marcado para llevar a cabo una conspiración exitosa, había una sola conspiración en 1951. O mejor dicho, un estado de virtual alzamiento en algunos sectores del Ejército que sólo necesitaba un jefe para materializarse.

Esta situación venía desde 1949 y se arrastraba a lo largo de charlas de casino sin mayor trascendencia, sobre todo en la Escuela Superior de Guerra, donde profesores y alumnos eran mayoritariamente antiperonistas, y en la Caballería, el cuerpo aristocrático por excelencia, donde muchos oficiales ostentaban apellidos tradicionales. Pero a principios de 1951, los acontecimientos que se han relatado y particularmente la clausura de *La Prensa* y la posibilidad de Evita en la vicepresidencia, fueron convirtiendo las conversaciones en planes más concretos. Dos figuras aparecieron entonces como posibles jefes de la revolución. El general Lonardi tenía la ventaja de estar en actividad; contaba 53 años y su conducta profesional era irreprochable. Era un hombre de maneras suaves y modos pausados. Aunque guardaba un viejo fastidio por Perón desde que éste lo había puesto en una incómoda situación en Chile, quince años atrás, cuando le hizo caer en una trampa de la contrainteligencia sin advertirle del

riesgo, sus sentimientos personales nada tenían que ver con su posición política. Lonardi creía perdida la República y veía la revolución como la única salida. Jefe del 1er. Cuerpo de Ejército con asiento en Rosario, no confiaba, sin embargo, en sus oficiales, y su base operativa era la Escuela Superior de Guerra y la Caballería.

El general Menéndez era una figura más carismática pero menos confiable, con su tempestuosa historia personal de golpes fracasados y resonantes actitudes. Retirado desde 1942, había sido un cerrado nacionalista; aseguraba haber evolucionado desde aquellas posiciones, y cuando lo decía con su gran cara de pájaro dominada por unas espesas cejas, no podían caber dudas que era sincero y que, además, sería capaz de morir valientemente en su empresa. A través de dos hijos, oficiales de Caballería ambos, mantenía contactos con militares jóvenes y ampliaba el círculo de sus compañeros de complot.

No vamos a relatar las alternativas de la conspiración que, cada uno por su lado, elaboraron Lonardi y Menéndez en los primeros meses de 1951. Ambos coincidían en que era necesario salir a la calle antes de las elecciones, y por eso el adelanto de los comicios activó las labores —y también profundizó sus diferencias—. Menéndez había evolucionado desde su inicial nacionalismo pero su grupo civil era básicamente conservador; Lonardi, lego en política, aspiraba a contar con el respaldo de todos los partidos y coincidía, en buena medida, con la política social de Perón, cuyas realizaciones había que mantener, a su juicio. Su rival invalidaba totalmente el régimen peronista y tenía una visión más aristocrática —si es posible decirlo así— de las tareas del futuro gobierno revolucionario. Algunos de los políticos que anudaban contactos con ambos, insistían en la conveniencia de que unieran sus esfuerzos. En el mes de agosto, Lonardi y Menéndez efectuaron dos entrevistas en un automóvil que paseaba por los bosques de Palermo: no llegaron a un acuerdo y cada uno ocultó al otro la realidad de sus respectivos apoyos militares. Como acertadamente dice Potash, más que discrepancias de fondo, lo que los separó fue "la dignidad personal, el orgullo y la ambición".

El 27 de agosto, Lonardi, harto de las directivas políticas con que el ministro Lucero lo bombardeaba, solicitó su relevo de la jefatura del 1er. Cuerpo y su retiro, pedidos que le fueron

concedidos de inmediato. No parece que se sospechara de él; los oficiales detenidos en junio no habían tenido ningún contacto con Lonardi y tampoco Suárez estaba vinculado a sus manejos. Libre de sus obligaciones, Lonardi se dispuso a acelerar sus trabajos; de él decían sus compañeros de conjura que sólo saldría cuando estuviera listo "el último clavo de la última herradura del último caballo". No quería exponer a sus compañeros a una derrota y temía la represión que podía seguir a un golpe fracasado. Pero sus apreciaciones le hacían ver con pesimismo la situación militar y, por otra parte, Evita ya había producido su "renunciamiento", con lo que desaparecía uno de los motivos emocionales más poderosos de la conspiración. Sean cuales hayan sido sus propios fundamentos, el hecho es que en algún momento de las dos primeras semanas de septiembre —según Potash— o el 22 de septiembre —según Orona— Lonardi desistió de seguir adelante, dejó a sus amigos en libertad de acción y envió a Menéndez un mensaje:

—Le deseo todo éxito. Pero caballerescamente no me parece correcto dejar un grupo para incorporarme a otro.

Unos pocos oficiales amigos de Lonardi, que desconfiaban de la capacidad militar y la ideología de Menéndez, imitaron la actitud de su jefe y se quedaron quietos. El nuevo cabecilla de la conspiración expropió la mayor parte del núcleo que había colaborado con su rival, lo incorporó a sus trabajos y se dedicó a ultimar los detalles de su plan.

Es curioso que en 1951 Menéndez haya basado su estrategia en el mismo postulado que Lonardi manejó en 1955: establecer un núcleo revolucionario contra Perón, para que la estructura entera del régimen se desplomara. Pero en 1955 Lonardi tenía razón, porque estaban dadas las condiciones para que ello ocurriera. En 1951, por el contrario, la autoridad de Perón permanecía incólume, al igual que su vigencia popular y la adhesión mayoritaria de las Fuerzas Armadas a las autoridades constitucionales. A lo que había que sumar la proximidad de las elecciones: un golpe destinado a impedir comicios siempre resulta antipático... De todas maneras, Menéndez, con su particular manera de ver las cosas y el microclima creado por sus amigos conservadores, poniendo en juego su coraje personal y la fidelidad de los jóvenes oficiales que lo acompañaban, se dispuso a vestir su viejo unifor-

me y sacar las tropas en un itinerario que, extrañamente, no dejaba de tener un parecido con el que siguió Uriburu en 1930 para derrocar a Yrigoyen.

Su plan era audaz y tenía la ventaja de poder desarrollarse en rápido trámite. Los revolucionarios saldrían de Campo de Mayo con el regimiento de tanques; incorporarían al Colegio Militar —"cuya oficialidad estaba potencialmente sublevada", aseguró Menéndez— y se dirigirían a un punto situado entre La Tablada y San Justo para reunirse con el Destacamento de Exploración de La Tablada que previamente habría ocupado la base aérea de Morón para permitir el aterrizaje de los aviones Gloster de Tandil. Reunidos los efectivos terrestres, el avance de la columna hacia la Capital Federal se haría por la avenida Juan Bautista Alberdi y después por Rivadavia hasta la Casa de Gobierno en una marcha que, además del mismo itinerario, acaso tuviera el mismo marco popular que había acompañado veintiún años antes a Uriburu. Mientras esto aconteciera, los aviones rebeldes se concentrarían en Morón y en la base aeronaval de Punta Indio para equiparse y bombardear, si fuera necesario, los aeródromos de Ezeiza, Aeroparque y Quilmes; eventualmente se bombardearía la Casa de Gobierno. En cuanto a la fecha, Menéndez decidió fijarla el 28 de septiembre porque ese día el regimiento de tanques de Magdalena estaría en maniobras, alejado de su asiento: era la unidad más combativa de los alrededores de Buenos Aires y sabíase que su oficialidad era leal al gobierno; al mismo tiempo, ese día la fuerza aeronaval del Plata, mayoritariamente rebelde, debía cooperar con las maniobras, lo que le permitiría estar presta para plegarse al movimiento.

Era un esquema sencillo pero dependía de muchos factores dudosos, y en esto radicaba su debilidad. Así, el movimiento empezaría con inconvenientes y habría de terminar en un desastre, diez horas después de su inicio.

## *El 28 de septiembre*

El 27 de septiembre, poco después de mediodía, Menéndez y sus ayudantes se instalaron en una quinta de Morón. Allí, el jefe revolucionario dictó el contenido de una proclama que se

imprimió horas más tarde en un taller gráfico de la capital. El breve texto acusaba al gobierno de haber llevado a la Nación "a una quiebra total de su crédito, interno y externo, tanto en lo moral y espiritual como en lo material". Por eso había resuelto encabezar un "movimiento cívico-militar que por sintetizar un sentimiento casi unánime deberá conducirnos indefectiblemente a dar término a una situación que no puede ya ser sostenida ni defendida". Agregaba: "cuento para ello con el apoyo de las fuerzas de tierra, mar y aire y el respaldo de la ciudadanía representada por figuras prominentes de los partidos, comprometidas a una tregua política que asegure la más amplia obra de conciliación nacional y el retorno a una vida digna, libre y de verdadera democracia". No decía una palabra más sobre la acción del futuro gobierno revolucionario.

A la madrugada del día siguiente, Menéndez entró a Campo de Mayo sin ninguna dificultad, por la puerta Nº 8, previamente tomada por oficiales revolucionarios. La Escuela de Caballería lo esperaba en formación, y Menéndez arengó a la tropa y saludó a los cuadros. Hasta ahí, todo iba bien, pero las dificultades comenzaron en seguida. En el regimiento de tanques, adonde se dirigió inmediatamente, se advertían vacilaciones y reticencias entre los suboficiales; además, se comprobó que los vehículos carecían de combustible. Cuando empezaba la tarea de aprovisionamiento, demorada por la falta de un camión cisterna, apareció el jefe de la unidad, que se dio cuenta de lo que ocurría y trató de resistir, con su arma, el arresto con el que fue intimado. Se suscitó un confuso tiroteo: un suboficial, el cabo José Farina, murió, y dos de los oficiales revolucionarios, un hijo de Menéndez entre ellos, quedaron heridos.

Superado el trance, había que seguir abasteciendo de combustible a los vehículos. Pero ya eran las 7 de la mañana y Menéndez ordenó salir con los tanques que se pudiera. Sólo dos o tres lograron arrancar; probablemente los restantes fueron saboteados por los suboficiales.

Era un cortejo que podía parecer grotesco, si no fuera por el compromiso de honor de quienes lo componían, decididos a cumplir con la solidaridad dada a Menéndez: los tanques, unos pocos semioruga y unos doscientos hombres de tropa. Los oficiales que fueron apresados por los revolucionarios quedaron en libertad

al salir la columna de la puerta Nº 8. La Escuela de Caballería, núcleo de la resistencia militar antiperonista, no había reaccionado como se esperaba, y muchos oficiales se quedaron en las cuadras al escuchar el tiroteo en el regimiento de tanques. Pero tampoco el Colegio Militar respondió a las esperanzas de Menéndez. Después de una hora de marcha, el cabecilla entró al colegio para instar a su director a que se plegara al movimiento.

—¡No más revoluciones, mi general! —fue la respuesta, después de evaluar, con un rápido vistazo, la escualidez de la columna. Mientras esperaba afuera el resultado de la gestión de Menéndez, el capitán Alejandro Agustín Lanusse —que había estado comprometido con la conspiración de Lonardi, no con la de Menéndez, y sólo a la una de la mañana de ese mismo día recibió la orden de tomar la puerta Nº 8— sintió que la revolución estaba fracasando y que una negra suerte esperaba a todos. No por eso abandonó a su jefe; al igual que sus camaradas, siguió disciplinadamente la marcha hasta el final.

El Colegio Militar, pues, ni se incorporó a los rebeldes ni los hostilizó, y su director permitió a Menéndez regresar con los suyos: esta ambigua actitud le costaría la carrera. Sólo quedaba a Menéndez, como perspectiva, llegar a San Justo para tomar contacto con la unidad de La Tablada. Sus acompañantes ya sentían el amargo sabor del fracaso. Un tempranero llamado del general Dalmiro Videla Balaguer, director del Liceo Militar, había alertado al Ministerio de Ejército sobre lo que ocurría en Campo de Mayo, y el general Angel Solari, comandante en jefe del Ejército, salió disparado a averiguar qué pasaba: llegó al Colegio Militar poco después que Menéndez continuara su marcha, y apresuradamente intentó formar una fuerza que pudiera cercar al magro cortejo rebelde.

Menéndez llegó al punto convenido, no lejos de San Justo, alrededor de la una de la tarde. Para entonces, el Poder Ejecutivo había denunciado la existencia del movimiento, asegurado que sería aplastado, decretado el estado de guerra interno en todo el territorio y ordenado se fusilara a todo militar que se encontrara con las armas en la mano. Al mismo tiempo, la CGT declaraba la huelga general y llamaba a los trabajadores a concentrarse en la Plaza de Mayo. El país entero se enteraba del levantamiento y Radio Colonia acaparaba la atención de los escuchas. Sólo una

persona ignoraba todo lo que estaba aconteciendo: Evita. Estaba en cama desde hacía cuatro días; el mismo de la sublevación, los diarios de la mañana difundían un comunicado médico anunciando que estaba afectada por un estado de anemia, y se le había recomendado reposo. Seguramente por orden de Perón se la mantuvo ajena a todo hasta las seis de la tarde de esa jornada.

A esa hora todo había concluido. El Destacamento de Exploración de La Tablada había cumplido su misión de tomar la base aérea de Morón pero el esfuerzo le demandó una preciosa hora; cuando su jefe se disponía a dirigirse a San Justo para reunirse con Menéndez e iniciar la marcha sobre la capital, se enteró de que Solari había dispuesto fuerzas que le cortaban el camino. Aislado y sin noticias del cabecilla de la revolución, resolvió rendirse; más o menos al mismo tiempo, casi las tres de la tarde, Menéndez dejaba en libertad de acción a sus compañeros y se dirigía al Palomar para asumir la responsabilidad de los hechos, entregándose a las fuerzas gubernistas. A las tres y media, la inconfundible voz de Perón surgía de miles de radios, denunciando al "grupo de malos argentinos que han deshonrado el uniforme de la patria", afirmando que detrás de ellos estaban "las fuerzas oscuras del capitalismo y el imperialismo", marcando que "ninguno de ellos fue capaz de pelear y hacerse matar en su puesto" y prometiendo que "como cobardes se los ha de juzgar y como cobardes se los ha de ajusticiar".

En realidad, no todo había terminado a esa hora, porque los elementos sublevados de la Fuerza Aérea habían tenido éxito. Los aviones del Palomar habían arrojado las proclamas revolucionarias sobre la ciudad muy temprano —otra imitación no consciente de la revolución de 1930—, y en Punta Indio llegaron a concentrarse casi ochenta aparatos. Pero El Palomar estaba neutralizado por Solari, y contra Punta Indio avanzaban unidades motorizadas desde La Plata. Los jefes aeronavales y aeronáuticos comprendieron que la superioridad aérea giraba en el vacío si no existía en tierra un núcleo rebelde; desistieron de los bombardeos previstos y también dejaron a sus subordinados en libertad de acción. La mayoría resolvió dirigirse al Uruguay en sus propios aparatos. En cuanto a los oficiales que habían salido con Menéndez, algunos trataron de escapar y se dice que Alicia Moreau de Justo, con una ambulancia, facilitó las pocas huidas que tuvieron éxito.

La "chirinada", como la calificó Perón resucitando una expresión cuartelera de principios de siglo, había concluido. Esa misma tarde, en una rápida sesión del Congreso a la que no concurrió la minoría, se aprobó y convirtió en ley el decreto del Poder Ejecutivo que establecía el estado de guerra interno en todo el territorio nacional. Nadie sabía en qué consistía semejante figura, porque no estaba prevista en la Constitución ni en norma alguna. Pero fundado en esta ley, de aquí en adelante el presidente podía encarcelar sin ningún tipo de proceso ni formalidad legal a cualquier ciudadano por tiempo indeterminado y sin necesidad de formularle cargo alguno. Días más tarde, el Congreso aprobó una modificación al Código de Justicia Militar recientemente promulgado, imponiendo la pena de muerte y degradación "a los promotores y cabecillas con mando superior" que fueran en el futuro culpables de rebelión (ley 14.117).

Días después se conocieron las sanciones contra los vencidos. Algunos se habían entregado, otros fueron detenidos mientras trataban de hacerse perdiz después que sus jefes los relevaron de sus compromisos. En total, casi doscientos oficiales fueron condenados a diversas penas; unos sesenta y seis lo fueron en rebeldía, prófugos o asilados en Uruguay. Por su parte, Menéndez se negó a designar defensor, se ratificó en su posición y dijo que si estuviera en libertad volvería a reincidir. Su porte imponente, su ardiente mirada, impresionaron a los jueces militares. Se lo dio de baja y se lo condenó a quince años de reclusión, la pena más alta de las que se dictaron, pero no fue humillado con una degradación. El resto de las condenas varió según el grado de los implicados y su participación en el movimiento.

Es evidente que Perón no presionó al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas para lograr castigos más severos. A pesar de haber anunciado que los rebeldes serían "ajusticiados", esta palabra, que vulgarmente se asocia a la pena de muerte, fue aplicada en su recta acepción, es decir, la de hacer justicia. Algunos de los diarios oficialistas clamaban por fusilamientos y se quejaron de la supuesta lenidad de las condenas: dos bombas estallaron, a mediados de octubre, en la sede del tribunal militar. Recuerda Gómez Morales que en esos días, el ministro de Asuntos Políticos Subiza pedía sangre en todos los tonos, pero el presidente, en cambio, se mantuvo sereno. Aunque hay algún recuerdo

que no es coincidente con esta imagen, como el de Raúl Margueirat, que ha asegurado que Perón estaba de acuerdo con la condena a muerte de Menéndez que el Consejo Supremo estaba dispuesto a dictar; sólo cuando se lo convenció de que fusilar al jefe del golpe sería proveer de un mártir a la oposición, cambió de idea.

Como quiera que sea, Perón aprovechó la bolada para pasar el peine fino por las Fuerzas Armadas. En los meses que siguieron, compensando las medallas y homenajes que se tributaron a algunos de los jefes, oficiales y suboficiales que habían participado en la incruenta represión del movimiento, nueve generales de división (incluso Solari, a quien se debía el rápido copamiento de los insurrectos) y seis de brigada, fueron pasados a retiro antes del tiempo reglamentario; ocho almirantes corrieron la misma suerte. Además, el presidente ajustó algunas viejas cuentas: dio de baja a Arturo Rawson y dos generales, más una decena de oficiales retirados que, como aquéllos, nada habían tenido que ver con el alzamiento de Menéndez pero mostraban un antiguo historial de conspiraciones. Despidió al ministro de Aeronáutica que se había dejado sorprender en la base de Morón y llamó para reemplazarlo al gobernador de Córdoba, brigadier J. Ignacio San Martín; al de Marina lo sustituyó por el almirante Aníbal Olivieri. En el mes de agosto había hecho Perón un enroque en el gabinete: el embajador Remorino pasó a ser canciller, y el canciller Paz, embajador en Washington. Este movimiento y las designaciones de fines de septiembre en las carteras militares fueron los últimos cambios ministeriales de la primera presidencia de Perón.

Hubo traslados, remociones y cambios en la conducción de institutos y unidades; el primero, la Escuela Superior de Guerra, que había sido la base inicial del grupo de Lonardi y Menéndez. En realidad, como lo han señalado varios observadores, el golpe del 28 de septiembre había conducido a una limpieza a fondo de elementos contrarios al régimen o, simplemente, sospechosos en las Fuerzas Armadas. Entre los que se delataron voluntariamente al participar en el golpe, y aquellos que fueron dados de baja, retirados o postergados con diversas medidas más o menos punitivas, las tres fuerzas estaban, a fines de 1951, en condiciones de constituirse en "la columna vertebral" de la "comunidad organizada", sin tibiezas ni condicionales. Menéndez había logrado lo que Perón no se había atrevido a hacer. Mientras el jefe

vencido y sus compañeros de aventura eran instalados en diversas cárceles del Sur, tratados como presos comunes —no peor, pero de ninguna manera mejor— el presidente podía descansar en un Ejército, una Marina y una Aeronáutica que se habían descargado de todos los factores que pudieran impedir los planes políticos que las involucraban.

Pero aquí no puede omitirse una acotación: fue una suerte que Menéndez haya sido derrotado. Si hubiera triunfado, el país habría sido envuelto en muy poco tiempo en una guerra civil o en un despotismo peor que el de Perón. Valiente y honrado pero sin experiencia política y con un horizonte intelectual cercado por prejuicios y obsesiones rudimentarias, Menéndez hubiera caído en manos de aquellos que cuatro años después serían llamados *gorilas*, y habría provocado reacciones incontrolables en todos los niveles de la población. El país no hubiera tolerado un gobierno elitista y atravesado de odios antipopulares como el que auguraba el grupo conservador que rodeaba al jefe rebelde, y el resultado final hubiera sido catastrófico.

El aplastamiento sin sangre de la intentona de Menéndez fue positivo, además, porque desvaneció las ilusiones que muchos políticos habían acariciado sobre un rápido derrocamiento de Perón. Ninguno de los dirigentes de los partidos tradicionales se había ruborizado por alentar un golpe; se consideraban moralmente justificados por el estado de compulsión que Perón había creado, imposible de modificar mediante vías legales. Pero ahora, la cruda realidad era que Perón había demostrado ser invulnerable en el terreno militar. Nadie en su sano juicio soñaría por mucho tiempo con un golpe. El dato incontrastable que aportaba la realidad era éste: había que aceptar el juego impuesto por Perón; resignarse a las limitaciones que había establecido en seis años de asfixia de las libertades públicas y, dentro de ese estado de cosas, sobrevivir y avanzar en la medida de lo posible; en la medida que los errores que cometiera el presidente fueran ensanchando el espacio de la acción opositora. Por duro que resultara, no había, en lo inmediato, otro camino viable. Lo que quería decir que, haciendo oídos sordos a los aullidos del aparato oficial de propaganda, que señalaba con nombre y apellido a los políticos que fueron cómplices de lo del 28 de septiembre y clamaba por sus cabezas, había que continuar la campaña electoral como si nada hubiera ocurrido.

## *Los partidos contra el Estado*

Lo cual no era fácil, como se presumirá a la luz de lo dicho anteriormente. Los partidos opositores no competían contra otro partido, así fuera oficial, sino contra el Estado. A mediados de agosto, Frondizi se había dirigido al ministro del Interior solicitando con aire inocente el uso de Radio del Estado en igualdad de condiciones que el candidato a la reelección. La respuesta de Borlenghi fue antológica: negó que la emisora transmitiera propaganda oficial y dijo que era "inadmisible" que la oposición pudiera usar sus micrófonos. Le sugería contratar espacios con las radios privadas —que, como sabemos, no existían— aunque advertía que "las radios argentinas se ajustan a una línea de conducta de difusión de la realidad, mientras que los diversos grupos opositores al Poder Ejecutivo se valen de radios del extranjero para falsear los hechos y difamar a nuestro país".

Por ser los radicales los primeros en proclamar su fórmula, fueron también los primeros en emprender los actos proselitistas. Tanto Balbín como Frondizi y la mayoría de los diputados eran jóvenes y movedizos y estaban acostumbrados a estos trajines, indispensables puesto que sus posibilidades de atraer adhesiones dependía exclusivamente del espacio físico que pudieran ganar con su voz. Las radios los silenciaban, los diarios del aparato oficial sólo nombraban a los opositores para burlarse de ellos —a Balbín lo llamaban "Blablín"— o denunciarlos como "agentes bradenistas", los órganos independientes como *La Nación, Clarín* y los sobrevivientes de las razzias de Visca en el interior, sólo daban cuenta del lugar y hora en que realizarían mítines, ya que carecían de espacio para transcribir los discursos y no querían arriesgarse a la mala voluntad del gobierno, dueño del papel y de las leyes que podían multar, suspender o clausurar. El empeño político del radicalismo, como el de los restantes partidos a medida que fueron iniciando sus respectivas campañas, era, literalmente, un esfuerzo físico, una cuestión de garganta, y su alcance llegaba exactamente al de los altoparlantes (casi siempre deficientes) que difundían sus voces.

Como suele hacerse, Balbín y Frondizi recorrieron primero, casi siempre en automóvil y separadamente, las provincias más

alejadas; luego el binomio radical se concentró en las grandes ciudades del litoral y la provincia de Buenos Aires. En muchas oportunidades los actos fueron perturbados, de palabra o de hecho. Insultos, piedras y hasta disparos ponían miedo en la gente que tenía intenciones de concurrir a las asambleas opositoras, sobre todo las mujeres, que estaban tomando muy en serio sus nuevos deberes cívicos. Las agresiones eran repelidas por los más jóvenes y los desórdenes se cerraban gloriosamente con una carga de la policía que, como es natural, trataba de golpear o llenar de gases lacrimógenos a los *contreras*, nunca a los amigos . . .

Hasta fines de septiembre y no obstante estas circunstancias, las campañas opositoras se desarrollaron más o menos normalmente. El 13 de septiembre la UCR realizó un acto en plaza Constitución que resultó sorprendente por su concurrencia. Pero el fallido golpe de Menéndez agravó la atmósfera de intemperancia. Para el peronista común, esos radicales, esos socialistas, esos comunistas que peroraban en la tribuna no eran sino traidores a la Patria que habían estado socavando la estabilidad del gobierno en complicidad con los militares golpistas. Por unos días los partidos suspendieron su actividad; por otra parte, al estallar el golpe hubo centenares de detenciones, algunas de las cuales se prolongaron bastante tiempo. Lebenhson, presidente del comité radical de la provincia de Buenos Aires, no salió en libertad hasta fines de octubre, después de tres meses en la Penitenciaría; de los 28 candidatos a diputados metropolitanos por el socialismo, 25 estaban presos en el mes anterior a los comicios . . .

El 15 de octubre, cuando ya se conocían las últimas sentencias del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas Perón pronunció un discurso por radio que volvió a enrarecer el clima político. Quizás para compensar ante su pueblo la relativa lenidad de las condenas, el presidente formuló una dura apreciación de los sucesos del 28 de septiembre, muy en el tono de sus viejas arengas de 1946. Desenfundó al viejo y servicial Braden y nombró a Zavala Ortiz, Pastor, Santander, Yadarola y Frondizi: aseguró que éstos y otros políticos se habían juntado en un club de la calle Don Bosco, esperando el desarrollo de los hechos de armas del 28. No era así: aunque los políticos sabían que podía estallar un golpe, ignoraban los detalles y ya hemos visto que, en el caso de Frondizi, éste se encontraba a varios centenares de kilómetros

de Buenos Aires. Pero la cosa, según Perón, venía de antes: de la época de Griffith y Serafini Romualdi. Metió en la misma bolsa a sus más detestados dirigentes opositores, y así aparecieron en la voz del presidente, además de los diputados nombrados antes, Américo Ghioldi, Solari, Rondanina, Korn, Oddone, Gainza Paz, Santamarina, Eduardo García, Lanús, Ordóñez, Rodolfo Ghioldi, Sanmartino, Rodríguez Araya, los coroneles Suárez y Gallo. Todos ellos estaban —afirmó el presidente— en una campaña de difamación, intimidación, disociación, infiltración, propaganda y provocación. "Los dirigentes de esas bandas han sido quienes han organizado este movimiento desde largo tiempo; sus oradores lo anunciaron desde todas sus tribunas. Menéndez en su proclama afirma contar con el apoyo de prominentes políticos, ninguno de los cuales ha negado ni desmentido semejantes afirmaciones." Aseguraba que "todo no ha terminado aquí. Los intereses foráneos, empeñados en provocar la lucha interna, han decidido impulsar con su dinero a sus agentes y ejecutores a fin de destruir nuestra cohesión interna y sojuzgarnos".

El discurso de Perón puso de nuevo el voltaje político en estado de alta tensión. Dos semanas más tarde, en un acto realizado por Balbín en Paraná hubo disparos contra la tribuna; el candidato radical escapó del atentado pero Santander fue herido. En la misma ciudad, días después, un grupo de matones —algunos de ellos empleados de la Fundación y otros, oficiales de policía— tirotearon un acto comunista; respondieron los agredidos y hubo un muerto en cada bando, además de once heridos. Rodolfo Ghioldi recibió un balazo en la proximidad de la columna vertebral; temióse por su vida y fue trasladado de urgencia a Rosario donde un médico de su partido logró operarlo exitosamente. El galeno era el doctor José Ingalinella; su nombre volverá a aparecer en el último volumen de esta obra en una circunstancia aun más trágica que la de 1951.

No, no era fácil ni saludable el ejercicio de la oposición en esos días de octubre/noviembre de 1951. Al punto que el 21, cansado del permanente acoso policial y de la virtual ley marcial que regía en el país bajo el "estado de guerra interno", Palacios renunció abruptamente a su candidatura en un acto temperamental que no dejó de molestar a sus compañeros socialistas. De todos modos, algo del propósito inicial de la campaña opositora se había

cumplido: en el último mes, centenares de actos se realizaron a lo largo de todo el país y las voces disidentes, sobre todo las del radicalismo y, en la Capital Federal, del socialismo, se multiplicaron en plazas y esquinas para vigorizar los ánimos de la Argentina antiperonista. Fue, seguramente, con un suspiro de alivio, como Balbín y Frondizi clausuraron sus actividades cuatro días antes de los comicios, con un acto multitudinario en plaza Constitución que terminó, como era habitual, con una carga de la policía que dejó un saldo de heridos y contusos.

Entretanto, el personaje que normalmente hubiera sido el eje de la acción oficialista continuaba en su retiro. Debilitada por la anemia que era sólo un efecto, y no el más grave, del cáncer que la estaba devorando, Evita habló por radio el 28 de septiembre a las nueve de la noche: una breve alocución de agradecimiento a los "descamisados" por su actitud solidaria con Perón en esa jornada. La pronunció con un ritmo desacostumbradamente lento y fatigado. Pero dos semanas después vivió una alegría, al tener en su mano *La razón de mi vida*, el libro que venía trabajando desde hacía más de tres años.

Estaba convencida de la necesidad de establecer una suerte de Corán que resumiera su trayectoria, sus ideales y, sobre todo, su incondicional y desbordante adhesión a Perón. Un periodista valenciano que había vivido en Alemania durante la guerra y llegó a Buenos Aires en 1946, la convenció de ordenar y escribir sus confidencias. Después de muchas entrevistas, logradas entre el desorden de sus actividades, el escriba consiguió redactar un original que satisfizo a Evita con su mezcla de recuerdos y propuestas feministas, en un lenguaje muy simple y directo. El manuscrito sufrió, por imposición de Perón, correcciones, adiciones y transposiciones pergeñadas en su mayor parte por Raúl Mendé, el secretario de Asuntos Técnicos, que creía tener talento literario —de hecho, había escrito una obra de teatro pésima— y por el ministro de Educación Méndez San Martín. El resultado de la mescolanza fue mediocre. Evita era tan neta y genuina en todas sus cosas, que aquello que hacía por sí misma tenía un signo inequívoco de autenticidad; cuando entraban a tallar los intermediarios, el resultado saltaba a la vista por impropio.

Este es el caso de *La razón de mi vida*, que salvo algunas páginas rescatables resulta una obra ramplona, edulcorada, cursi

y reiterativa, sin otra idea que la adhesión a su marido y la autodisminución de su propia figura, "el gorrión" frente "al águila". En vez de un manifiesto de la experiencia personal que había vivido Evita para transmitir como una vía de dignificación de la condición femenina, el libro resulta una novela rosa y una inconexa antología de lugares comunes. Fuera como fuera, el libro había salido a luz y Evita, en su dolencia, pudo compartir el alborozo de todo autor primerizo al ver ese volumen de tapas duras, con su foto más conocida en la tapa, correctamente impreso por Peuser. No pudo asistir a la presentación de la obra; Perón la reemplazó. En decenas de miles de ejemplares —nunca se estableció el monto de las sucesivas ediciones y el periodista español se quejó, años más tarde, de que no se le había pagado lo convenido— la obra colmó las vidrieras de las librerías, pasó a colegios, escuelas e instituciones de toda clase, fue posteriormente convertida en libro de texto obligatorio y sufrió el proceso de sacralización de todo lo que había tenido que ver con Evita. Hoy se lee con escaso interés, como una expresión fallida de lo que pudo ser un documento apasionante de nuestra historia contemporánea, con la auténtica saga de esa extraordinaria mujer que, al aparecer su libro —"el hijo que no tuve", según le habría confesado a su escribidor— vivía la angustia de un mal cuya gravedad nadie se animaba a decirle pero ella intuía dolorosamente, entre transfusiones y penosos exámenes médicos.

Otro momento grato le fue deparado a Evita en esas semanas llenas de incertidumbre: la inauguración de la Ciudad Estudiantil, en Dragones y Echeverría, en el bajo de Belgrano, una obra de la Fundación que era una maravilla de imaginación y artesanía, supuestamente destinada a alojar a los estudiantes del interior. Se inauguró el 25 de octubre y tampoco pudo su inspiradora hacerse presente. Pero habló por radio para subrayar la significación de esta obra y anunciar, además, la terminación de cuatro hogares de ancianos, ocho hogares-escuela y doce instituciones de salud, a lo que podían agregarse doscientas proveedurías de la Fundación para contribuir al abaratamiento del costo de la vida. Cuatro días después publicó un llamamiento dirigido a las mujeres. Y todavía alcanzó a grabar una alocución que debía difundirse en vísperas de las elecciones. En ninguna de estas piezas dejó de decir lo que siempre decía: adhesión a Perón,

exaltación de los "descamisados", vigilancia sobre los traidores y vendepatrias. Pero si el fondo era el mismo, el tono estaba atravesado ahora por una indefinible melancolía, como si hablara un punto antes del sollozo.

Por su parte, Perón seguía haciendo pausadamente su juego. No descendió a realizar una campaña electoral. No se movió de Buenos Aires. Se limitó a admitir como un logro propio el campeonato mundial de automovilismo obtenido por Fangio en Barcelona, dar la orden de largada del "Gran Premio Reelección", y recorrer las enormes instalaciones de la "Muestra de la Nueva Argentina" montada por la subsecretaría de Informaciones a lo largo de la calle Florida, entre Avenida de Mayo y Charcas, una revista plástica de lo realizado por el gobierno desde 1946 en todos los órdenes de la vida nacional. Finalmente pronunció cuatro conferencias por la red oficial de emisoras, haciendo el racconto de su gestión de gobierno, enfatizando sus realizaciones y planteando la necesidad de continuarlas: la voz presidencial tenía un radio de difusión indudablemente más vasto que el de sus oponentes... En el inventario se mechaba a cada rato el odio y el desprecio por la oposición: "Yo, que conozco el estado en que dejaron el país esos charlatanes y deshonestos, le pido a Dios que nunca más pueda caer en sus manos..." "Evidentemente, hoy el dilema de los argentinos sigue siendo Braden o Perón...". "Ellos, que sirven a los imperialistas y a la oligarquía, no terminan de entenderse nunca cuando se trata de elaborar un plan de gobierno. En lo único en que se ponen de acuerdo es en sus crisis histéricas de antiperonismo; en todo lo demás reina el más absoluto desbande, como que cada partido se ha convertido en una innumerable cantidad de pequeñas bandas sin unidad de concepción, sin doctrina, sin unidad de acción..."

Y como ocurría todos los años para esa fecha, el 17 de octubre presidió los actos del "Día de la Lealtad" que, según se recuerda, fue el más numeroso y lleno de fervor de todos los que se cumplieron en esa efemérides, antes y después.

Para Perón, ponerse en el balcón en tal fecha y dirigirse al pueblo era una rutina. Para Evita, esta vez, un esfuerzo sobrehumano. Pero también el momento más gratificante de esos meses. Como se ha dicho, desde el 24 de septiembre permanecía en la residencia de Avenida del Libertador, y sólo se movió de

allí para ser trasladada el 3 de noviembre al policlínico de Lanús donde sería intervenida quirúrgicamente; lo del 17 de octubre fue, pues, su única aparición pública en aquellas semanas y hasta mayo del año siguiente. Seguramente impuso su voluntad sobre la de los médicos y del propio Perón, que sabían el desgaste físico que implicaría semejante esfuerzo. Pero si no había asistido a la presentación de su libro ni iba a concurrir a la inauguración de la Ciudad Estudiantil, no había fuerza humana que le impidiera encontrarse con sus "descamisados" en esa soleada tarde de octubre. Sentada en el balcón sobre un pequeño taburete que casi la ocultaba del enorme público que llenaba la plaza, escuchó las alabanzas que Perón derramó sobre su persona. "Ella, para nosotros, nació con el justicialismo [. . .] El sindicalismo argentino recibió de ella una ayuda inigualable, esas ayudas que se realizan con el corazón [. . .] Ella, con una capacidad natural para el manejo político de las masas, le ha dado a este movimiento peronista una nueva orientación, una mística y una capacidad de realizaciones en el campo político, que ha puesto a la mujer casi a la par del antiguo movimiento cívico argentino [. . .] Ella, durante estos seis años, me ha mantenido informado al día de las inquietudes del pueblo argentino [. . .] Ella ha tenido, con su tino maravilloso, la guarda de mis propias espaldas [. . .]."

Cuando se puso frente al micrófono, un inusual silencio reinaba en la plaza. "Yo les aseguro que nada ni nadie hubiera podido impedirme que viniera, porque yo tengo con Perón y con todos ustedes, con los trabajadores, con los muchachos de la CGT, una deuda sagrada; a mí no me importa si para saldarla tengo que dejar jirones de mi vida en el camino. Tenía que venir, y he venido para darle las gracias a Perón, a la CGT, a los descamisados y a mi pueblo."

Y siguió leyendo el texto que sostenía en su mano izquierda, con una voz aparentemente tan entera como siempre, apenas tiznada con un toque de afonía. Algunos privilegiados pudieron ver su imagen en la pantalla de TV, pues fue ésta la primera oportunidad en que se realizó una transmisión televisiva en el país por el único canal existente entonces, el 7, perteneciente a Radio Belgrano. Llevaba un tocado oscuro muy sobrio, sin joyas, el pelo recogido, unos aros parecidos a los que usara en el Cabildo Abierto. Se la notaba delgada, pero no demasiado diferente

a su imagen clásica del último año. Por momentos, Perón la sostenía de la cintura. Siguió reclamando fidelidad al líder, recomendando estar alerta contra los enemigos, encomendando al pueblo su propia misión. El ambiente de la plaza, que en esas ocasiones solía ser eufórico y desbordado, ahora era recogido. Y era difícil mantener la ecuanimidad frente a esa mujer frágil y quebradiza que superando sus dolencias venía a recibir los elogios de Perón y el amor de su pueblo, esa figura pálida y oscura que al terminar se derrumbó en brazos de su marido, agotada. En el aire primaveral flotaba un indefinible toque póstumo, de mensaje final...

## *La triunfal reelección*

A principios de noviembre todo el país estaba pendiente del comicio del 11, con esa afición que siempre han guardado los argentinos a las grandes competencias electorales.

El gobierno había volcado todos los recursos del Estado a favor del presidente. Nada quedaba por hacer. ¿Nada? El 5 de noviembre, el jefe de Control de Estado envió a los ministros del Poder Ejecutivo, "por disposición expresa del Excmo. señor Presidente de la Nación" un escueto "Plan Político Año 1951/Acciones Finales", que planteaba la posibilidad de llevar a la práctica "algunas acciones finales complementarias". En el ámbito del Ministerio de Trabajo y Previsión, por caso, se trataba de mejorar la atención al público en hospitales, policlínicos, maternidades, etcétera, en jubilaciones y pensiones y otros trámites relacionados con el trabajo. Otras reparticiones debían esforzarse por asegurar un abundante abastecimiento de carne, manteca, quesos, alcohol de quemar, vino común "y otros artículos que faltan en el mercado siendo de producción nacional". El gobierno tenía que pagar las cuentas pendientes y las autoridades de los ministerios debían hablar con los empleados sobre la obra realizada y las perspectivas futuras. Seguía adjunto un memorándum sobre la significación cuantitativa y cualitativa de los empleados públicos, que "si no son convenientemente educados e informados", se transforman "en campo fértil a la propaganda disociadora, que los aparta de lo que debiera ser su norma sagrada de conducta: lealtad inquebrantable a las autoridades constituidas".

Dichas en otro tono y difundida por medios diferentes, estas directivas no se diferenciaban sustancialmente de las que hubiera podido impartir un caudillo conservador o radical en las épocas clásicas de la politiquería: vino, asado, empanadas, buen trato a los ciudadanos, tenerlos contentos antes de la elección...

Que por fin llegó el domingo 11 de noviembre de 1951. Cinco días antes, Evita había sido operada y un inexpresivo comunicado médico se había limitado a anunciar que el estado de la enferma evolucionaba favorablemente. En el discurso grabado antes de internarse, transmitido el viernes anterior al comicio, Evita lanzó la consigna que al día siguiente el aparato oficial de propaganda difundió a través de todos los medios, como una síntesis de la alternativa que se planteaba: "No votar a Perón y todos sus hombres, es traicionar la Patria".

Sería una elección muy amplia. El padrón electoral se había duplicado con la incorporación de las mujeres, pero además, Chaco y La Pampa elegían constituyentes; Formosa, Misiones y Río Negro, dos delegados a la Cámara de Diputados, y Comodoro Rivadavia, Chubut, Neuquén, Santa Cruz y Tierra del Fuego, un delegado al mismo cuerpo legislativo, con voz pero sin voto todos ellos. Además, los ciudadanos de todos estos territorios participaban, por primera vez, en la elección de presidente y vicepresidente. En casi todas las provincias se elegía gobernadores, senadores y diputados nacionales, así como legisladores provinciales y autoridades municipales en muchas de ellas. Sobre todo este amplio cuerpo electoral se machacaba que no votar a Perón y sus hombres, era traición...

Los hombres de Perón venían siendo designados desde mediados de septiembre por el Consejo Superior del Partido Peronista, que en sucesivas sesiones secretas emitía la *fumata* que habilitaría a los diversos candidatos, desde los concejales municipales de Chubut y los convencionales que sancionarían las constituciones de las nuevas provincias de Chaco y La Pampa, hasta los postulantes a las gobernaciones de provincias y las restantes candidaturas. Todo salió por vía del Consejo Superior en trámites esotéricos cuyos resultados se difundían en comunicados radiales ansiosamente escuchados en las provincias interesadas, tal como se siguen los sorteos de la lotería... Y no dejó de ser una lotería para algunos, en esto de perder o ganar, como un distinguido

militar, embajador en un país latinoamericano, a quien se pidió aceptara la gobernación de su provincia natal; lo hizo, renunció a su embajada, se trasladó a Buenos Aires, y la noche que transmitían las candidaturas de su patria chica, ¡no escuchó su nombre! A último momento, una interferencia de Evita lo había desplazado... El cambio más importante fue el del gobernador de Buenos Aires; el antiguo "corazón de Perón" fue sustituido por Carlos V. Aloé. Disciplinadamente acató Mercante su kharma político, y el 17 de octubre se lo vio todavía en el balcón de la Casa Rosada. El resto de los candidatos a gobernador estaba integrado por técnicos, sindicalistas o funcionarios con actuación en los gobiernos locales; pocos políticos serían gobernadores. En cambio, en las listas de candidatos a diputados se respetaba la organización tripartita del movimiento peronista y había mujeres, sindicalistas y políticos en partes relativamente proporcionales.

Pero desde luego "los hombres de Perón" carecían de importancia, como no tenía importancia Quijano, que no apareció en la campaña ni fue mencionado jamás, salvo una breve fotografía en la primera página de *La Época* la víspera de la elección. El único importante era Perón. Ni siquiera contaban Balbín y Frondizi, los principales oponentes: el voto sería a favor de Perón o en contra de Perón.

El 11 de noviembre llovió en la Capital Federal y en varias regiones del país. Los *contreras* inventaron en seguida un cruel augurio:

—Con la pista embarrada y la yegua mancada, difícil que gane...

No hubo incidentes, se votó en orden en todos lados. La animadora del voto femenino sufragó en el policlínico donde estaba internada, por especial autorización de la Junta Electoral y consentimiento del candidato radical a diputado de la circunscripción donde estaba inscripta; el hijo de éste, el futuro novelista David Viñas, actuó como fiscal ad hoc, y años después recordaría el contraste entre la atmósfera de adulonería que vio en el policlínico, y la devota unción de las mujeres que velaban afuera.

A la noche ya se conocían los cómputos metropolitanos, y al día siguiente los de todo el país. Perón había triunfado por una abrumadora mayoría: 4.745.000 votos sobre 2.415.000 para Balbín-Frondizi. El vuelco de los opositores a favor del radicalismo era

considerable, porque las cifras de los otros partidos resultaban sospechosamente chicas: 175.000 sufragios conservadores, 71.000 comunistas, 55.000 socialistas y poco más de 2.500 demoprogresistas, que a último momento habían decidido abstenerse. En el total general, Perón había obtenido el 62,5 % de los votos, y Balbín casi el 32 %. En todos los distritos el voto peronista femenino superaba al voto peronista masculino; si hubieran votado solamente las mujeres, el triunfo de Perón habría tocado el 64 %; si hubieran votado solamente los hombres, la victoria peronista hubiera sido de 61 %. En las provincias de menores recursos la proporción oficialista era mayor: 81 % en el Chaco o 77 % en Jujuy. En cambio, en la Capital Federal y Córdoba la mayoría peronista no pasaba del 55 %.

Era importante el resultado en la Capital Federal, porque en el padrón masculino, radicales y peronistas habían estado relativamente parejos. El electorado metropolitano, aquel que en 1912 diera el triunfo a los radicales sobre la máquina del Régimen, en 1930 el triunfo a los socialistas independientes sobre el aparato yrigoyenista, en la década del 30 la mayoría a radicales o socialistas desdeñando a la Concordancia; ese electorado que siempre fue la caja de resonancia del país político y el indicio cierto de sus cambios de humor, ese electorado había votado en un 53 % por Perón y en un 45 % por la oposición. ¿Podía justificarse ahora que Perón calificara a esta casi mitad, de cipaya y vendepatria? Eran las mujeres las que habían decidido el resultado en la Capital Federal, corriendo el fiel de la balanza hacia Perón en un 57 %. Sus votos valían igual que los de los hombres, claro, todos eran ciudadanos, por supuesto... Pero nada impedía ahora que en los subtes, los tranvías, los colectivos, en los cines o en la calle, cada porteño antiperonista viera en cualquiera que se cruzara un partícipe del mismo aborrecimiento a Perón y su régimen. Porque además era aquí, en la Capital Federal, donde aparecía claramente el fraude de la "gerrymandra" peronista que justificaba los clamores de la oposición: con el 42 % de los votos del distrito, los radicales habían obtenido sólo cinco bancas; con el 53 % de los sufragios, los peronistas se habían hecho de veintitrés...

Dos factores contribuyeron a hacer decisivo el triunfo de Perón. Uno fue el golpe de Menéndez. En este episodio, Perón

confirmó su imagen de ganador, y eso es algo que siempre atrae. Además, su gobierno había mostrado buenos reflejos en la emergencia, actuado con energía y demostrado no asustarse; y para completar, en el momento del castigo no había actuado con saña excesiva. Agreguemos que el sacrificio del humilde cabo Farina, que cayó defendiendo a Perón, en contrapunto con algunos de los apellidos de los revolucionarios, parecían confirmar la idea de que se trataba de un golpe oligárquico, un capricho de los *petiteros* —como se decía por entonces—. El golpe parecía justificar la dureza de Perón con sus opositores: meterlos presos, impedirles usar la radio, cerrarles los diarios, hacerles, en suma, la vida imposible, aparentaba ser una modalidad perfectamente lógica puesto que, tal como venía sosteniendo desde 1946, la oposición conspiraba en alianza con "oscuros intereses". Perón pudo agradecer al viejo general golpista su apresuramiento: gracias a él había logrado no solamente purgar las Fuerzas Armadas e imponer una virtual ley marcial por tiempo indefinido en todo el país, sino que había sacudido los sentimientos peronistas y volcado una masa de votos que, sin el acontecimiento del 28 de septiembre, acaso hubiera optado por cualquiera de las alternativas opositoras.

El otro factor fue Evita, o mejor dicho, su enfermedad. ¿Quién podía no conmoverse por el espectáculo de esa bella mujer recorriendo su calvario y sacando fuerzas de su degradación física para defender a su hombre y su causa? En las grandes masas no había trascendido la real naturaleza de su dolencia; quería suponerse que un exceso de trabajo le había provocado la anemia que padecía; su estado era, entonces, la consecuencia de sus desvelos, y todo el pueblo humilde se sentía un poco culpable de que sus cuidos hubieran aparejado a la pobrecita esta cruz que sobrellevaba valientemente. El diagnóstico irreversible de su enfermedad parece haberse establecido a fines de septiembre; después del indispensable período de reposo, transfusiones y refuerzos de sus defensas orgánicas, los médicos resolvieron operarla en los primeros días de noviembre. La fecha fue una imposición de su propia evolución y, además, de la llegada al país de un célebre cancerólogo norteamericano que fue llamado especialmente para intervenir. Pero políticamente no habría sido más oportuna si se la hubiera fijado exclusivamente en función de las elecciones. La preocupación de Perón por su esposa, la multitud que se congregó

frente al policlínico de Lanús velando noche y día su internación, la exhortación radial que salió al aire después de la operación y en vísperas del comicio, todo contribuía a que un cierto número de votos emotivos, principalmente femeninos, se sumaran al caudal electoral oficialista. Después de todo, Evita era lo que aparecía como más puro, sincero e incontaminado de la atmósfera del gobierno, donde el tufo de negociados y la presencia de oportunistas era, por veces, demasiado perceptible. Aunque todavía no se había llegado a los escándalos que estallaron después, no podía dejar de trascender el clima creado por automóviles "a precio de lista", permisos de importación otorgados a algunos privilegiados, radicación de empresas, subsidios a determinadas industrias, mangoneos del poder oficial, enriquecimiento de determinados personajes, obsecuencia, adulación, mezquindades de grupos y rivalidades de facciones, nepotismo del clan Duarte. Pero nada de esto parecía rozar la imagen de Evita, obstinada en su papel de guardiana de la revolución peronista y protagonista de una renuncia "a los honores, no a la lucha". ¿Quién podría resistirse a esa exhortación que parecía un testamento, difundida con una voz como de ultratumba?

Sin embargo, si se examinan fríamente las cifras de las elecciones de 1951, el triunfo de Perón no era tan abrumador como parecían proclamarlo los números. En seis años de gobierno, a pesar de sus espectaculares realizaciones —desde la nacionalización de los ferrocarriles hasta la energía atómica que, por lo visto, en pocos meses más sería una realidad—, manejando un incontrastable aparato de propaganda y coacción, en seis años de asfixiar a la oposición, cubrirla de denuestos e identificarla con la traición y el entreguismo, Perón sólo había aumentado un 10 % su mayoría de 1946. De diez argentinos, tres y medio seguían siendo antiperonistas; a tal punto que se animaban a expresarlo a través del voto. Ni el opositor más delirante había supuesto que el presidente podía perder las elecciones: era impensable la visión de un Perón derrotado en las urnas, escuchando por radio las cifras de su fracaso y disponiéndose a entregar pacíficamente el poder al adversario... Pero la ordalía que debía padecer Perón cada vez que había elecciones era que no podía perder un voto; no podía mostrar que estaba retrocediendo. Para la oposición, en cambio, especialmente para el radicalismo —el partido que

había canalizado la mayoría de los sufragios de la *contra*—, un voto más sobre el comicio anterior ya era un triunfo, un estímulo, una guiñada del destino impulsándole a seguir peleando. Ahora Perón había obtenido el 62,5 % de los sufragios, pero teniendo en cuenta lo dicho y lo hecho y el tiempo transcurrido desde 1946, sus enemigos no tenían motivos para desalentarse.

## *Los últimos meses*

Pasados los trajines electorales, efectuadas las proclamaciones pertinentes, las cosas tendieron a remansarse y adquirir nuevamente la dimensión burocrática en la que Perón se movía con comodidad.

Semanas después de los comicios reapareció *La Prensa*, convertida en órgano de la CGT. El gobierno había prestado veinte millones de pesos a la central obrera y al sindicato de Napoleón Sollazo para que integraran el capital de la nueva sociedad editora. Llegó el nuevo crucero *Diecisiete de Octubre* en su viaje inaugural. Perón conversó extensamente con una delegación de legisladores norteamericanos; uno de los gringos tuvo la imprudencia de referirse varias veces al préstamo de 125 millones de dólares del año anterior llamándolo así, préstamo, lo que causó poca gracia al presidente. Todo estaba tranquilo en esos últimos meses de 1951. Continuaban las misas por la salud de Evita, que en los primeros días de diciembre hizo un par de paseos en automóvil por la ciudad y grabó una alocución dedicada a agradecer a quienes se habían interesado por su estado. Richter insistía en anunciar para muy pronto la producción de energía atómica, mucha más de la que había calculado al principio...

En el ambiente pacífico que había recuperado el país, sólo un indicio marcaba la proximidad de un conflicto político. El juez federal continuaba con la investigación del episodio del 28 de septiembre en relación con los civiles implicados. Había decretado la prisión del dueño de la quinta donde se alojara Menéndez en la víspera del golpe, de algunos de sus amigos y de los linotipistas que compusieron la proclama revolucionaria. Entre los que aparecían involucrados figuraban, según el juez, cuatro diputados nacio-

nales: Yadarola, Santander y Zavala Ortiz, radicales, y el conservador Pastor. Por consiguiente, dirigió una nota a la Cámara de Diputados para que ésta adoptara las medidas correspondientes. El acto final de este tipo de pedidos, ya se sabía, habría de ser el desafuero de los legisladores imputados para su juzgamiento. No podía dudarse: bajo las apariencias de la paz y aun después de la renovación electoral, todo seguía como antes, la misma división, idéntico enfrentamiento entre dos países, uno peronista y otro antiperonista.

Fue precisamente entonces cuando Perón tuvo a la mano una excelente oportunidad para abrir una política de conciliación mediante un gran acto de generosidad nacional. Estaba en la mejor posición para hacerlo. Había triunfado largamente en los comicios, dominaba unánimemente el próximo Senado y, con una mayoría más amplia que antes, la Cámara de Diputados. Tenía el control de todas las provincias. El paciente trabajo de montar un Estado que estuviera al servicio de su concepción estaba virtualmente terminado. Las purgas en las Fuerzas Armadas le garantizaban un apoyo total en los sectores castrenses, vacunados ahora contra cualquier alzamiento. Además, debía encarar a breve plazo un plan económico que necesitaría de la buena voluntad de todos. La posición internacional del país, terminado ya el conflicto de Corea, era cómoda. Y la oposición, extenuada con el fracaso del golpe de Menéndez y los resultados electorales, estaba dispuesta a aceptar cualquier gesto que implicara mejorar un poco su situación: una amnistía, por ejemplo, algunas libertades de los centenares de presos, un juego más limpio en el tono de los periódicos oficialistas o en el Congreso... Nada del otro mundo: simplemente un respiro, un ensayo de convivencia pacífica. Perón estaba en ganador; era el momento de dar un paso adelante en el camino de una pacificación que se necesitaba cada vez más. Hasta la enfermedad de Evita ayudaba, al sacar temporariamente de circulación su voz fanática e implacable.

Pero el presidente no dio ese paso. La fecha de la omisión está registrada: fue el 16 de diciembre de 1951. La oportunidad, una conversación que el presidente tuvo con uno de los implicados en la investigación de la conjura de Menéndez, el diputado Reinaldo Pastor.

No hemos podido establecer con certeza si fue Pastor el que

pidió la entrevista o si el presidente convocó al presidente del Partido Demócrata. En su momento, Pastor dijo que fue tramitada por una tercera persona que no podía nombrar por haberse comprometido a mantener el secreto de su gestión. El caso es que ese día, a las 11 de la mañana, llegó Pastor a la residencia de Avenida del Libertador acompañado por un amigo que quedó esperando en las inmediaciones. Ninguno de sus compañeros de partido fue avisado.

Perón recibió a Pastor en traje de equitación. La mayor parte de la conversación la mantuvo de pie, chicoteándose las botas con una fusta. Y desde el principio fue una charla de sordos. El presidente habló de su política internacional, de la economía del país y tocó, en general, los temas que eran habituales en su repertorio. Acusó a la oposición de conspirar y justificó la mano dura que se empleaba con ella. No adelantó ninguna medida conciliatoria, ni con relación a su visitante ni con su partido ni con el resto de la oposición.

El diputado puntano, que escuchaba sentado las parrafadas del presidente, aludió, a su vez, a la situación de persecución que sufrían los opositores e insinuó la necesidad de poner término, por lo menos, al "estado de guerra interno". En algún momento dijo que Perón estaba convirtiendo en mártires a sus adversarios, y señaló que esto nunca es bueno. En el informe que rindió meses después al Comité Nacional de su partido, Pastor aseguró que no se había hablado de la trayectoria del conservadorismo ni enjuiciado al mismo, y que él, Pastor, había puntualizado su discrepancia conceptual con las manifestaciones del primer magistrado. En síntesis, lo que ambos interlocutores habían querido decirse era algo como esto:

—Yo tengo que acogotarlos porque ustedes conspiran contra mí...

—Nosotros conspiramos porque usted nos tiene acogotados...

Ya se sabe que en política los secretos tienen vida corta. Una infidencia de Subiza echó a rodar la versión del encuentro: los conservadores la recibieron con horror, y José Aguirre Cámara que, como hemos visto antes, tenía una cuenta para cobrar al presidente de su partido, realizó una rigurosa investigación. Apurado por sus amigos, Pastor negó una y otra vez la existencia de la entrevista. Días más tarde no pudo menos que confesar la

verdad. El 23 de diciembre presentó la renuncia a su banca, aduciendo que no quería quedar en mejor situación que sus colegas amenazados de desafuero; así desapareció la única voz conservadora del Congreso. Tres meses más tarde tuvo que renunciar a la presidencia de su partido y su trayectoria entró entonces en un cono de sombra que duró hasta después de la caída de Perón.

Relata Frondizi que, con posterioridad al encuentro Perón-Pastor, le dijo Cámpora que el presidente quería conversar con él.

—No tengo inconvenientes —habría respondido el diputado radical— siempre que los dos nos sentemos frente a un micrófono que transmita a todo el país lo que hablemos . . .

Naturalmente no se volvió a tocar el tema.

—En esa época —recuerda ahora el ex presidente—, respecto de sus opositores, Perón quería sólo dos cosas: someterlos o "quemarlos".

Conviene señalar que ni Pastor ni los otros diputados señalados por el juez federal habían técnicamente incurrido en un delito contra la seguridad del Estado. Habían tenido conocimiento, eso sí, de la conspiración de Menéndez, y le habían prometido apoyo en caso de triunfo; pero no habían cooperado en sus preparativos ni en la realización del golpe. No contaban con medios para hacerlo, no podían comprometer a sus respectivos partidos ni participar en un evento que sería exclusivamente militar. Tampoco estaban en condiciones de detener a Menéndez en sus propósitos. Es claro que deseaban su triunfo y entendían justificada la revolución en cuanto no existía, a juicio de ellos, una salida legal a la situación instaurada en el país. Pero despojarlos de sus fueros y enjuiciarlos era una respuesta desmedida en relación con los hechos en que habían participado, más aun cuando sus mandatos terminaban el último día de abril de 1952.

Ninguna de estas consideraciones pesó en el ánimo de la mayoría de los diputados: el 29 de diciembre, Yadarola, Santander y Zavala Ortiz fueron despojados de sus fueros. A Pastor ya se le había aceptado su renuncia.

No fue ésta la única vez que un dirigente de la oposición levantó bandera blanca ante Perón. Como se relatará en lo que resta del presente volumen y en el último de esta obra, por distintos motivos ninguna de estas gestiones tuvo éxito, y a su

vez, cuando el propio Perón hizo señales de pacificación, su iniciativa fue incompleta en una oportunidad y tardía en la otra.

Es que había en el líder justicialista una real incapacidad para entender los motivos de la oposición, y en su espíritu existía un negro depósito de desprecio por los discrepantes con su régimen. Creía o aparentaba creer que todos los opositores eran un conjunto de antipatriotas manejados por "oscuros intereses" y movidos por las más bastardas motivaciones. Atribuía a todos las peores características de algunos, y entonces veía en la oposición entera una banda de tirabombas y asesinos. No había matices en su apreciación y, como siempre le fue fácil persuadirse de lo que le convenía, aquel aborrecimiento, aquel desdén, le surgía cada vez que aparecían las minorías en su cuadro. En el mejor de los casos, se limitaba a negar la existencia de una tercera parte de la ciudadanía, como si ese terco porcentaje de antiperonistas —minoritario, es cierto, pero persistente—, que revelaban las elecciones fuera irreal y no computable.

Para entender esta actitud hay que considerar que la estructura del Estado edificado por Perón era tan perfecta para sus fines, que no admitía la sustracción de uno solo de sus elementos. Pacificar, conciliarse, amigarse, muy bien: pero ¿cómo? ¿Restableciendo la libertad de prensa? Esto implicaba vender los diarios y las radios adquiridos por el Estado o los personeros del régimen, o devolver *La Prensa* a Gainza Paz... ¿Liberando a los presos políticos? Eso significaba volver a poner en circulación a todos los que habían amenazado la seguridad del régimen... ¿Restaurando una justicia independiente? ¿Derogando las leyes represivas? ¿Dejando sin efecto el "estado de guerra interno"? ¿O la ley que minimizaba la representación opositora en los cuerpos colegiados? Cada apoyatura legal o humana del Estado que Perón había elaborado, integraba una cantidad de intereses difícilmente desplazables: ni siquiera su omnímoda voluntad era suficiente para removerlos. ¿Cómo se hace para convertir a un juez político en un magistrado independiente? ¿Cómo se hace para que un periodista acostumbrado a acotar loas y ditirambos a toda iniciativa oficial recupere la dignidad de su opinión?

A medida que Perón masillaba y sellaba la arquitectura de su "comunidad organizada", iba quedando aprisionado dentro de su perfección. Nada podía tocarse. Todos los puntos eran axiales, y

cambiar cualquiera era poner en peligro la estabilidad de su construcción. Entonces nada era negociable y todo se hacía cada vez menos susceptible de modificarse. Los términos de la política en torno al Estado peronista se iban haciendo irreductibles: había que aceptarlo en su totalidad o rechazarlo absolutamente.

A su vez, ¿cómo podría el opositor dejar de imaginar a Perón como un tirano inmoral y mentiroso? ¿De qué modo o a través de qué mecanismos mentales aceptaría sus modalidades como propias de su peculiaridad y genio? Había que olvidar muchos agravios y arbitrariedades, había que soslayar los coros de la obsecuencia y tratar de entenderla como adhesión legítima de vastos sectores; era necesario sacar de foco esos personajes mediocres u odiosos que rodeaban a Perón, aquellos que se mantenían a flote reiterando las peores características de su jefe y adelantándose a su agresividad e intolerancia.

¿Quién, entonces, podría construir algún territorio para el entendimiento nacional, si de uno y otro lado se habían cortado todos los puentes? El peronismo, justificado por su mayoría, estaba convencido de que la minoría era despreciable; la minoría, desdeñando una mayoría que consideraba ignorante o, por lo menos, engañada, no dudaba que estaba autorizada para librarse por cualquier medio de la opresión que la asfixiaba. Así, todo intento de conciliación que partiera del oficialismo se interpretaba como debilidad; todo el que surgiera de la oposición era tenido como traición. Esto se vería claramente un mes y medio después de la entrevista de Pastor con Perón, en un episodio parecido. Entretanto, nadie facilitaba una iniciativa de paz, y así no se podía seguir viviendo.

Esta imposibilidad de entendimiento era el saldo más cierto y amargo del año que expiraba. Ese año 51 de las movilizaciones ferroviarias, del "caso Bravo", del Cabildo Abierto y la triunfal reelección de Perón. Ese año marcado por la declinación física de Evita y el golpe de Menéndez, que concluía con una alarmante inflación del 37 % y una sequía que no cesaba, como si los buenos tiempos estuvieran terminando y lo evidenciaran sin disimulo. Como si se estuviera cumpliendo el sarcástico comentario que Nerio Rojas había expresado alguna vez en el Congreso:

—Todo anda cada vez mejor, porque todo anda cada vez peor...

# TERCERA PARTE

## EL AÑO DE LA MUERTE DE EVITA

Durante todo el mes de enero de 1952 se había estado reuniendo el Consejo Económico Nacional para tratar el problema de los precios y los salarios. Las deliberaciones se ampliaban a veces con la presencia del Comité Confederal de la CGT y representantes de la Confederación Argentina de la Producción, la Industria y el Comercio CAPIC, entidad patronal que, aunque no del todo representativa, como ya se ha contado, podía ser un pasable interlocutor de la parte sindical. Durante el año anterior los ingresos de los trabajadores habían sufrido la pérdida de más de una tercera parte de su poder adquisitivo y algo había que hacer para detener la tendencia inflacionaria que amenazaba desordenar las mejoras salariales otorgadas con anterioridad.

Pero nada parecía ayudar en ese verano del 52. Salvo el girasol y el maíz, las áreas sembradas de todos los productos graníferos habían descendido; en algunos casos, como el trigo y el lino, verticalmente. Desde la primavera de 1951 en adelante, las condiciones del tiempo se habían vuelto muy desfavorables: una sequía pronunciada, interminable, vientos calientes que abrasaban las siembras recientes, lluvias torrenciales allí donde no interesaba que lloviera... Era ya evidente el desgano de los productores rurales ante la reiteración de trabajos que carecían de aliciente, con precios oficiales muy bajos, equipos viejos sin reposición posible, trabas burocráticas a sus tareas. Todos los presagios que Gómez Morales venía haciendo desde principios de 1949 se habían cumplido. Ahora ya no había espacio para más dilaciones. La escasez de divisas no podía superarse con otro empréstito; el malestar de los trabajadores por la creciente inflación podía estallar en un verano caliente como el de los ferroviarios, un cabal año antes, pero incontrolablemente multiplicado.

## *Plan de austeridad*

Era el momento de poner en marcha alguna rectificación de la política económica que se había seguido hasta entonces. Llegaba el momento de pagar las facturas de la *fiesta* para lo cual, en primer lugar, había que convencer a los comensales de que realmente había terminado. Y era indispensable hacerlo ahora, entre la triunfal reelección de noviembre y la asunción del poder por segunda vez en el próximo mes de junio. Después de todo, el verano es la época ideal para afrontar la ducha helada de las malas noticias.

De modo que el 12 de febrero Perón anunció su mediación en el tema de precios y salarios: se rebajarían los precios cuyo aumento no se hubiera justificado, se establecerían precios nuevos que serían congelados; se haría una tabla de porcentajes de acuerdo con el costo de la vida. En suma, los precios se congelarían por decreto; los salarios se estabilizarían por convenios colectivos ya concretados o por formalizar, que durarían dos años. Esto, como medida de pura emergencia. Una semana después, el presidente pronunció un discurso por la red oficial que dejaba entrever la gravedad de la situación, y lanzó el plan que se conocería como "plan económico de 1952" o "plan de austeridad".

Perón habló en ese tono sentencioso y didáctico que manejaba con soltura. Insistía en que había que consumir menos y producir más. "Las familias deben organizarse para organizar su desenvolvimiento equilibrado... Ahorrar, no derrochar... Economizar en las compras, adquirir lo necesario, consumir lo imprescindible, no derrochar alimentos que llenan los cajones de basura, no abusar en las compras de vestuario, efectuar las compras donde los precios son menores como cooperativas, mutuales y proveedurías gremiales o sociales. Desechar prejuicios y concurrir a las ferias y proveedurías en vez de hacer traer la mercadería a domicilio a mayor precio; no ser rastacueros y pagar lo que le pidan sino vigilar que no le roben, denunciando en cada caso al comerciante inescrupuloso; evitar gastos superfluos, limitar la concurrencia al hipódromo, los cabaret y salas de juego a lo que permitan los medios, después de haber satisfecho las necesidades esenciales."

Era un verdadero curso de economía doméstica. Amenazaba a los comerciantes: "Así como perseguimos implacablemente al que nos roba en el tranvía, en la calle o en nuestra casa, debemos también hacer sancionar por la ley al que nos estafa en el comercio; el 'descuidista', el estafador y el 'escruchante' es para cada uno de nosotros un ladrón circunstancial; el comerciante deshonesto es un ladrón permanente y para todos".

En cuanto al plan en sí, consistía en cuatro puntos muy concretos: acrecentar la producción agropecuaria y la de otros renglones de la actividad nacional, para lo cual anunció los precios para la futura cosecha, mucho más altos que el año anterior; orientar el comercio exterior hacia una reducción de las importaciones; estimular las exportaciones de productos con saldos disponibles y promover la austeridad de los consumos para facilitar el incremento del ahorro. Se establecían tipos de cambio preferenciales para los productos agrícolas, se restringía el faenamiento de carne y su consumo, se redujo el crédito bancario disponible imponiendo cierta selectividad para concederlo y se prometió una racionalización de los gastos del Estado, empezando por una restricción en las obras públicas no indispensables.

Como se advierte, las medidas no iban al fondo de los problemas; implicaban sólo rectificaciones coyunturales. No rozaban, por ejemplo, la realidad de las empresas estatales y sus pérdidas ni la descapitalización generalizada del sistema productivo privado y su atraso tecnológico, tanto en el campo como en la ciudad. Tampoco atacaba la creciente dependencia de la industria de materias primas y combustible importado, ni promovía la renovación de la infraestructura de los servicios públicos, los transportes, las comunicaciones o la red vial.

Pero "el plan de austeridad" tenía el mérito de asumir francamente algunas realidades desagradables que antes se había negado redondamente, y confiar su solución tanto al gobierno como al pueblo. Sólo un líder como Perón pudo formular un llamamiento como el que hizo la noche del 18 de febrero de 1952. Ha dicho Scott Maiwaring que el plan, "al poner el acento sobre el ahorro y la austeridad, comportó una llamativa revisión del discurso económico característico de los primeros años". Efectivamente, era un cambio en el tono y una rectificación en el contenido de lo dicho hasta ahora: pues ¿no había sido en mayo

del año anterior cuando Perón había dicho ante el Congreso que el país no tenía problemas económicos de ninguna naturaleza? Más adelante, como se verá, vendrían ajustes más importantes, al punto de rozar las bases ideológicas del régimen peronista y contradecir algunas de sus más paradigmáticas realizaciones. Por ahora sólo se trataba de ajustarse un poco el cinturón. Perón habló varias veces en esas semanas sobre el mismo tema, derramando sus consejos para una mejor economía familiar: "Quien gasta más de lo que gana, es un insensato —sentenciaba el 5 de marzo—; quien gasta lo que gana, olvida el futuro; el que produce y gana más de lo que consume, es un prudente que asegura su porvenir". Esto último era lo que el país no había hecho en los años de la *fiesta*, pero eso quedaba atrás. Lo evidenciaba la veda de carne que se había decretado: un día por semana, nada de bifes en restaurantes y hoteles; pronto vendría el pan de un indescifrable color, que era como una confesión cotidiana del fracaso de la política agrícola del gobierno. Y los grandes apagones que asolaron a Buenos Aires y su conurbano desde ese mes y durante todo el año, indicativos de que las turbinas de la intocable CADE ya no daban más: se ordenaron reducciones del consumo eléctrico, un paliativo indudablemente provisorio. Entretanto, se ponían precios topes a una enorme cantidad de productos y se publicaban todos los días los nombres de los "comerciantes inescrupulosos" sancionados por especulación. Al mismo tiempo se aceleraban las negociaciones de los convenios colectivos de trabajo que aún quedaban por concretar.

El consuelo de los argentinos en ese marzo del 52 no residió tanto en la esperanza de que ése sería un estado de cosas superable, sino en el orgullo patriótico de saber que Carlos Thompson iba a disfrutar en un próximo casamiento del monumento azteca que nos visitaba, María Félix; aunque pocas semanas más tarde esta expectativa se esfumó con el matrimonio de la deslumbrante mexicana con su compatriota Jorge Negrete...

En su libro *Buenos Aires: Vida cotidiana en la década del 50*, recuerda Ernesto Goldar con mucha gracia las iniciativas con que se trató de poner en práctica los consejos presidenciales sobre austeridad. Evoca la "huerta de la salud" que el Ministerio de Salud Pública trató de promover en cada terrenito posterior a las casas, con hortalizas y verduras cuyas semillas distribuía gratui-

tamente; la propaganda a favor de espinacas, remolachas, perejiles y nabos difundida por radio por Luis Sandrini, cinco días por semana a las 12:45 en la audición "Cada hogar, un mundo"; los reiterados avisos de las broadcastings dando la voz de alerta para evitar "la formación de una raza de raquíticos o de enfermos de riñón por consumo excesivo de las proteínas que contiene la carne vacuna", con el consejo que era su consecuencia lógica: "coma carne de cordero".

Todo estaba enderezado a justificar la ausencia de carne los viernes y, de paso, demostrar que el pan grisáceo que se consumía era un "pan integral", que contenía más y mejores vitaminas que el elaborado con harina candeal... El mismo autor destaca que en este año de 1952 nunca se usó tanto el calificativo "inescrupuloso". "Es cierto —apunta Goldar— que para el gobierno había políticos inescrupulosos, profesores inescrupulosos, saboteadores inescrupulosos, sacerdotes inescrupulosos, pero los minoristas y sobre todo los almaceneros y carniceros soportaban el estigma de la *inescrupulosidad* como un pecado original."

De todas maneras, con exageraciones y ridiculeces, ocultando las verdaderas causas de la nueva política de austeridad y echando la culpa de las malas cosechas a la sequía, el "plan económico de 1952" se echó a andar. Las condiciones políticas del país hacían posible su viabilidad, pese a su evidente voluntarismo. Antes de terminar este volumen veremos sus resultados.

# I. LA RAZÓN Y LAS LOCURAS

A principios de febrero de 1952 dos hechos totalmente diferentes pusieron de manifiesto, una vez más, los opuestos caminos que venían transitando alternativamente diversos sectores de la oposición.

## *Entre Suárez y Dickmann*

Uno de ellos no tuvo estado público en ese momento y sólo pudo adivinarse por algunas de sus consecuencias laterales. En la madrugada del 3 de febrero el coronel (R.) José Francisco Suárez fue detenido por la policía. Como ya se ha relatado, Suárez había sido puesto en libertad en noviembre del año anterior pero no intentó salir del país, como otros militares en sus mismas condiciones. Se escondió y siguió conspirando.

Estaba convencido de que a Perón no se lo podía voltear con un movimiento convencional al estilo de Menéndez sino por medio de un *putsch*, una acción violenta y decisiva dirigida al corazón mismo del poder. Para ello preparaba camiones blindados —el sueño del Astrólogo en *Los siete locos*— que atacarían la residencia presidencial de Avenida del Libertador, el Departamento Central de Policía, el Correo Central y la red de teléfonos, objetivos suficientes, a su juicio, para dominar la situación y posibilitar el avance de fuerzas provenientes de Campo de Mayo y Ciudadela. Grupos de civiles encuadrados por oficiales retirados cooperarían en las acciones; casi el único militar en actividad que participaría era el mayor Enrique Rauch, a cargo del ataque a la policía. Los contingentes civiles rodearían la residencia presidencial con dos líneas concéntricas (la "Sigfrido" y la "Maginot" las llamaban festivamente los conspiradores) y los camiones blindados embestirían los portones para entrar. Un par de bazookas y armas automáticas habrían de facilitar la irrupción. Preveíase la utilización

de dos ambulancias; una, para los inevitables heridos y la otra, para llevar a Perón al puerto y embarcarlo en un buque de la flota de río. En realidad, esta parte del plan no era muy clara, pues implícitamente se suponía que el presidente habría de morir en el fragor del combate.

Los acontecimientos ulteriores no estaban demasiado definidos, pero el propósito de Suárez era instaurar un poder de facto durante un par de años, por lo menos, derogar por decreto la Constitución de 1949 y a su debido tiempo convocar a elecciones sin participación del peronismo.

Suárez fue repujando su plan desde antes de 1951; su detención en julio interrumpió la conjura. Volvió a activarla, como se ha dicho, desde la clandestinidad, a partir de noviembre. Pero hacia enero de 1952 comprendió que su plan era poco viable en ese momento. Las depuraciones de las Fuerzas Armadas después del golpe de Menéndez y los traslados de oficiales estaban desarticulando sus designios. Por otra parte, se habían registrado filtraciones alarmantes; había muchos civiles comprometidos y éstos suelen ser menos discretos que los militares cuando de labores conspirativas se trata.

A tal punto se tenía por entonces la sensación de que la conspiración de Suárez estaba detectada por el gobierno, que a mediados de enero de 1952 Frondizi aconsejó a los capitanes de fragata y de navío Adolfo Estévez y Carlos Kolungia que se retiraran del complot, porque la policía estaba al cabo de todo.

Se ha dicho que la conjura de Suárez debía estallar el 3 de febrero, día en que se cumplía el centenario de la batalla de Caseros. No fue así: el jefe había desistido de una intentona inmediata y estaba desmantelando pausadamente su aparato. Pero la fecha de Caseros era mágica para la oposición y *La Nación*, sin duda involuntariamente, contribuyó a acrecer la expectativa del país antiperonista publicando, desde la segunda quincena de enero, la crónica del avance del Ejército Grande sobre Buenos Aires en 1852 que culminaría con la batalla que terminó con el poder de Rosas. Este conteo, día por día, del proceso del derrocamiento del tirano, y la detención de Suárez en la misma fecha de Caseros, contribuyeron a que se identificara el 3 de febrero como el día señalado para el *putsch*, lo que ha sido repetido por historiadores serios, como Potash.

El plan de Suárez era descabellado. Sólo la confusión emocional que campeaba en algunas alas de la oposición pudo haberle arrimado el apoyo de algunos centenares de civiles, algunas docenas de militares retirados y unos pocos en actividad, aunque es cierto que muchos de los comprometidos ignoraban los detalles y sólo sabían que estaban en una empresa dirigida a derrocar a Perón. El coronel Héctor Solanas Pacheco, para citar un solo caso, que había estado comprometido con el movimiento de Lonardi, fue llamado por un amigo común para entrevistarse con Suárez. Cuando se le expuso el plan, dijo que era una locura y previno que los servicios de informaciones estaban alertados; notó, además, imprudencias y jactancias excesivas por parte de algunas personas cercanas al jefe de la conjura. Cuando se detuvo a Suárez, Solanas Pacheco fue apresado en un lugar de Córdoba donde veraneaba; entonces se enteró de que se lo había incluido en las listas de los conspiradores como futuro comandante del Ejército...

Los conjurados no tenían en cuenta la conmoción que provocaría en todo el país el atentado que planeaban. No atendían a la circunstancia de que en el mes de noviembre anterior, más del 60 % de la ciudadanía había ratificado al hombre cuya muerte se descontaba. Ni siquiera se ponderaba la delicada circunstancia de la salud de Evita: si ella moría en el ataque a la residencia presidencial, ¿cuál sería la reacción popular? Si caía en manos de los revolucionarios, ¿qué harían con ella? La obcecación antiperonista del grupo era más fuerte que cualquier consideración racional. Los mismos desbordes de los conspiradores hicieron posible que dos oficiales del servicio de inteligencia de Aeronáutica se infiltraran y denunciaran todo el pastel.

La condición militar de Suárez no lo salvó de la tortura; tampoco se salvó el joven teniente que actuaba como su ayudante. Docenas de civiles, algunos comprometidos hasta las verijas, otros apenas conocidos de los conjurados, fueron cayendo. Entre los más notorios, el ex diputado coronel Gregorio Pomar, héroe de la revolución radical de 1931, el dirigente sabattinista César Coronel y el ex diputado Alberto Candioti. El texto de una protesta de Frondizi dirigida al ministro del Interior, perdido entre la información general de *Clarín* y *La Nación*, anotició al público de que algo anormal estaba ocurriendo, aunque la noticia del descu-

brimiento de la conspiración no salió en los diarios hasta mediados de mayo y aunque, a partir de septiembre del año anterior, el estado de guerra interno permitía que menudearan las detenciones, y en los establecimientos de Villa Devoto y Las Heras se iban superponiendo diversas camadas de presos, con distinto signo político y por diferentes causas, o en algunos por ninguna.

Suárez permaneció detenido durante dos años. El proceso que le siguió el juez federal Miguel Vignola involucró a casi 600 personas, número indudablemente excesivo y que incluía a un grupo de vendedores de automóviles que nada tenía que ver con los hechos pero cuyo procesamiento servía para confundir a la opinión pública. También fueron incriminados algunos dirigentes del radicalismo unionista de primera línea. Pero el proceso se detuvo a partir de la prisión preventiva decretada por el juez, y a la mayoría de los detenidos se les aplicó el sistema derivado del estado de guerra interno, es decir, fueron puestos a disposición del Poder Ejecutivo.

Lo importante de la conspiración de Suárez es que marcaba una tendencia que podría rotularse como demencial. Y lo grave es que esta tendencia no sólo afectaba a grupos opositores, sino también al gobierno, como ya veremos. Pues fue, sin duda, con motivo del descubrimiento del complot de Suárez por lo que Perón emitió las insensatas instrucciones que se analizarán páginas adelante.

Unas horas antes de la detención de Suárez había ocurrido el otro hecho, presidido por una intención totalmente opuesta. Empezó con un golpe de efecto que sacudió a todo el país político, cuando en el habitual informativo del mediodía del 1º de febrero, Radio del Estado anunció que esa mañana, en la Casa de Gobierno, se habían entrevistado el presidente de la Nación y "el ex diputado nacional y dirigente del partido Socialista, doctor Enrique Dickmann". El comunicado agregaba que Dickmann había solicitado a Perón la libertad de los presos políticos y gremiales de su partido que se encontraban en Villa Devoto, y el levantamiento de la clausura de los talleres de *La Vanguardia*. Asimismo hacía saber que Perón y Dickmann habían conversado "sobre la necesidad de una convivencia democrática entre los ciudadanos, los partidos políticos y el gobierno, contribuyendo así a afianzar la unidad nacional". Finalmente se anunciaba que "el general Perón

manifestó que en mérito a la cordial gestión del doctor Dickmann, accedía a la reapertura de los talleres de la S.A. 'La Vanguardia', y en cuanto a los presos, como se encuentran procesados y a disposición de la Justicia, procedería a indultarlos".

La noticia cayó como una bomba, especialmente en la Casa del Pueblo. Es de hacer notar que nunca, en los casi seis años de gobierno que llevaba Perón, había tenido lugar una conversación entre el presidente y un dirigente opositor —salvo la de Pastor, que permanecía ignorada por el público—. Dadas las condiciones creadas en el país desde 1946, era impensable un contacto personal de este tipo. Con clara conciencia de las dificultades que tendría que afrontar si adelantaba su propósito a sus compañeros, Dickmann había tomado su decisión sin el consejo de nadie: ninguno de sus colegas del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista había sabido del paso que iba a dar.

No era Dickmann un militante cualquiera. Era uno de los veteranos del socialismo y formaba con Repetto, Palacios y Alicia Moreau, la vieja guardia del partido de Justo. Ruso de nacimiento, llegó al país a los 13 años. Fue agricultor y peón de campo en la colonia entrerriana donde lo ubicaron, y allí aprendió penosamente el castellano, que siempre habló con un dejo yidisch, a veces deliberadamente acentuado. Su vida era un ejemplo de voluntad de superación: a los 24 años se recibió de médico con medalla de oro y ya era un militante socialista. Fue diputado nacional durante veintitrés años, y sus mañas de polemista lo hicieron tan temible a sus adversarios como popular entre los dibujantes y cronistas parlamentarios. No era, pues, un improvisado, ese hombre de 77 años que en la mañana del 1º de febrero de 1952 entró a la Casa de Gobierno apoyado en un bastón y acompañado por su hijo, el ingeniero Emilio Dickmann, también dirigente socialista.

¿Cómo se había concretado la entrevista? El ingeniero Dickmann y Borlenghi habían tenido buena amistad en las comunes andanzas socialistas anteriores a 1944. En enero había visitado a Borlenghi por algún motivo, y el ministro lo sorprendió manifestándole que al presidente le gustaría conversar con su padre. El viejo dirigente puso como condición que se informara públicamente de la reunión; advirtió que hablaría de la situación de los presos políticos y gremiales y de la reapertura de *La Vanguardia*; aclaró, además, que concurriría como ciudadano, no como miembro del

Comité Ejecutivo Nacional de su partido. Todo fue aceptado por Borlenghi. Días más tarde, en pleno ojo de la tormenta que había provocado su actitud, Dickmann escribía a Palacios una carta aclarando la intención que lo había movido: "Yo tuve la profunda convicción de que el Partido Socialista está metido en un callejón sin salida, y que el país y el Partido Socialista, que sirve sus intereses permanentes y fundamentales, no pueden seguir así. Alguien tenía que romper el círculo vicioso que los acontecimientos aciagos han creado al país y al partido. Yo eché sobre mis hombros tan pesada tarea, sabiendo que ello me iba a dar disgustos y dolores de cabeza. Di el paso en este sentido, a título puramente personal". Y agregaba: "Yo era, creo, el más indicado, pues desde el 4 de junio de 1943 veía la política con criterio distinto al de muchos otros socialistas. La libertad de los presos y la reapertura de *La Vanguardia* valen el paso que he dado, y dipuesto estoy a asumir las consecuencias que me puedan crear individualmente".

Se conocen algunos detalles de la entrevista. Duró desde las 8 de la mañana hasta casi el mediodía. Estaban presentes, además de los interlocutores principales, el ingeniero Dickmann y el ministro Borlenghi, quien casi no habló. Perón, vestido de civil, recibió cordialmente al veterano socialista y le dijo:

—Doctor, estoy a sus órdenes. Como usted es más viejo que yo, debe saber más cosas políticas que yo. Le pregunto cuál es su opinión sobre la situación.

Dickmann le dijo que había concurrido "venciendo muchas resistencias públicas y personales". Habló de la necesidad de reconstruir la convivencia democrática y se extendió sobre la importancia de crear en el país condiciones de tolerancia recíproca. Pero, señaló, "la convivencia democrática no la pueden iniciar los que están perseguidos sino los que están en el poder". Planteó entonces algunas medidas que podía adoptar el gobierno, empezando por la reapertura de *La Vanguardia*. El presidente reaccionó con viveza:

—*La Vanguardia* fue cerrada porque yo no podía seguir tolerando que se insultara a mi mujer...

Dickmann admitió que podían haberse cometido excesos periodísticos, pero explicó que Perón, "dueño del poder y la gloria", debía tolerar algunas exageraciones de la oposición. Después de

un rato de charla en este tono, Perón admitió que se reabriera el órgano socialista.

—Prepare el decreto —le dijo a Borlenghi.

El ministro le recordó que la clausura se había originado en una disposición municipal; hablaría con el intendente. Terminado este punto, Dickmann pasó a conversar sobre los presos socialistas de Villa Devoto. Hubo acuerdo en seguida de ponerlos en libertad. Se discutió la forma y finalmente el presidente aceptó deferir un indulto. Dickmann sacó un papel con la lista de los detenidos de Villa Devoto y nombre por nombre fue punteando con Borlenghi la nómina hasta completarla. Terminados los puntos concretos, la conversación se hizo más libre. Perón quiso saber qué opinaba su visitante sobre el gobierno y el movimiento peronista, pero Dickmann le pidió al presidente que explicitara su propio juicio sobre ese tema. Perón habló entonces largamente sobre el movimiento que encabezaba y analizó la trayectoria de los partidos opositores. Aseguró que el movimiento peronista era permanente y en algún momento dijo:

—El Partido Radical ya no existe...

Su interlocutor le dijo que no estuviera tan seguro: que el radicalismo era toda una tradición y expresaba sentimientos profundos y persistentes. Tampoco coincidió con Perón cuando éste manifestó al pasar:

—El Partido Conservador no tiene importancia.

El dirigente socialista habló luego de su propio partido y aconsejó a Perón que transformara su movimiento en partido, si quería darle trascendencia. El presidente destacó que la CGT, como parte del movimiento peronista, era fundamental, y que, de todos modos, la fuerza que lideraba estaba constituida de tal manera que su perduración estaba asegurada.

En estas divagaciones se fue la mañana. El presidente tenía que inaugurar el año judicial: se despidió cordialmente de los Dickmann y dijo a don Enrique que volverían a verse pronto, pues su experiencia y su consejo eran para él muy importantes.

Seguramente Dickmann salió de la Casa Rosada con la sensación de haber hecho algo positivo; y sin duda, también con la seguridad de que tendría que enfrentar dificultades en su partido. Cuando se difundió la noticia por Radio del Estado empezaron a llover los llamados telefónicos a su casa. Al menos, después de

haber oído el noticioso pudo dar un suspiro de alivio: el comunicado oficial era el texto que el mismo Dickmann había preparado. Pues después de terminada la conversación con Perón, el viejo dirigente había exigido a Borlenghi redactar la información que se difundiría poco después por radio.

—Conozco a Apold —dijo Dickmann, que efectivamente había atendido como médico a la familia del subsecretario de Informaciones— y no quiero que haga ninguna picardía...

Pero no faltarían picardías después. Los 35 presos socialistas de Villa Devoto fueron puestos en libertad pocos días después de la entrevista, y la orden de reabrir los talleres de *La Vanguardia* se dictó en seguida por vía de la intendencia municipal. Pero Borlenghi había bastardeado la decisión presidencial, informando que los liberados habían concurrido al Ministerio del Interior para agradecer su excarcelación —lo que no era exactamente así—, y la reapertura ordenada sufría demoras y no se había concretado —ni se concretaría—. Por su parte, los miembros de la dirección socialista habían resuelto por unanimidad excluir del organismo a Dickmann y su hijo, y recomendar su expulsión del partido: así lo exigía la ética socialista.

Una amarga polémica se trabó entre los Dickmann y sus viejos compañeros. Se atribuyó la iniciativa de la entrevista a una maniobra del ingeniero, cuya empresa de obras públicas pasaba por dificultades y necesitaría del apoyo oficial para salvarse; la empresa, por cierto, cayó poco después en manos de un grupo de accionistas vinculados al presidente del Consejo Superior del Partido Peronista, almirante Teissaire. Además, todos los indultados repudiaron públicamente la forma en que se había concretado su liberación. Sólo obtuvo Dickmann la mínima satisfacción de ver repuesto el nombre de Juan B. Justo en la avenida que había pasado a llamarse 17 de Octubre. Tres meses después de la entrevista, Enrique Dickmann fue expulsado del partido al que sirviera desde su fundación, por abrumadora decisión de sus afiliados. Más tarde, él y su hijo crearon el "Partido Socialista de la Revolución Nacional" como un aporte de la izquierda al régimen: ya hablaremos de esto en el último volumen de esta obra.

Era un triste final para la iniciativa del anciano dirigente que, cualquiera fuera su motivación, había sido valiente y generosa. Su gesto había tenido un efecto contraproducente: de allí en

adelante, cualquier opositor responsable se cuidaría muy bien de escaldarse en aproximaciones parecidas. Pastor, al menos, mantuvo mientras pudo el secreto de su conversación con el presidente; Dickmann, que había exigido publicidad para su gestión, se vio repudiado por sus compañeros de partido, utilizado políticamente y derivado en sus pedidos a instancias burocráticas donde naufragaron oscuramente. Un triple manoseo que sirvió de lección a los opositores y haría más difícil aun cualquier iniciativa para poner fin al estado de cosas que se padecía.

No fue ésta la única penuria que vivieron los socialistas en los meses que decimos: el "caso Cúneo" también aparejó fricciones y reproches en los ámbitos de la Casa del Pueblo. Era Dardo Cúneo uno de los dirigentes juveniles más activos, militante desde su adolescencia, con una relevante obra intelectual en su haber. Fue detenido después del golpe de Menéndez, como tantos de su partido y de otras fuerzas, permaneciendo desde entonces en la Penitenciaría Nacional.

Hacia fines del año 1951 una grave enfermedad de su hijo lo llevó a pedir a sus defensores que plantearan ante el Comité Ejecutivo de su partido la posibilidad de hacer una gestión por su libertad. Fue rechazado: nada de pedidos a las autoridades. En esta oportunidad, Dickmann parece haber apoyado la solicitud de Cúneo, que tenía un precedente favorable, el de Juan Antonio Solari, secretario general del partido, por quien se hizo una gestión ante Borlenghi cuando su mujer se enfermó gravemente.

No está de más insistir en que el "estado de guerra interno" posibilitaba al Poder Ejecutivo mantener en prisión a cualquiera sin necesidad de formularle ningún cargo ni ponerlo bajo la jurisdicción de ningún juez, por un tiempo que podía ser infinito; su libertad sólo dependía de la voluntad del presidente. Son muchos los casos de procesados que, al ser decretada su libertad por un juez, eran puestos "a disposición del Poder Ejecutivo" y seguían en prisión por tiempo indeterminado. Perón justificaría esta aberración al inaugurar el año judicial de 1952: "Yo no creo que por sobre el bien de la Nación pueda haber nada superior; ni la misma libertad puede ser superior al bien de la Nación. Para mí, eso es primordial, y lo demás es secundario". Claro está que sólo el presidente podía determinar qué era, exactamente, "el bien de la Nación". La Corte Suprema, por otra parte, recogió

casi textualmente este concepto, entre hegeliano y mussoliniano, cuando empezó a rechazar los *hábeas corpus* que se presentaban a favor de los detenidos en virtud del "estado de guerra interno". Para el alto tribunal, cuando las circunstancias del país lo exigían, el Poder Ejecutivo podía tomar cualquier medida que considerara apropiada para mantener el orden y la seguridad; en estos casos no había constitución, ni leyes, ni derechos, ni garantías... El presidente de la Corte, Rodolfo Valenzuela, había manifestado en el mismo acto de inauguración que los jueces estaban "para constituir una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana".

En este marco debe entenderse el angustiado pedido de Cúneo. Cuando se enteró de la decisión de sus compañeros, el joven dirigente hizo, a través de sus defensores, la gestión que deseaba ante el Ministerio del Interior. Fue liberado: Borlenghi no era avaro en conceder libertades, pero exigía que fueran a impetrarlas a su oficina... En enero de 1952 Cúneo concurrió a entrevistar a Borlenghi para pedir la libertad de los cinco compañeros de partido que habían estado con él en la Penitenciaría Nacional, lo que también fue concedido.

La actitud de Cúneo produjo malestar en las filas socialistas. La autoridad partidaria había sido desconocida y parecía que Dickmann y él, aunque no actuaban juntos, intentaban dividir el partido de Juan B. Justo. Cúneo renunció a seguir integrando el Comité Ejecutivo y marcó en su dimisión que "las directivas de nuestro Partido consistieron en luchar contra el peronismo, no sólo sin explicarlo en un cuadro completo con respecto a sus causas generadoras, sino en alianza frecuente con esas causas. Combatimos el retoño de la demagogia en entendimiento, aproximación o pacto con la raíz tradicional de la clase conservadora argentina. No se reparó que pactar con la vieja infamia para combatir a la nueva, es morir junto a una y otra infamia...".

Se lo expulsó por el voto de los afiliados. Sin declinar su posición opositora al régimen, fundó un periódico, *Acción Socialista*, intentando marcar una diferencia entre su concepto de la lucha antiperonista y la que sustentaba la conducción de la Casa del Pueblo: Marcos Merchensky y algún otro disidente lo acompañó. El episodio de Cúneo, contemporáneo al de Dickmann aunque menos resonante, traumatizó al socialismo y llevó a su dirección a

endurecer más aun su postura antiperonista y su disciplina interna. Aunque Ghioldi había pasado al Uruguay después del golpe de Menéndez, todos los veteranos compartían su línea, con algún matiz en el caso de Palacios, que criticaba políticamente la iniciativa de Dickmann pero la había visto con simpatía humana y se opuso a la expulsión de su veterano compañero.

Así, el "callejón" cuya salida había querido abrir Dickmann, el "punto muerto" que denunciara Julio V. González el año anterior, el riesgo de "morir junto a una y otra infamia" que señalaba Cúneo, no habían variado para el socialismo. Pero también otros partidos opositores vivían en aquellos meses similares pesadumbres.

Cuando las polémicas socialistas estaban llegando a su punto de hervor, estalló la tormenta en las filas conservadoras. La entrevista Perón-Pastor ya era un secreto a voces, y se venía debatiendo en varios distritos del Partido Demócrata entre el estupor y la indignación.

El 10 de marzo de 1952, en la reunión del Comité Nacional, el ex diputado informó ampliamente su conversación con el presidente de la Nación y justificó la reserva en que la había mantenido alegando que no debía comprometer a cierta gente ni violar la palabra empeñada. Subrayó que en ningún momento se había pedido u ofrecido la colaboración de su partido ni se había discutido la conducta de éste y afirmó enfáticamente que tampoco se había hablado de su situación personal en aquel momento. A continuación renunció a la presidencia de la agrupación.

El conservadorismo vivía ahora el mismo drama del socialismo y el que, más sordamente, pesaba sobre el comunismo. ¿Endurecerse o ablandarse? ¿Era un error aceptar contactos con representantes del gobierno o era un paso adelante en la búsqueda de una convivencia civilizada? Perón, ¿era capaz de actuar de buena fe o estaba tratando de dividir a las fuerzas opositoras? Algunos de los dirigentes conservadores que no querían a Pastor aprovecharon la revelación para criticar su actitud, la decisión personal e inconsulta que había adoptado, el secreto en que había mantenido su inciativa. Una cosa era clara: Pastor no podía seguir al frente del partido. Un mes más tarde, el Comité Nacional resolvió crear una comisión reorganizadora presidida por Adolfo Vicchi e integrada por José Aguirre Cámara, Oscar Rebaudi Basavilbaso, Conrado Etchebarne, Gastón Lacaze y Elías Abad.

## *El poder demente*

Las polémicas que agitaban a la oposición en torno a su relación con el gobierno habrían sido diferentes si se hubiera conocido una directiva presidencial que Control de Estado distribuyó entre altos funcionarios del gobierno nacional y de las provincias. Está firmada el 18 de abril de 1952, tres días después de la reorganización conservadora. Un mes atrás, al recibir junto a Evita a una delegación sindical, Perón había vuelto al tema de las conspiraciones y tocado otra vez la cuestión de los partidos golpistas, cuerda que no había pulsado desde la campaña electoral. Estaba aún bajo la impresión de los detalles de la conspiración de Suárez, en ese momento en plena investigación. En la directiva de abril, Perón caía en la misma vena demencial de esta conjura.

Eran instrucciones bárbaras y desatinadas. "Al atentado contra el presidente de la Nación hay que responder con miles de atentados", ordenaba. Se agregaban listas de las eventuales víctimas: más de trescientas personas, cincuenta empresas y embajadas extranjeras y unas treinta firmas argentinas supuestamente vinculadas a la oposición. Los ejecutores serían grupos armados integrados por elementos seleccionados del Partido Peronista y la CGT. Este documento, la Orden General Nº 1, se complementaba con una larga lista de opositores contenida en una carpeta donde se separaban las filiaciones políticas de los mismos por el color del papel y se incluían sus domicilio y números telefónicos. Estaban catalogados así, como "en libertad y vigilados", docenas de dirigentes del "Partido Radical, Partido Demócrata, Partido Demócrata Progresista, Partido Socialista, Partido Nacionalista, Partido Comunista, personas cuya afiliación partidaria dentro de la oposición no es definida, miembros de las fuerzas armadas en retiro o de baja, de actividad política opositora, extranjeros vinculados a la acción antiargentina, entidades opositoras" de distinto tipo y "organizaciones periodísticas". Una hoja agregada a la carpeta puntualiza que "para su correcta utilización", "todas las personas o entidades que se hallan asentadas en la misma quedan totalmente desvinculadas de toda gestión y trámite oficial, económico, social y político". *

* Ver Apéndice.

Esta Orden General N° 1 no trascendió hasta después de la caída de Perón, y constituyó uno de los cargos que se formularon al ex presidente ante el Tribunal de Honor del Ejército. Sólo entonces se supo, asimismo, que poco antes de la emisión de la misma, en febrero de 1952, Perón había aprobado que la Fundación Eva Perón adquiriera una buena cantidad de revólveres para distribuirlos en la CGT. En esa oportunidad se conoció el "Plan Político Año 1952" que Teissaire había girado a las autoridades provinciales y a la CGT, en su carácter de presidente del Consejo Superior del Partido Peronista. Este plan adelantaba lo que dos meses después diría la Orden General N° 1 y, además de las directivas ya señaladas, insistía en la necesidad de adoctrinar a los empleados públicos en la defensa de la Constitución justicialista: "Hay que destruir el falso concepto de que el funcionario o empleado es un órgano del Estado y en consecuencia es neutro en su acción y función. El funcionario o empleado es un órgano del Estado y en consecuencia no puede ser neutral cuando la existencia y el orden estatal están en peligro... cuando éstos no son de la confianza del gobierno pueden ser separados de sus puestos sin otro requisito que la disposición discrecional del Poder Ejecutivo".

El "Plan Político Año 1952" y la Orden General N° 1 no parecen haber tenido principios avanzados de ejecución en lo que a masacrar opositores se refería. No se sabe que se hayan formado los grupos aniquiladores; en ese momento y más tarde sólo hubo vagos rumores relacionados con la existencia de grupos de vigilancia y "jefes de manzana" que actuarían en caso de una revolución contra Perón, sobre todo en los barrios de clase alta en distintas ciudades. Es posible que la vesanía de las instrucciones haya asustado a los responsables de cumplirlas, y entonces se habrían limitado a guardarlas bajo siete llaves: esto fue lo que Teissaire, después de la caída de Perón, dijo haber hecho.

Era un mecanismo de mutuo reciclaje. Los burócratas de Control de Estado, los servicios de informaciones de las Fuerzas Armadas y los organismos de espionaje montados en todos los niveles de la administración pública, le llenaban la cabeza al presidente con versiones de conjuras y conspiraciones que, en la mayoría de los casos, eran charlas ociosas sin la menor verosimilitud; escapes psicológicos de gente que odiaba a Perón y fantaseaba

sobre su caída o su muerte. Perón, que poco necesitaba para creer que todos sus adversarios eran, sin excepción, golpistas, bombistas y entreguistas, acentuaba entonces el rigor de sus directivas; de cuyas resultas se redoblaban el espionaje, las alcahueterías y las noticias más alarmantes para consumo oficial. Y vuelta entonces a los exabruptos públicos contra la oposición o las instrucciones secretas para aniquilar a sus dirigentes ante cualquier hecho que pareciera justificar estas credulidades. Un buen ejemplo de estas multiplicadas locuras era el "Plan Político Año 1952". Presumiblemente redactado por Perón, aseguraba que existía un plan dirigido desde el Departamento de Estado e implementado por agentes del FBI "y personal especializado que actúa como turista, agencias de noticias, reporteros, personal de empresas norteamericanas de plaza, etc.". El plan estaría facilitado por el presidente de Chile y el gobierno colegiado del Uruguay y comprendería el ingreso de "civiles armados con armamento traído de contrabando e introducido por las diversas fronteras" para "provocar un levantamiento" en sincronía con un atentado contra el presidente. Además, "el Gobierno de Estados Unidos, aleccionado ya por sus anteriores fracasos, invertirá en la ejecución de este plan revolucionario todos los recursos humanos, financieros, etc., etc., que sean necesarios para doblegar al país, haciéndolo entrar en su esfera de acción..." Y seguían los delirios, cuya utilidad residía, naturalmente, en que la enormidad de la conspiración justificaba la enormidad de la represión: "el aniquilamiento por todos los medios y con la mayor decisión, de los elementos perturbadores, de las fuerzas organizadas de la revolución y de todos los dirigentes, propios o extraños, que actúen en ella y en el país".

Todo esto en abril de 1952, cuando las relaciones con Estados Unidos eran las mejores de los últimos diez años; cuando la oposición, derrotada, cavilosa sobre su futuro, dividida en relación con la estrategia a seguir, sólo aspiraba a sobrevivir...

## *Buscando la racionalidad*

Como se ha visto, a principios de 1952 habían aparecido dos expresiones políticas antitéticas que se tocaban por sus extremos:

la conspiración de Suárez y las directivas de Perón. No se las puede juzgar por igual. Si ambas tenían una idéntica carga de locura asesina, una provenía de un grupo de particulares mientras que las otras habían sido generadas en el más alto nivel del Estado. En cualquier régimen puede aparecer gente extraviada, dispuesta a usar medios violentos para conseguir sus objetivos; lo grave es cuando el Estado se enloquece, cuando los titulares del Estado descienden a usar los mismos medios violentos que sus enemigos, poniéndose en un idéntico plano de irracionalidad.

Si a esta circunstancia sumamos los escándalos estallados entre los socialistas y los conservadores por sendas entrevistas mantenidas por algunos de sus dirigentes con el presidente, se tendrá una clara vivencia de la gravedad de la situación que vivía el país en los finales del primer mandato de Perón. Cada vez había menos espacio para la razón política.

¿Podría ésta, acaso, refugiarse en el Congreso? Entre otras cosas, el órgano legislativo sirve para aproximar a antagonistas políticos. Aunque mantengan posiciones encontradas, el trabajo común y la inevitable frecuentación personal suele crear en los hemiciclos un ámbito menos ríspido del que crea la política partidaria. Si un debate no es otra cosa que un juego reglamentado para que adversarios puedan convivir dialécticamente en sus discrepancias, a veces ocurre que ese juego puede extrapolarse del terreno parlamentario al ámbito nacional: son muchos los ejemplos de conciliaciones y apaciguamientos nacidos en los parlamentos. ¿Podría ocurrir esto en el nuevo congreso argentino de 1952?

Las dos cámaras se habían renovado totalmente en las elecciones generales del año anterior. Por lo pronto presentaban una característica tan novedosa como simpática: la presencia femenina. Veintitrés diputadas y seis senadoras se sentarían ahora en escaños tradicionalmente masculinos. Todas eran peronistas. Además, había diez representantes en el Senado que eran ex gobernadores; se incorporarían después del 4 de junio, cuando entregaran la vara a sus sucesores. Los agraciados en la mejor tradición del Régimen eran el general Albariños (Entre Ríos), el general Velasco (Corrientes), el coronel Brisoli (Mendoza), el doctor Antinucci (Córdoba), el ingeniero Iturbe (Jujuy), el sindicalista Xamena (Salta), el doctor Amado (San Juan), el doctor Zavala Ortiz (San

Luis) y el doctor Juárez (Santiago del Estero). A Mercante se le había negado la canonjía senatorial.

En Diputados, de los 149 integrantes sólo veinte habían sido reelectos; de éstos, sólo un opositor, Francisco Rabanal. Ya no estaban Visca ni Colom para hacer rabiar a la minoría. Además de las mujeres, la cámara baja presentaba otra novedad: los once delegados de los territorios nacionales, con voz pero sin voto. En enero de 1952 se habían reunido las convenciones constituyentes de La Pampa y el Chaco, que aprobaron las respectivas constituciones de las nuevas provincias —de una de ellas habrá que hablar más adelante— y se apresuraron a aclamar los nombres con que ahora se vestirían: La Pampa sería la provincia Eva Perón, y el Chaco, la provincia Presidente Perón.

En la Cámara de Diputados saltaba a la vista la maniobra que había sido la elección por circunscripciones: el 32 % obtenido por el radicalismo le había deparado 14 bancas, es decir, el 10 % de las mismas; el 62 % del Partido Peronista le brindaba 135 escaños, casi el 90 %... El bloque radical, que había empezado en 1946 con 44 bancas, representativas de un 47 % del electorado, se había achicado en 1950 a 19 puestos y en ese momento era poco más de una docena. Para hacer más difícil su tarea, eran siete intransigentes y siete unionistas que, lavando los trapos sucios en el bloque, trataban de disimular la virtual división de su partido. Durante varias semanas la paridad de fuerzas hizo imposible la designación de un presidente, lo que motivó que *Clarín* llamara al grupo radical "el bloque de los siete y siete". Finalmente, Del Castillo, el presidente del Comité Nacional, sugirió la única solución que aconsejaba el buen sentido: revolear la monedita. Así se hizo, y Oscar Alende ganó la presidencia del bloque.

El agrietamiento íntimo del radicalismo era inocultable, pero esa misma división había evitado que se produjeran en su seno los episodios que habían sacudido a socialistas y conservadores: en las filas radicales, intransigentes y unionistas se vigilaban cuidadosamente para que nadie declinara la posición opositora haciendo barrabasadas como las de Dickmann o Pastor... Los unionistas exhibían a sus últimos mártires —Santander, exiliado en Montevideo; Yadarola y Zavala Ortiz, despojados como aquél, de sus fueros— mientras los intransigentes se dedicaban a repujar una doctrina sustitutiva del peronismo y a adiestrar equipos

juveniles que expresaran los contenidos populares, antioligárquicos y antiimperialistas que ahora definían al viejo partido de Alem. Fueron estos meses muy activos en materia de congresos radicales; se hicieron reuniones para la juventud, la mujer, los productores rurales, los obreros, etcétera. Esos congresos eran un buen ejercicio interno en momentos que el proselitismo externo se había apagado con la campaña electoral; una oportunidad para debatir los problemas del país y, sobre todo, servían para que correligionarios venidos de todos los distritos se conocieran entre sí, anudaran amistades, unificaran lenguajes... y enhebraran los infinitos bordados de la eterna pasión de los radicales: las "internas"...

Aunque su representación parlamentaria había enflaquecido, el radicalismo seguía siendo el cauce obligado de toda la oposición. Esto le confería cierta tranquilidad: podían esperar que el régimen se derrumbara; después de todo, ya se estaba comiendo pan negro y las ciudades estaban a oscuras... En mayo/junio de 1952 se realizaron elecciones internas en varios distritos sin que variara mayormente la relación de fuerzas de las dos fracciones, salvo en la Capital Federal, el antiguo baluarte unionista, donde la intransigencia triunfó espectacularmente por 9100 votos contra 6100. Días antes del comicio, Larralde entrevistó al ministro del Interior, formalmente para denunciar que la policía obstaculizaba las reuniones de sus correligionarios, en realidad para conversar sobre la situación de Pomar y otros dirigentes detenidos: Borlenghi dispuso la libertad de algunos, incluido el antiguo edecán de Yrigoyen. Así, esta gestión no tuvo los ribetes escandalosos de la que había efectuado Dickmann, que justamente en esos días era expulsado por el voto de los afiliados, junto con su hijo, del viejo partido de sus afecciones.

Cuando todo esto ocurría, la comidilla de los mentideros políticos era una de las operaciones políticas más audaces y ambiciosas que registra nuestra historia contemporánea: el intento de volcar el comunismo hacia el peronismo. Audaz por su concepción, por el drástico viraje que significó el cambio de la conceptualización que hasta entonces había hecho del peronismo el partido de Codovilla; audaz, también, por la forma en que se llevó a cabo y el esfuerzo que implicó.

## *"Peronistas y comunistas unidos..."*

Su principal animador fue Juan José Real, el secretario de organización del partido, es decir, el Nº 2 del mismo. Era un dirigente muy querido en las filas comunistas, en las que militaba desde su juventud; había estado en España durante la guerra civil, a su término fue recluido en un campo de concentración francés de donde fue sacado para trasladarse a la U.R.S.S., donde completó su formación política. Al regresar a la Argentina sufrió prisiones, tanto del gobierno de Castillo como del poder de facto. Alto, buen mozo, simpático, de un trato llano y cordial, su prestigio en las bases partidarias era muy grande. Todavía los veteranos del PC discuten si Real actuó por sí solo en el espectacular vuelco de la línea partidaria, o si lo hizo con el asentimiento de Codovilla antes que éste emprendiera a mediados de 1952 un viaje a Moscú.

El hecho es que a principios de mayo de este año, el periódico *Nuestra Palabra* publicó un documento partidario que volvía sobre todo lo dicho y hecho hasta entonces. El 23 de abril, Perón había dicho en un discurso que había que presentar "un frente popular unido, un frente del pueblo", para hacer frente a la amenaza de afuera "y a los traidores de adentro que están al servicio de los de afuera". Era una de las tantas alocuciones que pronunciaba el presidente en esos días, y en la oportunidad su vena fue más bien humorística y "cachadora". Habló de "los revolucionarios de lechería" que desde la época de Braden ponían gente en cafés y confiterías para hablar de la revolución; algunos invitaban a militares a sus casas con el pretexto de fiestas familiares y entonces los mostraban a otros "conspiradores" como prueba de que tenían contactos con las Fuerzas Armadas. Todos se hacían los valientes pero, precisaba Perón, *"una cosa é parlare di morte, e una altra cosa é morire..."*. "Yo sé lo que voy a hacer con ellos: los voy a juntar de a doscientos y los voy a mandar hacer caminos en la Patagonia..." Incidentalmente y muy de paso dijo aquello del "frente popular unido".

Esta expresión, que tantas resonancias tenía en el espíritu de los stalinistas, fue el pretexto que necesitaba Codovilla para insinuar el viraje partidario. Al día siguiente, el Comité Ejecutivo

del PC contestaba con el documento publicado en *Nueva Era* y difundido abundantemente en textos separados. Empezaba diciendo que la declaración de Perón era "oportuna y necesaria". Se señalaba a las fuerzas de la oligarquía y el imperialismo como "enemigos jurados de nuestro pueblo y de nuestra patria", establecía un programa de lucha y convocaba "a todas las fuerzas patrióticas y progresistas del país, sin distinción de ideología política, de credo religioso y sector social, a crear el *frente popular unido*". ¿Cómo? Formando "comités unitarios en cada fábrica y en cada empresa, en cada lugar de trabajo y de habitación, en cada casa de estudio y de cultura, en cada pueblo y en cada ciudad; en fin, a lo largo de todo el país, para luchar en común para desbaratar los planes siniestros de la conspiración oligárquico-imperialista". El documento puntualizaba que si Perón "se propone en serio castigar a los conspiradores oligárquico-imperialistas llegando hasta la confiscación de sus bienes; y si se propone de verdad levantar la bandera de la paz, el bienestar social, la democracia y la independencia nacional, no cabe duda que ha de reunir bajo los pliegues de esa bandera a todo el pueblo".

No era una fraseología demasiado diferente a la usada en otras oportunidades, pero la consigna de incluir al peronismo en un frente que lucharía contra las fuerzas que Perón marcaba como sus enemigos y enemigos del país, eso sí era novedoso. Piénsese que en la VI conferencia del PC, realizada en noviembre de 1950, el régimen peronista era descripto como "arrodillado ante el imperialismo" en virtud de "la infame aprobación del Pacto de Río" y "su complicidad" con Estados Unidos en "la acción agresiva, intervencionista e imperialista contra la independencia del pueblo coreano". La campaña electoral de 1951 se había llevado a cabo sobre la misma cuerda. De modo que el documento de mayo de 1952 era, por lo menos, sorprendente.

Mucho más sorprendente cuando Real, ya ausente Codovilla del país, se lanzó con todas sus fuerzas a implementar en concreto lo que el documento de mayo había insinuado. Los comunistas se acercaban a los sindicatos peronistas, a las organizaciones estudiantiles peronistas: soportando desaires y hasta agresiones, insistían en dialogar, intentaban hacerse útiles. En su libro *Treinta años de historia argentina*, publicado diez años después, Real

afirmaba que su viejo partido recibió el cambio de táctica con enorme entusiasmo. "Con esa actividad que es proverbial en los militantes comunistas, nos lanzamos al trabajo, a la difusión, a la búsqueda de contactos. Debía ser para nosotros el sésamo ábrete, el instrumento ideal para establecer lazos de amistad con los trabajadores peronistas de los que estábamos separados. Tenía que serlo, porque por primera vez en los últimos años había desparecido la mala palabra, el calificativo que abría un abismo insondable entre nosotros y los peronistas: *nazi-peronistas*, *corporativo-fascista*, *totalitario*, *dictatorial*, etc".

No se puede afirmar con certeza que las bases del PC hayan abrazado sus nuevas obligaciones políticas con el "enorme entusiasmo" que cuenta Real. Rodolfo Ghioldi, por lo pronto, se resistió: su antiperonismo era sólido y sin matices. Lo indiscutible es que en el segundo semestre de 1952 los comunistas se esforzaron en anudar vínculos con el peronismo en distintos niveles, con la aparente anuencia de Codovilla y sin resistencia por parte del Comité Central. Pero acontecía que la U.R.S.S., en esos últimos meses de la era stalinista, intentaba fortificar los movimientos pro paz, lo que la llevaba a reivindicar las "libertades burguesas" de los países occidentales: conciliar con el peronismo ya no coincidía con esta estrategia.

Codovilla olfateó rápidamente el destino que le esperaba si no enfrentaba una táctica que se le había escapado de las manos. En los corrillos partidarios se rumoreaba que "la casa" —Moscú— estaba disgustada y se disponía a fulminar contra él ese recurso que solía usar en aquella época para liquidar las heterodoxias: una carta pública de algún dirigente prestigioso, ajeno al país de la disidencia, denunciando las desviaciones. En este caso sería Luis Carlos Prestes, el legendario líder brasileño, el encargado de hacerlo. En cuanto Codovilla regresó a Buenos Aires, preparó sus baterías, volvió a retomar los hilos de la burocracia partidaria con su acostumbrada aptitud y se lanzó implacablemente contra Real. En un discurso pronunciado ante el Comité Central del PC en febrero de 1953, cuyo texto ocupa casi 80 páginas de uno de los tomos de sus *Trabajos Escogidos*, Codovilla enjuició el "desviacionismo" y el "oportunismo" de Real, omitiendo cuidadosamente involucrar a quienes habían compartido su táctica... ni mucho menos al que había impulsado el movimiento inicial. "Él

quiso envolvernos a todos, a fin de que el camarada Codovilla tuviera que luchar contra todos —dijo hablando de sí mismo en tercera persona—. Pero la experiencia enseña algo y la experiencia revolucionaria enseña que cuando en un solo montón se encuentran juntos la paja con el trigo, hay que saber separar cuidadosamente la primera del segundo." Y agregaba: "Real ha quedado solo. Nadie en el partido lo sigue. Todos rechazan sus ideas antipartidarias, aun cuando han tardado en rechazarlas pues, como hemos visto, Real las presentaba bien camufladas".

La biografía oficial de Codovilla publicada en Moscú en 1980 atribuye la política de Real a "algunos elementos que quedaron agazapados donde menos se esperaba, es decir, en la dirección partidaria misma, y que representaban una corriente burguesa nacionalista orientada a frustrar la aplicación de una línea independiente y obligar al Partido a marchar a la cola del peronismo".

Efectivamente, Real quedó solo, aunque hizo su autocrítica pública, al lado de sus camaradas del Comité Central. Se lo expulsó, perdió su renta como funcionario del partido, sus amigos y su destino político. Tuvo que ganarse la vida trabajando como linotipista en pequeños talleres, pues sus antiguos camaradas impedían que pudiera ingresar en empresas grandes, presentándolo como delator policial... Se retiró de toda militancia aunque no de la reflexión sobre las cosas del país desde la visión desarrollista. Había sido el chivo expiatorio de una experiencia fracasada, que él solía definir con esta consigna: "Peronistas y comunistas unidos, harán la felicidad de la Nación". En la táctica que había empujado yacía la idea de nacionalizar en alguna medida al comunismo vernáculo, demasiado dependiente de Moscú en tanto siguiera sujeto a la tutela de un funcionario internacional como Codovilla, y al mismo tiempo estimular las tendencias progresistas e independientes del peronismo. Pero no estaban dadas las condiciones para semejante paso: a veces la historia pesa de tal manera, que hasta la voluntad política más acendrada es impotente para salvar los sedimentos que deja en los espíritus. Si hubo un elemento constante y sincero en el discurso político de Perón, fue su anticomunismo. Por eso supo transmitir este sentimiento al movimiento sindical y a las masas que lo seguían. Para el peronista vulgar, el comunismo era una bestia negra que erizaba su inmediato y airado rechazo. Por su parte, los activistas del PC

estaban mentalmente programados para ver en el peronismo una forma vernácula de nazifascismo, por añadidura al servicio del imperialismo yanqui, y les resultaba muy difícil superar el estereotipo y colaborar con el régimen que era responsable del secuestro de Bravo o del atentado a Ghioldi...

En síntesis: antes que Perón asumiera su segundo mandato, dos de los partidos tradicionales habían sentido en su seno los sacudimientos provocados por replanteos formulados en torno a sus relaciones con el régimen peronista; en el Partido Comunista, las mismas remezones tendrían lugar en el primer semestre de la nueva presidencia. Es que la hegemonía política de Perón era tan poderosa, que, aun sin proponérselo, intervenía y complicaba la vida interna de las fuerzas opositoras. Término de referencia insoslayable que atravesaba arrolladoramente todos los territorios de la realidad argentina, su presencia conmovía hasta las colectividades cívicas que, en teoría, nada tenían que ver con él ni con su sistema.

## *Las puntas del espectro*

Este recuento de los partidos tradicionales no agota la nómina de los núcleos políticos e ideológicos que actuaban en el país. En los extremos del espectro existían grupos volcados a la acción o dedicados a la reflexión, con mayor o menor incidencia en la opinión pública. Sin embargo, hasta los granos más chicos generan ideas en los molinos del pensamiento político, y por esto quedaría incompleta la revisión que se ha hecho si no mencionáramos por lo menos al nacionalismo y al trotzkismo.

El nacionalismo, como movimiento, había quedado descolocado de su inicial apoyo a Perón, después de la aprobación de las Actas de Chapultepec —como se relató en el anterior volumen de esta obra— y más todavía con la del Tratado de Río de Janeiro. Subsistía, empero, una organización que reclamaba la titularidad de la corriente: la Alianza Libertadora Nacionalista. En los finales de los años 30 y hasta 1946, había sido un nucleamiento dinámico en el que participaban mozos de acción que se dedicaban a perturbar los actos de los partidos democráticos, y también algunos intelectuales, provistos de una ideología que recogía aportes del catolicismo ultra, el fascismo, el falangismo y el

revisionismo histórico. Pero a medida que el gobierno de Perón los decepcionaba de su sueño de elaborar un estado jerárquico y cristiano, los intelectuales se fueron alejando: algunos siguieron fieles a su viejo ideario y otros tomaron diversos rumbos. Entonces, libre de esas presencias, la Alianza, bajo la jefatura de Juan Queraltó —petiso, valiente, dominante—, se fue deslizando a un incondicional apoyo a Perón y finalmente quedó convertida en una reunión de matones, sin objetivos políticos y sin otro afán que atacar físicamente a quienes consideraban sus enemigos.

Los aliancistas de los últimos años de la década del 40 tenían una mentalidad similar a los militantes de las "formaciones especiales" que Perón alentaría veinte años más tarde: el mismo gusto por la pura violencia, el mismo desprecio por las formas democráticas, la misma prepotencia y soberbia. Pero los de entonces carecían, además, de toda formación ideológica: su repertorio de ideas terminaba en el anticomunismo y el antisemitismo. Esto último no dejaba de preocupar a Perón, que encontraba cómodo contar con una fuerza de choque útil para trabajos determinados. Ya veremos, en el último volumen de esta obra, cómo operó el líder justicialista en 1953 para vaciar a la Alianza de las vocaciones que podían ser molestas, y conservarla en condiciones de utilizar sus pistolas y cachiporras cada vez que fuera necesario.

Mejor atención que estos bravucones profesionales merecen algunas personalidades y grupos que se pueden nominar sin abuso como nacionalistas. Casi todos ellos eran fervorosamente católicos, y casi todos, también, hacia 1950 estaban contra Perón. Algunos de los más notables tenían su base en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, donde Mario Amadeo dirigía la revista de la casa, y entre ellos se destacaban Marcelo Sánchez Sorondo, Bonifacio Lastra, Máximo Etchecopar y Luis M. de Pablo Pardo, activo conspirador este último, contrariamente a los demás, que mantenían una actitud políticamente pasiva y que, en general, empezaban a estar de vuelta del pensamiento totalitario y fascistizante que los había embelesado hacia 1943. No alardeaban públicamente de una posición antiperonista, y algunos habían adherido a la reforma de la Constitución en 1949, pero en sus cenáculos despotricaban contra el populismo, la demagogia y el estilo chabacano del régimen peronista.

Otro sector significativo era el que tenía como mentor al padre Julio Meinvielle. Digamos, antes de seguir adelante, que había varios maestros en los rangos nacionalistas. Uno de ellos era el padre Leonardo Castellani S. J., que después de ser castigado por la Compañía de Jesús y recluido en un pueblo de Cataluña, regresó a la Argentina para ser amparado por el obispo de Salta; su alejamiento físico lo privó de contactos frecuentes con quienes se proclamaban sus discípulos, pero su influencia intelectual persistía en todos los grupos nacionalistas. También el padre Juan Sepich S. J. ejercía cierta gravitación en el terreno filosófico. Pero el maestro por antonomasia, desde la década del 30, era César Pico, médico de profesión, sociólogo orteguiano, filósofo tomista y antiperonista furibundo, cuya presencia era un activante en la formación de jóvenes; la experiencia peronista había sacado a Pico de su inicial admiración por el autoritarismo y ahora evolucionaba hacia un liberalismo de derecha.

Como ya se adelantó, quien logró nuclear a su alrededor un brillante discipulario fue Meinvielle. Sacerdote de vida ejemplar, dueño de una vastísima cultura y a la vez politiquero y movedizo, residía como capellán en la Casa de Ejercicios y presidía una suerte de "colegio libre" en un edificio que financiaban algunos de sus muchos amigos millonarios. Allí concurrió una generación entera de jóvenes, muchos de los cuales tendría una destacada actuación. La privilegiada inteligencia de Meinvielle era un fascinante coctel. Sabía hacer convivir su rígida ortodoxia doctrinaria con una afición por el esoterismo que lo llevaba a ejercer el don de la profecía, como cuando vaticinaba que en un futuro próximo se quemarían iglesias en la Argentina. Era más que antisemita; era teológicamente antijudío. Su anticomunismo total lo llevaba a ver con cierta simpatía a Estados Unidos, lo que lo enfrentó con capitostes nacionalistas como Amadeo. Dirigió durante varios años la revista *Presencia*, una publicación quincenal que logró reunir a las mejores plumas del nacionalismo, cuyo tono llegaba al límite posible en la época para no correr el riesgo de la clausura. Meinvielle insistía ante el círculo joven que lo rodeaba de la necesidad de lograr una formación filosófica y un acabado conocimiento del pensamiento político clásico pero, a diferencia de otros gurús del nacionalismo, daba importancia al tema económico, que enfatizaba a través de una permanente lectura de *El Capital*.

Otro sector que sin ser estrictamente nacionalista participaba de cierto costado de su pensamiento —y lo enriquecía con sus aportes— era el que lideraban los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta. Racionalmente antibritánicos, ponían el acento de sus preocupaciones en la relación histórica de nuestro país con Inglaterra. Autores de varios libros que influyeron en el ideario de la década del 40, animaban un movimiento de revisionismo que no caía en los extremos del rosismo militante. El antiperonismo de los Irazusta radicaba en su convicción de que Perón era un agente del imperialismo inglés, y su gobierno, una reedición del "estatuto del coloniaje" que venían denunciando desde mediados de la década del 30; paradójicamente, Julio Irazusta fue el argentino que mejor conoció el pensamiento político inglés del siglo XVIII, como que se formó en universidades británicas. En algún momento, el grupo de Irazusta —que intentó institucionalizarse antes de 1945 en un pequeño partido con algún eco en Mendoza y Entre Ríos— se expresó a través de *Presencia*. En su excelente libro *El nacionalismo argentino*, Enrique Zuleta Álvarez explica los avatares de los irazustianos, que contribuyeron con agudas críticas al régimen peronista desde su perspectiva.

Había otros grupos cuyo inventario harán los especialistas pero este vistazo basta para abarcar el panorama del nacionalismo en los primeros años de la década del 50. Si bien se analiza, la existencia de estos núcleos se debía a la inexistencia de una gran fuerza conservadora. Elitistas por tendencia natural, despreocupados de todo contacto con las masas, metidos en el microclima de sus tertulias y cursos, carecían de estrategia política. No ideaban fórmulas para llegar al poder, no tenían contacto con los partidos tradicionales. Simplemente, se preparaban. Discutían el tema del Estado, actualizaban su pensamiento político y formaban cuadros para un tiempo improbable e impredecible. En realidad, esta actividad puramente especulativa no se diferenciaba en esencia de la que desplegaban por entonces los radicales intransigentes y los socialistas, sobre todo los jóvenes: el triunfalismo primitivo del régimen peronista escamoteaba los grandes problemas y muchos argentinos buscaban, por caminos diferentes, respuestas a interrogantes que la realidad nacional y mundial les planteaba a cada momento. La diferencia cinegética entre los muchachos nacionalistas y los muchachos del radicalismo y el socialismo residía en

que éstos compensaban sus reflexiones con una acción permanente de reclutamiento y proselitismo, mientras que aquéllos se quedaban en el puro ejercicio del pensamiento, desdeñosos como eran del oficio político.

Y en esto, curiosamente, se parecían a grupos que estaban en las antípodas de su posición: los que juraban por la memoria de León Davidovich Bronstein, más conocido como Trotzki.

Quien haya leído *Historia de Mayta* tiene ventaja para introducirse en el abrumador magma de siglas, seudónimos, grupos y grupúsculos, expulsiones, acusaciones y divisiones que colorea inexorablemente y dondequiera sea, el panorama del trotzkismo. Esa febril vocación de cariocinesis que describe Mario Vargas Llosa para sus revolucionarios peruanos, corresponde también a los epígonos de la IV Internacional en la Argentina.

Diversos núcleos trotzkistas existían en el país desde principios de la década del 30. Instados por un periodista norteamericano que cumplía funciones políticas bajo la cubierta de corresponsal de una agencia noticiosa, algunos de ellos lograron en 1941 constituirse en el Partido Obrero de la Revolución Socialista PORS; dos años más tarde, el partido había estallado en no menos de diez grupos, todos los cuales tenían como objetivo principal atribuirse la representatividad de la tendencia y cubrir de denuestos a la competencia. Sería tarea demasiado fatigosa y por demás menor, intentar una crónica de sus trayectorias. Esos grupos "no tienen derecho a la historia", como dice Lucien Febvre. Quien desee esa información puede leer el documentado libro de Osvaldo Coggiola.

Más viable resulta ocuparse de algunas de sus individualidades, casi todas rodeadas por escasos adherentes pero animadas, sin excepción, por la persistente pasión de analizar la realidad. Eran actividades que no pueden evocarse sin un sentimiento patético: se desarrollaban generalmente en la indigencia, sufriendo el desprecio de sus primos hermanos del PC —de donde habían salido muchos trotzkistas—, sin la menor repercusión en una clase abrumadoramente peronista de la que, sin embargo, querían ser voceros y expuestos a la vigilancia policial, no muy sutil en distinguir capillas. Cada uno de esos conjuntos se atribuía la infalibilidad en la interpretación del pensamiento de Trotzki; cada uno aspiraba a sacar una hojita que difundiera su posición; cada

uno luchaba por ser reconocido como único depositario de la verdad del evangelio marxista.

En eso estaban Mateo Fossa, Silvio Frondizi, ocasionalmente el poeta Luis Franco, Jorge Abelardo Ramos, Niceto Andrés, Nahuel Moreno, José Posadas y otros. Los dos últimos, en posiciones distintas, por supuesto, concurrieron en 1948 al II Congreso de la IV Internacional realizado en Francia, para reclamar el reconocimiento del organismo como sus únicos representantes en la Argentina. La actitud de la dirigencia trotzkista internacional fue salomónica; y como esta dirigencia también se dividió poco después, cada cual siguió operando por su cuenta.

Aparte de las furiosas disputas en torno a la teoría y la praxis, el gran tema que los dividía era la categorización conceptual de Perón y su régimen. Moreno era rígidamente antiperonista; Posadas lo era mucho menos; Ramos aventuraba que el líder justicialista animaba un fenómeno "bonapartista" y significaba la expresión de una burguesía nacional en ascenso; Rey postulaba el "entrismo", es decir la infiltración en el sindicalismo peronista, lo que le valió una agresión física en 1948, cuando intentó explicar sus tesis a los obreros azucareros en huelga en Tucumán. Frondizi optaba por ver el proceso como una crisis del Estado burgués.

Fueron aportes muy diferentes, en su valor y trascendencia. En 1949 apareció *América Latina, un país* de Ramos, que tuvo difusión por su planteo continentalista; pero muchos trotzkistas cuestionaban la errática conducta de Ramos en sus relaciones con el oficialismo, con el que colaboraba eventualmente como periodista. Ya veremos que algunos maestros del trotzkismo argentino pasaron en 1953 a integrar el partido que pretendió apoyar al régimen desde la izquierda: por ahora los dejaremos en sus disputas bizantinas, sus magros esfuerzos proselitistas, sus fríos odios intelectuales, sus hojitas de corta vida, sus desmedrados cursillos sobre Hegel o Marx. Como los nacionalistas, fueron incapaces de constituir una fuerza orgánica. Como ellos, se diluían en infinitas discusiones teológicas. Pero al igual que sus antípodas, intentaban comprender qué estaba pasando en el país y en el mundo, qué rumbo tomaban los tiempos, qué significaba el fenómeno peronista y, ¿por qué no?, qué inserción podrían tener ellos mismos en el manejo del futuro.

# II. ADIÓS A EVITA

Se ha visto el modo como fracasaron los intentos conciliatorios surgidos del campo conservador y el campo socialista en los primeros meses de 1952 y cómo, en lo que restaba de este año, naufragaría el intento comunista de acercar filas con el peronismo. La contrapartida de estos conatos fallidos era la actitud demencial de los conjurados de Suárez y la que expresaban las directivas presidenciales de abril. Era como si una fuerza más poderosa que cualquier expresión de buena voluntad, tanto de oficialistas como de opositores, cruzara fatalmente cualquier intento de introducir alguna variable de racionalidad y civilización política en las relaciones entre el régimen gobernante y los partidos.

Todo empeoró en los meses que siguieron, paralelamente al agravamiento de la enfermedad de Evita. Su declinación física puso a todo el aparato oficial y a las masas peronistas en una tensión emocional tan alta, que cualquier extravagancia se hizo posible, lo que provocó, a la vez, el despectivo rechazo de los opositores.

## *Las postreras jornadas*

El 20 de febrero, ella y el presidente atendieron en la residencia a la mesa directiva del Comité de Unidad Sindical de la Cuenca del Plata que se había realizado en Asunción. Tenía Perón puestas grandes esperanzas en este organismo, del que ya hablaremos, y Evita leyó ante los visitantes un pequeño discurso cuyo leit motiv era una expresión que muchos años después retomaría su marido: "La hora de los pueblos ha llegado". Un mes más tarde apareció ante una delegación sindical y pronunció una alocución: fue cuando Perón aludió a conspiraciones y conjuras que se estarían gestando. Abril empezó con una obligación funeraria, el velorio de Quijano, al que Evita concurrió por unos

breves momentos. A mediados de este mes vivió dos momentos de esplendor: recibió en el Ministerio de Trabajo, la sede de su primer despegue, a representantes de diversos sindicatos, a los que anunció que en adelante el presidente se iba a reunir todos los miércoles, con delegados gremiales. Después, deslumbrante, recibió de manos del embajador del Líbano la Orden de los Omeyas: era la primera mujer a quien se otorgaba esta condecoración. En cambio, no asistió a la exposición montada en el obelisco a mediados de abril, en la que se exhibían los nuevos modelos de automotores fabricados en el país: el automóvil, la camioneta o rastrojero y la chatita, todos ellos bautizados "justicialistas", la motocicleta "Puma" y el tractor "Pampa"; los *contras* bautizaron inmediatamente a estos vehículos como "estercitas" porque "los hombres te hicieron mal"...

En esos mismos días, en ocasión de la visita que hacía el general Goes Monteiro, jefe del Estado Mayor General de Brasil, una visión de la Evita de entrecasa se filtró a la atenta vigilancia de la Subsecretaría de Informaciones. La fotografía no llegó a los diarios pero sus copias circularon por ahí: en el grupo de los militares brasileños se veía a Evita desarticulada, vencida, con unas trencitas de colegiala, vistiendo unos pantalones demasiado grandes; tenía un aire abandonado e indiferente y lo más impresionante era la mirada: perdida, puesta en ningún lado.

Todo el país estaba pendiente de su salud. Las clases altas no podían disimular la satisfacción con que veían el derrumbe físico de Evita: no faltaba quien sostenía que ese cangrejo voraz que le roía el vientre era un castigo de Dios... Otros pensaban que si ella moría, desparecería un factor incendiario y tal vez las cosas habrían de tranquilizarse. La embajada de Estados Unidos especulaba sobre si la muerte de Evita podría traer luchas de facciones en la CGT. Pero millones de argentinas y argentinos rezaban para que la Señora recuperara las fuerzas y regresara a las procuraciones que ejercía.

El 1° de mayo estos ruegos parecieron tener respuesta. Ese día, después que Perón inauguró como de costumbre el año parlamentario y habló durante cuatro horas ante la Asamblea Legislativa, cuando a las cinco de la tarde la inconfundible figura de Evita apareció en el balcón de la Casa Rosada y su voz vibró en los altoparlantes y en las radios de todo el país, la pesadilla de

su enfermedad pareció exorcizada para nunca jamás volver. Era la Evita de siempre: implacable, desorbitada, disparando una catarata de palabras de guerra, amenazando, impetrando: "Perón, el líder del pueblo, el líder de la humanidad, porque ha levantado la bandera de redención y justicia de las masas trabajadoras..." "[El pueblo] le seguirá contra la opresión de los traidores de adentro y de afuera, que en la oscuridad de la noche quieren dejar el veneno de sus víboras en el alma y en el cuerpo de Perón, que es el alma y el cuerpo de la Patria..."

Fue allí cuando dijo ese párrafo delirante, que era como la suprema cifra de su fanatismo: "Yo le pido a Dios que no permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón porque ¡guay de ese día! Ese día, mi general, yo saldré con el pueblo trabajador, yo saldré con las mujeres del pueblo, ¡yo saldré con los descamisados de la Patria para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista!". Y seguía: "Porque nosotros no nos vamos a dejar aplastar jamás por la bota oligárquica y traidora de los vendepatrias que han explotado a la clase trabajadora; porque nosotros no nos vamos a dejar explotar jamás por los que, vendidos por cuatro monedas, siguen a sus amos de las metrópolis extranjeras y entregan al pueblo de su patria con la misma tranquilidad con que han vendido al país". Se alargaba: "Quiero que el pueblo sepa que estamos dispuestos a morir por Perón, y que sepan los traidores que ya no vendremos aquí a decir ¡presente! a Perón, como el 28 de septiembre, sino que iremos a hacernos la justicia por nuestras propias manos...". Redondeaba: "Nosotros somos el pueblo, y yo sé que estando el pueblo alerta, ¡somos invencibles porque somos la Patria misma!".

Estaba fuera de sí. Perón en algún momento le indicó que terminara. Pero ella tomaba de la multitud las fuerzas que le faltaban, la aclamación era su droga. Cuando terminó su arenga, se derrumbó. Serían sus últimas palabras públicas, y eran como habían sido siempre, terribles, duras. Ni la enfermedad la había ablandado...

A partir de ese momento se desencadenó una loca puja para ofrecer a la enferma las más altas e inconcebibles consagraciones, los tributos y homenajes más inauditos. Empezó con la proclamación de Evita por el Congreso Nacional como "Jefa Espiritual de la Nación" el 7 de mayo, día en que cumplía 33 años de edad.

Siguió con el solemne descubrimiento de su busto en la entrada del Ministerio de Salud Pública, tal vez una astucia de Carrillo, que estaba jaqueado por algunos colegas de gabinete y no se sentía seguro de ser designado nuevamente en el nuevo período presidencial; aunque a esta altura ya eran centenares los bustos que se levantaban en sindicatos, fábricas, reparticiones públicas, escuelas, hospitales y plazas de todo el país. Unos días más tarde, la Comisión Nacional de Cultura concede un premio extraordinario, otorgado por única vez, a *La razón de mi vida.* En junio, después de la asunción presidencial por segunda vez, la Cámara de Diputados resuelve entronizar en su recinto los retratos del presidente y su esposa. El 11 de este mes, nuevo homenaje legislativo: un diputado dice que Evita fue (sic) la santa hecha mujer; el sindicalista Alonso asegura que *La razón de mi vida* no se editaba en Estados Unidos "porque el libro amenaza la estabilidad de un régimen opresivo". Al día siguiente, el nuevo rector de la Universidad, al asumir su cargo, termina diciendo "nosotros conjugamos el verbo del pueblo: Perón y Evita". El 7 de julio, después de ochenta y cuatro discursos con las consiguientes aclamaciones, aplausos y puestas de pie de los legisladores cada vez que se nombra a Perón y Evita, el Congreso vota una ley erigiendo un monumento a la "Jefa Espiritual de la Nación". En las efusiones oratorias, monótonas en la alabanza, había sutiles competencias. Por ejemplo, decía la senadora Castiñeira: "Eva Perón reúne en sí lo mejor de Catalina la Grande, de Isabel de Inglaterra, de Juana de Arco y de Isabel de España, pero todas estas virtudes las ha multiplicado, las ha elevado a la enésima potencia...". Y entonces la senadora Larrauri retrucaba: "Yo no acepto... que a Eva Perón se la compare con ninguna mujer, con ninguna heroína de ningún tiempo, porque a muchas de ellas por no decir a todas, eminentes escritores tuvieron que magnificar su historia. En cambio no hay escritor, por inteligente que sea, que pueda trazar fielmente la historia de las realidades de Eva Perón...".

La ley establecía que el monumento debía levantarse en la Plaza de Mayo o lugares adyacentes; se decía que sería más alto que la Estatua de la Libertad y una réplica del mismo se erigiría en cada capital de provincia. A principios de julio, las legislaturas de Buenos Aires y Mendoza establecen *La razón de mi vida*

como libro de texto obligatorio en las escuelas que dependen de los respectivos gobiernos provinciales. ¿Y la Nación? ¿Cómo habían podido olvidarse...? El diligente Cámpora salvó la imperdonable omisión: una semana más tarde el Congreso sancionó una ley idéntica para todos los establecimientos educativos dependientes de la Nación. Y el 18 la máxima condecoración, la distinción que ningún ciudadano argentino ostenta: el gran collar de la Orden del Libertador.

Alberto Ciria ha espigado una corta antología de los delirios que se virtieron en aquellas sesiones. Su lectura da la idea del clima irracional que existía en el oficialismo en esas tristes vísperas de la desaparición de Evita, y del nivel cultural de sus autores: *Diputado Ortiz de Sosa Vivas:* "inclinemos reverente la cerviz ante el nombre sagrado de Eva Perón". *Diputado Teodomiro de la Luz Agüero*: "la esencia semidivina" de Evita y su obra. *Diputado Antonio Benítez:* "Perón, señores, ya no es Juan Perón: ¡Perón es Juan Perón y Eva Perón!". *Diputado Astorgano:* "Evita es blanca como los corderitos y rubia como las mieses doradas del estío". *Diputado Rodríguez:* el libro de Eva Perón es un "método global de lectura y de escritura" por sus frases directas y simples, además de no cacofónicas. *Diputada Ortiz de Sosa Vivas:* "...la sublime autora del libro más excelso que hayan leído los hombres".

Toda esta catarata culminó el 26 de junio, cuando en un sublime impromptu Cámpora tomó juramento a los diputados: "¿Juráis ser leales al Libertador de la República general Juan Perón y a la Jefa Espiritual de la Nación Eva Perón, a su doctrina y a su movimiento?". El diario de Sesiones acota que, puestos de pie, los legisladores presentes así lo hicieron.

Más allá de la intención que pudiera haber animado a estos tributos, los mismos acreditan el clima que se vivía en aquellos días. La oposición parlamentaria no se hizo presente en las sesiones donde se trataron los reiterados homenajes: prudentemente escurrió el bulto con una declaración cuando empezaron las iniciativas, señalando que el radicalismo estaba contra los homenajes dispensados a personas vivientes y, en consecuencia, no concurriría a las sesiones. Era una sensata actitud para evitar fricciones que, en la alta tensión que vivía el oficialismo frente a la declinación de Evita, podían terminar en una catástrofe. A un

diputado radical que en la legislatura de San Luis osó objetar uno de estos homenajes, se le había prohibido el uso de la palabra durante un año...

Entre la obsecuencia y la auténtica preocupación popular, la salud de Evita tenía altibajos sorprendentes. Después de su aparición del 1º de mayo, cuatro días más tarde recibió a la reina nacional del trabajo y las reinas regionales. Mientras Perón hablaba casi todos los días, ella permanecía recluida en su habitación de la residencia, bastante lejos del dormitorio de su marido. El 25 de Mayo no hubo Te Deum ni velada en el Colón. Pero el 28 recibió a los mandatarios provinciales que se habían reunido en la III Conferencia de Gobernadores y los exhortó a "olvidarnos un poco de los que nos hablan de prudencia, y ser fanáticos...". El 4 de junio pudo exhibirse al lado de su esposo en el acto de asunción presidencial. Lucía un espléndido tapado de piel que ocultaba su delgadez; el rostro casi transparente pero la sonrisa radiante, bellísima. Aguantó la ceremonia en el Congreso sentada en el sillón que correspondía al vicepresidente y luego atravesó todo el largo de la Avenida de Mayo en un auto descubierto junto al presidente, ante las aclamaciones de miles de hombres y mujeres que al verla entera y sonriente volvían a creer otra vez en su recuperación. Después se supo que se había armado en el vehículo un apoyo de metal para que pudiera sostenerse durante el trayecto, y que había tenido que tomar dosis enormes de calmantes.

El doctor Alberto Taquini, llamado por el doctor Ricardo Finochietto para que asistiera a la enferma de los problemas pulmonares y circulatorios, la había revisado quince días antes de la ceremonia y le aconsejó no concurrir. El 4 de junio por la noche fue llamado nuevamente a la residencia presidencial: Evita presentaba un cuadro inquietante y un estado de gran tensión. Nos cuenta que volvió a recomendarle reposo; no debía recibir gente, no debía salir por un tiempo. Ella reaccionó airadamente:

—¡Usted no sabe con quién está hablando!

El doctor Taquini, picado, le contestó:

—Me parece que la que no sabe con quién está hablando es usted, señora. Yo soy un médico que ha sido llamado aquí para cuidarla, y le estoy diciendo lo que no debe hacer...

Después de esto, Evita tuvo una buena relación con el

doctor Taquini, que empezó a asistirla casi todos los días. A esta altura de su dolencia, las metástasis ya alcanzaban el hígado y la parte inferior de su pierna izquierda, además de los pulmones: es asombroso que haya podido hacer la hombrada de concurrir a los actos del 4 de junio. Pero después casi no se levantó de la cama ortopédica en que yacía, en el dormitorio sobre el jardín que se había armado para ella después de la operación. Su corte habitual la seguía rodeando; recuerda el doctor Taquini que le sorprendió el servilismo con que se la trataba. Evita no perdía su coquetería y en ningún momento dejó de hacerse la *toilette* de costumbre. No tenía una clara conciencia de la gravedad de su estado aunque a veces hacía bromas amargas sobre su salud y hasta alusiones a su muerte: más que certezas de su futuro, eran conjuros subconscientes para alejar la desgracia. Tanto los médicos como el círculo que la rodeaba eran cómplices en la tarea de hacerle creer que pronto mejoraría. Su marido le hablaba de los viajes que haría pronto. El doctor Taquini memora que Perón no estuvo presente en las dos oportunidades en que la examinó, antes del 4 de junio y en la noche de esa jornada. Lo conoció semanas más tarde, a fines de junio o principios de julio, y nunca le preguntó formalmente sobre la salud de su mujer. "En verdad —dice el médico— no parecía estar muy preocupado por ella."

Mientras la vida de Evita se iba apagando y la carrera de los homenajes seguía incontroladamente, un aire lúgubre empezaba a campear en todo el país. La certeza de que la enfermedad de la Señora era realmente grave sólo se extendió hacia principios de julio. Por entonces, las embajadas extranjeras cancelaban las recepciones que habitualmente realizaban, y se suspendían actos protocolares e inauguraciones. No se daban motivos, pero todos lo sabían. A veces se disparaba un rumor: ya había muerto. Se cuchicheaba sobre las exequias: ¿se animarían a demoler la edificación lindera a Plaza de Mayo para erigir el cenotafio? ¿La enterrarían en la Catedral? Mientras circulaban secretamente chismes como éstos, el pueblo oraba fervorosamente. Pero ni estos ruegos ni la misa multitudinaria organizada por la CGT alrededor del obelisco bajo una persistente lluvia podían retrasar el desenlace, prenunciado por las palabras casi necrológicas del padre Benítez. La misma Evita, finalmente, comprendía que se moría, en los momentos de lucidez que recobraba en medio de la duer-

mevela a la que piadosamente la llevaban los calmantes. El 24 de julio aparecieron en la residencia presidencial dos profesores alemanes traídos por el canciller Remorino, los doctores Kalk y Uhlembuck: después de conferenciar con sus colegas argentinos se retiraron discretamente, convencidos de que todo esfuerzo médico era ya inútil.

El sábado 26 de julio de 1952, por la mañana, Evita cayó en estado de coma. Pasó todo el día en un sueño de agonía. A las 20:24 dejó de respirar. Perón, que en ese momento estaba cenando, subió apresuradamente al dormitorio cuando el llanto de sus hermanas y las enfermeras anunció el deceso. El doctor Taquini, que con Finochietto y Taiana había estado todas esas horas junto a la moribunda, recuerda la celeridad y precisión con que empezó a ponerse en marcha el mecanismo político previsto para el caso, inmediatamente después del fallecimiento: el doctor Pedro Ara, que tendría a su cargo el embalsamiento, ya estaba llegando a la residencia.

A lo largo de ese sábado, húmedo y grisáceo, los comunicados de la Subsecretaría de Informaciones habían graduado el tránsito de la expectativa pública. Cuando a las 21:10 todas las radios del país anunciaron que a las 20:25 Eva Perón, "Jefa Espiritual de la Nación", había fallecido, fue como si una gran tiniebla descendiera en todos lados. Cerraron los cines; los teatros y todos los espectáculos; los restaurantes y confiterías detuvieron sus tareas o entornaron las puertas. La radios empezaron a transmitir música fúnebre. Al día siguiente, esas reacciones espontáneas se disciplinarían y harían uniforme el aire de todo el país: durante tres días, el paro decidido por la CGT convirtió a las ciudades en desiertos. Los viajeros o transeúntes se las vieron en figurillas para alimentarse o transportarse de un lado a otro. De las radios desaparecieron los "jingles" en las tandas comerciales y los locutores leían los avisos con una voz grave y apesadumbrada, tal como había ordenado el organismo que regía Apold. Todo lo que tuviera el menor aroma a humor o frivolidad fue drásticamente eliminado: hasta la columna "Qué dice la calle..." que hacía en *Clarín*, a veces con gracia, el periodista Isidoro de la Calle quedó borrada durante dos semanas; José Divito, el director de *Rico Tipo*, suspendió por todo el mes de agosto la aparición de su revista. Las brumas del velorio contri-

buyeron a hacer pasar inadvertida la pobre actuación de la delegación argentina en los Juegos Olímpicos de Helsinski, esa competencia donde la estrella fue el checoslovaco Emil Zapotek, y apenas dejó trascender el triunfo del equipo de rugby Pucará contra la selección holandesa por 11 a 6, que sacó a este deporte de su tradición elitista y lo llevó a los grandes públicos como una de sus pasiones.

Pero nadie podía pensar en estas cosas: todo había sido montado para que fuera imposible eludir el velorio de Evita, multiplicado en todo el país. Ningún argentino que en 1952 haya tenido más de ocho años de edad olvidará nunca aquellas lúgubres semanas de julio y agosto. En la memoria colectiva quedan esas interminables jornadas de música solemne, cines y teatros cerrados, llovizna sobre las calles vacías, las vidrieras de los negocios a oscuras, sin transportes colectivos y casi sin automóviles particulares. Y las colas de gente atravesando cuadras y cuadras del centro de Buenos Aires, los diarios con franjas negras orlando su primera página, el nombre de Evita repitiéndose mil veces en la prensa, en las radios, obsesivamente, impregnándolo todo... Ese recuerdo permanece como una marca de luto que desde luego no todos compartieron, pero que todos los argentinos, de una punta a otra del país, vivieron como una experiencia ineludible, fraguada en la sustancia con que los grandes acontecimientos comunes marcan la vida de los pueblos y jalonan el transcurso de sus lustros.

No se hará en estas páginas la crónica de los actos que siguieron: el velorio de quince días en el Ministerio de Trabajo, el traslado de los restos al Congreso Nacional donde se exhibieron otros dos días, y finalmente la procesión multitudinaria que la acompañó hasta lo que sería su morada provisoria, el local de la CGT, el 11 de agosto. Ya ha sido contado muchas veces y, por otra parte, el gobierno contrató a un buen camarógrafo norteamericano que filmó en colores todas las secuencias del prolongado duelo. Pero, más allá de la crónica, no puede dejar de recordarse la congoja profunda de millones de argentinos que se dolieron de la suerte de aquella joven mujer en la que habían encarnado sus sueños, sus apetencias, sus fantasías. Toda clase de desmesuras florecieron a la sombra del dolor popular: un sindicato pidió al Vaticano la canonización de Evita; brotaron

remedos del velorio central en centenares de velorios menores en diversos puntos del país, donde el dueño o dueña de casa recibía condolencias y dirigía las letanías; hubo una ola de imposiciones de su nombre que saturó la toponimia. A La Pampa, "Provincia Eva Perón", se sumó la ciudad de Quilmes y la capital de la provincia de Buenos Aires, además de avenidas y plazas por doquier, suscitando situaciones confusas y aún ridículas. Nada de estos desbordes tenía que ver con el llanto de la gente común.

Pero una vida tan fuera de medida no hubiera podido tener una secuencia póstuma diferente. A ella le habría gustado. El capítulo abierto por su muerte tenía que ser tan único como su propia vida. No ofendía su memoria que velorio, duelo, exequias y cadáver se colocaran en dimensiones extravagantes, por enormes y singulares, y no en el trámite funerario común. Todo, hasta las vicisitudes que posteriormente sufrieron sus restos, preservados en la actitud del sueño de las mutaciones naturales de la muerte, todo fue el colofón pertinente de una existencia singular hasta lo increíble.

Pues el destino de Eva Perón fue raro, pero lo admirable en él es la decisión con que lo hizo suyo. No puede asombrar que siga actuando en dramaturgos, cineastas y novelistas como fuente de inspiración. Esa actriz mediocre, cuando tuvo por escenario el país —el mundo, por caso—, se agrandó para ponerse a la altura del papel que la vida milagrosamente le ofrecía. No se complació con los dones que había recibido. Quiso ser más, sintió el reclamo de la historia erizándole la piel, y trató de ser digna de semejante llamado.

Fue un personaje fascinante, por auténtico e insobornable, que no disfrazó sus defectos ni falsificó nada de su esencia. Pero ojalá no sea nunca un arquetipo argentino. Tenía la aterradora seguridad del fanatismo y por eso nunca vaciló ni cargó jamás con la infelicidad de la duda. De ahí su fuerza y su elemental inocencia, pero también su poder destructivo y su incapacidad para comprender nada que no le fuera propio. Hacía una profesión del amor a los desposeídos, a los niños, a los ancianos, a los enfermos, pero nadie esgrimió como ella el odio y la intolerancia como si fueran valores políticos permanentes. Fue un factor tremendamente negativo en la trabajosa construcción de la vida de

los argentinos como pueblo, porque dio cauce y legitimó la irracionalidad que siempre yace en el fondo del alma colectiva. Fue sincera, es cierto, nunca especuló; pero si esto la justifica como persona, no la salva de haber contribuido como nadie a alimentar brutalmente las calderas de la división de la comunidad nacional.

## *El país sin ella*

Depositado el cadáver de Evita en la CGT bajo los cuidados del doctor Ara, regresado Perón a sus funciones gubernativas, ritualizados los actos recordatorios de la extinta con minutos de silencio, funerales periódicos y frases sacramentales obligatorias como la que marcaba la iniciación del informativo oficial de Radio del Estado a las 20:25 "hora en que Eva Perón entró en la inmortalidad", todo empezó a recuperar lentamente la normalidad. Durante veinte días casi no hubo administración ni política. Ahora, el gigantesco velorio había quedado atrás. Un interrogatorio campeaba en los ambientes políticos de todo signo: ¿qué consecuencias traería la desaparición de Evita?

Por empezar, ¿qué ocurriría con la Fundación? Perón había anunciado que se haría cargo personalmente de la institución y efectivamente, durante unas pocas semanas concurrió a atenderla. Pero ya a mediados de septiembre rezongaba: "La señora manejaba estas cosas y podía ejercer una acción personal. Como consecuencia de ello, estas organizaciones son un poco estáticas, hay que llevarlas un poco de la mano porque están preparadas para este tipo de conducción. En consecuencia, faltan muchos factores orgánicos que le permitan otro tipo de conducción. Pero yo tengo mis veinticuatro horas ocupadas y no lo puedo llevar así. . ."

El "otro tipo de conducción" sería, sin duda, la burocratización de un organismo tan vivo y versátil como había sido la Fundación, cualquiera fuera el juicio que merecieran sus métodos para recaudar fondos y la intención política que lo animaba. Ello fue ocurriendo en los meses siguientes aunque el público no percibió en principio, ningún cambio y, por resolución del presidente, la gente humilde continuaba enviando sus cartas a Eva Perón, como si siguiera viva.

Pero estaba muerta y su desaparición tendría, necesariamente, consecuencias políticas. Uno de ellas podía ser —pensábase— un cierto aflojamiento de la dureza en el trato entre oficialismo y oposición. Quien tuvo la iniciativa en esto fue, sorprendentemente, el patriarca del socialismo, Nicolás Repetto, uno de los dirigentes más duros del partido de Justo. Cuando falleció Evita, el veterano ex senador publicó en *Nuevas Bases* una necrología que era acaso lo máximo a que podía llegar un hombre público de la oposición respecto de la figura desaparecida.

"No podríamos ignorar, amparándonos en un silencio hipócrita o cobarde, la desaparición de la esposa del presidente de la República. Es una mujer que supo hacerse una influencia enorme y que ha gravitado en forma demasiado sensible en la obra del general Perón para que su muerte pueda ser silenciada.

"La vida de la mujer hoy desaparecida constituye, a nuestro juicio, un ejemplo poco común en la historia. No son raros los casos de hombres de gobierno o políticos de nota que han contado para su acción pública con la colaboración, abierta o disimulada, de sus esposas, pero en nuestro caso toda la obra del primer magistrado está tan impregnada del pensamiento y de la acción personalísima de su esposa, que resulta imposible separar netamente lo que corresponde al uno y lo que pertenece a la otra. Y lo que da carácter notable y propio al empeño de colaboración de la esposa, fue el abandono que hizo de sí misma, de su bienestar y de su salud; su decidida vocación por el esfuerzo y el peligro, y su fervor casi fanático por la causa peronista, que infundió, a veces, a sus prédicas, dramáticos acentos de lucha cruenta y de despiadado exterminio.

"Iniciada apenas en la vida política e ignorando aún el desarrollo que había de alcanzar el movimiento peronista, se lanzó a la arriesgada aventura de recorrer el mundo en aeroplano para difundir la obra y, sobre todo, el nombre del esposo. Impuesta la obra y coronada por el nuevo triunfo de la reelección, la vimos, a menos de cinco o seis semanas de su muerte, dar pruebas de resignación heroica al sufrimiento físico y al destino aciago, manteniéndose de pie en el vehículo que la transportaba durante el largo trayecto de la avenida de Mayo. ¡Asombrosa fortaleza de espíritu y de insensibilidad física!

"No es fácil separar la parte que corresponde a cada uno de

los cónyuges en el esfuerzo hecho para llevar adelante el movimiento peronista. A nuestro juicio, el mayor aporte debe ser acreditado en la cuenta de la señora, que se mezcló a las masas para predicar con tesón inquebrantable las excepcionales virtudes y capacidades del general. Tomó a su cargo la organización política de las mujeres en un partido propio y supo orientar hacia las listas del peronismo a un gran número de las mismas, que se iniciaban recién (sic) en el ejercicio del sufragio. Se sabe hoy cuánto ha pesado el voto femenino en la reelección del general Perón. Ella se hizo cargo y llevó adelante la parte no tan vulnerable de la obra del gobierno peronista, prestando trato simpático a los obreros, a los gremios, a los niños, a las familias necesitadas o en desgracia, a los que designaba cariñosamente con el nombre genérico de descamisados. Cuando se considera el aspecto social de la política del general Perón, se advierte que la intervención de su esposa se impone como una fuerza de creación y de impulso, que encuentra pronto sus principales órganos de acción en el Ministerio del Trabajo, en la obra Ayuda Social y en la Confederación General del Trabajo.

"Si hemos de juzgar por lo que ha trascendido hasta nosotros, no fue tan grande el influjo que alcanzó la señora de Perón en la orientación económica, política, militar e internacional del gobierno. Hemos de felicitarnos por ello, porque no obstante tratarse de una mujer, su aversión se exaltaba hasta el paroxismo cuando imprecaba y amenazaba a los adversarios políticos. La pasión partidista había destruido o debilitado en ella ese fondo de dulzura y generosidad ingénitos, que crea en el espíritu de la mujer una natural inclinación a la armonía, a la indulgencia y a la concordia entre los hombres.

"Eva Perón desciende a la tumba en medio de los más grandes honores oficiales y de un generalizado sentimiento popular, sin haber alcanzado, empero, la realización de lo que proclamó tantas veces y fue, sin duda, un anhelo sincero: la pacificación de los argentinos. Nuestras cárceles rebosan de presos civiles y militares, los exiliados son legión, los funcionarios destituidos se cuentan por millones, la libertad de decir respetuosamente lo que se piensa está al arbitrio de las policías y el estado de guerra interno ha hecho del presidente de la República el intérprete y aplicador exclusivo de la Constitución. Todo esto

torna aun más sombrío el luto de estos días y ahonda la pena cívica que aflige a una gran parte del pueblo argentino."

Aunque entre los reconocimientos que formulaba Repetto asomaban las críticas que no podía menos que formularle, todo el artículo tenía un tono de respeto y aun de admiración. Debe haber sido un gran esfuerzo el que hizo el anciano dirigente, que había conocido una dimensión de la política muy diferente de la que representaba Evita, para distinguir lo que, a su juicio, su trayectoria tenía de rescatable. Hasta la mención de la peligrosidad de su viaje en "aeroplano" delata la diferencia de tiempos entre Repetto y Evita, lo que hace más loable la necrología, que dicho sea de paso, molestó a muchos de sus compañeros de partido, aún sensibilizados por el episodio Dickmann.

Pero ni este artículo, ni la foto y franja de luto que publicó en la misma oportunidad el órgano comunista *Nueva Era* sirvieron para nada. El 5 de septiembre, Borlenghi, hablando ante los gobernadores, señalaba que la ausencia de los opositores en los homenajes a Eva Perón demostraba "no solamente que ellos no tienen espíritu de conciliación, sino que son irrespetuosos y faltos de la más elemental cordialidad de convivencia ciudadana propia de un país civilizado". Todo, pues, estaba igual, y todo seguiría igual.

Por su parte, el viudo, con una ancha franja negra en su brazo izquierdo, retomó el ritmo de sus tareas y ya en la primera quincena de octubre estaba tan locuaz como siempre: los diarios registran alocuciones diarias pronunciadas ante los más diversos auditorios. Tomó su habitual descanso de primavera en San Vicente, y el día después de su cumpleaños viajó a Rosario en el yate *Tequara* para seguir a Córdoba en automóvil con el propósito de inaugurar las instalaciones del IAME, creado pocos meses antes. Por esos días empezó a ser común que el presidente, después de permanecer en la Casa de Gobierno hasta el mediodía, se fuera a la residencia de Olivos para quedarse allí toda la tarde.

Cuenta Gómez Morales:

—A partir de la muerte de Evita yo noté un gran cansancio en Perón. Recuerdo que a fines de 1952 íbamos a lanzar el plan económico y necesitaba que el presidente leyera el texto que yo había preparado. Sin embargo, hubieron de pasar varios días para

que lo hiciera. Su edecán, el mayor Renner, me decía 'haga un escrito de pocas páginas, diez como máximo' porque costaba retener la atención del presidente. Pasaba casi todas las tardes en Olivos o en la residencia, viendo películas o charlando. Indudablemente había un proceso de agotamiento en él, una tendencia a escaparle al trabajo. Años antes, no tenía ningún problema para ver papeles y discutir con él...

Hay que señalar que los interlocutores cotidianos de Perón eran los mayores Renzi, Renner y Aloé, principalmente. Del elenco ministerial que lo acompañaba desde el 4 de junio habían sido excluidos el general Juan Pistarini, relevado de su larga gestión en Obras Públicas por el ingeniero Roberto Dupeyron, y Ramón Cereijo, reemplazado en Hacienda por Pedro Bonani. Permanecía en Asuntos Económicos Alfredo Gómez Morales, a quien se había dado como defenestrado en las vísperas de la asunción presidencial, al igual que Ramón Carrillo en Salud Pública, ya en la cuerda floja. Y se acentuaba la influencia de algunos de los peores elementos del gabinete, particularmente Román Subiza, secretario de Asuntos Políticos; Raúl Mendé, que lo era de Asuntos Técnicos, y el ministro de Educación Armando Méndez San Martín. Estos dos últimos, hechuras de Evita, extremarían ahora su adhesión a Perón y serían responsables, en gran medida, de los cambios en la conducta del presidente a los que tendremos que referirnos en el último volumen de esta obra.

Pero la ausencia más espectacular en el círculo presidencial era la de Mercante. Por esos días había empezado en La Plata un feo trabajo de desprestigio contra el ex gobernador; su sucesor, Aloé, hizo una severa crítica de la gestión anterior frente a funcionarios y legisladores provinciales.

Algo parecido ocurría en Corrientes con el ex gobernador Velasco, ahora senador nacional; su reemplazante ordenaba investigaciones y hacía procesar a sus colaboradores. El fallecimiento de Velasco, ocurrido en Córdoba después de una intervención quirúrgica, cortó la persecución que sin duda se preparaba contra él.

Así, el círculo cotidiano de Perón iba deslizándose hacia la mediocridad, la chatura y el conformismo obsecuente. Pero estas transiciones no se daban solamente en la esfera doméstica. Empezó a notarse la ausencia de Evita en algunos hechos notorios,

como el que derivó en la renuncia de Espejo a la Secretaría General de la CGT.

El 17 de octubre de 1952, por primera vez desde 1945, fue una jornada desapacible, no un "día peronista". Cuando Espejo se adelantó a hablar, una ruidosa silbatina cubrió su voz durante varios minutos. Finalmente pudo decir su discurso, dedicado naturalmente a la memoria de Evita. Anunció que se pasaría una grabación con las palabras que ella pronunciara el 1º de mayo y la multitud escuchó, estremecida, aquella arenga en la que había prometido "no dejar ladrillo sobre ladrillo que no sea peronista". Luego Perón leyó un mensaje que, según se explicó, era su testamento, escrito a fines de junio; los diarios publicaron al día siguiente la fotografía de las primeras páginas del manuscrito, con esa caligrafía irregular y llena de aristas que pocas veces se había visto. El balcón desde donde Evita había hablado tantas veces, estaba cerrado y con crespones.

Terminó el acto y los diarios no dijeron una palabra de la silbatina, pero todo el país la había escuchado por la cadena oficial de radios. Cinco días más tarde se reúne el Comité Confederal de la CGT y Espejo presenta su renuncia. El acta de la reunión transcribe las expresiones del secretario general: "Dichos sucesos no fueron improvisados sino han sido el producto de una meticulosa preparación cuyo objetivo no ha sido otro que el de desprestigiar a la central obrera y abrir así una brecha en el movimiento peronista, del cual la Confederación General del Trabajo forma parte junto con el Partido Peronista Masculino y el Partido Peronista Femenino". Atribuía luego la silbatina a "una fuerza política opuesta al peronismo".

¿Comunistas, acaso? Es posible: en esos momentos el PC aplicaba a todo trapo la nueva táctica de Real. Al menos, en el guión redactado por Real para conocimiento del Comité Central de su partido, se hacía referencia al episodio como una evidencia del "ascenso de la combatividad y del espíritu democrático de las masas". Se trataba, según Real, de la reacción de una parte del gremio metalúrgico, cuyo local había sido tomado por una fracción; se los sacó de allí por la fuerza, el sindicato fue intervenido por la CGT y estalló un movimiento que se mantuvo hasta que la central obrera devolvió el sindicato a sus autoridades. La intervención de la CGT había hecho crecer el desprestigio de Espejo

entre los metalúrgicos, que fueron los auténticos silbadores del 17 de octubre, tal vez ayudados por algunos grupos de "aliancistas", en la práctica novedosa de una suerte de democracia vocal. Pero la razón de fondo de la caída de Espejo fue que se había hecho insoportable al movimiento sindical: demasiadas veces había desempeñado la función de rompehuelgas, y ahora no contaba con el apoyo de Evita, de cuya corte había sido uno de los más extremosos integrantes. Tampoco lo apoyaba Perón: cuando le llevaron el asunto a su conocimiento se lavó las manos; no sería asombroso que los aliancistas que silbaron a Espejo el 17 de octubre, lo hubieran hecho motivados en alguna guiñada del presidente...

En el acta del Comité Confederal de la CGT del 22 de octubre consta la opinión del delegado de la Unión Ferroviaria; para él, los silbidos no habían provenido "de una fuerza política opuesta al peronismo", sino probablemente de peronistas. Que esto pudiera decirse en la reunión de la máxima autoridad cegetista y aun estuviera registrado en actas, en contradicción con la versión de Espejo, significaba que el secretario general ya no contaba con fuerzas para sostenerse. Cuando abandonó el local de la calle Azopardo, botellas y trozos de madera cayeron sobre su automóvil.

Días más tarde, el Comité Confederal designaba en su reemplazo a Eduardo Vuletich, del sindicato de empleados de farmacia. Junto a Espejo se había alejado la mayor parte de los integrantes del secretariado. Sería entonces Vuletich, delegado de una asociación profesional pequeña y sin mayor peso en el conjunto sindical, representativa por añadidura de un gremio que era mayoritariamente de clase media, el encargado de llevar adelante en la CGT una misión a la que Perón atribuía la máxima importancia: el apoyo de los trabajadores al nuevo plan económico que en los primeros días de diciembre de 1952 el presidente expondría a los legisladores de su partido.

# III. EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL

Se ha dicho que el plan económico o plan de austeridad de 1952 fue el único que tuvo éxito en la Argentina, desde la posguerra hasta el presente. Efectivamente, las medidas lanzadas por Perón en febrero de 1952 lograron estabilizar los precios, después de algunas oscilaciones. Dos días después del lanzamiento del plan, el doctor E. Coll Benegas publicaba una carta en *La Nación* afirmando que "los controles de precios como medidas tendientes a evitar la inflación, siempre han fracasado". Esto es cierto, en general, pero a lo largo de 1952 los precios y los salarios se mantuvieron estables en base de un poder autoritario: los precios se congelaron por decreto y el comerciante que cobraba más era castigado con multa o prisión; los salarios se congelaban por dos años mediante las convenciones colectivas y el gremio que pidiera más podía recibir palos y sanciones. Sin embargo, el esquema no se aplicó con tanta dureza como parece prometer su enunciación.

Los aumentos obtenidos por los trabajadores en las reuniones paritarias equivalieron de un 40 % a un 80 % respecto de lo que ganaban en 1949, un buen colchón para ir aguantando los mordiscos de la inflación a través de los dos años de vigencia de las convenciones. En cuanto a precios, hubo reajustes en muchos rubros a lo largo del año; el más importante, el que benefició a los fabricantes textiles a partir de marzo, cuando fueron consiguiendo aumentos graduales que en noviembre ya emparejaban con lo que habían pedido en febrero. En realidad, los precios no se estabilizaron hasta noviembre de 1952, alcanzando el índice de inflación de ese año un 38,7 %, un éxito, porque era casi igual (apenas dos puntos más) que el del año anterior. El salario real, con base 100 en 1943, que había venido declinando desde su punto más alto (181 en 1949) llegaba en 1952 a 143. No estaba nada mal, entonces, el resultado del plan, sin duda voluntarista pero acompañado por el apoyo de los sectores sindicales, que en

todo el año no provocaron ningún conflicto importante en materia salarial. Los mejores saldos de este ajuste se evidenciarían en los años siguientes y hasta 1955 —como se verá en el último volumen de esta obra— con una tasa de inflación muy pequeña y una paulatina recuperación del salario real, y siempre con una alta participación obrera en la distribución del Producto Bruto Nacional.

Pero si los sectores del trabajo participaban de manera significativa en el reparto de la torta —la expresión es de Scott Mainwaring— era la torta misma la que se estaba achicando; o si se prefiere, había más comensales para disfrutar de una torta que no aumentaba. Agrandarla era el propósito del 2º Plan Quinquenal que Perón y su ministro de Asuntos Técnicos Mendé explicaron a los legisladores peronistas durante cinco días, a principios de diciembre de 1952.

Todos los analistas coinciden en destacar que este segundo plan era mejor trazado y sistematizado que el primero, el de 1946. Con el tono de documento de Estado Mayor al que era tan afecto Perón, el plan determinaba tres clases de objetivos: fundamentales, generales y especiales. Los primeros determinaban la política de la Nación sobre las materias del plan en general; los segundos señalaban normas y medios para alcanzar el objetivo fundamental respectivo. Los objetivos especiales, por fin, señalaban los que serían cumplidos en el quinquenio.

Sería tan farragoso como el texto mismo del plan, hacer su análisis pormenorizado. Sólo señalaremos que estaba dividido en cuatro títulos: Acción Social, Acción Económica, Obras y Servicios Públicos y Planes Complementarios. El primer capítulo del primer título reflejaba la obsesión política de Perón: se denominaba "Organización del Pueblo". Cada uno de los capítulos o planes particulares incluía un objetivo fundamental, varios generales y numerosos especiales. Complementando la ley que aprobó el 2º Plan Quinquenal, se estableció para cada uno de los ministerios nacionales la responsabilidad principal o concurrente que les competía respecto de cada objetivo, general o especial: a su vez, los ministerios determinaban responsabilidades similares a cada uno de sus propios organismos y entidades descentralizadas. La Dirección Nacional de Planificación, dependiente del Ministerio de Asuntos Técnicos controlaría —hoy diríamos "haría el seguimien-

to"— del plan, incluyendo las inversiones del Estado y la preparación de proyectos de ley cuando ello fuera necesario. Esta función dio a Mendé un enorme poder. Algunos de los proyectos se convirtieron posteriormente en leyes —tal el caso del Código Aeronáutico— y otros no pasaron de esa etapa, como las reformas al Código Civil.

Desde luego, el 2º Plan Quinquenal no era políticamente aséptico. El presidente se encargó de aclararlo al formular la primera exposición ante los legisladores de su partido (los radicales no asistieron por considerar que la reunión con el presidente no era una figura constitucional).

Dijo entonces: "La doctrina del 2º Plan Quinquenal no puede ser otra que la doctrina aceptada por el pueblo para ser gobernado por ella. Es la doctrina peronista, cuyos principios conforman el alma del Plan Quinquenal, y que tiene como finalidad suprema lograr la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación mediante la justicia social, la independencia económica y la soberanía política". El ministro Mendé fue todavía más claro al referirse, en uno de los capítulos relacionados con la educación, a la enseñanza de la historia:

—Nosotros entendemos —dijo Mendé— que la historia nacional se divide en distintas etapas, contrarias a la división clásica que se hacía de las etapas de nuestra historia. La primera etapa es la de nuestra independencia política; la segunda es la etapa de oligarquización del país; la tercera, la del entreguismo económico, que coincide con lo que habitualmente se llama etapa de la organización nacional. La cuarta etapa fue ya la del entreguismo total; esa etapa en la cual lo político, lo social, lo cultural y lo económico estaban subordinados al exterior. La quinta etapa la podemos denominar con un solo nombre: Perón.

No hace falta ser historiador para estremecerse ante la visión primitiva y totalmente anti-histórica de la evolución del país, expuesta por Mendé. Sin embargo —permítase la digresión—, hay que decir que a lo largo de las dos presidencias de Perón, su gobierno no alentó ninguna modificación a la concepción historiográfica tradicional que nutría los programas oficiales de enseñanza, y aunque los investigadores revisionistas produjeron obras de mérito en esos años, el apoyo oficial fue para la Academia Nacional de la Historia que dirigía Ricardo Levene. Ya

se ha visto, además, cómo las instrucciones para la campaña electoral de 1951 incluían una virtual prohibición de remover el tema del revisionismo histórico. Perón no hizo nada para recoger propuestas historiográficas nuevas; ni siquiera para entroncar su propio movimiento con otros que pudieran ser afines en el pasado. Aunque por cierto se usó y abusó de la enseñanza de la historia para dar versiones tan brutales como la de Mendé: pura propaganda, sin un fundamento serio.

Después de las largas exposiciones de Perón y Mendé y un breve estudio formal en las comisiones, el 19 de diciembre Diputados aprobó el 2º Plan Quinquenal y dos días más tarde el Senado lo convirtió en ley.

Antonio Cafiero caracteriza así el momento en que se lanzó: "El optimismo general se tonificaba con los síntomas de recuperación general que comenzaron a percibirse en el último trimestre del año 1952. Las perspectivas de las cosechas para 1952-53 eran excelentes. La recuperación de la ganadería se presentaba promisoriamente. Los índices de la actividad industrial denotaban el paulatino incremento de estas actividades. La balanza comercial que había venido arrojando fuertes déficits comenzó a equilibrarse ya para fines de 1952, y aun a dar saldos positivos tan pronto como surtieron efecto diversas medidas que se adoptaron respecto del comercio exterior. Después de largos años de incesante crecimiento de precios, el costo del nivel de vida —su principal índice— se había estabilizado".

En este marco, tal vez un poco exagerado por Cafiero pues no todas estas variables aparecieron tan promisorias en el último trimestre de 1952, se lanzó el plan, cuya inversión se fijó en unos $ 6800 millones por año durante el quinquenio. Las inversiones de carácter económico —que incluían transporte, energía y comunicaciones, agricultura y ganadería, industrias y aportes a provincias— significaban el 72 % del total previsto. Las inversiones de carácter social —edificaciones, obras sanitarias— incluían el 11 %. Las de defensa nacional se llevaban a casi el 10 % y poco más de un 5 % de las inversiones tenían carácter administrativo. Cafiero explica que "las inversiones programadas y realizadas conforme al 2º Plan Quinquenal de Gobierno tuvieron un manifiesto sentido productivo, corrigiendo al máximo de lo posible la tendencia de las inversiones de su antecesor [el 1er. Plan

Quinquenal, F.L.], en cuanto éste dedicó buena parte de las mismas a satisfacer necesidades de carácter social y de la defensa nacional". La fuente principal de los recursos volcados al plan de 1952 fue una masa de títulos públicos obligatoriamente colocados en las cajas de previsión social, lo que contribuyó a descapitalizar, lenta y progresivamente, a estas instituciones —hecho que el autor citado no destaca— aunque evitó la inflación que se produciría con la emisión sin respaldo de la misma cantidad de dinero.

Pero si la inversión estatal prevista por el plan era importante, también era limitada: era una porción del ahorro nacional, una parte del producto bruto interno —alrededor del 5 %— que el Estado volcaba para financiar diversas obras. Se necesitaban capitales privados para invertir en sectores de la actividad productiva. El plan otorgaba "una función complementaria al capital y al crédito exterior, como factor de cooperación y estímulo al desarrollo económico, definiendo la misión específica" que les correspondería. Y este era el nudo de la cuestión. Las obras públicas pueden llenar sentidas necesidades y crean durante un tiempo fuentes de trabajo, pero no ponen en movimiento el conjunto económico. Entonces, ¿qué capitales se invertirían? ¿En qué sectores? ¿En qué condiciones?

No era una cuestión teórica: en los próximos años este problema se jugaría dramáticamente en instancias políticas, como se verá en el último volumen de esta obra. Como también habrá de evaluarse la real aplicación del plan que en ese momento, medio año después de haberse hecho cargo Perón de la segunda presidencia, se ponía en marcha con abundancia de propaganda y frases alusivas.

# IV. LAS ILUSIONES PERDIDAS

Mientras todo esto pasaba, uno de los más caros sueños de Perón se había desvanecido, y otro se iniciaba con tan escasos auspicios, que los augurios de su fracaso se hacían infalibles.

## *Richter Kaputt*

La desaparición de la ilusión de la energía atómica barata e inmediata, cubrió de ridículo a Perón como gobernante. Un presidente que no fuera él, no habría soportado el papelón del "caso Richter"; el líder justicialista pudo sobrellevarlo sin perder la credibilidad que tenía ante su pueblo. Pero en los ambientes científicos de todo el mundo y en los medios académicos argentinos, el anuncio formulado por Perón en marzo de 1951 se había convertido ya en un tema cómico. Y para los opositores fue un latiguillo que usaban cada vez que había que criticar al gobierno, al punto de incorporarse a la picaresca nacional como una de las más grandes estafas jamás perpetradas.

El doctor Mario Mariscotti, en su libro *El secreto atómico de Huemul*, ha aportado elementos precisos y documentados sobre un proceso al que se nubló deliberadamente por mucho tiempo. De sus páginas extraemos los hechos más importantes de la segunda etapa del "caso Richter": la que empieza a fines de 1951, cuando el coronel González, secretario de la Comisión Nacional de Energía Atómica, entra en sospechas vehementes de que "el sabio alemán" no era más que un embaucador o, en el mejor de los casos, un irresponsable fantansioso. En esos momentos, Richter, cada vez más arbitrario y caprichoso, después de ordenar diversas —y costosas— modificaciones a las obras que él mismo había hecho construir, empezaba a insinuar que la isla Huemul no era el lugar más apropiado para trabajar, y proponía la zona desértica y alejada de Indio Muerto para reinstalar allí la

planta o erigir una planta intermedia. Después de su triunfal anuncio de noviembre de 1951 —"hemos hecho cosas más astutas todavía"— sus actitudes eran semejantes a las de un fullero que con diversos pretextos demora el momento fatal en que sus trampas quedarán al descubierto.

González decidió ir a Bariloche. Llegó a principios de febrero y encontró un ambiente "muy pesado". Encontró, además, que Richter ya estaba llevando adelante, por su cuenta, la iniciativa de mudar las instalaciones, conversando con los ingenieros de la empresa que tendría a su cargo las construcciones en Indio Muerto... Hubo una áspera discusión; González, muchos años después, recordaría que estuvo a punto de abofetear al "sabio alemán". A su regreso conversó con Perón. Su opinión era terminante: había que parar todo. Pero el presidente seguía defendiendo a Richter: operaba en su espíritu esa extraña complicidad que vincula al estafado con el estafador... Al menos, González obtuvo la designación de una comisión oficiosa que investigaría lo que ocurría en Huemul. Pero antes que el grupo viajara, Perón quiso hablar con Richter para explicarle los alcances de la visita. El científico viajó a Buenos Aires, se entrevistó con el presidente ¡y otra vez Perón fue gloriosamente metido en la bolsa! No solamente no habría inspección: ahora González sería sustituido y Mendé, como ministro de Asuntos Técnicos, quedaría a cargo del seguimiento y apoyo al proyecto. Sin embargo, la comisión siguió trabajando y produjo un informe sin ir a Bariloche; el dictamen, suscripto por todos menos uno —un sacerdote que era más astrónomo que físico—, aconsejó la suspensión de todo apoyo al proyecto.

González renunció, sin que su actitud trascendiera al público. El presidente designó en su reemplazo al capitán de fragata Pedro Iraolagoitía, un aviador naval que era funcionario de la Presidencia de la Nación. El nuevo secretario de la Comisión Nacional de Energía Atómica nada sabía de física, pero tenía conciencia de su responsabilidad. A fines de abril de 1952 viajó a Bariloche, habló con Richter y presenció una experiencia que, aun para un lego como el aviador, no pasaba de ser una elemental prueba de laboratorio: mezclar hidrógeno con oxígeno para hacer estallar el compuesto. Según "el sabio alemán", era una nueva evidencia de la obtención de energía atómica. Profundamente

inquieto, Iraolagoitía habló con Perón a su regreso y le transmitió sus impresiones: al igual que su antecesor, urgió el nombramiento de una comisión.

Pero el agravamiento de Evita, su fallecimiento y los ulteriores ritos funerarios significaron un respiro para el acosado Richter, que sabía que el presidente había aceptado que se formara la nueva comisión y esperaba su llegada a Bariloche en cualquier momento. Para evitar el examen, el científico hizo un último esfuerzo. A fines de agosto, Richter consiguió entrevistarse con Perón y Mendé. Se puso en la ofensiva, exigió el relevo de Iraolagoitía, insistió en la inminencia del éxito y después, sin saber que se lo vigilaba, se dirigió a la Embajada de Estados Unidos para reiterar un pedido que había presentado el año anterior: viajar al país del Norte y ser contratado allá...

Por fin, a principios de septiembre, llegó a Bariloche la demorada inspección. La presencia de los cinco científicos designados, entre ellos el doctor José A. Balseiro, se disimulaba entre una veintena de diputados y senadores, lo que daba a la visita un aire entre político y social. Claro está que entre los visitantes no había ningún diputado radical, lo que había provocado protestas en la bancada de la minoría, refutadas por Cámpora con una afirmación innegable: que el presidente de la cámara tenía facultades para invitar a integrar la comisión a quien se le diera la gana...

Durante un fin de semana completo los visitantes recorrieron las instalaciones acompañados por Richter, que no disimulaba su inquietud pero hizo de la necesidad virtud, y mostró "experimentos", detalló el uso de los aparatos y refirmó su fe en el éxito del proyecto. Mientras los diputados y senadores, con la lengua afuera por las caminatas, se mostraban impresionados ante la *mise en scène*, los físicos advertían sin lugar a dudas el enorme cuento que estaba atrás de ese escenario. Al regresar a Buenos Aires, cada uno de los integrantes de la comisión produjo individualmente su informe: todos eran negativos salvo el del sacerdote de marras, que no opinaba favorablemente pero planteaba algunas dudas y pedía más información. Richter fue llamado: el 25 de septiembre se entrevistó con Perón, pero esta vez el ambiente fue tenso y formal. El científico se llevó los dictámenes de los miembros de la comisión y veinte días más tarde regresó portando

su respuesta. Esta vez no pudo ver al presidente. Dejó sus papeles, inconvincentes, vagorosos y llenos de hostilidad contra sus inquisidores, quienes no tuvieron dificultades en demostrar su indigencia.

A pesar de todo, increíblemente, Perón continuaba aferrándose a su sueño y Mendé seguía sumisamente este estado de ánimo. Se hicieron, entonces, en la Escuela de Mecánica de la Armada, un par de experiencias casi caseras, que dieron el mismo resultado del que alardeaba Richter en Huemul con toda su costosa parafernalia. Esto hubiera sobrado para convencer hasta al más lego de que las pruebas que exhibía Richter eran fantasías. Pero todavía Perón quiso someter el caso a una nueva instancia. Se pidió a dos físicos, uno de ellos alemán y de prestigio internacional, que leyeran el dictamen de la comisión integrada por Balseiro y la respuesta de Richter, y emitieran su opinión. Dos horas fueron suficientes para leer los papeles y redactar una conclusión categórica apoyando el dictamen de la comisión.

¿Estaba terminado el Proyecto Huemul? Todavía no. Perón sugirió ahora una suerte de careo entre Richter y los dos físicos. Se hizo a fines de octubre en la Casa Rosada. El "sabio alemán" adoptó desde el comienzo una actitud altiva y desdeñosa; su interlocutor, más sabio y no menos alemán, lo acosó para sacarlo de todo terreno que no fuera el estrictamente científico. Fueron cuatro horas de discusión, en inglés y a veces en alemán (sobre todo cuando Richter mascullaba insultos contra sus interrogadores), que terminaron con una conclusión definitiva, terminante, abrumadora: "del estudio de los informes se desprende categóricamente que no existe ninguna prueba experimental ni teórica que permita afirmar que se haya logrado reacción nuclear alguna".

Ahora sí, todo estaba terminado. A fines de noviembre se le comunicó a Richter su destitución y fueron clausuradas las instalaciones de la isla. Pocos días antes, Estados Unidos había hecho estallar su primera bomba de hidrógeno. El "sabio alemán" se instaló en las cercanías de Buenos Aires. Quiso salir del país, pero no se le permitió viajar. Perón no le hizo retirar el automóvil ni el piano que le había regalado; probablemente no quería oír hablar más del tema... Richter no dejó de insistir, ante los que lo escuchaban, en que sus proyectos eran viables, que no había existido error alguno en ellos y que sólo las intrigas y la

politiquería lo habían hecho fracasar. Lo sigue repitiendo hasta ahora, en un inglés germanizado, viejo fantasma del pasado cuyo nombre se asocia a una de las iniciativas más extravagantes y dispendiosas del tiempo de Perón.

Sin embargo, hasta de los fracasos más estrepitosos puede rescatarse algo positivo. Sobre los vestigios de la aventura de Richter se instaló en Bariloche la Escuela de Física dirigida por el doctor Balseiro, que llegó a ser un instituto ejemplar, cuyos egresados han animado, a lo largo de los años, los avances de la Comisión Nacional de Energía Atómica; avances que, en sus primeras etapas, reconocieron como su mayor dificultad la asociación que hacía la gente común con el fumista que logró vender a Perón la insensatez de una energía atómica casera, de una bomba de hidrógeno de entrecasa... Y nuevamente, al llegar a este punto, hay que plantear ahora la misma pregunta que tantas veces nos hemos planteado a lo largo de estas páginas: ¿por qué?

## *El fumista y el arbitrista*

Precisemos una circunstancia: no hay duda que "el sabio alemán" carecía de un nivel científico relevante, y ni siquiera era un especialista en física nuclear; jamás hizo publicación alguna, no estaba reconocido en ningún ámbito científico serio ni exhibía antecedentes importantes en el campo que pretendía dominar. Además, es evidente que carecía de sentido autocrítico y desbordaba, en cambio, de fantasía. Entonces, la pregunta hay que plantearla así: ¿cómo Perón, buen conocedor de hombres, pudo dejarse embaucar por semejante ejemplar, tan fácilmente desenmascarable? Tan desenmascarable —agreguemos— que Evita, al poco tiempo del anuncio bombástico de su marido, aquél de marzo de 1951, ya desconfiaba de Richter, según lo prueban los documentos del coronel González en el libro de Mariscotti ya citado.

La respuesta al interrogante nos remite, nuevamente, a lo que se ha dicho varias veces sobre la creciente omnipotencia de Perón. El "caso Richter" permite, sin embargo, dibujar otros matices de su personalidad, porque en el episodio no sólo influyó su omnipotencia sino también su innato optimismo, su ansiedad

por aparecer siempre como ganador, su deseo de dar a su figura una proyección mundial y, sobre todo, esa tendencia al arbitrismo que descubre la escondida veta de ingenuidad que a veces revelaba el líder justicialista en la maraña de sus vivezas y genialidades.

En su biografía del Conde-Duque de Olivares, expone Gregorio Marañón algunas reflexiones admirablemente pertinentes al caso: "Daba, el Conde-Duque, beligerancia inmediata a todo arbitrista que se le presentase con planes, los más fantásticos que pudieran forjarse, para arreglo de los desastres públicos y singularmente los monetarios. Esta misma clase de fe es muy común en los gobernantes que ejercen el poder personal. En todos los tiempos, las dictaduras coinciden con el florecimiento del hombre que, con una simplísima fórmula, da la solución de lo que parecía insoluble. La explicación de esta coincidencia es sencilla: el dictador mismo tiene mucho de arbitrista. Como éste, el dictador suele ser un hombre al margen de la autocrítica, engendrador de pensamientos atrevidos en cuya eficacia cree con plena fe, y los lleva a la práctica sin cuidarse de la opinión de los demás, que tanto inhibe la acción del hombre medio".

Perón, seguro de su genio, arbitrista él mismo en tanto había logrado a veces soluciones sencillas a problemas complejos, no podía desconfiar de esa intuición que lo había movido a entregar a Richter todos los poderes. Imaginemos, a su vez, la situación del mediocre científico bohemio, recién llegado a un país desconocido, que al plantear al presidente sus fantasías encuentra que le ponen en su mano una varita mágica capaz de convertir en realidad todo lo que quiere. Parece que el experimento del 16 de febrero de 1951 se realizó, en efecto, pero fue malinterpretado y no se repitió nunca. Consistió en tratar de unir núcleos de materiales livianos para convertirlos en helio. El testigo más calificado para entender lo que ocurrió entonces, Heiz Jafke, uno de los alemanes que trajo Richter a Huemul, dice que ciertas líneas de un efecto ultrasónico que debían ensancharse si realmente se alcanzaba la temperatura necesaria para la reacción, solamente se desviaron y esto, no por la descarga de altas corrientes sino, simplemente, por deslizamiento. A la imaginación de Richter le bastó este indicio para convencerse de que había reiterado, en la soledad de Bariloche, el fenómeno que produce

el sol... Y cuando Perón se enteró de esto, el corto circuito quedó concretado: el fumista dejó que creyera lo que él mismo apenas se animaba a creer, y el arbitrista encontró que todo su panorama político se iluminaba con semejante anuncio, de dimensión mundial. El, Juan Perón, que meses antes se había visto obligado a la miserable tarea de meter presos a miles de ferroviarios, que había tenido que urdir los oscuros vericuetos que conducirían a la clausura de *La Prensa*, se reivindicaba mostrando que había sido un estadista genial, previsor, anticipado a todos.

Se dice que Richter no estaba muy decidido a formular el anuncio del 24 de marzo. Científico al fin, aunque adocenado, quería estar seguro de la interpretación de la reacción del mes anterior. Pero Perón era locuaz, bocón, indiscreto. Recuerda Gómez Morales que el presidente solía confiarle:

—Vea, mi doctor, cuando usted tenga algo que no se debe decir... ¡no me lo diga! porque a veces soy muy indiscreto.

Como siempre, Perón eligió el camino más fácil y más espectacular. En lugar de atender a los hombres prudentes que conocían el tema, se abrazó al "pensamiento atrevido", "sin cuidarse de la opinión de los demás, que tanto inhibe la acción de los hombres medios". Así le fue... El "caso Richter" constituye uno de los cargos más ilevantables que soporta la gestión de gobierno de Perón. No tanto por la vía científica que proponía, discutible como tantas otras cosas, ni siquiera por su enorme despilfarro, uno entre tantos, sino por la fanfarronería, el triunfalismo y la incondicional certeza con que se expidió. El ridículo cubrió a la Argentina entera: los primeros en sufrirlo fueron los delegados de nuestro país a la IV Reunión de Consulta de Washington, que se realizaba en esos momentos. Pero fue la imagen de la Argentina como país la que se oxidó con esa jactancia fundada en humo: en los sueños de grandeza de un gobernante que no admitía equivocarse cuando su intuición le ordenaba algo, y la módica estafa de un técnico de tercera clase (pero "alemán", claro, lo que significaba algo para el corazoncito de Perón) que hizo durar mientras pudo esa deslumbrante aventura de la que ya no se hablaba a fines de 1952 y cuya sola mención, después de tanta alharaca, se había convertido en algo inaceptable y provocativo para el régimen.

## ATLAS

La otra ilusión desvanecida en 1952 fue la creación de ATLAS que, pese a que se concretó ese mismo año, lo fue en condiciones que prefiguraban su fracaso inmediato.

Como sin duda ya se habrá advertido, en los años evocados en este volumen no hay, por parte del gobierno peronista, esas grandes iniciativas que jalonaran su primera etapa, como las nacionalizaciones de servicios públicos, la repatriación de la deuda o la proclamación de la "tercera posición". Es lógico: las dificultades económicas y financieras aconsejaban prudencia y el propio Perón, después de haber avanzado audazmente en tantos campos diferentes, necesitaba consolidar lo hecho. Es un proceso conocido en regímenes como el que animaba el líder justicialista: después del inicial impulso dinámico y renovador, el momento de la conservación y la defensa, el Thermidor.

Lo de ATLAS fue una excepción. Constituyó un emprendimiento de vasta concepción, que en cierto modo adelantaba la dimensión latinoamericana que intentaría transitar en su última etapa el régimen peronista. La fundación de ATLAS fue una iniciativa ambiciosa y que pudo tener trascendencia, reveladora de las reservas de imaginación y energía que había en Perón para acometer un proyecto tan lleno de dificultades como éste. Pues se trataba, nada más ni nada menos, que establecer en los países de habla castellana del continente, una organización sindical que transmitiera a los pueblos americanos las realizaciones del sistema justicialista y expresara la "tercera posición".

La idea venía gestándose de tiempo atrás y era una derivación obligada de la guerra fría. La rivalidad de Estados Unidos y la U.R.S.S. había destruido la Federación Sindical Mundial creada en 1945, una internacional de centrales obreras. A partir de entonces se había hecho intentos de fundar centrales continentales o regionales que, según su ubicación geográfica, respondían a los intereses de cada una de las superpotencias. En el orden latinoamericano se había fundado en 1948, en Lima, la Confederación Interamericana de Trabajadores, en la que no estuvo presente la CGT argentina y sí, en cambio, un grupo de

dirigentes sindicales antiperonistas que en la realidad no representaban nada concreto. Algo parecido ocurrió en México en 1951; tampoco se permitió participar al delegado de la CGT. La evidencia de que la central obrera argentina era un instrumento político del gobierno de Perón —por esos días se había proclamado la tercera rama del movimiento justicialista— era una traba insalvable para su integración a la federación sindical continental que, por otra parte, estaba influida por las dos centrales norteamericanas y por Serafino Romualdi, cuyo solo nombre era para Perón como un trapo rojo después del episodio de Luis Gay, del que ya se ha hablado en el primer volumen de esta obra.

Frente a esta realidad, ¿por qué no fundar una central latinoamericana? En los ambientes sindicales de varios países del continente había simpatía por la experiencia social argentina; en Bolivia, Brasil, Colombia, Paraguay y Perú, por lo menos, podían encontrarse elementos afines que no querían ser manejados por los intereses políticos norteamericanos y eran, a la vez, anticomunistas. Los agregados obreros adscriptos a las embajadas argentinas desde 1947 habían cumplido una labor de contacto y propaganda entre los dirigentes sindicales de los países donde se encontraban; aunque algunos exageraron su fervor o tuvieron actitudes contraproducentes, su conjunto era una excelente base para reclutar adherentes a la central que se proyectaba. Lo curioso es que Remorino, una vez al frente de la Cancillería (agosto de 1951) libró una sorda guerra contra los agregados obreros en general y contra algunos de ellos en particular, demorando indefinidamente la cobertura de muchos cargos vacantes. No obstante, la labor de los agregados obreros era un buen apoyo para el proyecto.

Para implementarlo, a mediados de febrero de 1952, en Asunción del Paraguay se procedió a crear un comité que en seis meses debía organizar la reunión constitutiva de una nueva entidad sindical latinoamericana. Vinieron representantes de casi todos los países del continente, pero en muchos casos su representatividad era dudosa. Además, aunque la reunión se realizaba en la capital paraguaya —en la sala de un hospital, por falta de un local más adecuado—, era en Buenos Aires donde se recibía a los participantes antes que partieran hacia la ciudad guaraní, y los viajes estaban solventados por la CGT. Para completar la caracte-

rización de la nueva entidad, se resolvió que el comité tendría su sede en Buenos Aires y el secretario general del mismo sería Espejo. Teodoro Blanco, a quien debemos un amplio estudio sobre el tema, señala que la dificultad básica de la proyectada entidad radicaba en las enormes diferencias entre la organización sindical argentina y la de otros países. En la mayoría de éstos no existía, generalmente, una central única, ni encuadramiento gremial por rama de actividad, ni cotización obligatoria, ni licencia gremial; era un sindicalismo en pañales, generalmente luchador y respetable, pero sin experiencia ni solidez. Entre la CGT argentina, que se jactaba de tener cinco millones de afiliados, y las fantasmagóricas centrales de Panamá, Haití o Ecuador, había un desnivel tan grande que la totalidad de la iniciativa, quisiéranlo o no sus promotores, recaía en la organización de Buenos Aires.

Cuando los representantes del comité, después de haber escuchado a Perón y a Evita en la residencia de Olivos, se desperdigaron por todo el continente para formular invitaciones al futuro congreso constitutivo, encontraron ciertamente el apoyo de los agregados obreros de las embajadas argentinas, pero también dos líneas de obstáculos: las dos grandes centrales norteamericanas y la entidad interamericana de Romualdi por un lado, y las organizaciones comunistas por el otro. Pero, y sobre todo, tropezaron con una valla adicional: la desconfianza de muchos sindicalistas latinoamericanos que, aun simpatizando con la obra justicialista, no deseaban convertirse en títeres de Perón.

De todos modos se hizo un buen trabajo, evidenciado en noviembre de ese mismo año 1952, cuando en la ciudad de México se reunieron unos cien delegados provenientes de dieciocho países del continente, para fundar la Agrupación de Trabajadores Sindicalistas ATLAS. Se aprobaron los estatutos, se homologó la declaración de principios ya sancionada en Asunción, se fijó la sede de la organización en Buenos Aires y se confirmó a Espejo como secretario general. En la capital argentina, con gran despliegue de propaganda, ATLAS se instaló en unas oficinas de la Avenida de Mayo al 500 que eran propiedad del gobierno, y desde allí empezó a intentar el ejercicio de influencias en el sindicalismo continental que tradujeran las posiciones del sistema justicialista.

Pero los inconvenientes eran múltiples. Aunque exceda

el límite temporal fijado al presente volumen de esta obra, conviene adelantar que Espejo, al renunciar a la secretaría general de la CGT, debió abandonar la de ATLAS tres meses más tarde. Fue reemplazado por un sindicalista cubano sin mayor representatividad, que volcó las preocupaciones de la entidad a los problemas del Caribe y América Central. Además, no pudo conseguirse la adhesión de las centrales de Brasil y México, las más importantes del continente después de la CGT. Más adelante, cuando estalló el conflicto de Perón y la Iglesia, los sindicalistas socialcristianos hostilizaron a ATLAS. El último secretario general de la entidad fue Juan Raymundo Garone, un dirigente argentino con experiencia internacional, que poco pudo hacer para remontar la situación creada. Finalmente, ATLAS cayó con Perón, aunque ya estaba muerta de tiempo atrás; sus oficinas fueron desmanteladas y cancelada su personería jurídica.

Desde cierto punto de vista, ATLAS fue prematura; desde otro, fue tardía. Prematura, porque no existían en América Latina fuerzas de trabajo vinculadas a la industria que constituyeran bases para centrales obreras fuertes y permanentes. La mayoría de los países del continente tenía una estructura económica fundada en la producción agrícola y, muchos de ellos, en el monocultivo. En estas condiciones, el mayor peso de la organización recaía inevitablemente en la central obrera argentina —que en los hechos corrió con el mantenimiento financiero de ATLAS desde el principio— y esto la hacía desconfiable, formando un círculo vicioso difícil de romper.

Pero también fue tardía. Si ATLAS hubiera aparecido hacia 1947, habría sido vocero de una "tercera posición" que, aun dentro de sus contradicciones, podía ir marcando un camino nuevo a las entidades de trabajadores de todo el continente. Hacia fines de 1952, cuando se constituyó, las necesidades del régimen argentino tendían a acercarlo a Estados Unidos, y entonces el mensaje tercerista se convertía en pura retórica. Así, la atrevida concepción que dio vida a ATLAS carecía de base, y en la realidad no fue sino un instrumento de propaganda de Perón. Podía tener consecuencias a largo plazo como efecto de demostración de las realizaciones del sistema justicialista, pero nada más. Todo el dinero y los esfuerzos desplegados para vertebrar una gran confederación de centrales obreras en América Latina, desa-

sida de influencias exteriores y con aptitud para hacer madurar una conciencia política en sus trabajadores, resultaron una dilapidación.

## *Corporativismo en el Chaco*

Si en 1952 la Argentina hubiera podido disponer de la energía atómica que le prometiera Perón un año antes, se habría convertido en la primera potencia industrial del continente. Si ATLAS hubiera sido una organización con relevancia para difundir en las masas trabajadoras del continente el mensaje de Perón, la Argentina habría pasado a detentar un incontrastable poder político e ideológico. Ninguna de las dos circunstancias se realizaron y deben colocarse, en consecuencia, en el catálogo de las ilusiones perdidas del régimen peronista.

Pero hay que registrar un acontecimiento que entró en vigencia en 1952; más que una pérdida, fue una ilusión potencial, una posibilidad disponible que, concretada en el orden local del Chaco, podía generalizarse en todo el país cuando fuera aconsejable.

Como se recordará, en julio de 1951 se había sancionado la ley que declaraba provincias a los territorios nacionales de La Pampa y el Chaco. En las elecciones del 11 de noviembre la ciudadanía de ambas provincias designó a los convencionales que debían aprobar las respectivas constituciones locales.

El 17 de diciembre —a poco más de un mes de los comicios— se reunió en Resistencia la convención provincial. No se puede decir que sus trabajos hayan sido morosos: cuatro días más tarde ya estaba sancionada la constitución. Doce horas en total insumieron los debates que, desde luego, en la unanimidad peronista del cuerpo, gastó mucho de ese tiempo en homenajes a Perón, tributos a la memoria de Evita y reiteraciones de fe justicialista. Para completar, se adoptó para la nueva provincia el nombre de "Provincia Presidente Perón".

El texto de la constitución chaqueña había sido enviado desde Buenos Aires y su autoría, desde el primero hasa el último artículo, correspondía al Ministerio de Asuntos Técnicos; era idéntico al que se expidió para ser aprobado en La Pampa, la futura

"Provincia Eva Perón". Pero la constitución chaqueña difería de la pampeana en un detalle: creaba una estructura corporativa en los mecanismos de la representación popular. La iniciativa estaba contenida en el art. 33 del texto, que determinaba que la mitad de la Cámara de Representantes sería nominada por elección popular, y la otra mitad "por los ciudadanos que pertenezcan a las entidades profesionales que se rigen por la ley nacional de asociaciones profesionales". Los candidatos debían pertenecer a alguna de dichas asociaciones y el documento habilitante para votar sería el carnet gremial.

Así, la mitad de los diputados provinciales sería elegida por los trabajadores sindicados, que de este modo disponían de un doble voto, puesto que podían sufragar en la elección popular y en la que realizaban los sindicatos. Como los ciudadanos afiliados a asociaciones profesionales eran, naturalmente, mucho menos que los no agremiados, su representación en la cámara chaqueña otorgaba a una minoría un poder preeminente. No era la única aberración concebida por Mendé: creaba el fuero sindical, tribunales propios para las asociaciones gremiales, imponía como escudo de la provincia el escudo del Partido Peronista y marcaba como requisito para ser concejal, ser afiliado a una entidad gremial.

¿Fue la del Chaco una experiencia piloto? No se puede afirmarlo con certeza. Pero por algún motivo se introdujo el sistema corporativo en el ordenamiento institucional vigente. Es probable que Perón haya asentido a las instancias de Mendé con el propósito de disponer de un eventual recurso si las cosas llegaban a ponerse difícil con el movimiento obrero: entonces, allí estaría el precedente chaqueño para extenderlo a todo el país, y sería un regalo que los trabajadores agradecerían, aprovechado por los sindicalistas para ocupar la mitad de las bancas legislativas en el Congreso.

No llegó a ocurrir, pero la iniciativa corporativa chaqueña inquietó mucho a la oposición. Su extensión al orden nacional podía terminar con los últimos vestigios del sistema republicano, instalando una "Cámara dei Fasci" que completaría la concepción de la "comunidad organizada" con una arquitectura desembozadamente mussoliniana. No fue una ilusión perdida sino en reserva, una carta limitada a un juego provincial pero que podía largarse en cualquier momento a la carpeta grande de la Nación.

## *Al sur del Sur*

Cerraremos este capítulo con la mención de una política que destaca la previsión de Perón en un área nueva y casi desconocida por entonces, en las antípodas de la provincia donde contemporáneamente se hacía el experimento corporativo, al sur del Sur, en el continente antártico.

No era una preocupación nueva en nuestro país. Desde principios de siglo había un observatorio instalado en las islas Orcadas del Sur, y ya en los primeros años de la década de 1940 se realizaron campañas de verano entre las cuales la de 1942 fue particularmente importante. Pero los medios técnicos elaborados durante la guerra permitieron, a partir de 1946, concretar entradas más profundas y prolongadas. Como en los casos de la lucha contra el paludismo y contra la langosta, el gobierno peronista aprovechó tecnologías nuevas que hicieron posible éxitos antes impensados, lo cual, desde luego, no disminuye su mérito.

Perón entendía la conveniencia de concretar establecimientos permanentes en el continente antártico, sus ministros de Relaciones Exteriores defendieron el derecho del país a explorar y permanecer en la Antártida y se mostró ampliamente receptivo a los ambiciosos proyectos que le presentó el coronel Hernán Pujato, uno de los militares obsesionados por este tema. En 1947 se instaló una base argentina en la isla Melchior; al año siguiente, otra en la isla Decepción.

El gran año antártico, para la Argentina, fue el de 1951. "El plan completo del coronel Pujato —dice Santiago Comerci— constó de cuatro puntos: expedición polar, establecimiento de una base al Sur del Círculo Polar Antártico, compra de un buque rompehielos y expedición al mar de Weddell para instalar una base a 1200 kilómetros del Polo Sur geográfico." Todo fue promovido por el decreto 2492 de febrero de 1951. Se creó el Instituto Antártico Argentino dependiente de la Presidencia de la Nación, que coordinaría las tareas a realizar y acumularía los conocimientos que se fueran adquiriendo. Semanas más tarde se instaló la "Base General San Martín", primer establecimiento permanente argentino dentro de círculo polar. Al año siguiente nació la Base

Esperanza. Las observaciones y expediciones que se realizaron desde esos puntos abrieron camino para logros que se concretarían en años posteriores.

La actividad antártica fue llevada a cabo por las Fuerzas Armadas: el Ejército con personal que servía en unidades de montaña especialmente adiestrado, la Marina con sus transportes y el flamante rompehielos, y en menor medida la Aeronáutica, que no contaba todavía con aparatos que pudieran enfrentar las duras condiciones meteorológicas de la región pero, así y todo, cumplió algunas hazañas recordables. A diferencia de otros países que también trataron de conocer y establecerse en el continente blanco, la política argentina no tuvo un signo científico sino, más bien, político y militar. No podía ser de otro modo en ese momento, y este reparo no invalida el esfuerzo realizado para proyectar la presencia argentina en la Antártida.

Al mismo tiempo es de lamentar que la propaganda haya contaminado de soberbia y chauvinismo este esfuerzo. Se hizo creer que nuestro país señoreaba soberanamente ese triángulo con el vértice apoyado en el Polo Sur que ahora empezaba a figurar en los mapas, ocultándose el hecho de que asentamientos de otras banderas compartían el sector aparentemente argentino. Así se fue sembrando la semilla de una nueva frustración; la que ocurrirá cuando el continente blanco sea declarado patrimonio de la humanidad —como inevitablemente sucederá— y muchos argentinos crean entonces que se les ha escamoteado una porción de su territorio.

# V. PROVINCIANÍA

A lo largo del tiempo de Perón podemos distinguir tres "generaciones" de gobernadores pertenecientes, todos ellos, al partido gobernante. De la primera de esas generaciones hemos hablado en el anterior volumen de esta obra; sus integrantes llegaron a los poderes locales enancados sobre el triunfo de 1946, y sus orígenes políticos eran tan diferentes como los del movimiento al que pertencían. De ahí los líos que ya se han relatado, que hacia 1949 estaban remitiendo mediante intervenciones federales y enjuagues diversos.

## *La segunda generación*

La segunda generación aparece en 1949/50 y presenta las características de un grupo de transición. Dejando aparte a los gobernadores que lo eran desde 1946 y se hicieron reelegir (Godoy en San Juan, Iturbe en Jujuy, Mercante en Buenos Aires, Zavala Ortiz en San Luis), en este grupo figuran varios militares (Albariños en Entre Ríos, Brisoli en Mendoza, San Martín en Córdoba, Velasco en Corrientes) o técnicos (Caésar en Santa Fe, Zuleta en La Rioja) y políticos (Costas en Salta, Juárez en Santiago del Estero, Riera en Tucumán). Dos casos especiales son los de Nazar en Catamarca que no fue gobernador sino interventor federal, aunque su comisión inusitadamente larga y su condición de nativo de la provincia casi justifican colocarlo en la categoría de gobernador de segunda generación; y Amado en San Juan, que llegó al gobierno por fallecimiento de Godoy. Queda para el volumen final de esta obra el análisis de la tercera generación de gobernadores peronistas, los que triunfaron en las elecciones de noviembre de 1951 y asumieron los poderes en sus respectivas provincias en junio de 1952 iniciando así, por primera vez en la historia del país, mandatos unificados en todos los estados federales.

La generación que ocupará las páginas que siguen, la segunda, estuvo compuesta, en general, de pasables administradores. Sus gestiones estuvieron favorecidas todavía por las últimas brisas de la *fiesta*; muchas obras públicas que tenían efectos multiplicadores en el campo laboral y en la calidad de vida de la población fueron promovidas por el gobierno nacional, y los mandatarios provinciales aprovecharon sus gajes y laureles. Los reelegidos de 1949/50 fueron, en general, personalidades gravitantes en sus respectivos medios; no así los que en esa oportunidad accedieron a los poderes locales por primera vez, carentes, en general, de significación, e impuestos desde Buenos Aires. Eran militares cuyo único mérito consistía en haber nacido en el terruño que iban a gobernar y al cual regresaban después de muchos años de ausencia, técnicos que habían hecho su carrera en reparticiones nacionales, y políticos o funcionarios que fueron exaltados a las magistraturas de sus respectivas provincias como un paso más en el escalafón que cada uno recorría. Ninguno de los gobernadores de la segunda generación continuó en el poder después de 1952 y de ellos, sólo dos (el santiagueño Juárez y el tucumano Riera) tuvieron algún destino político después de la caída de Perón.

## *Panorama de las provincias*

En el anterior volumen de esta obra se relataron los enfrentamientos que ocurrieron en Córdoba entre el gobernador Argentino Auchter y el vicegobernador Ramón Asís, elegidos en 1946. La intervención federal decretada en 1947 puso fin a estas competencias. En diciembre de 1948 se realizaron elecciones y el brigadier Juan I. San Martín, candidato peronista, triunfó sobre el radical Alejandro Gallardo y el conservador Benjamín Palacio. El nuevo mandatario, que asumió su cargo en marzo de 1949, había sido autorizado por ley del Congreso a presentar su candidatura y ejercer eventualmente la gobernación, sin necesidad de pasar a retiro. Su gestión se recuerda en Córdoba como un dinámico impulso hacia la transformación de la Docta en un poderoso centro industrial. El brigadier San Martín supo dar continuidad a la obra realizada en años anteriores por los gobernadores radicales Sabattini y Del Castillo, que se empeñaron en concretar todas las obras hidroeléctricas que la quebrada geografía

de una parte de la provincia permitía en ese momento; la etapa siguiente consistía en utilizar ese potencial para instalar un ambicioso complejo industrial. En este campo, San Martín tenía experiencia, como doctor en Aeronáutica recibido en la Universidad de Turín y como director desde 1944 del Instituto Aeronáutico de Córdoba, base del conjunto de fábricas de aviones instaladas en la ciudad mediterránea. Su administración fue progresista en todos los órdenes, y el pueblo cordobés lamentó su alejamiento, en septiembre de 1951, cuando debió renunciar a la gobernación para asumir el Ministerio de Aeronáutica después del golpe de Menéndez. Por haber fallecido su vicegobernador, lo reemplazó el presidente del Senado, doctor Atilio Antinucci, que entregó el poder provincial en junio de 1952 al doctor Raúl F. Lucini, triunfante en las elecciones de noviembre del año anterior sobre la fórmula radical Arturo Illia-Arturo Zanichelli. La reseña de la administración de Lucini corresponde al último volumen de esta obra.

Sobre Santa Fe también pesaba una intervención federal desde principios de 1949 que cortó —como recordarán los lectores del volumen anterior de esta obra— las desavenencias del gobernador Waldino Suárez con sus partidarios y con el gobierno nacional. Fue una intervención cortísima, pues se convocó a elecciones rápidamente y el ingeniero Hugo J. Caésar, que triunfó sobre el radical Agustín Rodríguez Araya, se hizo cargo del gobierno en junio del mismo año. Había sido Evita quien descubriera a Caésar, eficiente administrador general de Obras Sanitarias de la Nación desde 1947, nacido en Esperanza y recibido de ingeniero en Buenos Aires; ella lo apoyó con la misma vehemencia con que había repudiado a Suárez. La gestión de Caésar tuvo el mérito de devolver a la provincia el orden político y administrativo alterado por los enfrentamientos anteriores. Corpulento y de aspecto bonachón, Caésar desarrolló una labor significativa en materia de vialidad y de provisión de agua corriente a diversas localidades; los historiadores no podemos dejar de agradecerle el progreso de las tareas que permitieron exhumar los vestigios de la primitiva Santa Fe, en Cayastá, únicos restos relativamente bien conservados de una ciudad del siglo XVII en el territorio argentino. Su reemplazante en junio de 1952 fue el doctor Luis Cárcano, que había sido intendente de Rosario durante su gestión.

Como también se contó en el primer volumen de esta obra, Catamarca estaba intervenida desde noviembre de 1949. La medida federal había marcado la caída de Vicente Leonidas Saadi, detenido mientras cruzaba el Paraná en viaje a Entre Ríos y probablemente, al Uruguay. El comisionado federal, Félix Nazar, tenía instrucciones para "desaadizar" implacablemente el medio provincial y así lo hizo durante el largo lapso de su gestión. Trató con éxito de pacificar la provincia y le dio impulso con obras públicas propias o aprovechando las promovidas por el gobierno nacional, sobre todo en materia de hospitales, escuelas y los inicios de los trabajos en el dique Las Pirquitas. Creó, además, los juzgados de trabajo de la provincia, cuya inexistencia había sido una de las acusaciones de los sectores gremiales contra Saadi. En junio de 1952, el interventor Nazar, cuya candidatura a la gobernación se anunció en un primer momento (de concretarse habría sido el mandatario catamarqueño más prolongado) terminó su larga comisión federal de dos años y medio entregando el poder al nuevo gobernador, el joven diputado nacional Armando Casas Nóblega, en junio de 1952.

El general Filomeno Velasco gobernó Corrientes durante casi cinco años: primero como interventor federal desde septiembre de 1947, cuando se desplazó al gobierno radical de Blas Benjamín de la Vega, y luego como gobernador, a partir de marzo de 1949 y hasta junio de 1952. Desde luego, se criticó la inmoralidad política consistente en pasar de la comisión federal a la gobernación electiva, aunque Velasco cumplió con la formalidad de hacerse reemplazar por un breve lapso en la titularidad de la misma poco antes de las elecciones, en las que se impondría al radical Justo P. Villar y al autonomista Elías Abad —los liberales no se presentaron—. Pero la gestión del antiguo jefe de la policía federal justificó sus discutibles orígenes con una gran actividad en la promoción de obras públicas. Logró hacer construir muchas escuelas, expropió los terrenos donde años después se construiría el aeropuerto internacional de Cambá Punta, y con el camino de 30 kilómetros que unía la capital de la provincia con este punto introdujo el primer pavimento vial en Corrientes. Su sucesor, Raúl Castillo, médico de Esquina, se había desempeñado durante su administración como ministro de Salud Pública; ya hemos visto los problemas que tuvo el ex gobernador con su antiguo

colaborador, que lo asedió con investigaciones de diverso porte mientras Velasco descansaba de los afanes gubernativos en el Senado Nacional.

La Rioja, como se recordará, había sido intervenida en febrero de 1948. En junio de 1949 asumió la gobernación el ingeniero Enrique Zuleta, un especialista en hidráulica que había participado en las obras de reconstrucción de San Juan y, salvo su nacimiento, estaba escasamente vinculado a la provincia que iba a gobernar. Al borde de sus setenta años, la salud le jugó una mala pasada hacia fines de 1950 y algunos diarios escribieron prematuramente su necrología; pero el rostro charcón y apaisanado de Zuleta no era el de un hombre que se entrega fácilmente: se recuperó y retomó sus funciones. Anhelaba obtener agua en distintas zonas de la provincia, sobre todo en los llanos, pero en su mayor parte las perforaciones que mandó hacer no lograron éxito; al menos sirvieron de antecedentes para obras similares que posteriormente lograron mayor suceso. En junio de 1952 entregó el mando a otro ingeniero, Juan Mellis, que había nacido en La Rioja pero vivía en San Juan, donde era ministro de Obras Públicas cuando el Consejo Superior del Partido Peronista anunció su candidatura. En cuanto a Zuleta, murió pocos meses después.

Santiago del Estero había apaciguado sus sobresaltos institucionales, como ya se ha contado, con la asunción de la gobernación en mayo de 1949 por parte de Carlos A. Juárez, líder de una de las fracciones del peronismo local. Días antes del acto, Perón y Evita habían visitado la capital de la provincia para asistir a la inauguración del hogar-escuela allí construido: en esa oportunidad, el presidente aseguró que pondría a "disposición del gobernador, todo lo que el gobernador quiera". Para un mandatario local, escuchar esto de boca del presidente de la Nación es, en cualquier época, una rara felicidad... Efectivamente, hubo apoyo por parte del gobierno nacional, y Juárez, por su parte, auxiliado por una emisión de títulos provinciales, pudo hacer una constructiva gestión: Palacio de Tribunales, estación terminal de ómnibus, matadero y frigorífico, bastantes escuelas y edificios para jefaturas políticas departamentales, además de la ampliación de la red vial, canales y represas. Cuando en 1951 empezó a hablarse de su sucesión, Juárez no pudo imponer a ninguno de sus amigos y nuevamente el peronismo santiagueño amenazó abrirse como una granada.

Entonces parece haber terciado Evita, que marginó a la rama política e hizo designar a Francisco Javier González, virtualmente carente de antecedentes, salvo como dirigente deportivo del fútbol local y del gremio bancario. González se impuso con holgura sobre un radicalismo dividido (Ángel R. Freytes, UCR Comité Nacional, y Absalón Rojas, UCR Unificada) y asumió su cargo en junio de 1952. En el último volumen de esta obra se verá cómo González, cuyo predicamento empezó a adelgazar después de la muerte de su valedora, fue intervenido pocos meses antes de la caída de Perón.

En Salta, los choques entre el gobernador Cornejo y el vicegobernador San Millán, elegidos en 1946, habían culminado con la renuncia de éste, en primer lugar, y luego de aquél en junio de 1949. Esto ya se ha relatado en el primer volumen de esta obra, y también que el gobierno quedó en manos del vicepresidente del Senado. En noviembre de 1949 hubo elecciones y la fórmula peronista triunfó sobre la radical que encabezaba José M. Sanz Navamuel, y la demócrata cuyo primer término era Carlos Patrón Uriburu. En enero de 1950 asumió el nuevo gobernador, el médico Oscar H. Costas, que había ejercido su profesión en el lejano departamento de Anta, un hombre honrado, sencillo y tímido cuya breve gestión se recuerda por dos hechos: la inauguración de la línea ferroviaria de Salta a Antofagasta —el legendario "Ferrocarril de Huaytiquina", que demoró casi treinta años en hacerse— y la expropiación del edificio que ocupaba el tradicional Club Veinte de Febrero frente a la plaza central de la ciudad de Salta. Esta última iniciativa no lo libró de ser jaqueado por los sectores sindicales encabezados por el vicegobernador, que entre otros cargos acusaban a Costas ser pariente de los Patrón Costas y manejarse con colaboradores provenientes de las clases altas locales. La negativa de Costas a ceder a la CGT el inmueble que había sido del Club, pues lo destinaba para servir como casa de gobierno, precipitó su renuncia, trece meses después de asumir su cargo. Quedó, pues, al frente de la provincia el vicegobernador Carlos Xamena, enfermero de profesión, actor aficionado y con buen manejo de los sectores populares: no faltaba a inauguraciones, asados o carnavales... Pero los salteños no recuerdan nada importante de la gestión de Xamena. Hacen memoria, en cambio, de la prisión de David Michel Torino, el

director del clausurado diario *El Intransigente*, cuyo injusto proceso, en sus diversas secuencias, envenenaba el alma de la provincia. En junio de 1952 Xamena entregó la vara al doctor Ricardo J. Durand, hijo del senador nacional Alberto Durand, un auténtico caudillo vinculado a poderosos intereses económicos locales cuya gestión merecerá un capítulo aparte en el volumen final de esta obra. Durand había triunfado en las elecciones de noviembre de 1951 sobre el radical Ricardo Aráoz y el demócrata Carlos Cornejo Costas. Por su parte, Xamena pasó a ocupar un sillón en el Senado Nacional.

Hasta aquí, el recuento de las provincias que, por uno u otro motivo, habían vivido alborotos institucionales desde 1946. Ahora debemos repasar las provincias pacíficas, aquellas que vivieron normalmente sus términos constitucionales desde el comienzo de la primera presidencia de Perón.

En San Luis, el gobernador elegido en 1946 fue reelegido en 1950. Ricardo Zavala Ortiz, en sus seis años de gobierno, hizo una labor constructiva en la medida que lo permitían los escasos recursos de la provincia puntana. En noviembre de 1951 fue elegido senador nacional y su asiento de gobernador quedó ocupado por Víctor Endeiza, un hacendado de origen radical que había sido senador nacional hasta entonces y concretó con Zavala Ortiz una permuta perfecta. Se dijo por entonces que el nombre de Endeiza fue un invento de Evita, que a último momento interfirió la candidatura del general Juan Esteban Baca cuando ésta ya se encontraba aprobada por el Consejo Superior del Partido Peronista.

El general Ramón Albariños asumió la gobernación de Entre Ríos en mayo de 1950; el acto, como se ha contado, quedó prestigiado con la presencia de Perón y Evita. El nuevo gobernador había nacido en Paraná de una vieja familia entrerriana, pero su carrera lo alejó de su provincia natal durante muchos años y por consiguiente su candidatura sorprendió a todos; como en el caso de Velasco, con la ínsula que le entregaba para disfrutar dos años, Perón pagaba a Albariños los buenos servicios que éste le había prestado durante la campaña electoral y que hemos contado en otra obra. Salvo la creación de los tribunales del trabajo, la gestión de Albariños no dejó otra cosa digna de mención. En junio de 1952 transfirió el mando a Felipe Texier, que en ese momento se desempeñaba como rector del histórico Colegio de

Concepción del Uruguay; un hermano del nuevo mandatario había sido vicegobernador del radical Etchevere, años atrás, pero él mismo no tenía antecedentes políticos. Y como la fórmula peronista se completaba con el doctor Miguel Ángel Torrealday, que era presidente del Consejo de Educación, se dijo en ese momento que se trataba del binomio provincial "más docente" del país...

En Jujuy, el ingeniero Alberto J. Iturbe, elegido en 1946, fue reelecto en 1950. Ya nos hemos referido a su gestión en el volumen anterior de esta obra. Sólo agregaremos que en junio de 1952 pasó al Senado Nacional, del que sería vicepresidente provisional, dejando el sitial gubernativo al profesor Jorge Villafañe, su ministro de Hacienda, que era sobrino de aquel legendario "Sordo" Villafañe, el senador que en 1940 hizo tambalear al presidente Ortiz con su denuncia del negociado de El Palomar. Este Villafañe de 1952 era buena persona, buen poeta y —según las mentas locales— buen catador de vino; de su gestión hablaremos en la última entrega de esta obra.

Ahora, Tucumán. En junio de 1950 el mayor Carlos Domínguez entregó el mando a Fernando Riera, el nuevo gobernador, que había superado electoralmente al radical Celestino Gelsi por una holgadísima mayoría. El acto de transmisión contó con la presencia de Evita, como ya se ha contado. El nuevo gobernador había nacido en Bella Vista, donde había sido juez de paz y diputado provincial; posteriormente fue ministro de Gobierno de Domínguez. Soltero en 1950, cuando tenía 35 años, continuó siéndolo el resto de su vida. Grandes anteojos, negro cabello peinado hacia atrás, era Riera de florida parla oratoria y tuvo muchas oportunidades, en sus dos años, de deleitar a sus oyentes, cuando abría los campeonatos infantiles "Evita" o lanzaba reiteradas campañas contra el agio. La obra nacional más importante de su período fue la inauguración del dique de Escaba, proyectado en la época conservadora. Durante el corto mandato de Riera empezaron a funcionar las nuevas facultades de Agronomía y Zootecnia, Medicina, Arquitectura y Urbanismo de la universidad. En junio de 1952 Riera transmitió el mando a Luis Cruz, que había triunfado abrumadoramente en las elecciones de noviembre sobre el radical Alfredo García y el conservador Mario Colombres Garmendia. Cruz era dirigente de La Fraternidad y había sido el organizador del laborismo en el Norte del país; se desempeñaba como senador

nacional desde 1946. En el próximo volumen contaremos la intervención federal que interrumpió su gestión en marzo de 1955.

En Mendoza, el gobernador Faustino Picallo, elegido en 1946, no pudo conseguir una nueva candidatura en 1949 ni persuadir a las autoridades nacionales del peronismo de ser sucedido por uno de su misma tira: debió acatar la postulación del teniente coronel Blas Brisoli, que había servido en la Intendencia del Ejército, y en la Presidencia de la Nación como secretario administrativo. Brisoli, elegido en 1949, hizo una gestión dinámica y constructiva: los viejos empleados públicos mendocinos recuerdan con retrospectivo terror las insólitas horas en que convocaba a ministros, secretarios y directores a su despacho. Inició y logró inaugurar parcialmente el centro cívico que se levantó sobre la vieja quinta agronómica de tiempos de Sarmiento, y ésta fue su obra más importante. El aspecto pintoresco de su gestión fue provisto por su esposa, doña Esmeralda Carbajal, que se empeño en organizar una fundación propia, a imagen y semejanza de la que Evita animaba en el orden nacional. El manejo de doña Esmeralda era mucho más desprolijo que el de su modelo, así como la opulenta figura de la gobernadora era muy diferente a la estilizada silueta de Evita; de modo que su iniciativa, si aterrorizaba a los comerciantes locales, divertía al público y era una constante fuente de chistes y chismes. Hasta que Evita ordenó abruptamente que terminara la parodia, y algunos de los empleados de la minifundación mendocina fueron detenidos. La misma Evita fue quien impuso, a mediados de 1951, la candidatura del joven abogado Carlos Evans, un funcionario judicial sin mayor significación política a quien, por alguna razón que ignoramos, la mujer del presidente señaló para suceder a Brisoli. Como los otros mandatarios provinciales de la tercera generación, Evans se hizo cargo de su puesto en junio de 1952.

Se ha relatado en el anterior volumen de esta obra la mala suerte de Ruperto Godoy, que después de haber sido reelegido como gobernador de San Juan (en realidad fue elegido, pues había reemplazado como vicegobernador al renunciante gobernador de 1946, Alvarado) y asumido el mando en mayo de 1950, falleció repentinamente. Asumió entonces la primera magistratura de la provincia cuyana su compañero de fórmula, el médico riojano Elías T. Amado, un llanista de origen sirio, bonachón y tranquilo,

amigo de tertulias largas y no secas, sin ambiciones de poder, que debió hacerse cargo de una responsabilidad indeseada. Lo hizo razonablemente bien, continuando con la modalidad impuesta por su predecesor en el respeto a la oposición y el impulso a la reconstrucción de la ciudad, así como la apertura de pequeños canales de riego. Su reemplazante en junio de 1952 fue el ingeniero —o más bien, técnico en minas, recibido en la escuela respectiva de la Universidad de Cuyo— Rinaldo Viviani, que era senador nacional desde 1949. Agreguemos que durante esos años el bloquismo de Cantoni estaba fusionado al peronismo aunque manteniendo secretamente su propia identidad política; la presencia del ala bloquista en el partido oficial fue acaso la clave de la paz con que se desenvolvió en aquellos años la vida sanjuanina, una circunstancia casi insólita en la historia de la turbulenta provincia.

## *Mercante*

De todos los gobernantes surgidos en 1946, el que parecía destinado a un prolongado y exitoso futuro político era, sin duda, el titular del primer estado argentino. El coronel Domingo A. Mercante, íntimo colaborador de Perón desde 1943, le había demostrado acabadamente su fidelidad en momentos de prueba, y desempeñado con éxito algunas misiones delicadas, como la intervención de la Unión Ferroviaria en 1944 y la Secretaría de Trabajo y Previsión en 1945. Hombre sin ambiciones extremas, su candidatura a gobernador había salido casi por casualidad en el tenso verano de 1946 como una solución a las pujas entre los diversos aspirantes. Para completar esta rara combinación de lealtad, aciertos y fortuna, su gestión gubernativa fue rica en realizaciones. Si hubo una provincia que no dio trabajo a Perón y de cuyo gobierno podía sentirse orgulloso, ésa fue Buenos Aires.

Hijo de un ferroviario, Mercante no se destacaba por su brillo ni por su atractivo personal pero era sensato, trabajador, honrado, y creía que la suerte que lo había acompañado debía tener como respuesta una acción de gobierno histórica. Contaba con una ventaja: la total confianza de Evita, que hasta 1950 lo mencionaba en casi todos los discursos y lo llamaba "el corazón

de Perón". Y una desventaja que puso a prueba su tolerancia con la oposición y sus aptitudes negociadoras: en los primeros cuatro años de su administración, no dispuso de mayoría propia en el Senado.

Su labor se desarrolló durante un sexenio, un lapso suficiente para llenar de obras públicas e iniciativas positivas el ámbito provincial. A su dinamismo se debe la construcción del viaducto Sarandí, las obras para una mejor provisión de agua de La Plata y otras localidades, los desagües del conurbano costero, las nuevas centrales eléctricas de Junín, Ayacucho y Chascomús, la promoción de cooperativas eléctricas y muchos kilómetros de accesos a las grandes rutas nacionales. Hizo pavimentar el camino de Mar del Plata a Miramar y de La Plata a Punta Lara, rectificar y mejorar la avenida Pavón, construir la vía que une Hurlingham con Morón. Grandes barrios de viviendas económicas fueron levantados en casi todos los partidos de la provincia. Construyó hoteles para turismo social y lanzó planes de vacaciones económicas para grupos familiares. Solía jactarse de que durante su gobierno se habían plantado veinte millones de árboles en el territorio bonaerense.

También llevó adelante algunos cambios institucionales. Fundó el Instituto Tecnológico del Sur, base de la futura universidad nacional del Sur con sede en Bahía Blanca, y la Escuela de Policía. Transformó la vieja Dirección de Escuelas creada por Sarmiento en un ministerio lleno de actividad e imaginación cuya acción fue ejemplar, tanto en la creación de jardines de infantes, escuelas primarias y escuelas rurales, como en la implantación de nuevas técnicas pedagógicas. Hizo sancionar un nuevo código fiscal, creó el "Parque de los Derechos de la Ancianidad" en el área de la estancia "San Juan" de los Pereyra Iraola, y si el trámite fue en alguna medida compulsivo, la concreción de este enorme y espléndido lugar de esparcimiento en los umbrales de la Capital Federal justificó a la larga el procedimiento empleado.

Paradójicamente, estos logros fueron buena parte de los motivos que empujaron a su animador hacia la caída. El primer traspié de Mercante ocurrió en la Convención Constituyente de 1949, como ya se ha relatado en el primer volumen de esta obra: probablemente en ese momento empezó a tornarse desconfiable al presidente y su esposa. De todos modos, su prestigio era por

entonces demasiado grande para que pudiera ser descabezado abruptamente. Fue proclamado candidato a la reelección y el propio Perón participó en su campaña concurriendo a alguno de los actos. Triunfó sobre Ricardo Balbín —cuya detención el mismo día del comicio ¿no habrá sido una retorcida forma de desmerecer su triunfo?— y se dispuso a completar, en los dos años que le quedaba, su progresista y pacífica gestión.

Pero a partir de entonces su estrella empieza a declinar. Evita ya no lo nombra en sus arengas. Apold se ocupa de que la imagen del gobernador de Buenos Aires aparezca menos en las fotografías publicadas por la prensa oficial. Ya no es "el corazón de Perón". Su candidatura a la vicepresidencia de la Nación, que en 1949 parecía número puesto, se desvanece silenciosamente. En junio de 1951 el Consejo Superior del Partido Peronista le asesta una primera estocada pública: declara caducos los mandatos del consejo partidario de la provincia de Buenos Aires, integrado por gente adicta a Mercante, y cancela su carta orgánica en la parte que proclama "líder del distrito" al gobernador; ahora, "los únicos líderes del partido en todo el país son el general Perón y la compañera Evita".

Era una bajeza (y una ridiculez) suponer que Mercante aspirara a competir con Perón, pero también es innegable que la candidatura de Aloé para reemplazarlo en el gobierno de Buenos Aires estaba cargada de una implícita hostilidad contra el antiguo "corazón de Perón". A poco de asumir su cargo, en junio de 1952, Aloé puso en marcha una serie de investigaciones, intervenciones y persecuciones contra los funcionarios de su antecesor, que señalaban claramente el verdadero destinatario de esos dardos. El resto de esta historia corresponde al último volumen de esta obra, pero en este punto corresponde conjeturar la causa de la caída de Mercante en el predicamento de Perón.

Este nunca habló del tema y el mismo Mercante fue hasta su muerte muy parco al respecto. No lo fueron tanto algunos elementos del "peronismo doméstico" como Raúl Margueirat, que en testimonios vertidos en años posteriores calificó abiertamente de "traidor" al ex gobernador, y se jactó de las molestias que le había inferido cuando quiso viajar a Europa, negándole un pasaporte oficial. La opinión de Margueirat, un personaje secundario, reflejaba sin duda el ambiente que existía contra Mercante en los

círculos que rodeaban a Perón hacia fines de 1952. Entonces, cabe preguntarse por qué ocurrió este cambio con el hombre que había sido el apoyo más fiel y eficaz del presidente.

Obviamente, el fondo del asunto se relaciona con el absorbente y excluyente liderazgo de Perón. Recordémoslo una vez más: *"io sono io"*. Nadie que pareciera proyectar la menor sombra sobre su jefatura podía sobrevivir políticamente. Aunque hubiera dado las mejores pruebas de lealtad, cualquiera que asomara la cabeza sobre la medianía del elenco gobernante estaba condenándose a la decapitación. En el caso de Mercante, pueden haber agravado su panorama —desde el punto de vista presidencial— algunas modalidades de gobierno que la suspicacia de Perón podría haber interpretado como un remedo de su propio estilo. El "Plan Trienal de Gobierno", por ejemplo, se asociaba demasiado al "Plan Quinquenal". Su equipo de colaboradores, extraído en buena parte de las filas forjistas, conformaba aparentemente un núcleo político de identidad propia, capaz de proyectar la figura de Mercante a todo el país, tal como había ocurrido con los primeros partidarios de Perón; muchos de ellos, empezando por Arturo Jauretche, tenían más personalidad que sus similares del orden nacional. Además, Mercante no había hostigado, en general, a la oposición, y en las sesiones de la Convención Constituyente había demostrado ser capaz de hacerla respetar y hasta de dialogar con sus adversarios, y. . . . ¿no eran sospechosas estas delicadezas con la *contra*?

Todas las notas positivas que acreditaba Mecante eran, para el círculo de obsecuentes y mediocres que cada vez más apretadamente cercaba a Perón, puntos negativos, motivos de chismes, celos y hostilidades. Y Perón dejaba hacer. Su creciente omnipotencia, su autoritarismo, su tendencia a ver conjuras y peligros en todos lados, alimentadas por los turiferarios de su corte, hacían fáciles las guiñadas de complicidad que daban luz verde para el calvario de Mercante. Su antiguo fiscal de Estado, Arturo Sampay, tuvo que huir al Paraguay disfrazado de cura; algunos de sus ex ministros fueron detenidos; el Poder Judicial bonaerense, cuyos integrantes había designado en gran proporción el ex gobernador, fue intervenido y descalabrado. El propio Mercante habría de sufrir, en un momento que excede el límite temporal que hemos fijado a este volumen, el máximo agravio

que podía asestarse a un auténtico peronista de la primera hora como era él. Marginalmente hay que destacar que el episodio era grave para Perón, porque evidenciaba su tendencia a alejarse de sus mejores colaboradores. El final de su primer período llegó con algunos de los más aptos y responsables ya retirados del elenco gobernante, y el nuevo gabinete de 1952 —ya lo dijimos— era de nivel inferior al anterior. Ahora, la defenestración de Mercante y los suyos lo privaba de un amigo consecuente y un equipo de recambio capaz. Poco a poco se iba quedando Perón sin sus consejeros más respetables y desinteresados, y paralelamente se complacía con la frecuentación de los más inferiores.

Sin embargo, marginado, calumniado y molestado, nada podría borrar la obra de transformación física, de utilidad pública y de beneficio social que Mercante había promovido en la provincia de Buenos Aires entre 1946 y 1952. Ninguna de esas miserias podían quitarle la virtud de haber sido, en esos años, el mejor realizador de la mejor parte del ideario de Perón, en una provincia argentina.

## *Hacia la uniformidad*

Como habrá advertido el avisado lector, entre 1949/50 y 1952 el panorama político de las provincias carece del aire pintoresco y alborotado que coloreó el primer trienio del régimen peronista, evocado en el volumen anterior de esta obra. Se acabaron los caudillos rebeldes, los gobernantes extravagantes, los enfrentamientos entre renovadores y laboristas. Ya no hay en esta segunda etapa disoluciones de legislaturas por gobernantes cuestionados, ni escamoteos de bancas senatoriales, ni poderes locales enfrentados entre sí.

Esto no quiere decir que las discordancias lugareñas se hubieran borrado. Simplemente se disimulaban y adquirían otras formas. Desde 1949/50 se producían, generalmente, entre el interventor local del Partido Peronista o la delegada censista del Partido Peronista Femenino por un lado, y el gobernador por el otro. Pero en esta etapa todo estaba más silenciado y controlado; la lucha a calle abierta de la primera etapa se había trasmutado en intriga palaciega, forcejeo de círculos ante el Consejo

Superior, o ante Perón o Evita. Por otra parte, para establecer las pautas de la "comunidad organizada" también en el orden provincial, Perón recurría ahora a instrumentos que no había tenido a mano entre 1946 y 1949: una CGT y un partido verticalizados al máximo, periódicas conferencias de gobernadores para unificar criterios y políticas, y además su propio sistema de control bajo la forma de servicios de informaciones y el manejo de la coparticipación federal, así como la implementación de las obras previstas en el plan quinquenal. Sin embargo, aunque la segunda generación de gobernadores peronistas era más homogénea, dócil y eficaz que la primera, casi ninguno de sus integrantes fue llamado a desempeñar un papel trascendente con posterioridad. Perón, que al iniciar su segundo período presidencial conservó a la mayoría de sus colaboradores inmediatos, no siguió el mismo criterio con los mandatarios provinciales, y el elenco de éstos se renovó totalmente en junio de 1952. Había logrado imponer su orden también en las provincias, y llevado a un nivel de mayor eficiencia administrativa la labor de los gobiernos locales, pero prefirió inventar una tercera generación de gobernadores, de la que hablaremos a su debido tiempo.

El apaciguamiento de las querellas políticas de los primeros años quita colorido a los avatares de los estados federales pero sin duda permitió una mayor seriedad y eficacia a las administraciones locales. Y también contribuyó a tender un pesado manto de uniformidad y acatamiento sobre un sistema institucional supuestamente federativo. Todos los gobiernos de provincia cumplieron con las directivas venidas de Buenos Aires que indicaban un trato duro a la oposición, la obligación de exigir la afiliación a los empleados públicos y la incondicional adhesión a cuanto se decidiera en la Capital Federal. A todas las provincias se extendió la razzia de la Comisión Visca; en todas, las hojas opositoras sufrieron distintos grados de represión; sobre todas resonaron las tediosas y reiterativas consignas de la propaganda oficial, más estentóreas e ineludibles en el ámbito lugareño que en las grandes ciudades, y por consiguiente más insoportables. En todas las provincias se deformó la idea del Estado confundiéndolo con el partido oficial: tal vez el caso más extremo, aunque no el único, fue el que ocurrió en La Rioja en 1950, cuando la legislatura sancionó la ley 1419 que votaba una suma de dinero relativamente

grande —para el medio y la época— cuyo destino sería... ¡sufragar los gastos del movimiento peronista femenino de la provincia!

Pero también, justo es decirlo, a todas las provincias y particularmente a las más pobres, llegaron los dones de la Fundación Eva Perón y las obras de hospitales, escuelas, hogares-escuelas y centros asistenciales promovidas por el gobierno de la Nación.

Los grandes partidos nacionales han funcionado históricamente como agentes de unificación: tal ocurrió con el roquismo y el yrigoyenismo. También el peronismo contribuyó a integrar a las provincias en un conjunto más apretado, imponiéndoles su rígida conducción central y sus slogans, folklore y mitología. En los tres años que se han venido describiendo en estas páginas, el Partido Peronista había renunciado a su vida interna como organización política, y un funcionariado virtualmente intercambiable ocupaba el poder en las provincias en sustitución de los líderes naturales que, bien o mal, habían protagonizado la primera etapa. Del mismo modo, los interventores y delegadas censistas de las dos ramas del partido oficial, generosamente rentados, eran puestos aquí y allá indistintamente, ejerciendo un poder que no por limitarse al ámbito partidario era menos importante que el del gobernador. No es una casualidad que sólo dos de los gobernadores de la segunda generación hayan tenido alguna relevancia política después de la caída de Perón: casi todos carecían de gravitación propia. Eran los grises técnicos de un aparato estatal que, insistimos, dentro de la concepción de la "comunidad organizada" se confundía con el aparato partidario. Por eso, cuando fueron desplazados del poder, regresaron a su anonimato original. A Perón no le interesaba formar políticos: prefería rodearse de administradores, y esta categoría incluía a los mandatarios provinciales. Daba preferencia a los gerentes, no a los dirigentes: demasiado alboroto habían provocado éstos durante los tres primeros años de su presidencia.

Hay que finalizar este pantallazo sobre la provincianía destacando que la más firme presencia opositora en el interior del país fue el radicalismo, cuyas luchas internas, ya volcadas a favor de los intransigentes, iban colocando en la vanguardia a dirigentes jóvenes, animados de un vigoroso espíritu de lucha y de una

ambición política a prueba de cualquier ordalía; casi todos ellos encontrarían su recompensa tres años después de la caída de Perón, cuando les tocó ser gobernadores y ministros de sus provincias, o diputados y senadores nacionales en representación de ellas.

El Partido Demócrata siguió siendo fuerte en San Luis y su descenso no fue catastrófico en Córdoba y Salta. El socialismo no existía significativamente en el interior, al igual que el comunismo; aquél sólo logró colocar al legendario dirigente marplatense Teodoro Bronzini en la legislatura bonaerense, y éste a Benito Marianeti en la de Mendoza; ambas fuerzas sufrieron, sin embargo, persecuciones de toda guisa y los socialistas clamaron largo tiempo por la libertad del dirigente entrerriano Guillermo Bonaparte. Las fuerzas que más perdieron con el ascenso peronista, en la etapa que contamos y en la siguiente —a la que llegará el paciente lector en el último volumen de esta obra— fueron las de personería provincial. Sólo el autonomismo correntino mantuvo obstinadamente su identidad, mientras sus eternos rivales, los liberales, llegaban casi al punto de la disgregación. El lencinismo mendocino había desaparecido y el bloquismo sanjuanino, ya se dijo, se subsumió callada y astutamente en el partido oficial. El partido Bandera Blanca de Tucumán no resistió la persecución de que fue objeto su jefe Isaías Nougués. Siempre ha sido difícil ser opositor en provincias; en tiempos de Perón y en algunas de ellas, esa profesión era heroica.

Pueden compartirse o no las convicciones cívicas de los opositores en el interior; puede jugarse a adjudicarles las más mezquinas motivaciones. Pero no puede dejar de admirarse la entereza con que estos ciudadanos hicieron frente al poder del Estado y del partido oficial, unificados para aplastar toda disidencia demasiado molesta. Sujetos a toda clase de arbitrariedades, conscientes de que ningún juez ampararía sus reclamos, desasistidos de apoyo popular masivo, hostilizados en todos los niveles de la vida lugareña empezando por el profesional y siguiendo por el que tenía que ver con la parentela, generalmente sin dinero ni medios para difundir su prédica, seguían adelante una lucha aparentemente sin esperanzas. De tiempo en tiempo reuníanse en convenciones, conferencias o congresos con sus conmilitones de todo el país, y volvían a sus pagos con un renovado estímulo. En esas congre-

gaciones, ponchos y chalinas marcaban físicamente la presencia de los hombres de provincias, hermanados en sus comunes ideales con los de otras comarcas. Y cuando escuchaban los grandes discursos de sus líderes o adoptaban resoluciones importantes, parecíales que el viento de la historia los refrescaba, tensando sus voluntades y justificando sus penurias, su indigencia, sus fracasos.

# VI. LA CULTURA Y EL MUNDO

Mientras ocurría todo lo que se ha venido contando en este volumen, la gente argentina seguía viviendo. Los hombres y las mujeres trabajaban, holgaban, estudiaban, amaban, se reproducían, se enfermaban y morían... De los hechos que se han relatado en las páginas anteriores, no fueron muchos los que tuvieron resonancia en los grandes públicos. Se sintieron, por cierto, algunas de las huelgas de 1950/51 y las evidencias cotidianas de los problemas económicos aparecidos en el invierno de 1952. Se siguieron apasionadamente las secuencias políticas que desembocaron en la reelección de Perón. La enfermedad y muerte de Evita conmovieron al país entero, aunque esta conmoción tuviera diferente signo en el peronismo y la oposición. Pero el resto de los sucesos que se han registrado pasaba como un móvil y fugaz telón de fondo en la existencia de millones de argentinos a quienes, como suele ocurrir, la política no les interesaba tanto como sus afectos, sus oficios, sus idas y venidas por la vida.

Naturalmente se concurría a cines y teatros, se escuchaba radio, se leían diarios, revistas y libros, se oía música. En el volumen anterior de esta obra hemos adelantado las características y estilos de las formas culturales de la época, desde las realizaciones trascendentes hasta los subproductos populares. Esa descripción es válida para el trienio que estamos evocando, pero ahora debemos precisar lo que ocurrió en este campo durante la etapa que es materia del presente volumen.

## *Libros, cine y otros deleites*

En el Año del Libertador no aparecieron muchos libros importantes. *Aspectos de la poesía gauchesca* de Borges, *Romances de la tierra* de León Benarós y *El sueño de los héroes* de Adolfo Bioy Casares son los más notables. Fue cuando se editaron los

tres tomos del Congreso de Filosofía realizado en 1949 en Mendoza, y se inició la publicación de *Trabajos y Comunicaciones*, una revista historiográfica de alta jerarquía dirigida en la Universidad de La Plata por Carlos Heras. Este año registró el número más alto de estrenos de películas argentinas en la década: nada menos que 56 filmes; de ellos sólo merecen un recuerdo *Filomena Marturano* por Tita Merello, dirección de Luis Mottura, y *El crimen de Oribe*, la primera película dirigida por Leopoldo Torre Nilson en colaboración con su padre. Los aficionados al teatro pudieron aplaudir *Antígona Vélez* de Leopoldo Marechal, presentada en el Cervantes, y en el Nacional, *Muerte de un viajante* de Arthur Miller por Narciso Ibáñez Menta; esta obra y *La rosa púrpura* de Tennesee Williams por Mario Passano, fueron tentativas de elencos comerciales para aproximarse a la dramaturgia contemporánea. En un esfuerzo lamentablemente excepcional, el elenco oficial de teatro puso este año en escena una obra de Jean Cocteau en el Municipal San Martín, otra de Shakespeare en el Cervantes y *Electra* de Sófocles, con Iris Marga, en las escalinatas de la Facultad de Derecho.

Pero el público se iba alejando del cine argentino y del teatro común, en cuanto sentía otras inquietudes. Es en 1950 cuando empieza a tener un creciente éxito el esfuerzo del Cine Club con sus funciones de trasnoche en las salas del Biarritz y del Lorraine, así como las representaciones del conjunto Nuevo Teatro de Alejandra Boero y Pedro Asquini en su desnuda sede de Corrientes al 2000, y las del grupo Los Independientes fundado en el mismo año por Onofre Lovero. El mismo rechazo por el arte convencional alimentaba la actividad del Instituto de Arte Moderno y el Instituto de Arte Dramático; ambos funcionaban en las cercanías de Florida y Viamonte, centro del inconformismo juvenil de la época; allí, en el Bar Florida, se componía y recomponía el mundo en la imaginación de los jóvenes "existencialistas" de la cercana Facultad de Filosofía y Letras, y en las librerías Verbum y Galatea podían conseguirse los cinco números publicados desde 1949 de la revista *Existencia* o el único de *Las Ciento y Una* dirigida por H. Murena.

Ese mismo Año del Libertador nació una editorial de características novedosas. La Editorial Raigal fue concebida como un centro editor exclusivamente radical, y efectivamente sus prime-

ras producciones fueron libros sobre personajes y hechos partidarios; jóvenes radicales cumplían en todo el país las tareas de promoción y cobranza, y con esa barata infraestructura el sello adquirió extensa vigencia. Pero Antonio Sobral, su director, que a sus preocupaciones por contribuir a una cultura auténticamente nacional unía condiciones personales de excelente *manager* de empresa, pronto la abrió a criterios más amplios. Allí publicaron Francisco y José Luis Romero, Gregorio Weimberg, Antonino Salvadores, Antonio Pagés Larraya, etcétera, y bajo sus auspicios se fue editando *Pueblo y gobierno*, una ingente obra sobre el pensamiento y la acción gubernativa de Hipólito Yrigoyen.

En el año siguiente, 1951, hubo nuevamente una catarata de películas argentinas: 53. La crítica recuerda solamente a *La orquídea* con Laura Hidalgo, dirección de Ernesto Arancibia y *Sangre Negra*, protagonizada por el novelista norteamericano Richard Wright sobre su propia novela de este título, dirigida por Pierre Chenal —si es que este filme puede considerarse argentino—. Pero también fue el año de *Los isleros* con Tita Merello y Arturo García Buhr, con dirección de Lucas Demare, que significó el principio de un intento de rectificar la línea de tilinguería que caracterizaba hasta entonces a la industria cinematográfica nacional y que el propio Apold criticaba ese mismo año afirmando que "la protección oficial sólo estimuló el aumento de películas, pero no la calidad. Nuestros productores se han desinteresado en todo lo que no sea la faz meramente comercial". A pesar de ser políticamente ascéptica, *Los isleros* tuvo problemas con las autoridades; mientras se proyectaba, el cine Opera fue clausurado, con uno de esos pretextos que nunca faltaban.

En compensación con el panorama cinematográfico, el año de la reelección de Perón fue bastante fecundo en expresiones literarias relevantes. Aparecieron las poesías de José Pedroni agrupadas en *El pan nuestro* y los cuentos de Leónidas Barletta compilados en *Historias de perros*. Manuel Mujica Láinez publicó *Misteriosa Buenos Aires* y Enrique Anderson Imbert, *Fuga*. Dos jóvenes aportes llamaron la atención: *Desenlace de Endimión* y *Bestiario*, por Vicente Barbieri y Julio Cortázar, respectivamente. La Academia Nacional de la Historia prosiguió la publicación de *Historia de la Nación Argentina* con el tomo VII, correspondiente a *Rosas y su tiempo*. Piloteada por César Fernández Moreno, J.

M. Castiñeira de Dios, Eduardo Jonquières, J. Wilcock, María Granata y otros, apareció la revista *El 40*, de poca duración: en cuanto a perdurabilidad, seguía llevándose la palma *Sur*, que en este año de 1951 redujo y modernizó su formato, y empezó a aceptar materiales sobre temas argentinos.

No varió mucho en 1952 el panorama cultural. Aparecieron algunos ensayos valiosos como *El arte de los payadores* de Ismael Moya, *La novela argentina* de Germán García y *Las leyes de la noche* de H. Murena; Borges salió con *Otras inquisiciones*. En el campo historiográfico pueden señalarse *Facundo* de Pedro de Paoli y *Epifanía de la libertad* de Enrique Ruiz Guiñazú, ambos en la línea revisionista. Los que se enteraron, pudieron deleitarse con la deslumbrante aparición de un poeta jujeño, Raúl Galán, a través de su libro *Carne de tierra*, y mediante su voz, de la existencia del grupo poético La Carpa con radicación en el Norte del país. Ese año pudieron verse algunas películas argentinas que parecían abrir una tendencia menos intrascendente que la prevaleciente hasta entonces: la más destacada, *Las aguas bajan turbias*. Sabido es que el filme de Hugo del Carril, basado en la novela *Río oscuro* de Alfredo Varela, debió sortear toda clase de obstáculos; el escritor estaba preso en Villa Devoto por su militancia comunista y Del Carril debió silenciar su nombre para producirlo. A pesar del predicamento de Del Carril en el ambiente oficial, su película bajó misteriosamente de cartel a pocas semanas de su estreno, en pleno éxito de público. Ese mismo año León Klimovsky dirigió *El túnel* sobre la novela de Ernesto Sabato, y Viñoly Barreto hizo *La bestia debe morir*, una buena reconstrucción de la conocida policial inglesa. Representativa, en cambio, de la peor "cultura oficial" fue *El baldío*, dirigida por Carlos Rinaldi, sobre una obra teatral de Raúl Mendé, el secretario de Asuntos Técnicos.

## *Los sistemas diferentes*

Lo importante de los tres años que estamos evocando no es tanto la producción de creaciones culturales como la separación que se evidencia entre las formas de cultura promovidas o apoyadas por el régimen peronista, y las que surgían de las esferas

independientes u opositoras. Ignacio Zuleta cree ver tres "sistemas culturales" en la época: uno sería el de la "cultura nacionalista en sentido genérico", prolongación de la obra de la Generación del 40, sobre todo en la poesía, dedicada a elaborar formas tradicionales, como el soneto, y alusiva a temas típicos de la Argentina, incluyendo la exaltación del régimen gobernante y sus protagonistas. "Se trata de un gesto voluntarista de buscar en la ficción del pasado hispánico, en unos temas considerados populares y en una retórica basada en el sencillismo antihermético, las formas de expresión de aquello que se consideraba propio y típico de la Argentina y de toda la fraseología del peronismo gobernante." El segundo sistema venía de una cultura europeísta y universalista; descansaba en el prestigio de figuras como Borges, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo y sus seguidores, arrinconados progresivamente por el régimen a medida que eran desposeídos de sus tribunas. Este sistema tendría una articulación juvenil que en la última etapa del peronismo se expresaría en el grupo Contorno, del que hablaremos en el volumen final de esta obra. Finalmente, siempre según Zuleta, habría un tercer sistema, el que tuvo finalmente mayor trascendencia, sin vínculos con el poder ni tampoco comprometido con la oposición. Su labor fue escasamente espectacular en ese momento y sus órganos de difusión —las revistas *Arturo* o *Contemporánea*, el movimiento Poesía Buenos Aires— eran casi celulares y denunciaban el uso de la obra de arte como instrumento ideológico, tanto si lo usaba el régimen como la oposición.

Hayan existido o no estos tres "sistemas culturales", lo cierto es que, frente al estilo inaceptable de la cultura oficial, se inventaban nuevos centros, nuevos canales de difusión en distintos campos que trataban de ser independientes del Estado: el caso de Raigal es ejemplar. Los animadores de estos núcleos no eran opositores en todos los casos, pero se sentían profundamente indiferentes hacia la política, y sobre todo hacia la política oficial. Esto los tornaba sospechosos, en mayor o menor medida. El movimiento de teatros independientes, por caso, que en 1950 empieza a recoger un eco del público más amplio que el cosechado anteriormente por el Teatro del Pueblo o La Máscara, estaba permanentemente vigilado por la policía, como lo estaban los cineclubs. Las revistas que laboriosamente editaban grupos estudian-

tiles o literarios, no podían contar ni remotamente con apoyo alguno de la universidad o de las entidades oficiales de cultura. Las expresiones de intelectuales, artistas, estudiosos independientes, se generaban de espaldas al oficialismo, y éste les pagaba con la misma moneda. Ocurría que la cultura expendida oficialmente por el régimen peronista aparecía como poco valiosa y, además, reaccionaria; aunque una subcultura popular suscitada por la aparición del peronismo se desarrollaba fresca y vivaz, esto no alcanzaban a verlo los hombres de la cultura. Veían, en cambio, el signo represivo o al menos desconfiado frente a todo lo nuevo, que exhibía el régimen. El aspecto más negativo de esta actitud consistía en provocar la reclusión de ensayistas, novelistas, poetas, dramaturgos, en sus respectivas torres de marfil. Desdeñosos de las expresiones creadas para consumo masivo, aislábanse en capillas y renunciaban al intercambio y la confrontación. Así se realimentaba lo peor de cada sistema: el oficialista, regodeándose en la mediocridad de sus producciones; los independientes, atrincherados en sus propias sedes, sin vasos comunicantes posibles.

Es comprensible que la cultura oficial haya aparecido como reaccionaria. El propio ministro de Educación, Oscar Ivanissevich, al inaugurar en noviembre de 1948 una muestra pictórica del magisterio, abominaba de "la nefasta manía del cubismo, el futurismo, el fauvismo y el surrealismo", estilos que, según su valoración, "han sido la manía de los audaces y los anormales que querían singularizarse de algún modo". Y días más tarde, al inaugurar el XXXIX Salón Nacional de Artes Plásticas, insistía el inefable ministro, esta vez en un discurso versificado: "Entre los peronistas/ no caben los fauvistas/ y menos los cubistas/ abstractos, surrealistas./ Peronista es un ser/ de sexo definido/ que admira la belleza/ con todos sus sentidos". ¡Ni Stalin hubiera podido hacer una mejor defensa del arte realista!

Esta política podía exponerla bravamente Ivanissevich que, estrafalario como era, tenía talento para defenderla. Políticas tan retrógradas como ésta, en otros campos de la cultura, no se expusieron con tanto desenfado pero se llevaron a cabo a través de acciones y omisiones, en los años siguientes, es decir, los que estamos evocando.

## *Horror al conflicto y dilapidación*

Todo tiene su explicación. El enfermizo anticomunismo del gobierno peronista lo llevaba a creer que existían infiltraciones en todo emprendimiento que saliera de los cánones normales. Basta releer el suplemento dominical de *La Prensa* en su etapa cegetista para advertir las líneas que tipificaban las formas literarias gratas al régimen: ensayos sobre folklore, cuentos costumbristas, efusiones nostálgicas y pintoresquistas, fragmentos evocativos dentro de las pautas de la historiografía clásica con ocasionales avances en la reivindicación de alguna figura popular del pasado. Nada que fuera provocativo o inconvencional tenía cabida en estas páginas. En el otro lado del espectro cultural, la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* dirigida por el padre Hernán Benítez, muy cercano a Evita, enfatizaba un tono hispanista y filipista que incluía reiterados elogios al falangismo español.

No se puede atribuir totalmente a Perón la culpa de esta chatura, pero lo cierto es que ella campeó durante su gobierno y acaso pueda explicarse por el horror que el líder justicialista sentía frente a cualquier conflicto. Perón no entendía que los conflictos son manifestaciones normales de toda sociedad medianamente compleja; él los sentía como desafíos a su autoridad y escándalos contra el orden que había sabido constituir. En tal actitud se descubre la vertiente fascista que alimentaba una parte de su pensamiento: como todo conflicto era un desafío y un escándalo, había que negarlo mientras se pudiera y reprimirlo si se prolongaba. El apotegma valía tanto para el terreno político y sindical como para el campo de la cultura; las huelgas ferroviarias se corresponden, desde esta perspectiva, con las experiencias de los teatros independientes o las sesiones de los supuestos "existencialistas" clausuradas por la policía... Perón, insistimos, no concebía la existencia de conflictos como evidencias de fallas, descompensaciones o choques de ese organismo vivo que es la sociedad, ni menos como traducción de tendencias creativas en pugna con lo convencional: ante todo el orden, costara lo que costara. De aquí su insistencia en abominar de la lucha de clases o su concepción autoritaria de la conducción política, expuesta a lo largo de 1951 en la Escuela Superior Peronista. Una sola

anécdota basta para revelar la posición que tenía el presidente en estas cosas: la cuenta Antonio Pagés Larraya y se refiere a la filmación de la película *Facundo*, una recreación libre del caudillo riojano. Ante las dificultades con que tropezaba la filmación —un fiscalizador permanente del rodaje, interferencias de Apold, alteraciones del diálogo exigidas por los censores, etc.— los responsables pidieron y obtuvieron una entrevista con el presidente.

—No quiero ola —les dijo abruptamente Perón—. La película no puede ser rosista ni antirrosista. Si es rosista, le queman el cine los liberales, y si no, se lo queman los rosistas...

Con toda coherencia, Perón desconfiaba de aquello que rompiera con lo existente y legalizado en el terreno de la cultura: sólo lo aceptado era aceptable. Atrás de las aperturas novedosas del pensamiento y la imaginación, de la rupturas y audacias en el territorio de las letras, de las aventuras de la plástica y la música que rompieran la prevalencia de lo existente, estaba el conflicto: los que podían "quemar el cine" y seguramente, ¡qué horror!, los comunistas, esos astutos infiltrados que trataban de socavar "lo nuestro", o en todo caso los *contras* cuyos dominios no habían podido expugnar totalmente los administradores de la cultura oficial. En el menos grave de los casos, esas cosas raras propias de "los audaces y anormales" podían poner de resalto la mediocridad de los vates y juglares al servicio de la corte oficial; y además, para completar, llenaban a la gente de ideas inquietantes, tendencias rupturistas, la sacaban de esa pacífica felicidad que debía vivirse en la "Nueva Argentina". ¿No era todo esto motivo suficiente para desestimar y hostilizar las novedades?

Desde esta perspectiva se entiende la dilapidación de recursos humanos que fue característica del tiempo de Perón, que en los años a que nos referíamos ya era inocultable. Borges suele sostener que la censura y las restricciones obligan a expresarse con sutileza, elípticamente, y así contribuyen paradójicamente a crear expresiones más elaboradas. Pero ni siquiera fue éste el caso del sistema peronista: la vigilancia que pesaba sobre diarios, revistas y radios no se extendía a los libros —salvo alguna excepción—. De modo que la indiferencia del Estado o su hostilidad hacia actividades que pudieran, a su juicio, provocar conflictos o enmascarar grupos opositores, ni siquiera contribuyeron a tornar más refinadas las manifestaciones del espíritu en aquella

época. En cambio, esa pesadez misoneísta institucionalizada bloqueó muchas posibilidades, torció muchas vocaciones, frustró muchas realizaciones. La huida de Julio Cortázar a Europa en 1952, no porque lo persiguieran sino porque le aburría mortalmente la cultura oficializada en la Argentina, es una decisión paradigmática que muchos cumplieron sin moverse, como una afirmación espiritual de protesta.

Así, un buen número de escritores, científicos, artistas e intelectuales se alejaron no voluntariamente de sus tareas y vocaciones. Derrochábase de tal suerte un inmenso capital creativo, con la misma desaprensión con que se había derrochado el oro y las divisas en los tiempos de la *fiesta*; pero el capital financiero puede rehacerse de uno u otro modo, mientras el capital humano, que lleva años de preparación y exige una continuidad en su formación, no se recompone fácilmente.

Este fenómeno se advierte claramente en muchos campos: el de la cinematografía es transparente. Por diversos motivos se fueron alejando del país o de los sets directores, autores y actores como Luis Saslavsky, Carlos Hugo Christensen, Ulises Petit de Murat, Alberto de Zavalía, Orestes Caviglia, Niní Marshall, Delia Garcés, María Rosa Gallo, Pedro López Lagar, Santiago Arrieta, Aída Oliver, Hugo Fregonese, Thilda Thamar, Fernando Lamas, Carlos Thompson, Paulina Singerman, Luisa Vehil, Miguel Faust Rocha, Irma Córdoba, Pedro Quartucci, Libertad Lamarque. La hemorragia no puede desvincularse del cine intrascendente que se hizo en aquellos años, ni tampoco del alejamiento de un público que buscaba en la pantalla algo más que un entretenimiento banal; ni puede ser ajena a la pérdida de los mercados latinoamericanos, ya evidente en aquellos años.

Esta dilapidación se perpetraba también en otros campos. Un historiador como José Luis Romero dando sus lecciones en Montevideo, o como Alberto Mario Salas empleado en una cámara empresaria; un físico como Ernesto Gaviola trabajando de asesor en una cristalería; un novelista como Ernesto Sabato ideando crucigramas para una revista semanal; una matemática como Cora Ratto haciendo de redactora de una publicación femenina, centenares de casos como éstos señalan los despilfarros de la política educativa, científica y cultural del peronismo de aquella época. Hay que tener en cuenta que el Estado era propietario de

todas las radios del país, de los principales diarios y muchas revistas; que controlaba la industria cinematográfica y la actividad teatral; hay que recordar que no existían por entonces universidades privadas donde los desplazados de la comunidad académica pudieran retomar el hilo de sus investigaciones y enseñanzas. O sea que la presencia de un Estado altamente politizado, que exigía una incondicional "lealtad" y llenaba todos los espacios de las expresiones culturales masivas, estrechaba angustiosamente los territorios donde pudiera realizarse profesionalmente la gente de las letras, las artes y las ciencias.

En octubre de 1952 apareció el primer número de *Buenos Aires Literaria*, una revista dirigida por Andrés Ramón Vázquez que perduraría un par de años. La primera entrega, de sobria y elegante presentación, incluía notas de Amado Alonso, José Luis Romero, Francisco Luis Bernárdez, Alberto Salas, Guillermo de Torre, Daniel Devoto y otros escritores. El aporte de Romero era un ensayo sobre el valor de los testimonios históricos, y terminaba así: "La virilidad consiste en el intento de encaramarse sobre la realidad, desentrañar sus innumerables vericuetos y proponerle con la energía de Prometeo perspectivas inéditas". Postulaba "en estas circunstancias" un estilo de reflexión que permitiera cobrar "el ímpetu necesario para volver a sobrepasar a la realidad en su carrera". Y cerraba su nota diciendo: "Hay tiempos de llorar, sin duda, pero al pensamiento no le conviene llorar sino como Jeremías, profetizando".

Este críptico párrafo define la actitud de muchos intelectuales argentinos en esta etapa del tiempo de Perón: lamentarse de la mediocridad triunfalista del régimen y la dilapidación del pensamiento argentino, pero a la vez, augurar el futuro, elaborar el tono de las reflexiones que debía nutrir la capacidad de pensamiento y creación del país, cuando acabara el régimen de Perón. Esto se acentuó más claramente en los tres años siguientes, que serán materia del volumen final de esta obra.

Dice Octavio Paz que la función de los escritores no es contribuir a la buena administración sino hacer su crítica. En este sentido, el régimen peronista, al prescindir de los mejores hombres del pensamiento argentino, en cierto modo los salvó; lo prueba el destino ulterior de los que ocuparon puestos burocráticos en el aparato cultural oficial, que con muy pocas excepcio-

nes se agotaron en esas funciones. Pero es lamentable que el hostigamiento o, en el mejor de los casos, la indiferencia hacia la inteligencia creadora del país, haya ocurrido justamente cuando el mundo, tomando distancia de la posguerra, se mostraba receptivo a nuevas tendencias, mudaba sus creencias y gustos, se manifestaba ansioso por recibir ideas que lo ayudaran a explicarse. En este juego faltó la Argentina. La muralla cultural y la falta de inserción de los mejores exponentes nacionales en los mecanismos que hacen posible el contacto universal entre las letras, las artes y el pensamiento, aisló al país de un intercambio que podía haber sido muy fecundo. Los nuevos envites, desde el existencialismo hasta el teatro de Ionesco, por poner sólo un par de casos notables, llegaban como en sordina, casi clandestinamente, y eran automáticamente sospechosos. Mientras el mundo dejaba atrás definitivamente los tiempos de la posguerra y se aprestaba a recorrer nuevas aventuras de la creación, la ciencia y la técnica, la Argentina se encerraba sobre sí misma. En el mundo de la cultura, toda reclusión, aunque sea voluntaria, es una cárcel. Y eran muchos los que en nuestro país se daban cuenta de este encierro.

## *La sombra de Corea*

En 1950 el mundo entero estuvo pendiente del conflicto de Corea, cuyos flujos y reflujos sobresaltaron a los pueblos con unos sustos que no habían padecido desde el fin de la guerra mundial. Los efectos del enfrentamiento asiático se hicieron sentir muy pronto: desde la "caza de brujas" desencadenada en Estados Unidos hasta las presiones que hemos visto para alinear a los pueblos latinoamericanos en un apoyo decidido al esfuerzo militar de la ONU, o los esfuerzos de la U.R.S.S. para hacer de los "movimientos por la paz" un instrumento político de presión sobre los países occidentales. Con una sabiduría derivada de los sufrimientos padecidos apenas un lustro antes, algunos estadistas europeos, en cambio, hacían frente a sus problemas poniendo en marcha el Plan Schuman para el carbón y el acero y esbozaban las bases de una unión aduanera que al año siguiente se transformó en la Comunidad Europea integrada por seis países del viejo continente.

Cuando lo de Corea fue perdiendo virulencia, hubo un brote de conservadorismo en Gran Bretaña y Estados Unidos: Churchill volvió a ser primer ministro —más viejo que antes, más arbitrario que nunca— y en noviembre de 1952 Eisenhower fue elegido presidente; como si los dos grandes pueblos anglosajones se ampararan en las figuras protectoras de los padres de la victoria, dejando de lado los últimos ecos de las audacias del laborismo y el New Deal. Se trataba ahora de limitar en todo lo posible los desgastes de la guerra fría manteniendo al mismo tiempo una actitud duramente anticomunista. Para aportar nuevos aliados a la causa occidental se legalizó definitivamente el status independiente de Alemania Federal y se ayudó a Japón a firmar un tratado de paz con 48 naciones que regularizó su situación internacional. Así, en el centro de Europa y en el extremo de Oriente, dos naciones que en corto tiempo adquirieron un enorme potencial económico en razón inversa de su inexistente potencia militar, se unían definitivamente al "mundo libre".

En América Latina, algunos sucesos debieron alegrar a Perón: la elección de Getulio Vargas en Brasil, el golpe de estado que llevó a Víctor Paz Estenssoro al poder en Bolivia y la elección del general Carlos Ibáñez como presidente de Chile. Los tres gobernantes de la vecindad tenían, en mayor o menor medida, ciertas afinidades con el régimen argentino y podían ser una base para los despliegues que Perón deseaba promover en el continente, en cuya porción central el guatemalteco Jacobo Arbenz iniciaba reformas que empezaban a alarmar a algunos intereses norteamericanos. Una alarma similar a la que produjo en Gran Bretaña la abrupta nacionalización del petróleo decretada por el gobierno de Irán bajo la influencia de Mossadegh, o la que provocó la caída de la monarquía egipcia, tradicional aliada de los ingleses, y su sustitución por un régimen manejado por un puñado de coroneles devotamente musulmán y acendradamente nacionalista.

Fueron tres años bajo la sombra ominosa de Corea. Especulaban los observadores sobre el tiempo de vida que le quedaba a Stalin; trataban de curiosear en el enorme enigma de China; tomaban el pulso a las sordas inquietudes que latían en Indochina. La superioridad militar de Estados Unidos se evidenciaba dramáticamente con la bomba de hidrógeno, pero era inocultable que la

U.R.S.S. seguía muy de cerca los pasos de los yanquis en materia atómica. Fue un trienio medroso y mediocre: como suele ocurrir, la justificación de estos años venía por la vía de las artes, las letras y el pensamiento. Neruda publicaba su *Canto general* y Graham Greene *El tercer hombre*, Hemingway *El viejo y el mar* y Henry Miller *Plexus*. La gran figura de la filosofía era Sartre, pero su influencia desbordaba al teatro y el ensayo. Samuel Becket escribía *Esperando a Godod*, que se estrenaría dos años más tarde. Las primeras emisiones de televisión en colores asombraban en Estados Unidos. Eran los años de las grandes películas de Elías Kazan, Alfred Hitchkok, John Ford y Jean Cocteau.

Mirando este lapso en perspectiva, diríase que más allá de la guerra fría y sus usuras, el mundo se dividía en dos frentes: el que quería volver al orden de la preguerra al que se adicionarían las obligadas rectificaciones de Yalta, con sus naciones dominantes, su reparto de zonas de interés exclusivo y un equilibrio de poder con vocación permanente; y otro frente integrado por pueblos que pugnaban por alcanzar de cualquier manera los bienes materiales y espirituales que la civilización generaba cada vez con mayor abundancia. Desde esta visión, ciertas asociaciones podían resultar sorprendentes: China, por ejemplo, aparentemente aliada de la U.R.S.S., en realidad formaba en el segundo frente. Pero esto pudo apreciarse después: siempre es difícil adivinar contemporáneamente el curso de la historia. En aquel tiempo era difícil verlo así, pues todo sufría la presión de los enfrentamientos que habían tenido a Corea por escenario y al mundo entero como marco. Perón tal vez lo venía intuyendo; pero las limitaciones de su posición relativa le impedían ir más allá de lo que había ido en su proyecto autárquico, y su anticomunismo le nublaba una visión más clara del panorama mundial, ahora que la tercera guerra, tantas veces profetizada por su voz, se desvanecía en las conversaciones de Pan Mun Jon.

## *Un dilema insoslayable*

El pueblo argentino en general, y sobre todo los sectores más humildes, vivía ciertamente mejor que ocho a diez años

atrás. Pero el problema radicaba ahora en apoyar este mejoramiento sobre fundamentos económicos sólidos y permanentes. De otro modo, la justicia social se convertiría en un valor aceptado por todos, pero puramente teórico. Este era el nudo de la cuestión y el problema más arduo que Perón debía afrontar.

El plan de austeridad de 1952 había frenado la peligrosa tendencia inflacionaria, pero este éxito era sólo la condición previa y necesaria para que se hicieran viables otras medidas que, éstas sí, debían ir al fondo de las cosas. El Segundo Plan Quinquenal preveía inversiones en distintos rubros, pero no se dirigía a las bases del sistema productivo. Y el país seguía cojeando en su frente externo, con su limitada capacidad exportadora y su creciente dependencia de insumos industriales y combustibles. Además, el retraso de la reposición de maquinarias y de la indispensable modernización de la infraestructura vial, de comunicaciones y transporte, constituía un déficit cada vez más pesado, traducido en baja productividad y desmejoramiento de la calidad de vida de los habitantes. Un documento publicado por la Secretaría de Asuntos Económicos en 1954 demostraría que la renta nacional per cápita, en pesos constantes de 1950, venía bajando desde 1947. Este año llegaba a $ 3516; al año siguiente descendió a $ 3075; en 1949 era de $ 2869 y en 1950 de $ 2446. Es claro que las estadísticas tardan cierto tiempo antes de hacerse sentir en los bolsillos, pero la tendencia era alarmante. También es cierto que en los años a que nos referimos empezaba a sentirse el benéfico efecto de una política previsional y de asistencia que compensaba, en alguna medida, el descenso de los ingresos reales: los policlínicos sindicales (el ferroviario se inauguró en 1950, igual que el de los bancarios y el de los obreros del vidrio) y las instalaciones para el turismo social (Río Tercero y Chapadmalal ya funcionaban a pleno en 1952) ayudaban a la gente a salvar los problemas de salud y a gozar mejor las vacaciones.

Pero también era innegable que en ciertos rubros no despreciables el país había retrocedido: el virtual racionamiento de la nafta, la dieta eléctrica que sufrían Buenos Aires, su conurbano y casi todas las ciudades importantes del país, el pésimo servicio ferroviario y de transportes urbanos de personas, la escasez de teléfonos, constituían no solamente la traducción del ineficiente

manejo de las empresas del Estado, sino un toque de atención sobre la desactualización y el retraso de la economía argentina. Mientras muchos países que habían emergido de la guerra siete años atrás mejoraban sus servicios públicos y daban respuestas acertadas a las expectativas de sus habitantes, el nuestro se estancaba y daba pasos hacia atrás.

Esta involución no se advertía a simple vista; mucho menos desde la perspectiva de los enormes sectores que vivían una vida mejor, más cómoda, más alegre. Pero el retroceso era una realidad, y sólo podía ser detenido y remontado si se lograba un elemento movilizador fundamental: capitales. Si no se invertían capitales en el aparato productivo, público y privado, todo seguiría achicándose, envejeciéndose, descomponiéndose. Perón había basado su política económica en varias premisas, no todas ciertas, como el caso de la augurada tercera guerra mundial. Una de sus premisas equivocadas descontaba la existencia y el apoyo de una burguesía nacional. A la hora de la verdad, ésta resultó mucho más pequeña, menos rica y mucho menos audaz que lo requerido. Entonces, a falta de grandes capitales nacionales que reactivaran los puntos claves del aparato productivo, los que se necesitaban tendrían que venir del exterior; concretamente, de Estados Unidos, el único país con capacidad para exportarlos. Y esta posibilidad ya no se inscribía en el panorama económico: a medida que las decisiones económicas son más amplias y generales, la economía va dejando de ser economía y se convierte cada vez más en política. Era, pues, en el marco político e ideológico, donde Perón tendría que tomar su decisión. El dilema era éste: convocar a los capitales norteamericanos para que vivificaran los sectores básicos de la economía argentina, con todas las concesiones que ello importaba; o rechazar esta vía y hacer un titánico esfuerzo sobre la base de una acumulación de capital fundada en el ahorro obligatorio, el sacrificio y las restricciones. Había otras aperturas, pero mucho menos ricas en posibilidades inmediatas: proyectarse hacia América Latina o elaborar una relación remunerativa con los países de signo socialista, empezando por la U.R.S.S. En el último volumen de esta obra se verá que todas las posibilidades fueron recorridas por el gobierno de Perón en los años siguientes, con distinto entusiasmo y diferente suceso.

La disyuntiva se había perfilado a partir de la caída de

Miranda, y en 1952 ya era clara y dura. O se daba un audaz salto adelante con la ayuda de capitales privados norteamericanos o la justicia social, la gran contribución emblemática de Perón a la vida argentina, se marchitaba rápidamente. Frente al dilema, el presidente contaba con algunas cartas favorables: en primer lugar, el tiempo.

Las cosas no estaban tan mal como para obligar a decisiones apresuradas. La gente había comido pan negro y poca carne durante el invierno de 1952 y sin embargo no había protestado demasiado; sólo las asordinadas agorerías opositoras y los rezongos que son habituales a los argentinos en cualquier época. En una economía subvencionada y controlada como la vigente, Perón disponía de bastante tiempo para ir produciendo los cambios y, sobre todo, las disuasiones que convencieran al pueblo y a sus propios partidarios de que estos cambios eran necesarios, aunque contradijeran toda su prédica anterior y cancelaran el proyecto que había acariciado de una Argentina virtualmente autárquica.

Además, el líder justicialista contaba con un formidable instrumento político: la "comunidad organizada", la estructura autoritaria y semicorporativa que había montado sobre las ruinas de la República, cuya verticalidad le permitía, aparentemente, una infinita capacidad de maniobra. Esbozada en los primeros tres años de su gobierno, la "comunidad organizada" era a esa altura una sólida realidad. Se apoyaba en un movimiento mayoritario cuyas tres ramas competían en adhesión y lealtad: la CGT, en especial, venía demostrando desde 1951 su eficacia como vigilante del movimiento obrero. El aparato oficial de propaganda, después de las razzias de 1950, era una aceitada máquina que no permitía la difusión masiva de nada que contrariara la imagen con que el régimen deseaba vestirse. Los partidos opositores, tras las agonías de 1951/52, ya no soñaban con el súbito derrumbe del régimen o el golpe militar milagroso; estaban resignados a sobrevivir hasta que los errores de Perón les permitieran levantar cabeza. Las Fuerzas Armadas habían sido purgadas ampliamente después del movimiento de Menéndez. Ya no había alborotos en las provincias y los gobernadores eran virtuales funcionarios del poder central. En otros costados de la realidad nacional la educación y la universidad, el deporte, la cultura y —todavía de modo incompleto— los empresarios, todos estaban encauzados en organizaciones

dependientes del Estado o controladas por él. De modo que el presidente podía dar los golpes de timón que quisiera, en la seguridad de que no existían fuerzas, dentro de la "comunidad organizada", que se le pudieran oponer. Por sobre todo el organigrama había un elemento formidable, decisivo, con el que podía contar Perón: el pueblo, cuyo apoyo mayoritario se había reiterado en el campo electoral en noviembre de 1951 y que seguía dando testimonio de su adhesión en las grandes concentraciones rituales y en mil oportunidades más.

Y para completar el panorama, la confrontación entre Estados Unidos y la U.R.S.S. estaba ya apaciguada a fines de 1952; no parecía probable que se suscitara otro compromiso como el que había presentado el conflicto de Corea, que tantas secuelas difíciles había traído al gobierno argentino.

Frente a tantos datos alentadores, Perón debía resentir una falencia grave. Evita había pasado a ser un objeto de culto dentro de la particular liturgia elaborada por el peronismo: minutos de silencio en su homenaje a cada momento, recordaciones de su "tránsito a la inmortalidad", la mística del monumento que se erigiría en su memoria, ciudades e instituciones a las que se imponía su nombre y, fuera de la órbita de esta beatificación oficial, los espontáneos y conmovedores altares que manos humildes habían levantado en centenares de miles de hogares, recordándola. Pero estas canonizaciones no compensaban su ausencia. La desaparición de Evita creaba no solamente un vacío en las procuraciones que había ejercido en materia de asistencia social y de relaciones con los sindicatos: también privaba a Perón de una vigilancia alerta, de una intuición generalmente certera y de una barrera moral contra las tentaciones que suelen asediar a todo gobernante absoluto en su ámbito privado, empezando por la que tiende a arrastrarlo a la comodidad de la obsecuencia incondicional.

De cualquier manera, el primer año de su segundo mandato estaba en sus comienzos. El presidente podía ver el futuro con optimismo. No era, como debería ser todo hombre público, un interlocutor de su tiempo: era un generador de monólogos autoritarios, cargados de golpes bajos contra los adversarios y de halagos y concesiones verbales a sus adictos. Su estilo de gobierno y la maquinaria que había montado le permitían, pues, amplitudes y esguinces que a un mandatario común le son vedados. La clave

de su discurso político consistía en creer que en la Argentina todo estaba mejor que seis años atrás, y que cualquier decisión que adoptara en el futuro, por el solo hecho de ser él quien la produjera, era buena para el país.

Pero desde que empezara su vertiginosa carrera, si Perón estaba convencido de algo era ¡ay! de esto: lo que era bueno para él era necesariamente bueno para el país...

# UNO Y SU TIEMPO

¿Qué andaría haciendo yo por entonces? En el año que se recordó al Libertador, milité activamente en el Centro de Estudiantes de Derecho. En el año en que se reeligió a Perón me recibí de abogado y estuve preso en la cárcel de Olmos. En el año en que murió Evita empecé a trabajar en mi profesión. Y todo el tiempo hice lo que pude en las filas de la juventud radical, desde pegar carteles en las paredes de mi parroquia hasta hablar en los actos que se hacían en barrios alejados, primer escalón de la carrera oratoria en los rangos partidarios. Pero más que los hechos que jalonan mi vida de entonces, lo que sí recuerdo es mi intenso deseo de conocer el país en profundidad.

En aquella época, los itinerarios eran rutinarios y convencionales. No existía el impulso de salirse de los carriles conocidos. No se conocía la fauna de los mochileros ni había campings o lugares para hacer un campamento. Ni siquiera se disponía de carpas, salvo las militares. Entonces, con un par de compañeros de facultad que eran mis socios de estudio jurídico, mis íntimos amigos y además, correligionarios, decidimos hacer en los siguientes veranos unas peregrinaciones ecuestres que finalmente me revelaron un país desconocido.

El último día de actividad judicial nos dirigíamos a un punto del país cuidadosamente estudiado con anticipación, cargando con monturas, paños de carpa, varillas y parantes, mapas, provisiones y algunas armas. Llegados a destino, comprábamos caballos o mulas, según la región a recorrer, y durante todo el mes de feria íbamos rumbeando por las partes más despejadas de la cartografía, eludiendo rutas, cortando campo, pasando por caseríos olvidados y paisajes inéditos, durmiendo donde nos pillara la noche o donde la gente pareciera más hospitalaria, y regalándonos muy de cuando en cuando en alguna fonda, si la había, para no olvidar el gusto de los manjares civilizados. De todo nos pasó en esas andanzas. En los Andes riojanos tuvimos que dejar a dos de los compa-

ñeros en un refugio, porque las mulas decayeron por el frío y la altura, y otro de los jinetes y yo tuvimos que ir a buscar ayuda al Jagüel. En Colonia Caroya nos emborrachamos espléndidamente, después que yo fuera derrotado en contrapunto por un payador que, siempre lo supe, no era otro que el Diablo. En Salsacate nos detuvieron en averiguación de antecedentes, y todo terminó con un gran asado en el patio de la comisaría. En la Sierra de los Llanos alcanzamos parajes donde no conocían rodados de ninguna especie. En la Sierra de los Algañaraces pasamos la noche en un lugar donde todo se trabajaba en común, un pueblo auténticamente comunista sin que sus pobladores lo supieran. En la Sierra de Carpintería nos extraviamos feamente y salimos del enredo haciendo una cosa que me ha servido mucho a lo largo de la vida: trepar al monte más alto y mirar todo el paisaje para ubicar con exactitud la buena senda... En la travesía puntana estuvo a punto de naufragar nuestra camaradería porque, hermano, cuando uno no tiene nada para beber y hay agua en la cantimplora del compañero, ¿no está justificado degollarlo?...

Fueron andanzas hermosas, de las que regresábamos con las barbas crecidas y un aire saludable para todo el año. Conocimos gente rara, inolvidable: una vieja en Malanzán que, al preguntarle de quién era la finca que se veía detrás de una pirca, me contestó con toda naturalidad "del general Quiroga", y a mí se me erizaron los pelos. Un alemán ("te juego plata, debe ser un sabio nazi, de esos que trajo Perón") que en lo más fragoso de las Sierras Grandes nos curó las quemaduras del sol en cuestión de minutos con una poción mágica. Un ingeniero italiano, rival en amoríos con Juan de Dios Filiberto, según nos dijeron, que vivía en el punto más solitario de la precordillera, más allá de Vinchina, secreto custodio de yacimientos de uranio y otros minerales raros, testaferro de quién sabe qué poderes.

Las intenciones que nos movían a estas cabalgatas eran, sencillamente, hacer un verano diferente al de nuestros amigos y poner un poco de congoja en el corazón de nuestras amigas. Pero lo que yo extraje de ellas nada tenía que ver con estos frívolos propósitos. Para mí, fueron viajes iniciáticos, romerías absortas en las profundidades de una Argentina ignorada.

Creo que entonces se definió mi escondida y siempre latente vocación historiográfica. Mi trabajo de abogado era monótono y

escasamente creativo; por otra parte, mi corazón estaba casi siempre del lado de la contraparte y detestaba a mis clientes. En nuestros peregrinajes estivales atravesábamos un país que era la esencia y la resultante de la historia, era historia pura. Poco a poco se estableció en mi espíritu la necesidad de evidenciar ese rostro escondido de mi país a través de la biografía del caudillo radical que dio voz a esa parte del pueblo argentino que estaba callada y quieta: el pobrerío del campo y las ciudades, los habitantes a quienes nadie representaba, las regiones excluidas del plan del progreso, es decir, justamente las que recorríamos en nuestras andanzas. Robando tiempo a mis oficios curialescos y a las cosas en que se divierte un muchacho de veinticinco años, empecé a revisar viejas colecciones de diarios, a consultar libros olvidados, a entrevistar gente que había conocido a Yrigoyen. Y poco a poco, con una pasión por el personaje que no intenté disimular, fue creciendo un mamotreto que contenía un relato de la historia argentina que abarcaba la larga existencia de mi biografiado. No tenía la menor idea de la metodología pero confiaba en mi criterio y en las ganas de aportar a mi país algo más trascendente que el activismo menor que ejercía en el radicalismo.

A la vez, esta aventura intelectual me demostraba, día a día, las infinitas fallas de mi formación. Me faltaban lecturas y reflexiones; también manejo del lenguaje y técnicas de exposición. No sé si para suplir en alguna forma estas carencias o por simple gusto, en aquellos años me fui acercando a algunos clásicos indispensables. Leí a Heródoto, que me fascinó con sus crónicas casi periodísticas; al escandaloso Suetonio; al prolijo Tito Livio. Platón casi me hace saltar las lágrimas con su relato de la muerte de Sócrates. Incursioné en las maravillas idiomáticas de los escritores españoles del Siglo de Oro. Descubrí que Rousseau podía ser tan entretenido en sus *Confesiones* como tedioso en el *Contrato social*. Traté de meterme en los meandros del pensamiento político del siglo XVIII y me pareció advertir que todos los conflictos del mundo moderno tenían allí su raíz en el campo teórico, así como en el siglo siguiente todos aparecían en el campo de los hechos. Cornelio Tácito con su vida de Julio Agrícola, Lytton Strachey con su evocación del cardenal Manning y André Maurois con su *Disraeli* me brindaron algunas productivas ideas sobre el arte de la biografía.

Y así fue tomando posesión de mi persona la sutil droga de la historia. Nadie que no la haya frecuentado puede conocer su mágico poder para desvanecer las realidades que nos son desdichadas o simplemente molestas. Después de ganarse la vida chalaneando con tratantes y mercaderes, Maquiavelo se lavaba y vestía sus mejores ropas para internarse en los siglos de la república romana y dialogar con sus grandes varones, olvidando su triste vida de exiliado. A mi vez, yo huía del recuerdo de la cárcel, del fracaso de un golpe, de una derrota electoral, de un funeral enorme y ubicuo y también de una profesión poco interesante, evocando personas y procesos del pasado de mi país. Un pasado que, por cercano, era aleccionador y rico en reflexiones.

Y esas fugas me ayudaban a soportar una circunstancia que llevaba en el anca la marca nítida, ineludible y, para mí, aborrecible de Perón.

# CRONOLOGÍA

1º de enero de 1950 - 31 de diciembre de 1952

Esta cronología ha sido elaborada por la profesora María Gracia González, a quien agradezco su eficaz colaboración.

# 1950

ENERO

1º. Son clausurados los diarios *La Hora, Orientación, La Nueva Provincia* y otros por la comisión bicameral parlamentaria presidida por el diputado José Emilio Visca.

2. El Banco Hipotecario publica la Memoria de 1948. Durante ese año se concedieron préstamos por 1.100 millones de pesos. Son declaradas inmorales una revista porteña y cuatro norteamericanas por la Municipalidad de Buenos Aires.

4. En el Senado se presenta un proyecto de ascenso al general de brigada Juan Perón, para alcanzar el grado de general de división. Se informa que el Banco de Crédito Industrial ha sido autorizado para poner en práctica un régimen especial de préstamos que beneficiará a las empresas que se dediquen a la fabricación de maquinaria rural o repuestos, por valor de 15 millones de pesos.

6. Gran Bretaña reconoce al gobierno chino de Mao, discrepando con la política de Estados Unidos. Juan Gálvez triunfa en la carrera de las Mil Millas Argentinas.

8. Triunfo del volante "Gigi" Villoresi en el Premio María Eva Duarte de Perón diputado en Palermo.

9. Con excepción de Iberia y LANChile, cuyo personal no está adherido a la Federación de Personal Aéreo, los servicios de aeronavegación se interrumpen totalmente.

10. El Poder Ejecutivo dicta un decreto refrendado por el ministro de Educación, obligando a ejecutar por lo menos un 50 % de música nacional en las radios y lugares de recreación.

11. Por primera vez después de la guerra, el intercambio comercial con Francia arroja un saldo favorable para el país europeo.
Finaliza el conflicto del personal de empresas aéreas.

12. El Papa envía una carta autógrafa a Perón agradeciendo una ofrenda que éste le envió.
Evita es sometida a una intervención quirúrgica a cargo del doctor Oscar Ivanissevich.

13. La U.R.S.S. se retira temporariamente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por no aceptarse su pedido de eliminar de este organismo a China Nacionalista.

14. El Poder Ejecutivo reglamenta la ley de alquileres.

15. El volante Ascari triunfa en el Premio General Perón disputado en Mar del Plata.

17. Comienzan negociaciones en Frankfort para estimular el intercambio comercial de la Argentina con Alemania Federal.
El gobierno del Paraguay solicita al Poder Ejecutivo la extradición del ex presidente Natalicio González.
Las ventas argentinas a la U.S.A. sumaron 100 millones de dólares en el último año (1949).

19. Se estrena *Filomena Marturano* con Guillermo Battaglia y Tita Merello; dirección, Luis Mottura.

20. Se firman con Yugoslavia dos protocolos sobre intercambio.
Se constituye la Comisión Nacional de Cooperación Económica.
Se presenta en el Senado un proyecto para ascender al general Perón a la jerarquía de Capitán General de las Fuerzas Armadas.
Elección de gobernador en la provincia de San Juan.

21. "Gigi" Villoresi se adjudica en Rosario el trofeo Acción de San Lorenzo.
Se inicia la regata Dársena Norte-Río de Janeiro.

27. Evita reinicia sus tareas habituales.
La comisión bicameral interviene el diario *Los Andes* de Mendoza.

FEBRERO

6. Es hallado en la cordillera el avión en el cual el teniente Benjamín Matienzo intentó, treinta años antes, el cruce de los Andes.
Se conoce el fallo de un pleito de la CAP contra la U.S.A. El gobierno de Washington deberá pagar medio millón de dólares a la CAP por 2000 toneladas de carne enviadas a Gran Bretaña en 1942. La suma representa más de los 150.000 dólares ofrecidos por la U.S.A. pero mucho menos del millón reclamado por la CAP.

12. Se inaugura la Biblioteca Lincoln, dependiente del servicio informativo de la Embajada de la U.S.A. en Buenos Aires.

14. El PE decreta una reestructuración de la dirección de los servicios ferroviarios, con un directorio único en el que estarán representados los trabajadores del riel.

16. El PE decreta la expropiación del papel de diario existente en el país y el que se introduzca en el futuro.

18. Se estrena *Nacha Regules*, con Zully Moreno y Arturo de Córdova; dirección, Luis César Amadori.

19. Llega al país Edward Miller, subsecretario de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, quien permanecerá hasta el 24 cumpliendo diversas actividades.

24. En Gran Bretaña triunfa el Partido Laborista por escaso margen.

28. La British Overseas Airways inicia un servicio más rápido a Buenos Aires con un avión provisto de cabina presurizada para volar a gran altura.

MARZO

3. En las instalaciones del Parque Retiro, la Unión Ferroviaria rinde un homenaje a Perón y Evita.
El Ministerio de Industria y Comercio informa que en 1949 se han radicado 42 industrias.

6. Llegan al país los dirigentes demócratas norteamericanos Joseph

Davis (autor de *Misión en Moscú*) y Paul Mc Nutt, ex alto comisionado en Filipinas y ex gobernador de Indiana.

7. Se reanudan las conversaciones angloargentinas sobre precio de carne y cuotas de intercambio; se habían interrumpido por el viaje de Amos H. Cook, representante británico.

8. Perón inaugura obras públicas en Junín. Evita no asiste por razones de salud.

9. La comisión bicameral dispone la suspensión del montaje de una máquina en los talleres de *La Prensa*.
El Partido Peronista clausura su campaña electoral en la provincia de Buenos Aires.

10. La UCR clausura su campaña electoral en la provincia de Buenos Aires.
Se inaugura en Avellaneda la Avenida Presidente Perón, antes denominada Pavón.

11. Elecciones en la provincia de Buenos Aires. Triunfa el Partido Peronista (Mercante-Passerini) que obtiene 27 senadores y 52 diputados a la Legislatura; la UCR logra 15 senadores y 31 diputados. El candidato radical, doctor Ricardo Balbín, es detenido después de emitir su voto.
Elecciones en la provincia de Tucumán. Triunfa el Partido Peronista (Riera) por 77.600 votos sobre 31.200 de la UCR.

13. El diputado nacional doctor Ricardo Balbín se encuentra detenido incomunicado en dependencias de la Policía Federal, en Rosario.

14. Parte a la U.S.A. una misión argentina presidida por el ministro de Hacienda doctor Ramón Cereijo, para participar en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social a celebrarse en Washington.

17. El juez federal doctor Ismael Passaglia aplica un arresto al abogado defensor de Balbín por los términos de un escrito.

22. El juez federal doctor Ismael Passaglia decreta la excarcelación bajo fianza de Balbín, pero éste continúa detenido.

23. Con la presencia de Perón, Evita y altos funcionarios, se realiza

en el teatro Colón la ceremonia de la entrega de la Medalla Peronista a la misión enviada al Ecuador por la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón.

24. Se firma con Austria un convenio de intercambio por valor de 14.700.000 dólares.

26. Elecciones en San Luis. Triunfa el Partido Peronista (Zavala Ortiz).
El gobierno boliviano denuncia un movimiento comunista que debía haber estallado en varios puntos del país, y que estaría dirigido desde el exterior.

28. La Cancillería argentina pide al gobierno británico una aclaración por las palabras vertidas en la Cámara de los Comunes por el ministro de Alimentación Maurice Webbe, quien dijo que "Gran Bretaña no permitirá ser extorsionada por más tiempo".

29. Se anuncia que se ha concedido permiso a Swift International para trasladar su domicilio de Buenos Aires a la U.S.A.
La Asociación de Escritores Argentinos propone a la Academia de Suecia a Manuel Gálvez como candidato al Premio Nobel de Literatura.
El juez federal de La Plata doctor Francisco Menegazzi solicita el traslado de Balbín a su jurisdicción para seguirle proceso por desacato, con motivo de un discurso pronunciado en Adrogué en noviembre de 1949.

30. Fallece en París el dirigente socialista Leon Blum.

ABRIL

1º. Perón y Evita llegan a Bariloche en visita particular.

3. El juez federal doctor Francisco Menegazzi decreta la prisión preventiva de Balbín y embargo por 25.000 pesos.

4. El gobierno británico explica las circunstancias en que el ministro Webbe hizo la declaración que motivó el reclamo argentino.
El mayor barco del mundo para la caza de ballenas, el *Juan Perón*, es botado en los astilleros Harland & Wolff de Belfast, con una capacidad de 22.000 toneladas.

El Consejo de Fideicomisos de las Naciones Unidas aprueba el estatuto de internacionalización de la zona de Jerusalem.

5. Concluye el paro portuario de 48 horas declarado por la Confederación General de Gremios Marítimos y Afines en todos los puertos del país.
Pakistán y la India llegan a un acuerdo de paz.

10. Juan Manuel Fangio triunfa en Pau.
Representantes de doce provincias y los territorios nacionales inauguran la conferencia de ministros de Educación con el fin de coordinar esfuerzos tendientes a la campaña de alfabetización.

11. En Bolivia el Partido Comunista es puesto fuera de la ley.

12. Se firma un acuerdo de intercambio comercial con Australia.

13. Se estrena *Por quién doblan las campanas* con Gary Cooper e Ingrid Bergman; director, Sam Wood.

15. Gran Bretaña dispone la suspensión de embarques de carbón y petróleo destinados a Ferrocarriles Argentinos, debido a que se encuentran impagas facturas por más de 1.000.000 de libras esterlinas.

16. Juan Manuel Fangio triunfa en San Remo.

17. Veinte diputados radicales anuncian que no ocuparán sus bancas pues consideran ilegítima la disposición transitoria de la Constitución de 1949 prorrogando sus mandatos.

21. Se firma con Israel un convenio de pagos.

28. Los veinte diputados de la UCR que rechazan la prórroga de sus mandatos presentan la renuncia a sus bancas.

29. El Comité Nacional de la UCR anuncia que el embargo a Balbín será pagado por suscripción de los afiliados.

MAYO

1º. Perón inaugura el 84 período legislativo.
El Congreso vota el ascenso de Perón a general de división.

El Comité de la Provincia de Buenos Aires de la UCR denuncia que el gobierno provincial no ha permitido la realización de mitines por la libertad en Balbín que iban a hacerse en los 112 partidos.

2. En Italia se condena al mariscal Graziani a 19 años de prisión por crímenes de guerra.
Se inaugura en Buenos Aires la I Conferencia Nacional de ministros de Salud Pública.

3. En todos los puertos comienza un nuevo paro de los obreros marítimos. El movimiento es declarado ilegal por el Ministerio de Trabajo y Previsión.

5. Se firma un convenio de intercambio con Hungría.
El Ministerio de Trabajo y Previsión declara ilegal la huelga de la Federación Gremial del Personal de la Industria de la Carne y Afines.

6. En Nicaragua el Congreso designa presidente a Anastasio Somoza.

8. Se anuncian los precios básicos de los granos. El IAPI dictará las condiciones que regirán su adquisición a los productores.
El transatlántico *Eva Perón* zarpa de Londres en viaje inaugural a Buenos Aires.

9. El Consejo Federal de la Federación del personal de la carne decide levantar la huelga.

10. La Argentina y la U.S.A. firman un acuerdo de comercio y desarrollo económico.

12. Renuncia el ministro de Educación doctor Oscar Ivanissevich.
El PE decreta otorgar la Orden del General San Martín en el grado de Gran Cruz, al general Dwight Eisenhower.

17. Se informa en Washington que el Exinbak ha concedido un crédito de 125 millones de dólares a un grupo de bancos argentinos.

21. Juan Manuel Fangio triunfa en Monza.

24. Perón y Evita parten hacia Paraná en el yate presidencial para asistir a la transmisión del mando provincial.

28. Llega a Buenos Aires el presidente del parlamento israelí José Sprinza.

JUNIO

1º. Diputados acepta la renuncia presentada por los legisladores radicales.
Por decreto suscripto en acuerdo de ministros, el PE crea la Comisión Nacional de Energía Atómica, dependiente de la Presidencia de la Nación.

2. El Senado aprueba el desafuero del doctor Luis N. Sánchez Recalde por pedido de un juez de Catamarca, con motivo de apreciaciones que afectarían la dignidad del presidente.

6. Aparece en *La Nación* una declaración de Perón al diputado chileno Raúl Aldunate formulada el 20 de mayo, según la cual "por ningún motivo seré candidato a la reelección presidencial en 1952. Al terminar mi mandato me iré a mi casa".

11. Juan Manuel Fangio triunfa en Angulema.

14. Evita pronuncia un discurso ante la Conferencia de Gobernadores. Dice que "Nos reservamos el derecho de que la niñez argentina aprenda a amar a la Patria y a Perón desde la cuna".

17. En el Salón Blanco de la Casa de Gobierno se clausura la Conferencia de Gobernadores.

18. Juan Manuel Fangio triunfa en Francochamps.

21. Por decreto del PE refrendado por los ministros de Relaciones Exteriores, Trabajo y Transportes, se aprueban las normas que regirán para la contratación de personal británico en empresas nacionales.

22. Se estrena *Surcos de sangre* con Hugo del Carril y Esther Fernández; dirección Hugo del Carril.
Diputados suspende al diputado Mauricio Yadarola por diez sesiones, por considerar excesivas sus expresiones sobre la comisión bicameral en un proyecto que —también se resuelve— no se imprimirá en el Diario de Sesiones.

Estreno de *Muerte de un viajante* de Arthur Miller en el Teatro Nacional, por Narciso Ibáñez Menta.

23. Se anuncia que Brasil comprará 800.000 toneladas de trigo a nuestro país.
Tropas de Corea del Norte traspasan el paralelo que divide el territorio de la península.

26. Tropas de Corea del Norte ocupan Seúl, capital de Corea del Sur.

27. El presidente Truman ordena que las fuerzas norteamericanas al mando del general Douglas Mac Arthur, presten apoyo militar a las tropas surcoreanas.

28. Se convierte en ley de la Nación el Pacto de Río de Janeiro (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca TIAR), aprobado el día anterior por el Congreso.

JULIO

6. Se informa que son doce los desacatos que se imputan a Balbín. El sumario pasa al fiscal para dictamen.

7. Diputados vota reformas a la ley sobre agio.
Fallece el poeta Baldomero Fernández Moreno.

13. El Senado convierte en ley las reformas a la ley sobre agio.

19. El Senado vota una declaración de solidaridad con la política internacional del Poder Ejecutivo.

20. El Parlamento de Bélgica, con la oposición socialista, resuelve que el rey Leopoldo vuelva a ocupar el trono.

23. Llega el "Libro Blanco" de Estados Unidos, relativo al conflicto de Corea.

30. Triunfo de Juan Manuel Fangio en Ginebra. Villoresi sufre un grave accidente.

31. Argentina y Alemania Occidental firman un convenio comercial que prevé un intercambio de u$s 123 millones.

AGOSTO

1º. Huelga de empleados en el Banco Central, de la Nación Argentina, Hipotecario y de Crédito Industrial, promovida por el Movimiento Popular Bancario. El movimiento es declarado ilegal por el Ministerio de Trabajo y Previsión.
Leopoldo de Bélgica anuncia que abdicará en 1951.

2. La huelga bancaria se extiende a las instituciones privadas.

3. Se suscribe con la Confederación Helvética un convenio complementario al acuerdo comercial firmado en 1947.

4. El Senado aprueba los presupuestos de 1951 y 1952, que alcanzan a unos $ 13.000 millones cada uno.

6. Las fuerzas norteamericanas contraatacan en Corea.
Se normalizan las tareas del personal bancario.
Llega a Buenos Aires el transatlántico *Eva Perón*.

12. Se expone la histórica campana de Huaura, que saludó la independencia del Perú, entregada por una delegación militar peruana a las Fuerzas Armadas argentinas.

15. Juan Manuel Fangio triunfa en Pescara.
Federico Chávez asume la presidencia del Paraguay.

17. En todo el país se conmemora el centenario del fallecimiento del general José de San Martín. Montado en su caballo "Mancha", Perón pasa revista a las tropas.

21. Se entrega a la OEA la ratificación argentina al Tratado de Río de Janeiro.

22. El PE crea por decreto la Subsecretaría de Energía y Minería.

24. Fallece en Santiago el ex presidente de Chile Arturo Alessandri.

27. En Posadas (Misiones) es allanado el diario *El Día*.
Pucará y CUBA comparten el certamen de rugby de primera división.

29. Nuevo ajuste para los tipos de cambio.

SEPTIEMBRE

1º. Diputados aprueba el establecimiento de relaciones con la República de Filipinas y con la República de la India.

3. Se inicia una campaña de seguridad organizada por la Corporación de Transportes.

6. Agasajo en el Jockey Club al historiador Ricardo Donoso, director del Archivo Nacional de Chile.
Mensaje del PE al Congreso acompañando un proyecto por el que se establece la elección popular de los gobernadores de los territorios nacionales; la primera de éstas se realizará junto con la elección presidencial, en 1952.

7. Perón visita la XV Exposición de Ganadería de Palermo.

8. Diputados sanciona la ley sobre sabotaje y espionaje.

13. Con la presencia de Perón y Evita se inaugura la Escuela de Enfermeras de la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón.

14. El Senado designa a Alberto Teissaire para ocupar el PE en caso de acefalía.

15. El Senado convierte en ley los proyectos sobre incumplimiento de asistencia familiar, tenencia de armas y explosivos y creación de un juzgado federal en San Isidro.

20. Las fuerzas de las Naciones Unidas ocupan Seúl.
Se estrena *Abuso de confianza* con Olga Zubarry y Manuel Colla; dirección, Mario Lugones.

22. El norteamericano Ralph Bunche recibe el Premio Nobel de la Paz por sus esfuerzos pacificadores en Palestina.
Perón recibe una carta de Truman y un obsequio de libros.

27. El Senado convierte en ley el proyecto sobre sabotaje.

28. El Senado aprueba la creación del Instituto Ganadero Argentino.

OCTUBRE

2. En las elecciones realizadas en Brasil, triunfa Getulio Vargas.

8. Se inaugura en Nueva York la Conferencia de Prensa Interamericana, con el propósito de crear un organismo permanente para defender la libertad de prensa.

14. El vicepresidente Quijano visita a Getulio Vargas en la estancia del ex embajador brasileño Luzardo, en Uruguayana.

18. Se inaugura el edificio de la CGT, en Azopardo e Independencia.

20. Llega a Buenos Aires el legado pontificio, cardenal Ernesto Ruffini, quien presidirá el Congreso Eucarístico.

22. En Rosario se inicia el Congreso Eucarístico.

NOVIEMBRE

1º. El Papa proclama el dogma de la Asunción de María.

2. Muere en Inglaterra Bernard Shaw.

3. La Asamblea de las Naciones Unidas aprueba el plan propuesto por Estados Unidos sobre la seguridad colectiva.

5. "Singapur" obtiene en San Isidro el Premio Carlos Pellegrini.

8. Fallece el doctor Luis Mitre, director de *La Nación.*

10. El novelista norteamericano William Faulkner y el filósofo británico Bertrand Russell son galardonados con el Premio Nobel de Literatura de 1949 y 1950.

12. Venado Tuerto obtiene el campeonato abierto de polo disputado en Palermo.

13. En Washington se firma el acuerdo por el que se concede un crédito de 125 millones de dólares a bancos argentinos para pagar las deudas contraídas a acreedores de la U.S.A.

15. Comienza a regir el "valor declarado" en las aduanas.
Se reduce en un 20 % el consumo de papel de diario.
El juez federal doctor Miguel Rivas Argüello cancela la personería a 32 partidos políticos por no haber participado en dos elecciones consecutivas.

17. Renuncia a su cargo el embajador de la U.S.A. en Buenos Aires, señor Stanton Griffis.

20. Comienza un paro en el Ferrocarril Roca.

22. Según el Servicio Estadístico Nacional, el país cuenta con 17.180.000 habitantes.
El Rowing Club del Tigre se incendia.
Paros en los Ferrocarriles Mitre y Sarmiento.

23. Se normalizan los servicios ferroviarios después de la intimación del ministro de Transportes.

25. En las elecciones realizadas en Uruguay, triunfa el partido Colorado con la fórmula Martínez Trueba-Brum.

DICIEMBRE

1º. Se inaugura en Montevideo la IV Conferencia Interamericana de Agricultura y la II Reunión Regional de la FAO.
Se inicia la Conferencia de Ministros de Hacienda de las provincias.
Se crea la Subsecretaría de Aviación Civil dependiente del Ministerio de Aeronáutica.

5. La UCR de la Capital Federal realiza en plaza Constitución un acto bajo el lema "Frente a la condena de Ricardo Balbín". La policía interviene al final del acto.
Por decreto del PE, todo compromiso oficial que importe uso de divisas extranjeras, requerirá acuerdo previo del Banco Central.

9. El conjunto argentino de polo gana la Copa de las Américas al derrotar al equipo de la U.S.A., en Buenos Aires.
*La entrevista de Guayaquil* de Ricardo Rojas, Editorial Losada.

10. Juan Gálvez triunfa en el Gran Premio de Carretera.

13. Paros en los Ferrocarriles Roca, Sarmiento, San Martín, Mitre y Belgrano; la Unión Ferroviaria repudia el movimiento.

15. Se anuncia la renuncia de la comisión directiva de la Unión Ferroviaria. El Ministerio de Transportes intima la vuelta al trabajo.

17. Después de anunciado un aumento salarial a los obreros del riel, éstos normalizan los servicios ferroviarios.

27. Acto de la UCR en plaza Constitución reclamando la libertad de Balbín.

29. Perón y Evita parten hacia Mendoza por vía aérea para clausurar las celebraciones del año sanmartiniano.
En la Memoria del IAPI correspondiente a 1949, se informa de pérdidas por valor de casi 150 millones de pesos.

# 1951

ENERO

2. El Poder Ejecutivo dispone por decreto el indulto de Balbín, quien es puesto inmediatamente en libertad.

4. Las fuerzas de las Naciones Unidas abandonan Seúl, que es ocupada por las tropas de Corea del Norte.

5. Los defensores de Balbín solicitan que se establezca judicialmente si el indultado fue o no responsable de los catorce juicios por desacato que se le siguieron.

10. Se concede el Premio Nobel de Literatura al novelista norteamericano Sinclair Lewis.

12. Se firma un protocolo franco-argentino adicional al convenio comercial de 1947.

15. Circulan versiones sobre la renuncia del ministro de Transportes y los subsecretarios de esta repartición.
Renuncia el director general del Ministerio de Relaciones Exteriores, doctor José M. Torrent.
Un incendio destruye instalaciones del frigorífico Swift en Berisso; se anuncia que las reparaciones serán largas y costosas.

16. El Poder Ejecutivo acepta la renuncia del coronel (R.) Juan F. Castro como ministro de Transportes, y designa en su reemplazo al ingeniero Juan Maggi.

18. Se dan a conocer cifras correspondientes al intercambio de los diez primeros meses de 1950. El saldo es favorable a nuestro país en algo más de $ 210.000.000.

21. *Rosas* de Antonio Dellepiane, Editorial Salvador Rueda.

22. Personal ferroviario inicia a medianoche distintos paros.

23. El Ministerio de Transportes declara ilegal el paro ferroviario y emplaza al personal a reintegrarse a sus tareas.

24. En una reunión con dirigentes obreros Perón anuncia que decretará la movilización del gremio ferroviario. Numerosos trabajadores del riel son exonerados por el Ministerio de Transportes.

25. El Poder Ejecutivo decreta la movilización de los ferroviarios: los infractores serán detenidos y puestos a disposición del Ministerio de Defensa para su enjuiciamiento según las leyes militares.

26. Se normalizan los servicios ferroviarios.
No se distribuye *La Prensa* por decisión del sindicato de vendedores de diarios.

27. Vehículos de *La Prensa* son objeto de atentados.

28. Elecciones municipales en Mendoza; triunfa el Partido Peronista.

30. Getulio Vargas asume la presidencia de Brasil.

31. *La Prensa* se dirige al Ministerio de Trabajo para plantear el problema suscitado con el sindicato de vendedores de diarios.

FEBRERO

1º. La Asamblea General de las Naciones Unidas declara a China agresora en Corea.

3. Se registran agresiones contra personal de *La Prensa.* El juez federal doctor Miguel Vignola, que interviene en el sumario instruido con motivo del paro ferroviario, dicta autos de prisión preventiva contra numerosos procesados.

5. El presidente Truman designa embajador en la Argentina a Ellsworth Bunker.

8. Perón asiste al vuelo inaugural del nuevo avión a retropropulsión *Pulqui II* construido en el Instituto Aerotécnico de Córdoba. El ministro del Interior anuncia que las mujeres podrán votar y ser elegidas en las futuras elecciones generales.

9. *La Nación* recibe una nota del sindicato de vendedores de diarios criticando su adhesión a *La Prensa* en el conflicto que mantiene con los canillitas.

12. El embajador de España Emilio de Navasqués y Ruiz de Velazco, hace entrega de la Gran Cruz de la Orden del Mérito Aeronáutico a Perón.

13. Parte a la Antártida la primera misión científica argentina que realizará estudios y trabajos, con el objetivo de establecer allí una base permanente. Se declaran nulas dos ordenanzas de la Universidad de Buenos Aires que obligaban a jubilarse a los profesores sobrepasados en edad.

14. Se presenta al Ministerio del Interior el personal de *La Prensa* quejándose de la demora que impide la solución de un conflicto en el que no es parte, pero que lo perjudica.

15. Se informa que la Argentina enviará alimentos a las tropas de las Naciones Unidas que luchan en Corea, por valor de $ 2.500.000.

17. Se firma un convenio argentino-chileno para mejorar el tráfico ferroviario en la línea que une Salta con Antofagasta. José Froilán González triunfa en el Gran Premio Presidente de la

Nación Juan Domingo Perón, organizado por el Automóvil Club Argentino y disputado en la Avenida Costanera.
*Análisis del espíritu* de Bertrand Russell, Editorial Paidós.
*La vida breve* por Juan Carlos Onetti. Editorial Sudamericana.
*En el camino de la educación laica* de Américo Foradori, Ediciones Populares Argentinas.

20. Con la firma de su presidenta, María Eva Duarte de Perón, se difunde un comunicado del Partido Peronista Femenino recordando las elecciones de 1946 y abogando por la reelección de Perón.

26. La Asamblea de la República Oriental del Uruguay proclama el triunfo de Andrés Martínez Trueba.
Después de un mes de obligada paralización de sus tareas, el personal de *La Prensa* resuelve en asamblea reanudar el trabajo.

27. El personal de *La Prensa* es agredido al intentar dirigirse a los talleres del diario; un muerto y 14 heridos. Se anuncia que desde el 2 de marzo los diarios deberán reducir en un 40 % su consumo de papel.
En Corea, las fuerzas de las Naciones Unidas quiebran las defensas norteñas en la zona central de la península.

MARZO

2. La CGT auspicia la expropiación de *La Prensa*.
Se firma un protocolo con Finlandia.

6. Se anuncia que el Estado nacional anticipará a las provincias $ 68.000.000 a cuenta de su participación en los impuestos directos.
Delfo Cabrera triunfa en la maratón de los Juegos Panamericanos.

7. El Poder Ejecutivo de Salta interviene la justicia provincial.

9. Perón y Evita clausuran los Juegos Panamericanos.

12. Evita preside la inauguración de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social.

16. Diputados convierte en ley el proyecto que crea una comisión interventora e investigadora de *La Prensa.*

17. Perón obsequia al presidente guatemalteco coronel Jacobo Arbenz, una réplica del sable de San Martín.

20. La comisión interventora toma posesión de *La Prensa* y dispone el arresto de su director, doctor Alberto Gainza Paz.

24. Perón anuncia al periodismo argentino y extranjero que en la isla Huemul, cerca de Bariloche, se ha logrado una reacción termonuclear controlada, lo que permitirá a breve plazo contar con energía atómica para uso industrial. El doctor Ronald Richter explica los experimentos que han culminado con esa exitosa prueba.

25. Se estrena *Los isleros* con Tita Merello y Arturo García Buhr; dirección, Lucas Demare.

26. El presidente Truman inaugura en Washington la Reunión de Consulta de los cancilleres del continente.

28. Se concede a Richter la medalla peronista y el doctorado "Honoris causa" de la Universidad de Buenos Aires.

31. La dirección de *La Voz del Interior* resuelve no imprimir más ejemplares de sus ediciones habituales, para evitar incidentes con los canillitas.

ABRIL

1º. Los obreros de la empresa petrolera Anglo Iranian se declaran en huelga, paralizando la extracción de petróleo en Irán; el Consejo de Ministros intervendrá en el conflicto.

2. La Reunión de Consulta de Washington aprueba una declaración refirmando la unidad de las naciones del continente.

4. Llega al país el príncipe Bernardo de Holanda, esposo de la reina Juliana.

8. El gobierno de Irán, bajo la inspiración de Mossadegh, resuelve nacionalizar la Anglo Iranian. Protesta de Gran Bretaña.

10. Se inaugura un alto horno en Palpalá (Jujuy) de Fabricaciones Militares.
La comisión interventora e investigadora de *La Prensa* produce dictamen aconsejando la expropiación del diario.

11. Diputados aprueba la expropiación de *La Prensa*.
Se anuncia que el presidente Truman ha relevado al general Douglas Mac Arthur de sus responsabilidades militares.

12. El Senado convierte en ley la expropiación de *La Prensa*.
Se estrena *El hincha* con Enrique Santos Discépolo; dirección, Manuel Romero.

13. El presidente anuncia mejoras en los sueldos de la administración pública.

14. Fallece en Londres el dirigente laborista y ex canciller lord Ernest Bevin.

16. El presidente del Comité Nacional de la UCR, doctor Santiago H. del Castillo, y el dirigente del mismo partido doctor Amadeo Sabattini, son detenidos en Córdoba acusados de desacato al presidente de la Nación.

18. El Poder Ejecutivo promulga la ley de expropiación de *La Prensa*.
El doctor Sabattini recupera la libertad.

23. Se firma un protocolo adicional al convenio comercial con Gran Bretaña; tendrá una vigencia de doce meses y se prevé la exportación de 200.000 toneladas de carne, a un promedio superior a 130 libras esterlinas por tonelada.

26. Se constituyen las dos cámaras del Congreso. Presidirá Diputados el doctor Héctor J. Cámpora.

27. El gobierno de la Nación emite bonos del tesoro por valor de $ 500.000.000.

28. La Asamblea Legislativa del Reino de Persia aprueba la nacionalización del petróleo.

MAYO

1º. El presidente Perón inaugura el 85º período legislativo. En su discurso, afirma que "el país no tiene problemas económicos y la riqueza nacional es extraordinariamente mayor que en 1946". Por la tarde se realiza un acto en Plaza de Mayo, en el que vuelve a hablar Perón y pronuncia un discurso Evita.

3. Mac Arthur presta declaración ante dos comisiones del Congreso de Estados Unidos; defiende su actuación en Corea y acusa al gobierno de Truman de contemporizar con el comunismo.

4. El Poder Ejecutivo crea el Instituto Antártico Argentino, que dependerá del Ministerio de Asuntos Técnicos y será presidido por el coronel Hernán Pujato.

7. Agasajos a Evita por su cumpleaños.

10. En Panamá la guardia nacional derroca a Arnulfo Arias.

12. Perón y Evita visitan al buque escuela brasileño "Almirante Saldanha".

13. Se inaugura la Conferencia de Gobernadores.
El Ateneo de Bancarios Argentinos inicia una serie de disertaciones sobre la doctrina peronista. Perón y Evita asisten a la inauguración del ciclo.
*Estudio de la historia* de Arnold Toynbee, Editorial Emecé.

16. En Bolivia dimite el presidente Mamerto Urriolagoitía, quien entrega el poder a una junta militar.

19. La CGT inicia la campaña por la reelección de Perón.

22. El Poder Ejecutivo, en acuerdo de ministros, crea la planta nacional de energía atómica en la isla Huemul.
Una misión brasileña visita el país para estudiar la labor de la Fundación Eva Perón; es recibida por el presidente.

27. Juan Manuel Fangio gana el Gran Premio de Suiza disputado en Berna, primera prueba del campeonato mundial de automovilismo.

29. Por decreto del Poder Ejecutivo se instituye el "Día del Ejército", que será celebrado todos los 29 de mayo.

JUNIO

1º. En un acto de la Universidad de Buenos Aires, el presidente habla sobre la independencia económica.

7. Nuestro país rechaza una reclamación británica por el establecimiento de dos bases argentinas en la Antártida, y reafirma su soberanía en la zona.
El Poder Ejecutivo reconoce a la Soberana Orden de Malta.

8. La Fundación Eva Perón se hace cargo de los sueldos atrasados del personal de *La Prensa*.

10. *Misteriosa Buenos Aires* de Manuel Mujica Láinez, Editorial Sudamericana.

11. El ministro de Estado británico declara que Gran Bretaña no acepta las reclamaciones territoriales argentinas en la Antártida.
El rector de la Universidad de Buenos Aires, arquitecto Julio Otaola interviene la Facultad de Ciencias Exactas.

13. Diputados aprueba el nuevo Código de Justicia Militar.

14. Diputados aprueba la ley que entrega a la Fundación Eva Perón el importe de la multa aplicada a la familia Bemberg.
La CGT emite una declaración denunciando tentativas de perturbación del orden y ordena paros simbólicos.
Victoria Ocampo es galardonada con el Premio de Honor de la SADE.

16. El Partido Peronista acusa a las fuerzas opositoras de perturbar el orden.

18. Pobladores del Chaco y La Pampa se entrevistan con Perón para solicitar la provincialización de estos territorios.

20. Se estrena *Una noche cualquiera* con Pepe Arias y Elena Lucena dirección, Luis Mottura.
El gobierno de Persia toma posesión de la empresa petrolera británica Anglo Iranian Oil Co.

22. El Ministerio de Ejército informa que han sido detenidos varios oficiales de menor graduación, por estar implicados en un plan de perturbación.

23. *La colmena* de Camilo José Cela, Editorial Emecé.

26. El doctor Ricardo Balbín es detenido en La Plata y trasladado a Bahía Blanca.

27. El Senado convierte en ley el proyecto por el que se destina a la Fundación Eva Perón el monto de la multa aplicada a la familia Bemberg.

28. Diputados aprueba un proyecto que impone de 5 a 25 años de prisión e inhabilitación absoluta a todo argentino que postule la adopción de sanciones políticas o económicas contra su país, y sanciona al doctor Walter Beveraggi Allende con la privación de la ciudadanía por haber formulado declaraciones en Estados Unidos contra el gobierno argentino.

29. Se informa que el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Hipólito Jesús Paz, ha renunciado y pasará a desempeñar la embajada de nuestro país en Washington; lo reemplazará el doctor Jerónimo Remorino quien, a su vez, abandona esa representación.

30. El juez federal doctor Miguel J. Rivas Argüello dicta una resolución procesando al coronel (R.) José Francisco Suárez como implicado en un movimiento destinado a derrocar a la autoridades y pasando la causa al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas.

JULIO

4. Diputados aprueba un proyecto que instituye el Mes del Justicialismo en octubre de cada año, y la erección de un monumento al general Juan Perón.
Es creada la Subsecretaría de Difusión en la Cancillería.

6. Diputados aprueba el proyecto de reformas a la ley electoral, adoptando el sistema de voto uninominal. Sólo en la Capital Federal y cuatro provincias habrá representación de las minorías.

11. El Senado aprueba sin modificaciones las reformas a la ley electoral.

16. El Poder Ejecutivo promulga la nueva ley electoral.
En Bélgica abdica el rey Leopoldo III. Lo sucede su hijo, el príncipe Balduino.

18. Diputados aprueba un proyecto de ley que reestructura el escalafón de Aeronáutica.
El Senado convierte en ley el proyecto de sanciones a argentinos que propicien sanciones contra su país y aprueba la actuación de la comisión interventora de *La Prensa*.

19. El Senado sanciona el proyecto que declara a octubre como Mes del Justicialismo, y Semana del Justicialismo a la que corre entre el 12 y 24 del mismo mes. Asimismo se declara monumento histórico nacional el edificio de la ex Secretaría de Trabajo y Previsión.

20. Diputados aprueba por unanimidad la ley que convierte en provincias a los territorios nacionales del Chaco y La Pampa.
Es asesinado el rey Abdullah de Jordania en Jerusalem.

24. En la isla de Yeu fallece el ex mariscal Philip Petain.

29. En una ceremonia realizada en la catedral metropolitana se impone a la imagen de la Virgen del Carmen la banda de generala del Ejército argentino.

30. Nueva estructura de la Cancillería; se crean siete subdirecciones en función de zonas geográficas del mundo.

## AGOSTO

1º. Se registran a la madrugada explosiones en varias líneas y estaciones ferroviarias de la Capital Federal y Gran Buenos Aires. Ausentismo de trabajadores ferroviarios.

2. La CGT proclama la fórmula Perón-Eva Perón.
La intervención de la CGT en la Unión Ferroviaria difunde una declaración repudiando los atentados contra los ferrocarriles y pidiendo severas sanciones a los responsables.

3. El Poder Ejecutivo decreta la movilización del personal ferroviario.

6. La Convención Nacional de la UCR elige como candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la Nación, a Ricardo Balbín y Arturo Frondizi.

7. La Fraternidad repudia los atentados contra los ferrocarriles.

8. El Poder Ejecutivo promulga la ley de provincialización del Chaco y La Pampa.
El Poder Ejecutivo difunde una advertencia contra los grupos que pretenden subvertir el orden.

11. Se constituye la Confederación Industrial Argentina.

12. *El radicalismo* de Gabriel del Mazo, Editorial Raigal.

14. El Poder Ejecutivo remite al Senado un proyecto por el que se declara el cese del estado de guerra con Alemania.

22. En un acto realizado por la CGT en la Avenida Nueve de Julio denominado Cabildo Abierto del Justicialismo, se proclama la fórmula Perón-Eva Perón. El Consejo Superior del Partido Peronista adhiere.

29. Las dos cámaras del Congreso adhieren al acto del 22.

31. En un mensaje radiofónico, Evita renuncia a su candidatura vicepresidencial. El Consejo Superior del partido Peronista proclama la fórmula Perón-J. Hortensio Quijano.

SEPTIEMBRE

1º. El Partido Demócrata proclama la fórmula Reynaldo Pastor-Vicente S. Lima.
Las Naciones Unidas solicitan a Egipto que anule las restricciones a la navegación del Canal de Suez.

2. Inicia sus sesiones el Congreso Nacional de Periodistas.
"Yatasto" triunfa en el Gran Premio Jockey Club.

3. En San Francisco (U.S.A.) comienza la conferencia sobre el tratado de paz con Japón.

5. El Senado convierte en ley la prórroga de la ley de alquileres.

6. Homenaje de ambas cámaras a Evita por su renuncia.
Se prohíbe el remate de carne vacuna en la provincia de Buenos Aires.

7. El Banco Central no otorgará permisos de importación sin uso de divisas.

8. Evita recibe de Perón la medalla peronista.
Cuarenta y ocho países firman el tratado de paz con Japón; no lo hacen la U.R.S.S., Checoslovaquia y Polonia.

10. El Poder Ejecutivo reglamenta la ley electoral y se dan a conocer las circunscripciones que votarán uninominalmente a los diputados.
El Partido Comunista proclama la fórmula Rodolfo Ghioldi-Alcira de la Peña.

16. El *New York Times* cumple cien años de vida.

19. El Senado designa a Alberto Teissaire presidente en caso de acefalía. Además, aprueba el establecimiento de relaciones diplomáticas con Alemania Occidental.

21. La Escuela Superior Técnica designa a Perón ingeniero militar "honoris causa".
La CGT inicia la campaña electoral por Perón-Quijano.

23. El Partido Socialista proclama la fórmula Alfredo Palacios-Américo Ghioldi.

24. El Senado aprueba mejoras al personal estatal.

27. Se informa que personal de las Fuerzas Armadas efectuará la custodia de los comicios del 11 de noviembre.

28. Es sofocada una intentona subversiva liderada por el general Benjamín Menéndez. La CGT convoca a una concentración en Plaza de Mayo en apoyo del gobierno y dispone un paro general de actividades. El Poder Ejecutivo declara el estado de guerra en todo el territorio nacional; las dos cámaras del Congreso lo ratifican inmediatamente. Evita habla por radio a las 21.

29. El ministro de Marina presenta su renuncia y es reemplazado por el capitán de navío Aníbal O. Olivieri.
Diputados sanciona el régimen jubilatorio para las profesiones liberales.

30. El gobernador de Córdoba, brigadier Juan I. San Martín, renuncia a su cargo para aceptar el Ministerio de Aeronáutica.
Se advierte que será castigado todo rumor alarmista.

OCTUBRE

1º. El Partido Peronista inicia la campaña electoral.

4. Se da a conocer el fallo del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas sobre los responsables del movimiento del 28 de septiembre. Al general Menéndez se le aplican 15 años de reclusión.

6. Veinticinco oficiales del Ejército pasan a situación pasiva.

7. "Yatasto" obtiene el Gran Premio disputado en el Hipódromo de Palermo.
Se ofician misas por el restablecimiento de Evita, en la Capital Federal y el interior.

9. Perón pide licencia al Congreso para delegar el mando hasta pasados los comicios presidenciales.
En Concepción del Uruguay son identificados los restos del general Justo José de Urquiza.

10. Es separado del Ejército otro grupo de oficiales juzgados en rebeldía por el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas.

11. El Congreso concede licencia a Perón, que podrá usarla hasta el 30 de abril de 1952.
El Poder Ejecutivo convoca a sesiones extraordinarias para que el Congreso trate reformas al Código de Justicia Militar.

15. El Senado aprueba la inclusión de la pena de muerte en el Código de Justicia Militar.
Perón habla por radio para referirse al movimiento del 28 de septiembre.
En el salón Peuser se presenta *La razón de mi vida.*

17. Con la transmisión del acto realizado en Plaza de Mayo en homenaje al Día de la Lealtad, queda inaugurada la primera emisión de televisión en la Argentina.

18. El gobierno argentino envía una nota al del Uruguay fijando su posición acerca de los militares refugiados en territorio oriental después del movimiento del 28 de septiembre.

19. Se da a conocer el número de votantes en las próximas elecciones: son 4.451.873 hombres y 4.222.475 mujeres.

21. El doctor Alfredo Palacios renuncia a su candidatura, fundándola en la situación por la que atraviesa el Partido Socialista, muchos de cuyos dirigentes y candidatos están presos.

22. Visita el país el profesor sueco Joergen Lehmann, descubridor de la droga antituberculosa.

23. El Directorio de Editorial Periodística Argentina Sociedad Anónima EPASA, anuncia que *La Prensa* reaparecerá en la primera quincena de noviembre.

27. Se inaugura la Ciudad Estudiantil de la Fundación Eva Perón.

28. Juan Manuel Fangio se consagra campeón mundial de automovilismo al ganar en Barcelona el Gran Premio de España.

31. Perón delega el mando presidencial en el presidente provisional del Senado, almirante Alberto Teissaire.

NOVIEMBRE

2. El Partido Socialista pide al Poder Ejecutivo la postergación del acto electoral.

3. Perón inicia una serie de conferencias proselitistas difundidas por la red privada de radiodifusoras argentinas.

4. Juan Gálvez triunfa en el Gran Premio Carretera Reelección.

5. Es otorgado el Premio Nobel de la Paz a Leon Jouhaux, veterano dirigente sindical francés.

6. Evita es operada en el Policlínico de Lanús, siendo su estado satisfactorio.

8. Perón pone término a sus conferencias radiofónicas.

9. Se difunde un mensaje radial de Evita.

10. El Poder Ejecutivo levanta la suspensión del estado de guerra interno durante el día 11.

11. Elecciones de presidente, vicepresidente, autoridades provinciales y municipales en todo el país. Por primera vez, la mujer ejerce el derecho electoral. Evita vota en el policlínico donde está internada.

14. Evita abandona el policlínico.
Nueve generales se retiran del servicio activo.

15. Perón habla con delegados obreros latinoamericanos invitados a presenciar el acto electoral, y afirma que "vamos hacia el Estado sindicalista".
Diversos bienes de *La Prensa* son declarados de utilidad pública.

16. Paro general decretado por la CGT, con desfiles y concentración, para festejar el triunfo peronista en los comicios.

19. Aparece *La Prensa*, ahora propiedad de la CGT.

21. La FAO acepta el ingreso de la Argentina.

27. Es aceptada en Corea la línea de Zona Neutral.

28. Víctimas y daños por inundaciones en Tandil.

DICIEMBRE

1º. "Yatasto" gana el Gran Premio Carlos Pellegrini disputado en San Isidro.

3. El Poder Ejecutivo concede un préstamos de $ 20.000.000 a la CGT y al Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines para integrar el capital de la empresa EPASA, editora de *La Prensa*.

5. Racing se consagra campeón de fútbol de 1951, al vencer a Banfield.

9. Evita realiza un paseo por la ciudad en automóvil, acompañada por su marido.

11. En una ceremonia realizada en el puerto, se reciben los restos de la hija, el yerno y la nieta de San Martín, que se trasladan a Mendoza.

14. Se informa que el juez federal ha iniciado juicio contra los diputados Mauricio Yadarola, Silvano Santander y Miguel Ángel Zazala Ortiz (radicales) y Reynaldo Pastor (conservador) por posible participacón en el movimiento del 28 de septiembre.

16. Juan Gálvez triunfa en la carrera de las Mil Millas.
En Uruguay se aprueba la modificación del sistema de gobierno, incluyendo la sustitución de la presidencia por un Consejo Ejecutivo Nacional colegiado.

21. Las potencias occidentales dan por terminados los efectos del estado de guerra contra Italia.

23. La Comisión de Asuntos Constitucionales aconseja el desafuero de los diputados Yadarola, Santander y Zavala Ortiz.
El diputado Pastor renuncia a su banca.

24. Gran Bretaña y Francia entregan el poder en Libia al rey Idris el Senussi, quien proclama la independencia y el establecimiento de una monarquía constitucional.
Fallece Enrique Santos Discépolo.

29. Concluyen las obras del gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires.

30. Diputados acepta la renuncia de Pastor y suspende los fueros de Yadarola, Santander y Zavala Ortiz, quienes podrán ser procesados por el juez federal.

# 1952

ENERO

1º. El Ministerio de Industria y Comercio anuncia que la nafta será racionada; a cada particular le corresponderán treinta litros semanales.

2. Por decreto del Poder Ejecutivo se dispone que el IAPI tome a su cargo la comercialización de minerales.

3. El vicepresidente Quijano es internado en un sanatorio.
La CGT agasaja al cirujano doctor Ricardo Finochietto por la atención dispensada a la salud de Evita.

7. El delegado argentino en las Naciones Unidas, embajador Rodolfo Muñoz, anuncia que no votará medidas coercitivas de carácter militar.

11. Perón inaugura en La Plata la fábrica militar de tolueno.
Pablo Neruda es expulsado de Italia como "visitante indeseable".

17. El Ministerio de Industria y Comercio anuncia restricciones en el consumo de aluminio.
Se anuncia el otorgamiento de divisas para la importación de café.

25. La Asamblea Constituyente de La Pampa decide cambiar la denominación de la provincia por la de "Eva Perón".

26. En El Cairo las turbas asaltan e incendian comercios británicos.
Buques de guerra ingleses parten hacia Malta.

27. El rey Faruk destituye a su ministerio por los sucesos de El Cairo.

28. El Instituto Ganadero Argentino clausura setenta mataderos.

30. Fallece el volante Carlos Arzani.

FEBRERO

1º. Reúnense en la Casa de Gobierno el presidente y el dirigente socialista doctor Enrique Dickmann. Se anuncia que se reabrirán los talleres de *La Vanguardia* y se indultará a procesados socialistas.
Perón inaugura el Año Judicial.

2. La policía detiene al coronel (R.) José F. Suárez y a numerosos dirigentes opositores.

3. Llega al país Georges Carpentier, estrella del box francés.

4. Se inaugura la Conferencia de Gobernadores.

6. Fallece Jorge VI, rey de Inglaterra.

7. El Poder Ejecutivo indulta y pone en libertad a 35 procesados socialistas que estaban detenidos en Villa Devoto.

8. Se realiza el primer vuelo con descenso en la Antártida, por el grupo de tareas antártico argentino.
La princesa Isabel de Inglaterra presta juramento de ascensión al trono.

10. Fallece Macedonio Fernández.

11. La UCR presenta al Ministerio del Interior una nota protestando por la detención de numerosos correligionarios.

13. La Unión Ferroviaria y La Fraternidad oficializan el convenio que reordena y reescalafona los sueldos y el personal.

18. Perón expone por radio los lineamientos del plan económico que se aplicará en el corriente año, pidiendo austeridad en el consumo y aumentos de la producción.

19. Es aceptada la renuncia del intendente municipal de la ciudad de Buenos Aires Virgilio Debenedetti, que será reemplazado por Jorge Sabaté.
El Ministerio de Industria y Comercio dispone la prohibición de vender carne un día por semana.

20. Perón y Evita agasajan con un almuerzo en la residencia de Olivos a miembros del comité de Unidad Sindical Latinoamericana y a delegados a la Primera Conferencia Sindical de la Cuenca del Plata.

28. Japón y Estados Unidos acuerdan que tropas americanas permanezcan en territorio japonés.

MARZO

1º. Se inaugura en la República Oriental del Uruguay el sistema colegiado de gobierno.

4. Se estrena *Monsieur Verdoux* con Charles Chaplin; dirección, Charles Chaplin.

5. La CGT elabora un plan agrario que elevará al Poder Ejecutivo.

7. Se crea la Empresa Nacional de Transportes bajo la jurisdicción del Ministerio de Transportes, de la cual dependerán los distintos medios de transporte del país.

8. Perón inaugura el Autódromo 17 de Octubre; en la primera carrera triunfa Juan Manuel Fangio.

10. Fulgencio Batista derroca en Cuba al presidente Prío Socarrás.

11. Llega al país una delegación japonesa que instalará una agencia de carácter comercial.

12. Por decreto del Poder Ejecutivo se suprime el día sábado como jornada hábil en las escuelas y colegios.

15. Se da a conocer el decreto del Poder Ejecutivo por el que se congelan los precios de numerosos artículos.

17. Una delegación judía visita al presidente para manifestar su adhesión al plan económico.

20. Se expulsa del país a un periodista uruguayo que estuvo presente en una conferencia de Arturo Frondizi y difundió sus denuncias sobre los presos políticos.

21. En un acto realizado en el Congreso Nacional se proclama a Juan Domingo Perón y a J. Hortensio Quijano como presidente y vicepresidente de la Nación para el período 1952-1958.
Se disponen restricciones en el consumo de electricidad para industrias y particulares.

28. Se suscribe con Finlandia un protocolo adicional al convenio comercial de julio de 1948.
Se crean las facultades de Ingeniería y de Ciencias Exactas y Naturales al desdoblarse la antigua Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

30. El presidente Truman declara ante la convención de su partido que no aceptará una nueva candidatura.

31. Se estrena *El túnel* con Carlos Thompson, Laura Hidalgo y Santiago Gómez Cou, sobre la novela de Ernesto Sabato; dirección, León Klimovsky.

ABRIL

1º. Se firman notas reversales de comercio con Japón.

2. El Banco Central aplica multas por $ 150.000.000 y $ 8.000.000 a dos empresas, por infringir normas de cambio.

3. Fallece el vicepresidente doctor J. Hortensio Quijano.
Asume la presidencia provisional del Senado Alberto Teissaire.

9. Un movimiento revolucionario depone al gobierno de Bolivia y Hernán Siles Suazo asume como presidente provisional.

13. Doscientos setenta aviones brasileños llegan al aeródromo de San Justo en un vuelo de confraternidad organizado por la Unión Brasileña de Aviadores Civiles.

15. Víctor Paz Estenssoro regresa a La Paz para hacerse cargo del gobierno de Bolivia.
Es promulgado el tratado de paz con Japón.

16. Visita a la Argentina el jefe del Estado Mayor de las FF.AA. brasileñas general Goes Monteiro.

19. Se inaugura una escuela de agricultura en Victorica, provincia Eva Perón.

23. El bloque peronista de la Cámara de Diputados resuelve elegir presidente del cuerpo al doctor Héctor J. Cámpora.
El general Goes Monteiro es condecorado por Perón con la Orden del Mérito Militar.

25. El general Goes Monteiro condecora a Evita con la Orden do Cruzeiro do Sul.
El Senado elige presidente a Alberto Teissaire.

MAYO

1º. El presidente lee su mensaje ante la Asamblea Legislativa, refiriéndose a la independencia económica, el fomento de la industria y la utilización de divisas. Por la tarde se realiza un acto en la Plaza de Mayo, donde habla Evita.

2. Se inaugura el Primer Congreso Panamericano de Odontología.

7. Seis naciones europeas concluyen las negociaciones para la formación de la Comunidad Defensiva Europea, que incluirá a un ejército alemán.

13. Se inauguran las conferencias convocadas por la Asociación de Transporte Aéreo Internacional para tratar asuntos relativos a la aviación comercial.

14. Se inauguran los cursos de la Escuela Nacional de Guerra con una clase magistral del presidente.

17. Perón recibe una delegación de la Federación de Sindicatos Unidos Petroleros del Estado, que le manifiestan su adhesión.

19. La Asociación Bancaria difunde una resolución de los Ministerios de Trabajo y Previsión y Finanzas que actualizan las remuneraciones del personal bancario.

23. El Poder Ejecutivo resuelve desdoblar la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; en adelante, la de Ingeniería funcionará aparte de la de Ciencias Físicas y Naturales.

26. La Argentina firma el tratado de paz con Alemania.

27. Se informa que el intercambio de 1951 arrojó un saldo negativo para nuestro país.

30. El Poder Ejecutivo promulga la ley que sanciona el agio.

31. *Bodas de Cristal* de Silvina Bullrich, Editorial Sudamericana. Enrique Dickmann es expulsado del Partido Socialista por el voto de los afiliados.

JUNIO

4. Con el juramento que presta Perón ante la Asamblea Legislativa, se inicia su segundo período presidencial. Lo acompaña el gabinete compuesto por Ángel G. Borlenghi (Interior), Jerónimo Remorino (Relaciones Exteriores y Culto), Natalio Carvajal Palacios (Justicia), Armando Méndez San Martín (Educación), Ramón Carrillo (Salud Pública), Oscar Nicolini (Comunicaciones), Juan E. Maggi (Transportes), Román Subiza (Asuntos Políticos), Raúl Mendé (Asuntos Técnicos), Alfredo Gómez Morales (Asuntos Económicos), Pedro J. Bonanni (Hacienda), Antonio F. Cafiero (Comercio Exterior), Miguel Revestido (Finanzas), Rafael Amundarain (Industria y Comercio), Roberto M. Dupeyron (Obras Públicas), Carlos A. Hogan (Agricultura y Ganadería), José M. Freire (Trabajo y Previsión), José Humberto Sosa Molina (Defensa Nacional), Franklin Lucero (Ejército), Aníbal O. Olivieri (Marina), Juan I. San Martín (Aeronáutica).

10. Se anuncia que se convocará a elecciones para autoridades provinciales en las provincias Eva Perón y Presidente Perón, aplicándose en esta última el voto sindical.

25. Delegados de la 26° asamblea de la Unión Ferroviaria visitan al presidente para reiterarle su adhesión.
Se firma con Italia un convenio para establecer un amplio intercambio comercial y facilidades a la inmigración.

26. Diputados vota un proyecto de ley que dispone la erección de un monumento a Evita que tendrá réplicas en el interior del país. Al término de la sesión, el presidente del cuerpo, Cámpora, toma juramento a los legisladores de lealtad a Perón y a Evita.

27. Diputados vota la liquidación del consorcio Bemberg.

JULIO

1º. Perón anuncia que propondrá al Congreso una ley estableciendo el fuero sindical.

4. Homenaje a Evita y paro general promovido por la CGT para apoyar la construcción de un monumento en su honor y en repudio de las trabas que obstaculizarían la edición en Estados Unicos de *La razón de mi vida.*

8. Se inaugura un "naftoducto" que une las instalaciones de YPF en La Plata con Dársena Sur.

11. El gobernador de la provincia de Buenos Aires Carlos Aloé solicita a la legislatura la intervención al Poder Judicial.

16. Diputados aprueba como texto de lectura obligatoria en las escuelas el libro *La razón de mi vida.*

17. La legislatura de la provincia de Buenos Aires aprueba la intervención al Poder Judicial.
El Senado convierte en ley el proyecto de imponer como libro de texto a *La razón de mi vida.*

18. El congreso aprueba una ley que concede a Evita la Orden del Libertador.

20. El doctor Raúl Rodríguez de Felipe asume la intervención al Poder Judicial de la provincia de Buenos Aires.

23. Los remeros argentinos Tranquilo Capozzo y Eduardo Guerrero se consagran campeones olímpicos en Helsinski.

26. A las 20:25 fallece Evita. Se declara duelo nacional por treinta días.
En Egipto una revolución militar destituye al rey Faruk.

27. Se inicia en el Ministerio de Trabajo y Previsión el velatorio de Evita.

28. Las cámaras del Congreso rinden homenaje a Evita. Se declara el día 26 de julio como día de duelo nacional, todos los años.

AGOSTO

9. Velatorio de Evita en el Congreso Nacional y transporte de sus restos al local de la CGT.

11. Se anuncia que el monumento a Evita se levantará en la intersección de las avenidas de Mayo y Nueve de Julio.

18. Perón comienza a atender los asuntos de la Fundación Eva Perón en el Ministerio de Trabajo y Previsión.

19. Se decreta la reducción del precio de los arrendamientos rurales en función de las clases de cultivo.

20. Se concreta la venta de 4000 toneladas de carne a Gran Bretaña. Diputados vota la transferencia del Instituto Ganadero al Ministerio de Agricultura.
Fallece el general Arturo Bertollo, jefe de la Policía Federal.

21. El Senado vota la transferencia del Instituto Ganadero.

25. Llega un cargamento de trigo de Estados Unidos para consumo del público argentino; se lo ha trocado por maíz.

27. El Senado aprueba un proyecto de ley sobre facilidades para los militares en la obtención de viviendas.

SEPTIEMBRE

1º. El Instituto Ganadero Argentino pasa a depender del Ministerio de Agricultura y Ganadería.

2. Se suscribe un convenio con Checoslovaquia, estableciendo créditos recíprocos por valor de trescientos millones de coronas.

3. Se inicia la IV Conferencia de Gobernadores.
Diputados aprueba un proyecto de ley de mejoras al personal bancario.

4. Fallece en Roma el ex canciller italiano conde Carlo Sforza.
En Chile triunfa en las elecciones Carlos Ibáñez.

5. El Senado modifica la ley de homenaje a Evita, estableciendo que sus restos se depositarán en el lugar donde se levante el monumento erigido en su honor.
El Poder Ejecutivo interviene el Museo Social Argentino; se hace cargo de la intervención el doctor Antonio J. Benítez.
Un grupo de senadores y diputados peronistas visitan las instalaciones de la planta piloto de energía atómica instalada en la isla Huemul, en el lago Nahuel Huapi.

6. Cumplen cien años de vida el Club Español y la sociedad Española de Beneficencia.
*Otras Inquisiciones* de Jorge Luis Borges, Editorial Sur.

8. Alemania Occidental firma un acuerdo con Israel por el cual se compromete a indemnizar los daños patrimoniales causados a los judíos durante el régimen del III Reich.

10. Diputados aprueba un proyecto de ley que otorga amplia autonomía al Ejército para explotar los bienes a su cargo.

11. El Ministerio de Industria y Comercio anuncia que se permitirá aumentar la cuota de papel para diarios de acuerdo con la producción local.

12. Se fijan cuotas de nafta para el interior del país.

13. Perón habla por radio para exponer a los estudiantes los fundamentos de su doctrina.

16. El Poder Ejecutivo establece por decreto que los estudiantes entre 16 y 19 años de edad deberán hacer obligatoriamente prácticas de tiro.

18. Diputados aprueba un proyecto de ley que dispone la nacionalización del Instituto Mixto de Seguros.

21. *Teoría del Hombre* de Francisco Romero, Editorial Losada.

23. Diputados aprueba un proyecto de ley que crea el Instituto Nacional de Carnes.

24. Perón diserta en la Escuela Superior de Guerra sobre sindicalismo argentino.

27. Diputados aprueba un proyecto de ley de catastro geométrico parcelario en todo el territorio nacional.

OCTUBRE

2. Juan Duarte y Héctor J. Cámpora llegan a París en visita particular.

3. Se da a conocer la reglamentación del Consejo Federal de Seguridad.
Se inaugura la Conferencia panamericana de Telecomunicaciones.

9. Se estrena *Las aguas bajan turbias* con Hugo del Carril y Adriana Benelti; dirección, Hugo del Carril.
Perón viaja a Córdoba para celebrar los 25 años de la creación de la ex Fábrica Militar de Aviones, actualmente Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado, IAME.

13. En el teatro Colón y ante la asamblea de cooperativas, el presidente adelanta los lineamientos del 2º Plan Quinquenal.

15. Perón pronuncia una clase magistral en la Escuela de Cultura Superior, de donde egresarán los futuros agregados obreros.

17. Acto en la Plaza de Mayo. Hablan Perón y el secretario general de la CGT José Espejo. Se lee la voluntad postuma de Evita. Intensa silbatina contra Espejo.

20. Espejo renuncia a su cargo en la CGT.

23. El secretariado de la CGT rechaza la renuncia de Espejo, quien insiste en su dimisión.

28. El secretariado de la CGT designa una nueva mesa directiva; Eduardo Vuletich es designado secretario general.

29. Se firma un convenio comercial con Polonia.

30. Visita el país Joao Café Filho, vicepresidente de Brasil.

31. El IAPI crea una gerencia para asuntos mineros.

NOVIEMBRE

3. Queda constituido el Instituto Nacional de Carnes.

4. Antonio F. Cafiero, como presidente del IAPI, dicta la reglamentación sobre la adquisición de la cosecha fina del período 1952/53. El general Carlos Ibáñez asume la presidencia de Chile.

5. En las elecciones presidenciales de Estados Unidos triunfa el candidato del Partido Republicano, general Dwight Eisenhower.

8. *Antiguas literaturas germánicas* de Jorge Luis Borges, Editorial Fondo de Cultura Económica.

9. Fallece el presidente del Estado de Israel, doctor Chaim Weizman.

11. Se inaugura el Congreso Sudamericano de Angiología.

17. Visita el país el subsecretario de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Lord Reading.

20. Fallece en Nápoles, Benedetto Croce.

22. *De Heródoto a Polibio* de José Luis Romero, Editorial Paidós.

23. Rosendo Hernández gana el Gran Premio Argentino de Carretera 1952, trofeo Eva Perón.

24. Se inaugura el 1er. Congreso de Racionalización Alimentaria organizado por el Ministerio de Salud Pública.

DICIEMBRE

1º. Perón y el ministro de Asuntos Técnicos Raúl Mendé, comienzan la exposición de las bases del 2º Plan Quinquenal ante los legisladores oficialistas.
Fallece en Roma Vittorio Orlando, el único sobreviviente de "los cuatro grandes" que gestaron la Paz de Versalles.

13. Perón habla a obreros petroleros al celebrarse el Día Nacional del Petróleo.

Debido al racionamiento en el consumo de energía eléctrica, se establece un nuevo horario para las actividades de los comercios.

19. Diputados aprueba el 2º Plan Quinquenal.

21. El Senado convierte en ley el 2º Plan Quinquenal.

27. Se inaugura en Santa Fe un nuevo elevador terminal de granos que lleva el nombre de Eva Perón.
Fallece en Londres la novelista Marjorie Bowen.

# NOTAS

## PRIMERA PARTE

### EL AÑO DEL LIBERTADOR

*"El Intransigente" de Salta:* La clausura de este diario por la Comisión Visca tuvo una inesperada derivación meses después, porque la Suprema Corte de Salta consideró que no existían méritos para mantener la medida, lo que motivó la intervención del Poder Judicial salteño por el Poder Ejecutivo Nacional. Al anunciar el decreto que fundamentaba la intervención, el ministro Borlenghi señaló el "predominio manifiesto, en la doctrina jurídica que sirve de fundamento a los fallos judiciales, de ideas y tendencias inconciliables con los postulados de la Constitución Justicialista".

*"La Nueva Provincia" de Bahía Blanca:* Fue clausurado por la Comisión Visca porque la leyenda "Año del Libertador General San Martín" sólo figuraba en la página de editoriales, y no en todas las hojas. La clausura se mantuvo indefinidamente y al originarse diversos gastos sin ningún ingreso, la empresa fue demandada por sus acreedores, y los integrantes de la sociedad propietaria del diario se vieron obligados a vender sus cuotas a notorios testaferros del gobierno provincial. Concretadas estas ventas, los juicios fueron paralizados y el entonces interventor del Poder Judicial de la provincia de Buenos Aires obtuvo los expedientes, a cuya vista el gobernador, mayor Carlos Aloé, intimó a los jueces intervinientes para que rebajaran los honorarios regulados a los patrocinantes de los acreedores, a fin de aliviar el pasivo de la nueva empresa; un juez que justificó las regulaciones explicando que se habían fijado de acuerdo a la ley, fue dejado cesante de inmediato por el interventor. Así, un grupo de allegados al régimen adquirió por una suma irrisoria las instalaciones del diario bahiense. Sin embargo, *La Nueva Provincia* no alcanzó a aparecer nuevamente durante el régimen peronista, y la familia propietaria, a su vez, se abstuvo de tocar el dinero depositado a su nombre, lo que le permitió recuperar la propiedad del diario después de la caída de Perón.

*Las leyes arbitrarias:* Testimonio del ingeniero Alberto J. Iturbe, ex gobernador de Jujuy y ex senador nacional, en *"Revista de Historia Oral"*, caja 11, Instituto Di Tella, Buenos Aires.

Sobre el relevo del coronel B. Descalzo, memorándum del general (R.) Manuel A. Laprida y decretos 15.627/50 y 17.044/50.

*Balbín preso;* La alusión de los defensores de Balbín a talleres gráficos que se incendiaban por "casualidad", se refería a una gran imprenta que el Comité de la Provincia de Buenos Aires de la UCR adquirió en Wilde por

iniciativa de Moisés Lebenhson, titular del organismo. Después de haber sufrido demoras en su habilitación, el taller se incendió. V. "Balbín preso" por Mario Monteverde en *Todo es Historia*, Nº 174, noviembre de 1982.

*El Departamento de Estado y "La Prensa":* V. *Foreign Relations of the United States*, 1951, vol. II, Washington, 1979, pág. 1089.

*Hipólito J. Paz y "La Prensa":* Testimonio del ex canciller Hipólito J. Paz en *Revista de Historia Oral*, caja 11, Instituto Di Tella, Buenos Aires. Sobre la prensa durante el régimen de Perón, V. *Perón y los medios de comunicación 1943-1955* por Pablo Sirvén, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1984.

*La CGT, tercera rama del justicialismo:* V. "Estatuto de la CGT" edición mimeografiada de 15 fojas firmada por Isaías Santín, Florencio Soto, Graciano Fernández y Armando Cabo. (En biblioteca de la Confederación General del Trabajo.)

*Represión sindical:* "La organización obrera y el estado peronista" por Walter Little en *Desarrollo Económico* Nº 75, octubre/diciembre de 1979.

*Huelga de los marítimos:* declaración del secretario general de la Confederación General de Gremios Marítimos y Afines, en *La Razón* del 14 de octubre de 1955, citada en *Perón contra Perón* por Orestes D. Confalonieri, Ed. Antygua, Bs. As., 1956.

*Gómez Morales y la deuda:* Conversación del doctor Alfredo Gómez Morales con el autor, el 30 de mayo de 1984.

*Previsiones argentinas sobre la visita de Miller:* En "Informes elevados a consideración del Excmo. señor Presidente de la Nación por el Consejo Económico Nacional y examen de la situación económica del país al 31/4/49", documento reservado mimeografiado de 110 páginas. Archivo del autor.

*Visita de Miller y actitudes del embajador Griffis:* En *Foreign Relations of the United States, 1950*, vol. II, Washington, 1976; *Foreign Relations of the United States, 1951*, vol. II, Washington, 1979; *Documents on American Foreign Relations*, vol. XII.

*Fuerzas argentinas a Corea:* V. *De Chapultepec al Beagle/Política exterior argentina 1946-1980* por Juan Archibaldo Lanús, Ed. Emecé, Bs. As., 1984; también *Política exterior argentina/1930-1962* por Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari, Ed. Círculo Militar, Bs. As., 1971.

*"Añorando la Fiesta":* Las fuentes usadas son: "Informe del Consejo Económico Nacional del 31 de enero de 1949/Situación económico-financiera del país", 18 carillas mimeografiadas que incluyen la exposición del presidente el 1º de junio de 1949; "Consejo Económico Nacional/Situación económica y perspectiva/Año 1950", 18 carillas mimeografiadas, probablemente redactado en enero de 1950; "Consejo Económico Nacional/El panorama económico del país en el segundo semestre de 1951 y perspectivas para 1952", 42 carillas mimeografiadas con dos anexos; "Consejo Económico Nacional/Situación actual y perspectivas para 1952", 12 carillas mimeografiadas, noviembre de 1951. Todos estos documentos figuran como "reservados". Todos, en el archivo del autor.

*Indemnizaciones por despidos:* Como un eco de las palabras pronunciadas por Perón en agosto de 1949, la Cámara de Apelaciones del Trabajo modificó

en febrero de 1951 su jurisprudencia, estableciendo que no correspondían indemnizaciones por despidos causados por huelgas declaradas ilegales. Fue el primer paso hacia una actitud que cambiaba las anteriores liberalidades del fuero laboral.

*Posición socialista de Julio V. González:* V. "La Visión Política de Julio V. González" por Oscar A. Troncoso en *Redacción*, abril de 1977; "Peronismo y Socialismo" por Emilio J. Corbiere en *Nueva Presencia*, agosto de 1984; *La oportunidad del Partido Socialista/Reflexiones sobre su acción futura* por Julio V. González, Ed. del autor, Bs. As., 1950. También, *Qué es el socialismo* por Alicia Moreau de Justo, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1983.

*Pastor, presidente del Partido Demócrata:* Conversación del señor Euclides V. Cardoso con el autor, el 12 de marzo de 1985.

*Diputados radicales renunciantes en 1950:* Ricardo Aráoz, Romeo Bonazzola, Alberto M. Candioti, Salvador Córdova, Orlando Cufré, Emilio Donato del Carril, Gabriel del Mazo, José Benito Fajre, Modesto Ferrer, Tomás González Funes, Félix J. Liceaga, Luis R. Mac Kay, Guillermo Martínez Guerrero, Juan J. Noriega, Raúl Rodríguez de la Torre, Nerio Rojas, D. Jacinto Maineri, Manuel Mántaras, Antonio Sobral y Pedro Zanoni.

*Frondizi y Visca:* V. "El maquiavelismo de Frondizi" por Emilio Perina en *Todo es Historia* Nº 213, enero de 1985.

## SEGUNDA PARTE

## EL AÑO DE LA REELECCIÓN DE PERÓN

*Salud de Evita a principios de 1951: Perón* (dos tomos) por Joseph A. Page, Ed. Javier Vergara, Bs. As., 1984; *Evita* por Marysa Navarro, Ed. Corregidor, España, 1981.

*Un juego de guerra:* Las fuentes usadas son: "Plan político año 1951/Directivas generales", ejemplar secreto Nº 12, folleto impreso de 28 páginas; "Plan político año 1951/Orientación a los Señores Gobernadores respecto del plan político año 1951", ejemplar secreto Nº 12, folleto impreso de 30 páginas; "Plan Político año 1951/Directiva particular para el Ministerio de Trabajo y Previsión/Situación anormal", 1 hoja escrita a máquina; "Memorándum para información de S.E. el señor ministro de Trabajo y Previsión", 1 hoja escrita a máquina con cuatro hojas adjuntas. Todo estos documentos están sellados "Secreto-Confidencial-Personal". Todos, en el archivo del autor.

*Anuncio sobre energía termonuclear: Argentina produce energía atómica*, Ed. Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Bs. As., 1951 (folleto).

*Charlas de Enrique S. Discépolo: "Discepolín/Sus charlas radiofónicas/¿A mí me las vas a contar?/Mordisquito*, Ed. Freeland, Bs. As., 1973.

*Detención del capitán Francisco Figueroa de la Vega:* Conversación del señor Figueroa de la Vega con el autor, el 20 de febrero de 1985. El capitán Figueroa de la Vega fue puesto en libertad sorpresivamente en noviembre de 1951: había sido dado de baja en el Ejercito y, al ser despojado de su estado

militar, estaba en condiciones de ser detenido "a disposición del Poder Ejecutivo". Sospechando esto, se escondió y posteriormente pasó al Uruguay con la ayuda del doctor Arturo Frondizi. Otros de sus compañeros fueron puestos "a disposición del Poder Ejecutivo" y permanecieron detenidos por lapsos variados.

*Conspiración de José F. Suárez:* V. *La Dictadura de Perón* por Juan V. Orona, Ed. del autor, Bs. As., 1970.

*Bombas del 1º y 2 de agosto de 1951:* Los militantes de FUBA detenidos fueron los estudiantes Emilio Ariel Gibaja, Jesús Felipe Lunardello y José L. Azarola Saint, y el abogado Félix Luna. También fueron detenidos el escribano Juan Ovidio Zavala y el químico Carlos Nogués; el contacto que pasó al Uruguay era Mario Seoane.

*Frondizi y la conspiración de Menéndez:* Conversación del doctor Arturo Frondizi con el autor el 11 de marzo de 1985 y Memorándum del mismo autor, en la misma fecha.

*Proclamación de Balbín-Frondizi:* V. *Frondizi, de la oposición al gobierno* por Nicolás Babini, Ed. Celtia, Bs. As., 1984; *El Radicalismo/El Movimiento de Intransigencia y Renovación 1955-1957* por Gabriel del Mazo, Ed. Gure, Bs. As., 1957.

*"Semana de Represión" de agosto de 1951:* "Directiva para la prevención y represión de posibles actos de perturbación o alteración del orden público en la Semana de Represión (13 al 18 del corriente mes)", cuadernillo de 10 páginas con un anexo, mimeografiado, sellado "Estrictamente Confidencial y Secreto". En el archivo del autor.

*Cabildo Abierto del 22 de agosto de 1951:* Filme de la subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, en el Archivo General de la Nación, sección gráfica.

*Oratoria de Evita:* V. *El caso Eva Perón* por Pedro Ara, Cua Ediciones, España, s/f.

*Renuncia de Evita:* La versión del discurso de Evita en el "Cabildo Abierto", en *Democracia* del 23 de agosto de 1951; *Democracia* era propiedad de Evita y su habitual vocero. V. también *Primera Plana* Nº 244 del 29 de agosto de 1967; *El precio de la lealtad* por Franklin Lucero, Ed. del autor, Bs. As., 1959. El testimonio de Raúl Margueirat, en *Revista de Historia Oral*, caja 11, Instituto Di Tella, Buenos Aires.

*Conspiraciones de Lonardi y Menéndez:* V. la citada obra de Juan V. Orona y *El Ejército y la política en la Argentina 1945-1962. De Perón a Frondizi* por Robert A. Potash, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1981.

*Lanusse el 28 de septiembre de 1951:* Conversación del teniente general Alejandro A. Lanusse con el autor el 7 de marzo de 1985.

*Perón y la pena de muerte:* Testimonio del doctor Alfredo Gómez Morales, en conversación ya citada; de Raúl Margueirat, en *Revista de Historia Oral* ya citada.

*Sanciones a los revolucionarios de 1951:* Declarados en rebeldía y dados de baja del cuadro permanente de la Aeronáutica Militar el brigadier mayor Samuel Guaycochea, el brigadier Guillermo Zinny, comandantes Luis Roberta Albornoz, Arnaldo Celso Joaquín, Cosme Migliore y Miguel Julio Costa,

capitanes Juan Félix Giachetti, Abelardo Serafín Sangiácomo, Juan Manuel Coll Areco, Guillermo Raúl Forn y Puig, Enrique José de los Sagrados Corazones Smith y Germán Cesáneo Sainz, primeros tenientes Mario A. Bianchi, Arquímedes R. Robert, Osvaldo A. Cacciatore y José A. Fonseca, tenientes Francisco Cabrera, José Manuel Jardín, Carlos Alberto Gómez, Jorge H. Pavone, Ernesto Alejandro Agustoni, Norberto Andrés Diego Cernich. Osvaldo E. Tappata, Juan Carlos Favergiotti, José Cándido Dadorico, Roberto Temporini, Carlos María Campos y Osvaldo Juan Giampaoli, alféreces Antonio Diego López, César A. Pereyra Guiñazú, Víctor G. Leconte, Tomás Córdoba, Francisco Pío Matassi y César Oscar Sylvester.

Igualmente fue declarado en rebeldía y dado de baja del cuadro permanente de la Marina de Guerra, el capitán de navío aviador naval Vicente M. V. Baroja.

El general Benjamín Menéndez, coroneles Rodolfo A. Larcher y Luis Carlos R. Bussetti, mayores Julio Costa Paz, Manuel Reimundes y Armando Repetto, capitán Julio Rodolfo Alsogaray y vicecomodoro Anacleto Llosa, fueron condenados por rebelión militar a reclusiones de quince a tres años, y destitución.

Los capitanes de fragata aviadores navales Eduardo Vieyra y Alois Felipe Fliess, capitanes de corbeta aviadores navales Rodolfo H. Franzini y Carlos E. Pensotti, capitán de corbeta Roberto S. Álvarez y mayor Agustín Pío de Elía, sufrieron la condena de un año de prisión menor y destitución, por el mismo delito de rebelión militar.

Fueron absueltos de culpa y cargo los procesados tenientes de corbeta aviador naval Ángel Martín, guardiamarina Hugo Castro, mayor aeronáutico voluntario Zenón Romero y marinero conscripto Victorio Rossetto de las infracciones que se les habían imputado y motivaron su procesamiento.

El 6 de octubre pasaron a revistar en situación de pasiva por hallarse en prisión preventiva los capitanes Alejandro Agustín Lanusse, Gustavo Martínez Zuviría, Víctor Salas, Manuel Carmen Soria, Roberto Julio Tesón, José Francisco Marzullo y Juan Carlos Willington, tenientes primeros Antonio Hipólito Benaviles, Ricardo Etcheverry Boneo, Luis Máximo Prémoli, José Pedro Harispe, Raúl J. E. Maunier, Marcelo de Elía, Alfredo Eduardo Olguín y Hamilton A. Díaz, tenientes Ricardo Armando Aguirre, Arturo A. Corbatta, Arturo H. Carpani Costa, Jorge Félix Gómez, Basilio A. R. Estrada, Adolfo L. Peña y Guillermo Simonovich y subtenientes Ernesto H. Repetto Peláez y Carlos Alfredo Amézaga. Siguió la baja de los generales Arturo Rawson, Bautista Molina, Fortunato Giovannoni, coroneles José Francisco Suárez, Bartolomé Gallo, tenientes coroneles Bernardo R. Guillenteguy, Carlos Severo Toranzo, capitán Francisco María Figueroa de la Vega, teniente primero Atilio José Demicheli, y tenientes Alberto Attias, Edgardo Arturo Fehrmam y Julio Enrique Vila Melo.

El 10 de octubre fueron también declarados en rebeldía y separados de las filas del Ejército los capitanes Franklin A. Rawson, Arturo Rawson, Julio César Aranguren, Ricardo Juan Christian Lindstroem, Antonio Santiago Donovan, Horacio Alfredo Noberasco, Elvio Leandro Anaya, Juan Carlos Uriburu, Enrique A. Dago Holmberg, Carlos Alberto Pechieu, Jorge Vicente San

Pedro, Marcelo Beccar Varela, Roberto Pablo Tiscornia, José Pedro Vila, tenientes primeros Héctor Benjamín Daza, Carlos Enrique Aguirre, Carlos Alberto Luzuriaga, Fernando V. Urdapilleta, Félix Eduardo Olcese, Carlos Guillermo Suárez Mason, y subteniente Jorge Bedoya Guido.

*"Acciones finales" antes de las elecciones de 1951:* "Plan Político 1951/ Acciones finales", tres hojas mimeografiadas, acompañadas de volante firmado por el coronel Dalmiro Jorge Adaro, jefe de Control de Estado. Archivo del autor.

*"Hombres de Perón" en las elecciones de 1951:* Candidatos a gobernador y vicegobernador por el Partido Peronista: *Buenos Aires:* mayor Carlos V. Aloé, secretario administrativo de la Presidencia de la Nación, y Carlos A. Díaz, diputado nacional; *Córdoba:* doctor Raúl Lucini, diputado nacional, y Federico De Uña, senador provincial; *Corrientes:* doctor Raúl B. Castillo, ministro de Salud Pública, y Clementino Forte, dirigente panadero; *Entre Ríos:* profesor Felipe Texier, rector del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, y doctor Miguel Torrealday, presidente del Consejo Provincial de Educación; *Catamarca:* doctor Armando Casas Nóblega, diputado nacional, y Pedro Cadelari; *La Rioja:* ingeniero Juan Mellis, ministro de Obras Públicas de San Juan, y Juan Perelló; *San Luis:* Víctor Endeiza, senador nacional; *Santiago del Estero:* Francisco Javier González, dirigente bancario; *Salta:* doctor Ricardo Durand, ministro de Economía, y Jesús Méndez; *Jujuy:* Jorge Benjamín Villafañe, ministro de gobierno; *Tucumán:* Luis Cruz, senador nacional, y Vicente Míguez; *San Juan:* ingeniero Rinaldo Viviani, senador nacional, y Adolfo Castro Luna.

*Entrevista Perón-Pastor:* Detalles suministrados por Euclides V. Cardoso en conversación con el autor el 14 de marzo de 1985. El acompañante de Pastor hasta la residencia presidencial fue Oscar Rebaudi Basavilbaso.

*Invitación de Perón a Frondizi:* Conversación del doctor Arturo Frondizi con el autor el 10 de marzo de 1985.

## TERCERA PARTE

### EL AÑO DE LA MUERTE DE EVITA

*Plan de austeridad:* V. "El movimiento obrero y el peronismo" por Scott Mainwaring en *Desarrollo económico* Nº 84, enero/marzo de 1982.

*Implementación del plan de austeridad: Buenos Aires; La vida cotidiana en la década del 50* por Ernesto Goldar, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1980.

*Involucrados en el complot de Suárez:* El auto de prisión preventiva dictado por el juez federal doctor Miguel Vignola contra los involucrados en el complot del coronel Suárez incluía a los siguientes procesados: Atilio José Demicheli, Carlos Marco Grigin, Alfonso Núñez Mainero, Marcos Parody Dorrego, Federico Valerga, Abel y Oscar Martínez Zemborain, María Cano de Tufró, Luis J. Darros, Ricardo Pereyra, José Alberto Argente, Alfredo Oliva Day. También estaban involucradas Jaime Weisburg, Enrique Broquen, Rafael Douek, Carlos Rico, Carlos Bassani, Jorge Urien, Orlando Tridico,

Norberto Luis Priani, Délfor Traverso, Jaime Franco, Antonio Scarlatto, Lorenzo Martínez Cortez, Joaquín Otero, Enrique Calot; los coroneles Gallo, Agustín y Urbano de la Vega, Santillana, Rocco, Guillantegui y Giovanonni. También fueron mencionados en el auto judicial Julio A. Noble, Agustín Álvarez, Francisco Pérez Leirós, Silvano Santander y Mauricio Yadarola. En realidad, los nombres mencionados en la extensa resolución del juez Vignola abarcaba casi seiscientas personas, número aparentemente excesivo en relación con lo que prestaron un concurso activo a los planes del coronel Suárez.

*Plan revolucionario de Suárez:* Memorándum dirigido al autor por los señores Alfredo Oliva Day, Germán Pedro Sánchez y Carlos A. Suárez (este último, hijo del coronel) y expediente del proceso judicial.

*Frondizi con Estévez y Kolungia:* Conversación del señor Alfredo Oliva Day, testigo de la entrevista, con el autor, el 15 de mayo de 1985.

*Actuación de Héctor Solanas Pacheco:* Memorándum dirigido al autor por el doctor Arturo Frondizi.

*Entrevista Perón-Dickmann:* Testimonio del ingeniero Emilio Dickmann en *Revista de Historia Oral*, caja 9-3, Instituto Di Tella, Buenos Aires; "La Entrevista Dickmann-Perón" por María Dolores Béjar en *Todo es Historia* Nº 143, abril de 1979.

*El "caso Cúneo":* Entrevista del señor Dardo Cúneo con el autor el 20 de abril de 1985; V. "El delito de opinión y el Comité Ejecutivo del Partido Socialista" por Dardo Cúneo, 1953 (folleto).

*Planes del gobierno contra opositores:* "Plan Político Año 1952/Situación subversiva, apreciación y resolución, Capital Federal/18.IV.1952/Estrictamente secreto" folleto impreso de 28 págs.; "Orden General Nº 1/Prevención-Represión/18.IV.1952/Secreto-Confidencial-Personal", 4 hojas a máquina firmadas "Perón"; "Lista Opositora, Capital Federal/1.-Personas; 2.-Entidades" carpeta de 64 hojas a máquina. Todos, en el archivo del autor.

*Bloque de los siete y siete:* Lo integraban Oscar Alende, Alfredo Ferrer Zanchi, Donato Latella Frías, Juan José Piaggio, Francisco Rabanal, Oscar Santucho y Rodolfo Weidmann, intransigentes; y Manuel Belnicoff, Santiago Fassi, Luis M. Gallo, Teodoro Marcó, Santiago Nudelman, Carlos Perette y Emilio Ravignani, unionistas.

*"Peronistas y comunistas unidos . . .":* V. *Treinta años de historia argentina* por Juan José Real, Ed. Actualidad, Bs. As./Montevideo, 1962; entrevista del doctor Ernesto Giúdici con el autor el 8 de marzo de 1985; *Política exterior peronista: De rodillas ante el imperialismo*, Ed. Anteo, Año del Libertador General San Martín 1950 (folleto); *Unidos para defender el pan, la libertad, la independencia nacional y la paz/informe rendido ante la Sexta Conferencia Nacional del Partido Comunista realizada en la ciudad de Buenos Aires durante los días 24, 25 y 26 de noviembre de 1950 por Victorio Codovilla* Ed. Anteo, Bs. As., 1950 (folleto); *Consecuencias económicas de la Capitulación del gobierno Argentino ante el Imperialismo Yanqui/informe ante la VI Conferencia Nacional del Partido Comunista realizada en Buenos Aires los días 24, 25 y 26 de noviembre de 1950 por Paulino González Alberdi,* Ed. Anteo, Bs. As., 1951 (folleto); *Informe rendido ante el Comité Central*

*Ampliado del Partido Comunista reunido en la ciudad de Rosario durante los días 28 y 29 de julio de 1951 por Gerónimo Arnedo Álvarez,* Ed. Anteo, Bs. As., 1951 (folleto); "Resolución del Comité Ejecutivo del Partido Comunista sobre el significado de los resultados de las recientes elecciones y sobre las tareas del partido ante la nueva situación", edición de *Nuestra Palabra,* diciembre de 1951; "Posición de los comunistas frente al plan económico del gobierno 'justicialista' para 1952", suplemento de *Nuestra Palabra,* marzo de 1952; *Una Trayectoria Consecuente/Trabajos escogidos de Victorio Codovilla,* tomo III, Bs. As., 1964. V. "El Camarada Victorio/Semblanza de V. Codovilla" por V. Goncharov, Editorial Progreso, Moscú, 1985. Curiosamente en *El Partido Comunista* por Oscar Arévalo, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1983, no se hace ninguna mención del enfrentamiento Real-Codovilla.

*Alianza Libertadora Nacionalista:* V. "Juan Queraltó" por Gerardo Bra en *Todo es Historia* Nº 216 de abril de 1985, sección "Testimonios"; Memorándum del señor Salvador Ferla al autor del 19 de abril de 1985.

*Nacionalismo:* Conversación del doctor Oscar Camillón con el autor el 25 de abril de 1985; *El nacionalismo argentino* (dos tomos) por Enrique Zuleta Álvarez, Ed. La Bastilla, Bs. As., 1975.

*Discípulos de Meinvielle:* Lo fueron en períodos diferentes y con distinta asiduidad, Salvador Busaca, Roberto Guyer, Carlos Alberto Florit, Oscar Camilión, Arnaldo T. Mussich, Julio Álvarez, Mariano Montemayor, Enrique Peltzer, Alfredo Garófano y Mario Díaz Colodrero, entre otros.

*Trotzkismo: Historia del trotzkismo argentino 1929-1960* por Osvaldo Coggiola, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1985.

*Antología de tributos a Evita: Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955* por Alberto Ciria, Ed. de la Flor, Bs. As., 1983.

*Postreras jornadas de Evita:* Una prolija crónica de sus últimos días en *La vida de Eva Perón/Testimonios para su historia* (tomo I, no hay tomo II) por Otelo Borroni y Roberto Vacca, Ed. Galerna, Bs. As., 1971.

*Recuerdos del doctor Alberto Taquini:* Conversación con el autor el 26 de marzo de 1985. Según Raúl Margueirat (*Revista de Historia Oral,* caja 8 Instituto Di Tella, Buenos Aires), él y otras personas estaban al lado de la agonizante "hasta que vimos que Taquini levantó la cabeza, lo miró a Perón, que la tenía agarrada de una mano, y le dijo 'se terminó' ".

*Cansancio de Perón:* Testimonio del doctor Alfredo Gómez Morales en la conversación ya citada.

*Renuncia de Espejo:* V. "Libro de Actas del Comité Confederal de la CGT", acta del 22 de octubre de 1952 (biblioteca de la Confederación General del Trabajo).

*El 2º Plan Quinquenal:* V. *Cinco años después* por Antonio Cafiero, Ed. del autor, Bs. As., 1961.

*Richter: El secreto atómico de Huemul/Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina* por Mario Mariscotti, Ed. Sudamericana-Planeta, Bs. As., 1985. También, *Los barones nucleares* por Peter Pringle y James Spigelman, Ed. Sudamericana-Planeta, Bs. As., 1984. Memorándum al autor de Francisco Fernando Miranda.

*Perón bocón:* testimonio del doctor Alfredo Gómez Morales al autor, en conversación ya citada.

*ATLAS:* "ATLAS, la proyección sindical peronista en América Latina" por Teodoro Blanco en *Todo es Historia* Nº 199/200, diciembre de 1983.

*Constitución del Chaco:* V. *Historia constitucional del Chaco* por Edgardo Rossi, Ed. Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Ciencias Económicas, Resistencia, 1970; también *La segunda presidencia de Perón* por Horacio Maceyra, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1984.

*Política antártica:* V. "Los argentinos y la Antártida en la década del '50" por Santiago Mauro Comerci en *Todo es Historia* Nº 217, mayo de 1985.

*Provincianía:* V. *Historia de Córdoba* por Efraín U. Bischoff, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1977; *Historia de Santa Fe* por Leoncio Gianello, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1978; *Historia de Corrientes* por Antonio E. Castello, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1984; *Historia de La Rioja* por Armando Raúl Bazán, Bs. As., 1979; *Historia de Salta* por Fernando R. Figueroa, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1977; "La Revolución Libertadora en Salta" por C.M.V.G. en *Boletín del Instituto de San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta* Nº 29, Salta, diciembre de 1961; *Historia de Entre Ríos* por Beatriz Bosch, Ed. Plus Ultra, Bs. As., 1980; archivo del diario *Clarín* de Buenos Aires. El autor agradece vivamente los informes que le dirigieron los señores Gaspar H. Guzmán, Gustavo Miranda Gallino, Eulalia Figueroa Solá, Luis D'Jallad, Jorge Calvetti, Carlos Chacón, Juan Rafael, A. Rodríguez Sáa, Carlos Gómez Centurión.

*Mercante: Primera Plana* del 13 y 20 de junio de 1967; también entrevista del autor con el coronel (R.) Domingo A. Mercante en agosto de 1966.

*Ley de la legislatura de La Rioja:* V. *Los cien pasos de la ley/Bosquejo histórico de la legislatura riojana* por Miguel Bravo Tedín, La Rioja, 1985.

*Tres sistemas culturales:* Comunicación de Ignacio Zuleta a las VII Jornadas de Historia Argentina de la Universidad de Belgrano, octubre de 1985.

*Ivanissevich y la cultura:* V. *Rindo cuentas* (tomo II) por Oscar Ivanissevich, Ed. del autor, Bs. As., 1950.

*"Facundo" y Perón:* Testimonio de Antonio Pagés Larraya en *Nuestro Siglo*, fascículo 25, "La creación cultural", Ed. Hyspamérica, Bs. As., 1985.

*Alejamientos en el cine:* V. *Historia del cine argentino* por José Miguel Couselo y otros, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1984.

Debo agradecer la afectuosa colaboración de la señora Marisel Flores, la profesora Patricia Ovejero y la señorita Myriam Otero; de la licenciada María Sáenz Quesada y el señor Arnaldo Jáuregui, que revisaron los originales y formularon diversas sugestiones. Y a las autoridades y personal de la Biblioteca del Congreso de la Nación, que facilitaron mi tarea de revisión de material periodístico.

# APÉNDICE

I

# DECLARACIÓN POLÍTICA PREPARADA EN EL DEPARTAMENTO DE ESTADO

Secreto

Washington, 26 de octubre de 1951
Argentina

## A. OBJETIVOS

Los objetivos de EE. UU. en relación con la Argentina son:

1) Comprensión por parte de la Argentina de que su tradicional neutralismo no es factible en el mundo actual y que es más lo que ella necesita a EE. UU. que a la inversa.

2) Colaboración en el mantenimiento de la seguridad internacional, especialmente en el hemisferio oeste.

3) Adopción por parte de la Argentina de políticas que fortalezcan dicha seguridad, además de la paz y el modo democrático de vida.

4) Creación de un clima de opinión favorable hacia los EE. UU. y su política.

5) Estímulo de las relaciones económicas y protección de las empresas norteamericanas.

## B. POLÍTICAS

Las aspiraciones de Argentina de ser el poder dominante en Sudamérica, su orgullo nacional, su competencia con EE. UU. por mercados agrícolas y su interpretación de las funciones del Estado, combinan para ponerla en conflicto con algunas decisiones básicas de EE. UU. La tendencia argentina hacia la neutralidad es un obstáculo para una mejor relación con EE. UU. y esta tendencia podría impedirle

prestar asistencia militar en caso de una agresión comunista fuera del hemisferio. A pesar de ello, la Argentina ha mostrado interés en las actividades de la Organización de Estados Americanos y en el comercio con EE. UU., coincidiendo además en su oposición al comunismo.

La política de EE. UU. ha sido la de llevar a cabo relaciones amistosas pero firmes. En estos momentos podríamos denominarlas "correctas", a pesar de la tirantez originada por la expropiación del diario *La Prensa* y de los ataques por parte de la prensa peronista a EE. UU. Aunque parece que el conflicto entre las fuerzas mencionadas evitará a ambos países llegar a una estrecha amistad; también parece probable que intereses mutuos hagan que puedan trabajar juntos de manera práctica.

*Antecedentes de política interna:* La situación política interna en la Argentina origina desgaste en sus relaciones con EE. UU. y no podemos dejar de tomar conocimiento de esta situación. Durante la Administración Perón el Partido Peronista ha controlado completamente la vida política argentina. Ganó todas las elecciones y tiene el 100 % de representación en el Senado y más de los dos tercios de mayoría en la Cámara de Diputados. También controla las Gobernaciones de Provincias y Legislaturas. La fuerza que ha mantenido unido al partido ha sido la combinación de las personalidades de Perón y su esposa. Perón es incuestionablemente el hombre más fuerte de la Argentina, pero no es un dictador absoluto. Fue puesto en funciones por los trabajadores, que continúan siendo su más fuerte sostén. Para mantener este apoyo debe favorecer una política popular hacia ellos siendo esto una limitación a su poder, como así también la fuente de él. Esto explica por qué muchas veces sus expresiones públicas no coinciden con las opiniones que manifiesta privadamente. Otros factores de limitación a su poder lo constituyen el grupo de extremo nacionalismo dentro de su partido y el enfrentamiento con los sentimientos autónomos de las provincias.

Desde que se convirtió en Presidente, Perón ha sido más favorable a la cooperación con EE. UU. que muchos de sus seguidores y a menudo, más que el Partido Radical, su principal opositor. Tanto los nacionalistas como los radicales apoyan la nacionalización de la industria petrolera, mientras que Perón no excluye los intereses privados.

El Partido Radical se opone a la ratificación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, el cual fue firmado por Argentina en Río de Janeiro.

La industrialización, mecanización de su agricultura y desarrollo económico son de primera importancia en el programa de Perón y,

según se cree, él siente que estos objetivos pueden ser fácilmente realizados si EE. UU. colabora con sus exportaciones industriales y su conocimiento técnico.

Un fenómeno único en la política argentina es la señora de Perón. Ella no tiene cargo político, pero está tan próxima a su marido en cuanto a poder político, que hay una seria discusión sobre si tiene menos, el mismo o más poder que él. Mientras que un año atrás se creía que estaba en contra de EE. UU., recientemente ella ha expresado en privado que se encuentra en una posición conciliatoria. Sus actitudes emocionales se ven reflejadas en decisiones de importancia. Su vengatividad se ha manifestado en numerosas ocasiones y sus represalias reflejan tanto crueldad como buena memoria.

*Neutralismo argentino:* Nosotros hemos intentado hacer comprender a la Argentina, que las políticas de extremo nacionalismo no le convienen. Es importante disuadir a la Argentina de su falso sentido de autosuficiencia, ya que de hecho es bastante dependiente del mundo libre, especialmente de EE. UU., y para disminuir su exagerado sentido de que es indispensable, nos hemos abstenido de hacerle requerimientos con respecto a su cooperación en organizaciones internacionales.

Por otra parte, a sus pedidos respecto a materiales críticos y provisiones de algunos artículos, se les presta una atención normal, sin consideración especial alguna.

*Colaboración en la defensa del hemisferio:* La Argentina es política, económica y militarmente una de las más poderosas de las repúblicas americanas. Por estar situada estratégicamente en las rutas navieras del Atlántico Sur y del estrecho de Magallanes, sería en tiempos de guerra, proveedor de materias primas para EE. UU. y sus aliados. Por eso nuestra política es la de fomentar las relaciones entre las fuerzas armadas de ambos países y su colaboración económica.

La ratificación por parte de la Argentina, en 1950, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, requirió que el gobierno de Perón actuara contra una fuerte oposición tanto dentro como fuera del Partido Peronista. Probablemente su decisión se debió al deseo de obtener asistencia militar de EE. UU., lo que ha permitido la exportación a Argentina de una cantidad razonable de armamento; aunque todavía no se ha autorizado ningún equipamiento militar que se considere por encima de los requerimientos mínimos para mantener el orden interno y la propia defensa.

La Argentina se ha mostrado dispuesta a colaborar contra la penetración comunista. A pesar de que el Partido Comunista es legal,

encuentra más dificultad que otros partidos para expresarse. Teniendo entre 35.000 y 50.000 miembros y habiendo obtenido sólo aproximadamente 80.000 votos en la última elección nacional, su fuerza numérica no es una amenaza. A pesar de que los comunistas argentinos no son suficientemente fuertes en sí mismos, es probable que continúen sacando ventajas de otras causas.

En general, la clase obrera ha sostenido a los Perón porque creen que ellos son sus defensores. Sin embargo, hay indicios recientes de desasosiego como las huelgas entre los trabajadores del ferrocarril. Si los Perón no fuesen capaces de mantener al trabajador satisfecho, aumentarían las posibilidades de que éste se volcara hacia un líder comunista, siempre que fuera lo suficientemente astuto como para no promocionar el comunismo internacional a expensas del nacionalismo argentino. Los comunistas y simpatizantes son estimados en alrededor de 90.000; además de una gran colonia eslava, de entre 500.000 y 600.000 personas, de las que la Unión Soviética podría recibir sustancial ayuda en caso de guerra. Los comunistas aprecian, además, la propaganda antinorteamericana que es siempre recibida favorablemente. Es el deseo de Perón, sugerido informalmente a nuestro Embajador, extirpar el comunismo del hemisferio occidental. En 1949, expresó que serían deseables objetivos comunes y un programa contra el comunismo. A pesar de estas manifestaciones, Perón aparentemente piensa que puede cuidar por sí solo su frente interno, quedando así de manifiesto la incoherencia entre sus propuestas y su famosa "tercera posición".

*La Argentina y la paz mundial:* Es sabido que durante la última guerra, el gobierno argentino no apoyó la causa de EE. UU. y que por esta razón nosotros tomamos varias medidas discriminatorias; pero a partir de 1947, de acuerdo con una decisión del presidente Truman, volvimos a nuestra política que es la de mantener relaciones amistosas con la Argentina. La fuerza que pone Perón al anunciar su intención de usar el poder atómico sólo con fines pacíficos, es coherente con su "tercera posición". No obstante, Perón nos ha asegurado que en caso de guerra entre EE. UU. y la Unión Soviética, la Argentina se colocaría al lado de nosotros.

Los propagandistas argentinos de la tercera posición han vilipendiado tanto a Moscú como al "imperialismo yanqui". Por eso hemos pedido al gobierno argentino a través de canales diplomáticos que cese de atacar a EE. UU., pues esto debilita la causa de la democracia.

La Argentina ha jugado un papel activo en los asuntos de la ONU, la OEA y organizaciones afines y es deseo de EE. UU. alentar la participación argentina en aquellas esferas donde está desempeñando

un rol constructivo. En los encuentros internacionales somos amistosos hacia la Argentina, dándoles nuestra opinión y votando sus candidatos. Los argentinos, a su vez, se muestran cooperativos con nuestros delegados. El ex ministro Bramuglia, como presidente del Consejo de Seguridad en 1948, lo guió a través de los días dificultosos de la crisis de Berlín de manera hábil e inteligente. A pesar de la obvia incoherencia con la "tercera posición", la Argentina ha apoyado a EE. UU. en las cuestiones de no dar cabida a China Comunista en la ONU y en declarar a ese país como agresor.

En 1950, después del ataque sobre Corea, la Argentina mandó un mensaje a la ONU en apoyo a las resoluciones pertinentes; pero la propaganda sobre la "tercera posición" impidió tomar ninguna medida alejada del neutralismo como mandar tropas al extranjero. De hecho, la colaboración del gobierno argentino ha sido solamente el envío de 14.000 cajas de carne enlatada.

Aunque la Argentina se opone al comunismo como doctrina, ha participado con la Unión Soviética en conferencias que tienen que ver con el tema de las libertades civiles.

La Argentina mantiene en Europa una comisión permanente con propósitos de promoción y selección de la inmigración y los inmigrantes alcanzan el número de alrededor de 200.000 anuales. Mientras desde 1947 ha aceptado más de 30.000 personas desplazadas, clasificadas por la Organización Internacional de Refugiados, ha mostrado, sin embargo, preferencia por manejar los problemas de inmigración en forma independiente, alentando la española e italiana más que ninguna otra.

Un ejemplo de la acción argentina para promover la paz es el acuerdo firmado con el Reino Unido y con Chile por el cual los tres países se comprometen a no enviar barcos de guerra a la región antártica, excepto en viajes de rutina.

En la Argentina prevalece el sentimiento de que la actual crisis mundial es nuestra; no de ellos. Además desea obtener todo el beneficio económico posible de tal situación. Es nuestra política intentar convencerla de que esta es su lucha tanto como la nuestra.

A pesar de que la Argentina ha limitado las actividades económicas de la ONU o entidades afines, fue alentadora su inscripción como miembro en la Organización de Agricultura y Alimentos. Además ha aceptado una invitación para participar en el trabajo de los Comités Internacionales de Materiales, es ahora miembro del Comité de la Lana y desea ser miembro de otros. Sin embargo, no ha mostrado interés en interrumpir el comercio con el bloque soviético.

Aunque la Argentina no ha rehusado proveernos de berylo y tungsteno, no los hemos obtenidos todavía y pensamos que no los

obtendremos hasta que no les hayamos entregado al menos una parte de lo que desea.

Dado que históricamente ha sido el miembro más renuente en el sistema interamericano, hemos recibido con beneplácito la noticia de que está adoptando una actitud más activa. En las conferencias de Río de Janeiro en 1947, de Bogotá en 1948, y de Washington en 1951, Argentina se ha mostrado cooperativa y así como ha sido lenta en participar en compromisos multilaterales en la OEA, ha sido rápida en oponerse a la asunción de poderes políticos por parte de la COAS.

A pesar de que durante la presidencia de Perón, ha habido numerosos cargos de parte de otras repúblicas americanas reclamando que Argentina había apoyado intentos de derrocar los regímenes existentes, no ha habido ninguna confirmación importante de ellos. Con respecto a las islas Falkland, retenidas y administradas por los británicos desde 1833, hemos usado nuestra influencia para evitar que se haga una declaración que pudiera crear fricción en la cuestión de las posesiones europeas en el hemisferio occidental. En la Conferencia de Bogotá en 1948 le manifestamos a la Argentina que EE. UU. no apoya a ninguno de los dos países y que en nuestra opinión la disputa debe ser zanjada por medios pacíficos. Para solucionar el problema de reclamos argentinos, chilenos y británicos con respecto a la Antártida, hemos presentado una propuesta sugiriendo un condominio.

La Argentina, sin embargo rehusó aceptarla incluso como base de discusión. Al presente, la propuesta más promisoria consideramos que es una presentada por Chile: el congelamiento del estado legal por un período de cinco o más años.

*Actitud hacia las instituciones democráticas.* No hay objetivo más frustrante y difícil en nuestra relación con la Argentina que el de implementar la adopción en ese país de medidas que fortalezcan las instituciones democráticas. Perón tiene entorpecida la crítica de la prensa; la radio es dependiente del gobierno y el derecho a la libre expresión está coartado por una ley que establece sentencia de prisión por escribir o hablar irrespetuosamente de los funcionarios. La oposición encuentra casi imposible la reunión de su audiencia y hay restricciones legales que hacen difícil el formar nuevos partidos políticos. Además, el trabajo organizado está, en su mayor parte, bajo la jefatura del Partido Peronista a través del liderazgo de la CGT. La vía judicial y educacional ha sido convertida en instrumento del peronismo, las cartas que pasan a través del sistema de correo son a menudo abiertas, los telegramas y cables, censurados, y las líneas telefónicas, intervenidas.

A pesar de que hemos intentado convencer a Perón de las ventajas de una prensa libre, no hemos conseguido disuadirlo, como ha quedado demostrado con la expropiación de 1951, del renombrado diario independiente *La Prensa*. Se cree que un factor importante que intervino en este hecho puede haber sido la actitud vengativa de la señora de Perón contra el editor de *La Prensa*.

En los casos en que corresponsales norteamericanos fueron arrestados mientras cumplían misiones periodísticas normales, nuestro gobierno realizó las gestiones correspondientes para liberarlos, pero jamás recibió seguridades de que no habría repeticiones.

En el encuentro en la ciudad de México en 1951, el pedido de la CGT argentina fue rechazado, y denegada su admisión, por lo que la prensa peronista arreció sus ataques contra EE. UU.

*Clima de opinión argentino hacia EE. UU.:* Es nuestra política intentar crear en la Argentina un clima de opinión favorable a EE. UU. De este modo podríamos lograr el fin del neutralismo argentino y alentar la defensa del hemisferio, la paz y la democracia; pero los estrechos lazos comerciales y culturales argentinos con Europa han sido un inconveniente en la difusión del conocimiento exacto de lo que es EE.UU. También el nacionalismo, la demagogia, el hecho de que se vea a nuestro país como una nación materialista, imperialista, traficante de dinero y con pocos valores culturales, han sido factores negativos para lograr un clima de opinión favorable. Algunas medidas económicas son vistas como discriminatorias, como la exclusión de la carne argentina de los EE. UU. Sin embargo, algunos cambios se han notado en las actitudes de argentinos de alto nivel que efectúan visitas oficiales a nuestro país.

EE. UU. desea continuar con la política de invitar personas influyentes a nuestro país y a este respecto la cuestión de invitar al matrimonio Perón constituye un problema especial de relaciones públicas, pues tanto la prensa como el trabajo y los grupos intelectuales podrían darles tan poco hospitalaria recepción que esto constituiría un nuevo escollo en nuestras relaciones.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Es objetivo de EE. UU. defender los intereses legítimos de las empresas norteamericanas que hacen negocios con o en la Argentina. A este respecto podemos decir que en los últimos dieciocho meses, hemos conseguido autorización para que Braniff pueda operar en la Argentina, hemos obtenido remito de pesos de líneas aéreas, bloqueados en 1949, a tarifas de predevaluación, exención recíproca de

tasas sobre rentas de compañías de transportes, transferencia de las oficinas de Swift a EE. UU. y entrega de películas norteamericanas en ese país. Tenemos además, esperanza de lograr firmar un acuerdo en materia petrolera.

## C. RELACIONES CON OTROS ESTADOS

En las relaciones entre la Argentina y los estados vecinos, observamos por parte de estos últimos una corriente de desconfianza, dado que ellos desconfían de que pudiera haber ambiciones políticas y económicas por parte de ella.

El gobierno boliviano cree que los opositores pueden estar recibiendo algún tipo de ayuda por parte de Perón. Opinamos al respecto que no hay ninguna evidencia cierta de que esto esté ocurriendo.

Con respecto a sus relaciones con el Brasil, recordemos que cada uno está celoso del prestigio del otro en el hemisferio oeste y en el mundo. Nosotros nos esforzamos por lograr que esta rivalidad se mantenga en un punto mínimo.

El gobierno de Chile desconfía del argentino, habiéndonos informado que lo siente esencialmente peligroso. Los leves incidentes ocurridos hasta ahora han alcanzado rápida conciliación, y nos hemos esforzado por convencer al gobierno chileno de que no hay evidencias convincentes respecto a designios agresivos por parte del gobierno de Perón.

Con respecto a las relaciones argentino-paraguayas, podemos decir que estamos muy interesados en que sean lo mejor posible, dado que ambos países son un punto neurálgico en el hemisferio occidental. La preferencial posición histórica y geográfica de la Argentina con respecto al Paraguay, sumada a la rivalidad argentino-brasileña por la influencia en ese país, podrían conducir a una seria fricción. La política norteamericana es la de mitigar todos estos roces.

Con respecto al Uruguay, diremos que su gobierno nos ha expresado su temor de que Perón logre infiltrarse y dominar ese país. A pesar de la obvia incompatibilidad entre los conceptos argentinos y uruguayos de democracia, creemos que esos miedos son exagerados. Además, les hemos recordado que EE. UU. apoya firmemente el Tratado de Asistencia Recíproca, en caso de que ocurriese alguna agresión. Digamos de paso que al gobierno de Perón le molesta bastante la prensa libre uruguaya que los argentinos pueden leer libremente y la radio uruguaya que en la Argentina se puede escuchar.

Gran Bretaña ha logrado penetrar culturalmente en la Argentina al amparo de su relación comercial con ella. Sin embargo ahora que el

comercio anglo-argentino está declinando, es de esperar que las relaciones se deterioren.

La Argentina mantiene relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y sus satélites, pero las relaciones políticas no son buenas. Los diplomáticos argentinos han sido tratados fríamente en Moscú, y del mismo modo se ha recibido a los soviéticos en Buenos Aires. Aunque la Argentina aduce que debe vender a esos países cierta cantidad de su producción a fin de obtener insumos que vitalmente necesita, pensamos que esto debe ser reconsiderado a la luz de los puntos de vista norteamericanos y de las leyes respecto al comercio con los países detrás de la cortina de hierro.

## D. EVALUACIÓN

Creemos que ninguna otra política podría obtener mejores resultados, salvo la de llevar francas, firmes y amistosas relaciones con la Argentina. Tácticas más agresivas, resultarían en un resentimiento que podría detener el grado de colaboración obtenido hasta ahora. Si bien es cierto que en algunos asuntos de importancia no hemos recibido cooperación, en otros la hemos recibido en grado sumo. De todos modos, consideramos mejor una benévola neutralidad antes que la posición adoptada por Argentina durante la última guerra, en que se mostró más bien inclinada hacia nuestros enemigos.

Argentina ha tomado seriamente sus responsabilidades en la ONU, y no se ha adherido estrictamente a su "tercera posicion". La cooperación en la OEA ha sido teóricamente buena, aunque tenemos que ver todavía su cumplimiento en la práctica.

Tanto el presidente como la señora de Perón, el ministro de Defensa Sosa Molina y el ex canciller Bramuglia han reiterado que en caso de guerra con la U.R.S.S., su país se ubicaría inmediatamente del lado de EE. UU. Es dudoso que ningún gobierno argentino ofreciera nada más que las tropas que en un pasado ofreció, salvo que la nación misma estuviera amenazada. Esto significa que, aun no enviando tropas fuera del hemisferio, podría ayudar a la ONU de otro modo.

En el Cuarto Encuentro Interamericano de Consulta de Cancilleres, en 1951, la actitud amistosa del secretario Acheson y su staff hacia los argentinos originó un notable cambio en ellos. Se mostraron dispuestos a cooperar, inclusive en materias en las que no pensamos que lo hicieran.

Pensamos que nuestra política para lograr un fortalecimiento de las instituciones democráticas en la Argentina, ha sido ineficaz y también pensamos que actuar de otra manera sería renunciar al prin-

cipio de no-intervención en los asuntos internos de otros estados. Está claramente probado que la democracia no puede ser exportada y que la restricción a las libertades civiles en Argentina es un obstáculo a la real amistad con nuestro país.

Somos conscientes de que muchos argentinos que visitan EE. UU. retornan favorablemente impresionados. Nuestros centros culturales son activos y hay una continua demanda de artistas y conferenciantes norteamericanos.

El programa de la USIE, aunque enfrentando propaganda adversa, funciona con la tolerancia y, en algunos casos, con la colaboración de las autoridades.

Ha habido también mejoras en las relaciones económicas entre EE. UU. y la Argentina en los dos años pasados. Ha sido mejorada la balanza comercial y ha habido mayor comodidad en los precios obtenidos. Sin embargo, no se ha observado un cambio apreciable en la actitud fundamental hacia la inversión extranjera y las perspectivas no son brillantes. En el campo de la cooperación económica multilateral, podemos señalar muy pocos éxitos y es probable que esta situación continúe.

La Argentina no se ha asociado con el Banco Internacional para la Reconstrucción, el Fondo Monetario Internacional, el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio o con el esfuerzo para interrumpir el comercio con el bloque soviético; pero en cambio ha comenzado a participar en los comités fundados para considerar la escasez de algunos materiales.

Argentina desea convertirse en Miembro del Consejo Económico y Social de la ONU, y este deseo podría hacer que modificara su actitud habitual hacia los asuntos económicos multilaterales.

(Fragmentos del documento publicado en "Foreign Relations of the USA/ 1951", Volumen II, Washington, 1979, págs. 1112 y sigs. Traducción de la profesora Enriqueta Ballesteros.)

# II

# INSTRUCCIONES IMPARTIDAS POR EL MOVIMIENTO PERONISTA A SUS ADHERENTES

PERONISTAS: La oposición —oscura y enmarañada confabulación del imperialismo capitalista con la oligarquía, las bandas políticas en decadencia y los comunistas a sueldo— planea sabotajes para crear un clima de desorden y evitar que el pueblo se reúna el 22 de agosto.

Los atentados ferroviarios fueron su comienzo, pero no serán los últimos. Se persigue intimidar a la ciudadanía con el fin de disminuir la importancia de los actos programados por los compañeros de la C.G.T.

Ante el hecho que denunciamos públicamente, el Movimiento Peronista, representado por sus organismos partidarios y sindicales, ha resuelto impartir a sus adherentes de todo el país las siguientes directivas:

1º) Cada peronista ha de constituirse en un vigía permanente del Movimiento. En el lugar que se encuentre, donde viva o trabaje, ha de conducirse enérgicamente, de acuerdo a las presentes instrucciones.

2º) Ha de denunciar de inmediato a la autoridad partidaria o policial más cercana de cualquier intento que él conozca tendiente a alterar el orden o perturbar la tranquilidad pública.

3º) Vigilará las actividades de elementos extranjeros caracterizados por su oposición a los intereses del país y los denunciará a la autoridad partidaria.

4º) Hará detener por la autoridad a las personas que distribuyan panfletos incitando al complot y al desorden, tomando nota de la filiación, vehículos que utilizan, etc. Se denunciará a la policía y se remitirá el informe a la autoridad partidaria correspondiente.

5º) Cada Unidad Básica y sindicato del Movimiento organizará por sus medios la vigilancia de los centros vulnerables y apropiados al sabotaje y dará la seguridad inmediata de los mismos.

6º) Cuando se atenta contra los sagrados intereses de la Patria, el pueblo tiene derecho a defenderse con sus propios medios. Cada peronista debe saber que para ello está obligado por el organismo nacional a que pertenece.

7º) El Movimiento Peronista está decidido a luchar pacíficamente dentro del orden legal constituido, pero no dudará un instante en responder a cada acto de violencia con otro de justa defensa y por los mismos medios utilizados por los enemigos del país.

8º) Cada peronista está obligado a defender su Movimiento sin ninguna limitación de tiempo ni lugar y con procedimientos que él estime conveniente. Frente al insulto no pueden caber sino reacciones de hombres y mujeres dignos.

9º) El Movimiento Peronista no se ocupa de las personas de sus enemigos; tiene demasiado que hablar de sus obras y realizaciones. Respeta la libertad de expresión de sus adversarios. Pero no se hace responsable de la reacción de sus hombres cuando las expresiones de la oposición lesionen a la persona de los peronistas.

10º) Que cada uno sepa cumplir con su deber de peronista y de argentino. Ha llegado la hora de aplastar a la canalla ensoberbecida por nuestra tolerancia. Ninguna provocación ha de quedar sin contestar, ningún desmán sin reprimir, ni ningún abuso sin sancionar.

(Anexo Nº 1 a la "Directiva para la prevención y represión de posibles actos de perturbación o alteración del orden público en la Semana de Represión [13 al 18 del corriente mes]", cuadernillo de 10 páginas mimeografiadas en 66 ejemplares marcados "Estrictamente Confidencial y Secreto", redactadas en agosto de 1951. Original, en el archivo del autor.)

III

Secreto confidencial - Personal

CAPITAL FEDERAL 18-IV-52

ORDEN GENERAL Nº 1
*(Prevención - Represión)*

1
Propias fuerzas
y misión

La Presidencia de la Nación y sus servicios; ministerios y reparticiones autónomas con sus organismos; la Confederación General del Trabajo, el Partido Peronista Masculino y el Partido Peronista Femenino con sus organismos, los gobiernos provinciales y territoriales con sus fuerzas y los demás contingentes justicialistas, formarán un frente sólido, activo y enérgico con la *MISION* fundamental de aniquilar a las fuerzas adversarias, dirigentes y perturbadores, con todos los medios y con la mayor energía y decisión, ante cualquier preparativo o intento de alteración del orden público.

— Es *función especial* de la Policía Federal, Policía Marítima, Gendarmería Nacional, Fuerzas Armadas y distintos organismos de seguridad, en los actuales momentos, ***prevenir*** y ***reprimir*** todo intento subversivo.

2
Intención
opositora

El objetivo inicial del adversario sería un atentado personal al Presidente de la Nación luego la toma del poder, la anulación de la Doctrina Justicialista y la destrucción de las conquistas gremiales, sociales y políticas alcanzadas por el pueblo argen-

tino después de ardua lucha contra intereses internos y externos.

3
Procedimientos

A) AL ATENTADO CONTESTAR CON MILES DE ATENTADOS, para lo cual se seguirá el siguiente procedimiento:

— Las organizaciones encargadas de realizar esta acción son las que se detallan:
  a) Confederación General del Trabajo.
  b) Partido Peronista Masculino.
— Para cumplir este propósito se han confeccionado listas de objetivos, de locales y organizaciones extranjeras enemigas de nuestro gobierno que actúan en común con los complotados y de personas opositoras que deben ser suprimidas sin más en caso de atentado al Exmo. Señor Presidente de la Nación.
  Las mencionadas listas, donde figuran domicilio y teléfono van agregadas como anexo a las disposiciones especiales.
— La *distribución de objetivos* para los atentados se regulará en las disposiciones especiales.
— Se organizará también el ataque y destrucción de las mencionadas organizaciones enemigas y las operaciones punitivas contra los dirigentes de las mismas.

B) ACCION DE NEUTRALIZACION DEL CLIMA SUBVERSIVO

La campaña de intimidación psicológica llevada a cabo por las fuerzas opositoras, será neutralizada por la acción individual del personal identificado ideológicamente con el Gobierno de la Nación.

Frente a la acción directa adversaria, ya sea ella una provocación, intimidación, calumnia, injuria, infundio, rumores, etc., la réplica debe ser inmediata y eficaz para desarmar en el acto al propagandista opositor.

Si la lucha psicológica opositora es efectuada escudándose en el anónimo, ya sea por

llamados telefónicos, cartas, panfletos, volantes, etc., el afectado llevaría este hecho a conocimiento del Servicio de Informaciones de la dependencia u organización a que pertenezca.

La acción de los Servicios de Informaciones para efectuar la contrapropaganda estará regulada por disposiciones especiales.

Los Servicios de Informaciones mantendrán informada a la Coordinación de Informaciones de Estado, de los actos que la oposición realice en este sentido y de las medidas adoptadas para neutralizarlos.

4
Vigilancia y selección ideológica

Es menester extremar, organizar y establecer la vigilancia sobre el personal de Administración Pública sindicado como opositor o indeciso.

Para efectuar la selección ideológica de los servidores del Estado cada Gran Repartición de todos los ministerios y organismos del Estado deberán llevar un registro donde se anote minuciosamente los antecedentes, tendencias ideológicas de cada funcionario y empleado.

Cuando se individualice un opositor mediante una comprobación concreta de que no es francamente partidario del orden y de la Constitución, debe ser radiado de inmediato del servicio.

Los dudosos o indiferentes sólo podrán prestar servicios en cargos secundarios y sin responsabilidad directriz, o mando efectivo de tropa cuando se trate de jefes u oficiales de fuerzas armadas o policiales.

En el Gran Buenos Aires solamente deben tener puestos de responsabilidad y directrices los funcionarios, jefes y oficiales de probada adhesión y lealtad al Gobierno Justicialista.

En los momentos actuales, es necesario que las fuerzas del Ejército, Marina, Aeronáutica y Policiales estén perfectamente seguras, para ello debe darse la especial preferencia a la solución orgánica de esta exigencia imprescindible.

Con este mismo criterio los ministerios civiles y organizaciones autárquicas deben proceder a

efectuar la selección, remoción y organización de los funcionarios directivos.

5 Adoctrinamiento — Las instituciones armadas, fuerzas policiales y los ministerios civiles deberán asignarle capital importancia a la tarea del adoctrinamiento de todo su personal para lo cual se le impartirá periódicamente exposiciones, conferencias y conversaciones. Es de particular importancia la información que neutralice infundios o rumores de la oposición.

6 Organización de equipos de prevención y represión — Los ministerios y demás organizaciones civiles, como así también las gobernaciones provinciales y territoriales, organizarán un equipo para que colabore y trabaje en estas tareas de información, prevención y represión ante la posibilidad de alteración del orden público.

7 Servicio de informaciones — Todos los ministerios y organismos civiles deben tener organizado su servicio de informaciones los que deben actuar en íntimo contacto con la Coordinación de Informaciones de Estado. A ellos les corresponde desarrollar ininterrumpidamente las tareas de información e investigación.

8 Comando — La Dirección Superior de esta acción preventiva será ejercida por el Presidente de la Nación.

9 Comunicaciones — Las comunicaciones serán mantenidas por teléfono, telégrafo, radio, hombres de enlace y por contacto personal, entre el Comando Central y las distintas reparticiones públicas, organizaciones gremiales y políticas.

PERÓN

COMANDO GENERAL CONTROL DE ESTADO
Casa de Gobierno

(Cuatro carillas mimeografiadas del 18 de abril de 1952. Original, en el archivo del autor.)

# ÍNDICE

Primera Parte
EL AÑO DEL LIBERTADOR

I. LA REPÚBLICA DEMOLIDA



II. GREMIOS QUE MOLESTAN



III. LA GUERRA BIENVENIDA



IV. EVITA EN PLENITUD

## V. AÑORANDO LA FIESTA



## VI. LA ACOSADA OPOSICIÓN



# Segunda Parte
# EL AÑO DE LA REELECCIÓN DE PERÓN



# Tercera Parte
# EL AÑO DE LA MUERTE DE EVITA

## I.. LA RAZÓN Y LAS LOCURAS



## II. ADIÓS A EVITA



## III. EL SEGUNDO PLAN QUINQUENAL

## IV. LAS ILUSIONES PERDIDAS

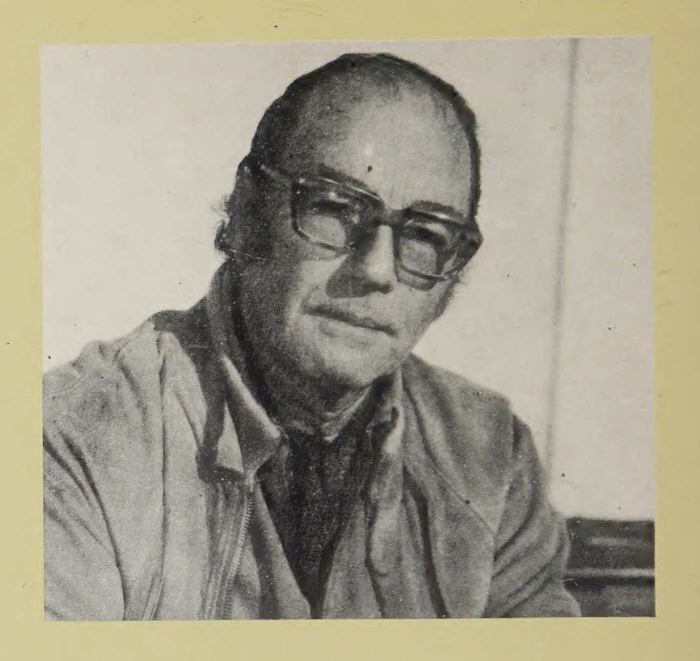


## V. PROVINCIANÍA



## VI. LA CULTURA Y EL MUNDO

Esta edición de 3000 ejemplares,
se terminó de imprimir en
Industria Gráfica del Libro,
Warnes 2383, Capital Federal,
en el mes de marzo de 1986.



El segundo volumen de *Perón y su tiempo* estudia los años 1950, 1951 y 1952, que Félix Luna define como "el año del Libertador", "el año de la reelección de Perón" y "el año de la muerte de Evita", respectivamente. Dentro de la trilogía que se inició con *La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, este tomo constituye el eje del período evocado y prenuncia las líneas históricas que concluirán en el último volumen de la obra. *Perón y su tiempo* es la culminación de la labor historiográfica de Félix Luna y, por la naturaleza de su tema, la más difícil y conflictiva: vasto fresco de una década llena de triunfos y fracasos que se proyectan hasta la actualidad. El presente volumen se completa con una cronología de los años que comprende y tres apéndices que contienen documentos inéditos en los cuales se reflejan sorprendentes aspectos de los procesos aquí tratados.